

Caracol Beach
Eliseo Alberto



Lectulandia

Es un sábado del mes de junio, y Beto Milanés, emigrante de origen cubano, sale a buscar a alguien que lo mate. Al frente de la comisaría está un sargento calvo y obeso, que ha decidido pedirle perdón a su único hijo, Mandy, un travestí que vive con un modista armenio. El fantasma de una pianista vuela de un lado a otro, como una mariposa nocturna, tratando de salvar a su hija. Un oscuro profesor de literatura se pasa la noche en un bar, conversando con la mujer más linda del mundo. Los orishas africanos descienden del Olimpo y acuden a la cita con sus tambores. Tres muchachos han ido por cerveza a un supermercado, para seguir la fiesta, y se cruzan en la autopista con el cubano que quiere una tumba. Ha estado lloviendo, hay luna, alguien ha descerebrado a un perro contra un muro.

Lectulandia

Eliseo Alberto

Caracol Beach

ePub r1.0

Meddle 06.04.16

Título original: *Caracol Beach*
Eliseo Alberto, 1998
Imagen de cubierta: Juan Pablo Rada

Editor digital: Meddle
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La muerte es ese amigo que aparece en las fotografías de la familia, discretamente a un lado, y al que nadie acertó nunca a reconocer.

PAPÁ

El día del fin del mundo será limpio y ordenado, como el cuaderno del mejor alumno.

JORGE TEILLER

Advertencia y dedicatoria

En el verano de 1989, Gabriel García Márquez impartió un taller de guión a diez alumnos de la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de Los Baños, Cuba. Yo fui su asistente. Entre las mil y una historias que nos contamos estaba la seductora pesadilla de cuatro jóvenes puertorriqueños que habían sido acosados toda una noche por un asaltante de caminos, sin más detalles. Ante la carencia de datos precisos, los talleristas aportamos nuestras propias soluciones. Alguien dijo que el personaje debía ser un asesino nato; otro sugirió que fuese alcohólico. Mejor, mudo. Drogadicto. O quizás armenio. «¿Y no sería oportuno incluir en algún episodio el acoso de un tigre de Bengala?», comentó un estudiante de Nueva Delhi durante una animada sobremesa. Gabriel propuso que fuese un sicópata de guerra y que llevara tatuados en el brazo izquierdo los nombres de sus muertos particulares. Yo consideré que debía encarnar a un suicida. Un pobre diablo. Casi un inocente. El loco quedó en el aire. Un año después supe de un marine de La Florida que había secuestrado en Port-au-Prince a una prostituta dominicana y, a cambio de la liberación de la rehén, sólo exigía que lo mataran en el intento de rescate. Le cumplieron con seis impactos de bala. Luego, en Madrid, me contaron de un gallego que, en la cruda de una borrachera, se ahorcó con la corbata porque estaba convencido de que era responsable de la muerte de sus dos mejores amigos —que no habían fallecido, todavía. A la mañana siguiente, por esas casualidades de este mundo, los susodichos perecieron en un absurdo accidente de tránsito, camino al entierro del ahorcado. En 1994, en México, García Márquez me pidió que escribiera algunas de aquellas embrionarias ficciones del taller, y como tuve vía libre, el asaltante de caminos pasó a ser un veterano de California en la guerra de Vietnam, un marinero argentino en la guerra de las Malvinas, un combatiente sandinista en la guerrilla nicaragüense, un terrorista palestino en la guerra del Medio Oriente, un artillero soviético en la guerra de Afganistán, un piloto inglés en la guerra de Irak, un miliciano croata en la guerra de Bosnia, hasta que terminó convertido en un soldado cubano en la guerra de Angola, 1975-1985. Guerras no faltan. La posible película nunca se realizó. Por último, hace dos años volví a leer un cuento de Gabriel que empieza con esta frase que es, en sí misma, una joya narrativa: «Como es domingo y ha dejado de llover, voy a llevar un ramo de flores a mi tumba». Entonces me senté a escribir esta novela sobre el miedo, la locura, la inocencia, el perdón y la muerte.

Dedico Caracol Beach a Gabriel García Márquez, mi querido maestro; a los amigos que me cuentan mentiras y a los alumnos que me las creen; y a los muchachos: María José, Ismael, José Adrián, Laurita, Sergio Efigenio, Cristian, María Fernanda, Andrés Palma, Hari, Sidarta, Jasai, Eli y Memo. Mi tropa.

Tarde del sábado

Lo despertó un estrépito que interpretó como un disparo contra un búho.

ADOLFO BIOY CASARES

1

Clemencia es una palabra que se usa poco. La noche anterior el soldado había vuelto a soñar con el tigre de Bengala y se levantó de un salto, con un sabor a carne podrida en la boca. Escupió sangre. Los nervios le habían destruido las encías y por mucho que se lavara los dientes con sales de bicarbonato, y aunque bebiera mil tazas de café para fumarse mil cigarrillos Camel sin filtro, el ácido de la infección seguía drenando gota a gota. Se arropó bajo la manta. Desde el calvario de la guerra en Ibondá de Akú, dieciocho años atrás, tenía la precaución de dormir con los botines puestos, costumbre que terminó por desbaratarle los pies con hongos impertinentes. Quiso refugiarse en algún buen recuerdo de su vida y escapar allí de la encerrona. No pudo. Por la rendija de los párpados vio entrar al tigre. Un tigre. El tigre. Ése. El amarillo. De Bengala. Su presencia le cortó el aliento. Aparecía sin previo aviso en cualquier confusión de sueños y ya no lo dejaba en paz un instante. Antes de descubrirlo bajo la mesa jugando con una rata de basurero había percibido su olor a crema de amapolas rancias flotando en el aire del amanecer, como cosmético de puta, y despertó angustiado. Escuchó en la distancia el canto de los gallos mañaneros, los motores de los coches por la autopista, el rumor de un mar que él sabía demasiado lejos, pero sólo al ver un aro de siete moscardones posado en la lámpara del techo, un ruido de rama que se quiebra le dijo que el demonio estaba cerca. Los insectos se avisparon y movieron el aire con las aspas de sus alas. Cada vez que sufría esa pesadilla la brújula de la conciencia trocaba los polos y lo hacía tomar por callejones sin salida. El tigre babeaba. Tenía sed. O quizás hambre. No le bastaba la rata. Quería otra. Lo quería a él.

—¡Virgen de Regla! ¡Por lo que más tú quieras dile que se vaya! Luz y Progreso para ti —rogó. La oración fue a dar contra los cerros. El eco vino de rebote entre humos turbulentos.

Desde que aceptó el trabajo de velador nocturno en el deshuesadero de coches de Caracol Beach, vivía en un trailer que alguna vez fue transporte de un circo. Aún podían leerse los créditos en un arco de vistosa caligrafía, algo desdibujados por los azotes de la intemperie: «Arena Cinco Estrellas. Rodeo Ambulante. Atracciones y Adivinos. Gitanos. Animales Inteligentes. Cunas y Camerinos». Las láminas laterales estaban pintadas con imágenes de leones, mujeres barbudas y equilibristas. El vagón contaba en su interior con el equipamiento necesario para hacer de él un calabozo habitable: el catre ajustado con bisagras a la pared del fondo, dos parrillas eléctricas por cocineta y un diminuto retrete donde apenas cabía una persona, pero diseñado con la funcionalidad de los camarotes de tren, de manera que los servicios estuviesen al alcance de la mano: desde la taza del inodoro se podía abrir cómodamente la llave de la jofaina y darse una ducha siempre sentado. La cinta de bombillas rojas, azules y

amarillas que rodeaba el trailer por los cuatro puntos cardinales era el único lujo que el solitario huésped se permitía mantener en perfectas condiciones técnicas. Le gustaba encender el sistema de alumbrado y contemplar desde la autopista cómo brillaba su nave de hojalata en el centro de aquel cementerio de coches destrozados.

Cuando salió afuera, aturdido por los ecos del sueño, el tigre rondaba el techo del trailer. A la luz del amanecer reparó en la extravagancia de que traía alas, articuladas al cuerpo con armonía. Alas de cisne o de ángel. Dos abanicos de plumaje blanco, sedoso, bien peinado. Llegaba de algún sitio donde había estado lloviendo porque en el filo de las plumas brillaban gotas de agua como perdigones de mercurio. Había que verlo. Saltaba del techo a las nubes con soltura y de nube en nube, por el prado de cúmulos pisando suave, y desde allí se dejaba caer en pronunciada curva hasta el deshuesadero, sin batir las alas, y se perdía de vista entre los montes de hierros torcidos. No dejaba de ser un espectáculo hermoso. El soldado encendió un cigarro y la picadura le supo a cianuro. «Strike, Strike Two, ¿dónde estás, hijo de tu perra madre», gritó.

Strike Two se asomó en la ventanilla del Oldsmobile. El juego de escondidos se repetía con teatral puntualidad. Primero dejaba ver las orejas puntiagudas, luego los ojos, el hocico, la lengua, el cuello, hasta sacar medio cuerpo y asumir públicamente pose de gran mastín. Era un cachorro. Un vagabundo. Un buscapleitos. Había llegado al deshuesadero durante la Navidad anterior y por varios días prefirió acampar al aire libre, bajo los coches. El soldado tampoco hizo mucho por acercársele. Se tenían mutua desconfianza. A veces el cachorro ladraba cuando venía un cliente, atribuyéndose un rol de centinela que nadie le había encargado. Se entretenía persiguiendo inalcanzables mariposas por los corredores del cementerio o mordiéndose la cola en graciosos remolinos. El agua la bebía de los charcos. Ninguno de los dos claudicaba en sus posiciones. Eran tercicos. Muy tercicos. La noche del 31 de diciembre, sin embargo, el animalito entró en el trailer y saltó a las piernas del soldado justo en el momento en que él iba a cortarse las venas con una bayoneta de campaña. La irrupción del perro impidió el suicidio. El soldado le puso un nombre que le recordaba sus tiempos de beisbolista: Strike Two. El One era él. A partir del Año Nuevo, el perro durmió siempre en el Oldsmobile, un engendro construido con partes y piezas de otros vehículos, como un Frankenstein mecánico. Cada mañana, hombre y mascota repetían el juego de los escondidos. El amo debía fingir que lo buscaba por los patios. «Strike, Strike Two, ¿dónde estás, hijo de tu perra madre.» Tres o cuatro gritos después, el cachorro iba asomando orejas, ojos, hocico, lengua y cuello con estudiada complicidad. Pero ese sábado de lluvia el soldado lo recibió con un puntapié. Strike atravesó el cementerio barriga en tierra y llegó a la autopista decidido a marcharse. Se echó en la cuneta. Jadeaba. Se puso a ver. Por la pista de asfalto corrían manadas de camiones carnívoros, jaurías de coches rabiosos, rebaños de ómnibus monteses, piaras de automóviles jíbaros. Strike regresó al cementerio y se tumbó en la escalerilla del trailer. En la selva de los humanos hay caminos

intransitables.

El miedo es una camisa de fuerza. La primera vez que se enfrentó al tigre fue aquella tarde que perdió la razón en Ibondá de Akú. El soldado llevaba varias jornadas deambulando, desquiciado por una culpa que no se permitía compartir con nadie, ni siquiera con el jefe de su escuadra de infantería, el otro sobreviviente de la emboscada. El oficial era un negro terco que se negaba a morir a pesar de traer el pulmón izquierdo deshecho por una ventosa de esquiras. De milagro habían roto el cerco enemigo, con lo cual consiguieron una semana de esperanza. El soldado cargó al negro en hombros. Un último resquicio de cordura lo obligaba a asistirle. Se querían. La maniobra se hacía imposible por los delirios de ambos: el soldado disparataba por los escalofríos de la demencia, el jefe por la infección que le invadía las arterias. No dejaba de rezar su propio canto funerario: Yemayá Awoyó. Yemayá Asesú. Yemayá. Durante tres días y cuatro noches el loco lo llevó a cuestas, amarrado a la espalda con bejucos; al amanecer del quinto día el negro dejó de cantar y despertó con los ojos abiertos, la mandíbula descolgada y un insecto dorado en la boca, pero él no prestó atención a las evidencias clarísimas de la muerte y a pesar de la frialdad de la carne y de la rigidez de las extremidades y de la peste que a la sexta mañana hacía irrespirable el aire en un radio de veinte metros a la redonda, seguía arrastrándolo por los pies o los brazos, que entonces no eran brazos sino barras de cemento. Para un hombre en su sano juicio habría sido más lógico enterrarlo en algún claro del monte, pero los locos siempre están en otra parte, nadie sabe dónde con certeza. Poco recordaría de esas jornadas salvo al leopardo africano que apareció de pronto entre los arbustos y comenzó a destripar el torso del negro con la misma curiosidad con la que un gato araña una almohada. Por muy leopardo que sea un leopardo hay rivales que lo superan porque no le temen. Eran tantas las hormigas carniceras que ya daban cuenta del fiambre que la fiera renunció a su tajada de intestinos, después de algunos mordiscos superficiales. Ante un leopardo la fuerza de una hormiga radica precisamente en su insignificancia. El verdadero animal es el hormiguero en su conjunto. El leopardo puede arrasarse con cientos de hormigas de un lengüetazo pero el cuerpo del hormiguero reparará las bajas en breves segundos. Las hormigas, entretanto, tocan fondo en los charcos de saliva y pican laboriosas la lengua del leopardo. El loco subió a un árbol y buscó con la mirada una tabla de salvación, mas no encontró nada mejor que el anillo de moscardones trabado entre el follaje. Una escudería de dípteros parásitos con cabezas rojas, como cascos de aviador. Los recuerdos se le escapaban del cuerpo, lo vaciaban. Desde esa tarde remota hasta aquel tercer sábado de junio, la fiera se escondió en la espesura del pasado a la espera de invadir sus pesadillas. El siquiátra que llevaría el caso en un hospital militar de Lisboa llegó a pensar en una recuperación: «Los medicamentos han empezado a dar los efectos esperados. No curamos su locura pero al menos le borramos el miedo de la cabeza. Podemos darle de alta», dictaminó el doctor sin saber que el animal aguardaba a que su presa quedara tirada a la suerte en un

cementerio de coches para reanudar la caza a sol y sombra. El miedo es una camisa de fuerza.

El rayo inicial de la tormenta rajó una palma y rompió a diluviar. El aguacero borró el paisaje. La tierra tamboreaba. Un fuerte olor a carne quemada inundó Caracol Beach confundiendo a las aves de rapiña que empezaron a sobrevolar la zona, saboreando el banquete que les esperaba en el matadero de los hombres. Las aguas lavaron los metales de los vehículos, muelles de tapicería, tubos de radiadores, baterías cargadas de moho, y los óxidos se mezclaron con los ríos del fango. Las alimañas pataleaban en los charcos contaminados por aquella amalgama de lodo y astillas ferrosas. El Camel se apagó entre los dedos del soldado. Ese sábado tendría que deshacerse del tigre de la única manera en que aún era posible el duelo con el pasado: liquidándose a sí mismo. Alguien le dijo un día que el miedo era una camisa de fuerza. Pero no recordaba quién. Nada. Que lo único cierto era la palma ardiendo. Los bombazos de los truenos. Un perro echado en la puerta de un trailer de circo. Las aves de rapiña. Y ese segundo rayo, certera estocada de Dios, que se enterró en un hierro del cementerio, forjándolo al rojo vivo —el mismo hierro donde habría de morir un muchacho llamado Tom Chávez unas veinte horas después.

—¡Vaya desgracia la mía, carajo: estoy jodido, qué cosa tan grande! —dijo el soldado. Guardaba bajo el colchón una soga para la horca. Sería más fácil que anudarse una corbata. Y echó a correr, ansioso por matarse. Strike Two confundió la urgencia de su amo con el inicio de los juegos, ese día pospuestos por las figuraciones de la locura: lo seguía guerrero y saltarín y le clavaba los colmillos en los calcetines, le mordía los bajos del overol, le zafaba los cordones de las botas, reclamando un poco de atención. «¡Babalú Ayé: no me eches más animales detrás!», dijo al entrar en el trailer con el cachorrito a cuestas, como un grillete de peluche con cascabel.

La última gota del aguacero cayó en la cabeza de un zopilote que volaba sobre Santa Fe a unos cuarenta metros de altura y rodó entre el surco de los ojillos para descolgarse por gravedad desde el pico hasta el patio del Instituto Emerson en ángulo de treinta grados, donde hizo diana en el entrepechos de la porrista Laura Fontanet. Eso pensaba Martin Lowell cuando levantó la mano y ofreció la casa de sus padres en Caracol Beach para improvisar una fiesta sin frenos y celebrar la suerte de ser bachilleres. El primer expediente del curso nunca se había atrevido a llevar a sus condiscípulos al refugio de la playa; tampoco a sacarse el pito en público y, con Tom y los hermanos Bill y Chuck Mayer, cruzar en pleno vuelo cuatro blandas cimitarras de orines para pactar el Cabildo de Meadores, cofradía basada en el heroico sentimiento de la amistad; mucho menos a fumarse un cigarro de marihuana y acababa de dar siete largas chupadas a uno en el baño de la escuela, así que ese sábado no iba a prohibirse nada. Se abrochó la portañuela. Nueve meses de dedicación a los estudios y una considerable dosis de arrogancia le habían merecido las máximas calificaciones y consideró que se había ganado la oportunidad de desaprobado algunas asignaturas de la vida.

—Un poco de mal no hace mal sino más bien un poco de bien —dijo Tom al guardar el cigarro de marihuana en una caja de cerillos. A Martin le dio risa el comentario. Tom, el simple Tom, había puesto el dedo en la llaga. Debía empezar a ver las cosas de otra manera. Un poco de mal no hace mal sino más bien un poco de bien. ¿Sería verdad?

—Tom, pásame el cigarro —dijo Laura.

—Con mucho gusto, cariño —dijo Tom.

—¿Qué tal, Martin? Se siente rico, ¿no? —dijo Bill, el mayor de los hermanos Mayer.

—No sé. Se siente raro —dijo Martin.

—Me cuentas cuando el humo toque las tripas...

—Me parece que voy a tomar la primera comunión —dijo Laura.

—Martin, no te asustes si ves pasar un zopilote real sobre tu cabeza, ¿ok? —dijo Tom.

Martin limpió los cristales de sus lentes miopes: «No existen los zopilotes reales», pensó, «Estás orate, Tom». Ahora lo veía todo más claro. Tom casi nunca tenía la razón pero casi siempre daba en el blanco, lo cual no es exactamente lo mismo. Había anticipado que los actos de la graduación iban a ser más tediosos que el entierro de un mendigo y no se equivocó. Palabras más palabras menos, el rector del Instituto Emerson repitió el discurso de los últimos seis años, haciendo hincapié en los artículos principales de la Constitución, la señorita Campbell, titular de la cátedra de

matemáticas y decana del claustro de profesores, les hizo repetir el juramento que prometía utilizar los conocimientos en la defensa de causas justas, los papás lloraron como sólo saben llorar los papás del Instituto Emerson en los festejos de fin de curso y la ceremonia terminó en menos de cien minutos de saludos protocolares, lágrimas de cocodrilo y besos de Judas. Un coro de cuarenta voces llenó Santa Fe con el himno de la escuela, acompañado por la banda de música del Primer Año, y Laura dijo que se volvería Juana la Loca si se quedaba un segundo más en aquel dispensario de aburridos, disfrazada de niña buena y seguida por los ojos cernícalos de su profesor de literatura española, por lo cual propuso a los hermanos Bill y Chuck Mayer ir a bailar rock and roll a Machu Picchu.

—¡Genial! —exclamaron a dúo los hermanos Mayer.

—Cualquier cosa antes que aguantar a Theo Uzcanga —dijo Laura—: Esto es una mierda.

Tom estuvo de acuerdo con esa evaluación. Laura añadió:

—Yo me pierdo de aquí o me suicido igual que un monje budista en una descarga de jazz en el Tíbet.

—Tanto estudiar para nada —dijo Bill.

—¿Por qué no secuestramos a la señorita Campbell y a cambio de su vida pedimos que el Presidente modifique la Constitución? —añadió Bill.

—Conozco un sitio muy agradable en el que entramos sin pagar —dijo Tom.

—¿Y a qué esperamos? —dijo Laura.

—Ok.

Martin miró hacia el cielo y vio pasar el zopilote real, unos minutos antes de que la gota de lluvia se colara en el entrepechos de Laura. Un zopilote perfecto, planeando en un cielo casi líquido. El muchacho se frotó los ojos, maravillado por la figuración. Tenía las tripas llenas de humo de marihuana. Hizo acopio de cordura y recordó los logaritmos más ríspidos, recitó de arriba abajo la tabla de Mendelehiev, pensó en los aforismos de Blas Pascal, en la fórmula para reventar núcleos atómicos, en la física cuántica y llegó a una sabia conclusión. Levantó la mano por pura costumbre académica y se escuchó decir:

—¿Por qué no vamos a mi casa?

—¿Cómo? —exclamó Tom.

—¿Qué? —dijo Laura.

—Que por qué no vamos a mi casa en Caracol Beach.

La tierra se detuvo y la Torre de Pisa se vino abajo en cámara lenta. Siete estrellas se borraron en el cielo. En una granja de San Petersburgo, La Florida, una vaca parió diez puercos y una gallina. Los mongoles en Ulan Bator se oyeron hablando húngaro con fluidez. Las pirámides de Teotihuacan se derritieron bajo el sol y los antropólogos del Instituto Nacional Indigenista descubrieron que estaban hechas de mantequilla. Todo pasó en un santiamén. Martin se había adelantado a los acontecimientos en verdadero acto de audacia. Tuvo ganas de ir al baño. Apretó las

nalgas. Se miró los zapatos. El de la izquierda tenía un cordón zafado.

—Digo... si quieren.

Martin se acordonó el zapato. Ni por equivocación lo invitaban a las correrías del grupo porque sabían de antemano su respuesta de futuro abogado de la firma Lowell & Marovic Asociados: debía estudiar para el próximo examen. Alzó la vista. Se sentía ridículo. Un perfecto enano.

—¡Una casa en Caracol Beach...! Esta tarde puedo adorarte, Martin Lowell — dijo Laura con exageración y le dio un beso en la mejilla.

El sol comenzó a desintegrarse en una lluvia de voladores y fuegos artificiales, el planeta se abrió en dos mitades y Martin se dejó caer al vacío con los brazos en cruz, pleno de felicidad, hasta que sus pies tocaron fondo en el sótano de una pagoda de Pekín y rebotó por la garganta de la tierra en triunfal ascenso. «Gracias, Laura», dijo de regreso al patio del Instituto, aún mareado por aquella travesía.

Caracol Beach era un lugar tan conservador que los lecheros aún repartían puerta por puerta los litros del preciado líquido, tradición perdida en estos tiempos frívolos donde la vieja costumbre de hacer favores no está aceptada por algunos. La frase es de don Claudio Fontanet. Lo que hacía realmente inaccesible al pequeño balneario no eran los treinta y dos kilómetros de autopista que lo separaban de Santa Fe sino las narices respingadas de sus habitantes, sin excepción empresarios, dueños de casas de bolsa o señoras aficionadas al juego de canasta que habían tenido olfato para encontrar la manera de vivir a lo Robinson Crusoe en la isla de un chalet. Para Laura aquel litoral estaba más lejos que Sydney, Australia, distanciado por los barrancos de la nostalgia. Lo había visitado de niña, cuando no aparecía ni en los mapas y apenas era una bahía de aguas poco profundas, protegida de las marejadas del Caribe por una barrera de arrecifes coralinos. En esos años no le decían Caracol Beach sino Punta La Galia y estaba habitada por unos veinte pescadores, descendientes de haitianos blancos que vendían pargos al ajillo y refrescos de frutas en vasijas de coco seco mientras cantaban temas de Edith Piaf. Luego se puso de moda. Contaba con trece manzanas residenciales, alineadas entre el océano y la avenida costera, tres hoteles administrados por dos gerentes suizos y uno japonés, casado con una soprano belga, un liceo francés con talleres de ballet y pintura de caballete, el boliche La Bética con nueve rampas de tiro, un campo de golf, un puesto de policía y un par de ovejas negras que afeaban la zona: un cementerio de autos en el kilómetro dieciséis de la autopista a Santa Fe y el bar La Bastilla, reducto de los haitianos blancos. Dos catacumbas.

—La casa de mis padres en Caracol Beach está disponible.

—¡Una casa en Caracol Beach! Esta tarde puedo adorarte, Martin Lowell —dijo Laura. En honor a la verdad ella había sentido un escalofrío en la caja del pecho y lo resolvió con la acción del beso. Caracol Beach estaba ligado al recuerdo de su madre, una habanera llamada Maruja Vargas que no soportó las penas del exilio y murió a los cinco años de su boda con el abogado Fontanet. La única imagen de Maruja quedó fijada en una foto: madre e hija van de la mano por la orilla pero como Laura es tan pequeñita Maruja tiene que encorvarse unos grados hacia delante, con lo cual no se le ve la cara, cubierta por la cortinilla del cabello. Para Laura entrar en Caracol Beach significaba regresar al vientre materno. Sólo allí, entre los cocotales de la playa, reconocía su herencia caribeña: se dejaba invadir por una sensación difícil de explicar con otras razones que no sean las de la sangre. Cuba era un piano que alguien tocaba detrás del horizonte.

Don Claudio Fontanet se había vuelto a casar con Emily Auden, una señora de Carolina del Norte que siempre llevaba a la mano la bandera del optimismo. Quién

sabe por qué el abogado se había propuesto desaparecer los puentes que podían conducir hasta la isla. Tal vez porque era catalán. La muchacha nunca logró que le contara de la familia cubana. Don Claudio cerraba la guardia, se protegía con un vaso de oporto y se negaba a compartir la soledad. Laura sabía que Maruja había nacido en un pueblo llamado El Rincón y que la vida apenas le duró treinta primaveras: después del parto las articulaciones se calcificaron en lenta solidificación del esqueleto, hasta que acabó endurecida igual que una muñeca de palo. De no ser por la foto, un cofre con una trenza y una tumba en Santa Fe a la sombra de una palma, Maruja no habría existido jamás. A Laura le quedó el consuelo de convertirla en una amiga imaginaria que aparecía de repente, bien en los recreos del colegio, balanceándose en los columpios, bien en la rueda de la Estrella o en la Montaña Rusa de los parques de diversiones. De vuelta a casa las dos se escondían en el cuarto a terminar las tareas, a ordenar el juguetero, a leer La edad de oro de José Martí. Don Claudio escuchaba la risa de su hija al otro lado de la puerta. Se bebía un trago de oporto a pico de botella, sentado en algún descanso de la escalera.

—No te preocupes —decía Emily—: Debe estar hablando por teléfono con una amiga.

—Escuché la voz de la Maruja.

—Ven, Catalán, no seas cabeza dura. Es hora de dormir.

—¿Dormir? Quiero quedarme aquí un rato.

—Entonces ábreme un hueco a tu lado. Te acompaño —y acababan haciendo el amor en la escalera.

Lo cierto es que aquella imposible Maruja Vargas alardeaba de gran vitalidad, como si quisiera romper los candados impuestos por los cangrejos del cáncer. El otro mundo está más cerca de lo que parece. A veces tocaba el piano en los sueños de su hija. Contradanzas. Lo hacía bien si se tiene en cuenta su condición de muerta. Fue ella quien convenció a Laura de que se inscribiera en las clases de gimnasia rítmica y hasta se aprendió las rutinas de las porristas para practicar juntas los giros de la coreografía. En la cancha de baloncesto del Instituto Emerson, Maruja vendía algodones de azúcar. Las visitas, frecuentes en la infancia, se habían ido distanciando con los años y al llegar a la juventud se hicieron muy esporádicas. Una noche, en la barra de una discoteca, Laura se atrevió a revelar un sentimiento que la venía turbando desde tiempo atrás: había comenzado a querer a Emily Auden como a una madre. Maruja comprendió que el ciclo fantasmal de su existencia debía terminar, sacrificarse, consumirse en el horno real de la vida. No volvió a tocar el piano ni en sueños. De tarde en tarde coincidían en el lunetario de un cine, antes de que se apagarán las luces de la sala, después Laura la encontraba en los reflejos de las vitrinas comerciales, en la ventanilla de un autobús en marcha y, en cierta ocasión, en la sombra de su cuerpo. A los dieciocho años Laura sentía celos de ella. Poco a poco madre e hija iban teniendo la misma edad. Maruja Vargas regresó a la foto inconforme pero resignada a morir de nuevo en el destierro del olvido. No se dejaba

ver salvo en Caracol Beach, su paraíso natural. Cuando Laura iba al balneario la buscaba por los cocotales de la playa. Conocía sus rincones preferidos, las huellas que grababan sus pies ligeros en la arena, entre rastros de cangrejos, el olor a agua de violetas que dejaba al pasar. La muchacha merendaba en el restaurante de los haitianos blancos: un refresco de fruta en la cáscara de un coco seco. De repente veía a su madre haciendo equilibrios en una tabla de flotación, sobre las olas. Ni adiós le decía la Maruja Vargas. Así de vivas suelen ser algunas muertas. Más las cubanas.

Libreta del soldado. Junio. 1976. La lluvia nos persigue como una brujería. Durante el viaje, de allá para acá, llovió todas las tardes. ¡Qué salación! En pleno océano, la lluvia es un paquete. Cielo y mar se confunden. Los límites se borran. El barco parece hundirse en un aire de aguas revueltas. Grises. El gris baña los colores de las cosas, igual que una película en blanco y negro. Desde que desembarcamos, para que veas, llueve por las mañanas. Un aguacero en venganza al decir de Silvio Rodríguez. La lluvia nos encoge hasta que acabamos siendo un ejército de ranas arrastrándonos por el fango, en el manglar, camino al frente de batalla. ¡Qué le vamos a hacer: al mal tiempo buena cara! Entramos en Ibondá de Akú al ritmo de nuestro particularísimo himno de guerra: «¡Zun zun zun, zun zundambaé! ¡Zun zun zun, zun zundambaé, pájaro lindo de la madrugada!». Mi madre siempre cantaba esa canción mientras hervía las mermeladas de guayaba; yo la escuchaba desde el portal. La melodía flotaba como humo. La música atraviesa las paredes. Todos los cubanos se la saben: ¡Zun zun zun, zun zundambaé! Leo Rubí, que fue bailarín aficionado en un grupo folklórico, se puso a mover el cuerpo como si le hubiera entrado un santo, imitando a una lechuza (¡el pájaro lindo!), y Fernandito López lo jodió cuando dijo que parecía un moscardón porque Panetela lo bautizó con un nombre que le ronca el merequetén: La Mosca. Llegamos a Ibondá de Akú con unas ganas de dormir del carajo pero el teniente Lázaro Samá nos obligó a inspeccionar la zona de arriba abajo. Facilito, dijo: facilito. El enfermero Ernesto Aspirina dio un paso adelante e intentó una defensa del colectivo con argumentos médicos bien sólidos, desgaste físico y mental, calorías, estado emocional, ritmo cardíaco: lo poncharon con las bases llenas. Nada. Al mal tiempo buena cara. El teniente dice que hay leones y leopardos, un cojonal de leones, y que uno solo de esos bichos es capaz de comernos vivos a los siete soldados de la escuadra. El teniente siempre inventa algo con tal de mantenernos con la guardia en alto. No nos deja ni pestañear. Que si abrir una trinchera. Que si vayan por agua al río. Que si un círculo de estudios. Cuando abrimos la trinchera, cargamos las cantimploras y discutimos el discurso del Caballo, entonces nos hace cuentos de la Sierra Maestra y de la Lucha Contra Bandidos y de las setenta y dos horas en Playa Girón. Una pila de mentiras, me la juego. Desde que trabajábamos en el puerto me viene metiendo los mismos paquetes. Qué cara de palo. Paluchero. Bemba suelta. Me cago en su madre. Sé que me va a pedir la libreta para leerla y asegurarse que no escribo nada de interés militar y entonces sabrá que hoy, miércoles 9 de junio de 1976 a las 09.25 horas me cagué en el recontra coño de su madre, pero me importa un pepino: él se caga en las nuestras cada cinco minutos. Yo cómo voy a decir algo importante para el enemigo si apenas puedo explicarme qué hago aquí, con veinte años recién cumplidos en las costillas, a un repingal de millas de mi casa, en

un lugar llamado Ibondá de Akú. Total, que aquí nos ves, con la moral más alta que el Pico Turquino. Resignados. Recondenados. Con un cansancio de ampanga. Y además rodeados de leones y leopardos africanos, igualitos a los del zoológico de 26. Panetela dijo que ni le dijeran porque iba a soñar con el cabrón tigre de Bengala. El maestro Ruedas intentó discutir sobre la posibilidad de que seamos almorzados o no por un bicho de éstos: «Los tigres de Bengala son de la India», dijo convencido, a lo que Fernandito respondió que en los sueños, al menos en los suyos, todos los leopardos o panteras son tigres, «hermano, tigres con rayas amarillas, de Bengala»; Fernandito argumentó que los animales atacan cuando tienen hambre, por puro instinto de supervivencia. Yo estoy de acuerdo con el Fer. Es verdad. No jeringuen. En las pesadillas todos los animales son tigres. No jodan. Cierra los ojos para que veas. El tigre. Un tigre. Ése. El amarillo. De Bengala. En el zoológico del Nuevo Vedado los tigres están junto a los leones, jaula con jaula. Por algo será. Dios los cría y el Diablo los junta. El teniente Samá opina que los mamíferos más peligrosos son los que han comido carne humana porque después ya no se satisfacen con ningún otro plato. «Se envician con nosotros, sobre todo con los negros prietos como yo que tenemos masa limpia: a esos cabrones les llaman tigres cebados», dijo. No me hizo la menor gracia el comentario. Como diría la comadre Rafaela, perdió una buena oportunidad para quedarse callado. (...) Donde manda capitán no manda marinero. ¡Qué salación! Así que salimos a recorrer la zona. Parecía tranquila. Demasiado tranquila. A mí me tocó la ronda de exploración con Panetela, que se venía quejando de la panza por el camino. «Hablar de tigres me jodió el estómago», dijo, y se fue a dar de cuerpo tras unas matas que había por ahí. Y yo me quedé esperándolo. Me fumé un Popular hasta el cabo. Los alrededores de Ibondá de Akú eran bonitos, de revistas de geografía. El teniente Samá dice que por aquí queda ese lugar extraño al que van a morir los elefantes. Puede ser. Había una hondonada verde, verde, verde, entre lomas, y un salto de agua chévere cantidad. Una cascada. Me hubiera gustado tomarle una foto. Y yo mirando aquello, ido del mundanal ruido. Me babeaba. Y no porque traiga malas las encías. Me puse a cantar, ¡Zun zun zun, zun zundambaé! ¡Zun zun zun, zun zundambaé!, y acabé pensando una pila de cosas. Lo malo de las guerras sin guerra es que uno empieza a darle vuelta a las ideas y puede ser peligroso. En estas situaciones extremas es que uno sabe lo que realmente sabe. Por eso los jefes nos mandan a buscar agua en el río aunque tengamos las cantimploras llenas. Yo me observé las manos y me parecieron espejos. En la palma de mi mano se reflejaba mi vida. Línea a línea. Día a día. Estoy medio loco. Entre el dedo gordo y el pulgar pasaban los automóviles por el malecón de Cienfuegos. En la punta del dedo del medio, la fábrica de cemento que construyen los rusos. El índice era un bate de pelota. La otra mano, un guante de pítcher. A Catalina La Grande la encontré en la uña del anular derecho, tirando piedrecitas a la bahía. Strike One. Strike Two. Strike Tree. Estoy medio loco, igual que aquel samurai quendy que acompaña a sus maestros a la guerra (yo) y que aparece en la película *Los siete samuráis*, la que nos

pasaron en el barco cuando atravesábamos el Atlántico. Está fuerte la película esa. El cabrón de Panetela se demoraba y se demoraba por lo que fui a buscarlo no fuera a ser que se lo hubiese almorzado el famoso tigre, aunque no sea de Bengala. Ni cojones. Se lo había tragado la tierra. Por fin di con él. No estaba donde me dijo sino unos diez metros adelante, en una arboleda, recostado a un tronco como quien da hilo a un papalote, tranquilo, vacilón, en Belén con los pastores, rayándose una yuca con la bellísima cascada de agua. Qué clase de cráneo. Tremenda paja. Y yo pensé: si este prometedor estudiante de electrónica en el Tecnológico de Rancho Boyeros no recibe pronto una carta de su reputísima novia de La Víbora se nos va a morir entre las manos masturbándose a costa de las nalgas de la Madre Naturaleza. También es que hay cada paisajes que para qué te cuento. No somos de palo.

La señorita Campbell mordió el bocadito y una plasta de mostaza, zanahorias y pollo deshebrado le embarró el cuello de la blusa. Al sacudirse la cagarruta, el pan se le escapó de las manos. El profesor Theo Uzcanga iba pensando en las musarañas y sin darse cuenta pateó el bocadito. Pensar en las musarañas era un recurso para esquivar los malos presagios. Ese sábado se había levantado con los pulmones vagos, preámbulo de un ataque de asma, y desde el desayuno había estado leyendo los poemas a la lluvia del poeta mexicano Francisco Hernández, su mejor medicina contra las sofocaciones respiratorias. Dos versos le rondaban la cabeza. El primero decía: «Voy a dormir de pie para cansarme. Soy un perro de aguas. Tu cuerpo es un estanque». Theo no vio por dónde caminaba. El panecillo se detuvo bajo los zapatos del también distraído rector del Instituto Emerson, provocando así una brillante ejecución de patinaje sobre mayonesa que terminó en una culada rotunda. Ovación. El catedrático hizo una cortesana reverencia al agradecer las burlas de sus discípulos. Theo recordó el segundo verso de Hernández: «Al pasar por el cementerio, es frecuente ver a los muertos incorporarse para pedir limosna». La señorita Campbell, que se sentía responsable de la tragedia, le limpió las nalgas al rector con una servilleta de papel, expandiendo la mancha por el pantalón. A juicio de los hermanos Bill y Chuck Mayer, ese incidente resultó lo único memorable de la ceremonia hasta que Laura propuso ir a bailar rock and roll a Machu Picchu, a lo cual Martin respondió con el ofrecimiento de seguir la fiesta en Caracol Beach. Una gran idea. Allí podrían bailar, beber y drogarse sin peligro. El problema fue que, en la playa, un tigre amarillo jugaba con una rata de basurero. Y nadie se lo dijo.

La porrista se puso feliz como una lombriz cuando supo que traspasarían las fronteras del balneario y aseguró a la simpática Agnes MacLarty, la instructora de gimnasia rítmica, que si esa noche no se rompía el esqueleto bailando con Sting renunciaba a la beca en Los Ángeles y se hundía en la celda de algún convento de claustro hasta el fin de su existencia. «Te lo juro», dijo. Y Laura cumpliría su palabra. Nunca hablaba por hablar. Había logrado imponerse como líder del enjambre de las porristas y ese don de autoridad alcanzaba para dominar una colmena de amigos que la seguían a cuanta pachanga se improvisara en Santa Fe, porque una fiesta sin el blue jeans de Laura no era una fiesta: nadie podía igualársele a la hora de bailar lo mismo una tormenta de truenos de Kiss que un tornado de U2. «Naciste reina, mi reina», afirmaba Tom cuando la veía presidir una velada, al centro de una corte de admiradores. «Gracias, campeón», decía Laura y le lanzaba un beso: «No eres Sting pero casi», pensaba. Las ganas de divertirse le desbordaban el cuerpo.

—Créeme. Eres un gran tipo, Martin: el mejor. Nos has salvado la noche —dijo Laura.

—No es para tanto, cariño —reconoció Martin y enseguida se maldijo. «¡Qué torpeza: cómo diablos dije cariño! ¡Cariño! No es para tanto, cariño. Estoy hablando igual que Tom.»

—Te lo juro. Me encantas. ¿Vamos? —dijo Laura.

—Por supuesto, muñeca.

El apelativo «muñeca» resultó aún peor que «cariño».

—¿Qué dirán tus padres? —preguntó Tom, que algo había escuchado sobre las malas pulgas de los Lowell.

—Mis jefes son estupendos. Yo digo, jefe, necesito la casa y mi jefe me da la llave. Cómo crees. Mis jefes no me prohíben nada —mintió Martin. No les había dicho ni jota, seguro de que le negarían el permiso. El abuso indiscriminado del sustantivo Jefe le hizo gracia.

—¿De qué te ríes? —quiso saber Laura.

—Después te cuento.

—¿Qué llevamos? ¿Whisky? —preguntó Chuck Mayer.

—Nada, Chuck.

—Unas cervezas por si las moscas —propuso Tom.

—De ninguna manera. Hay cerveza para emborrachar al cuartel de bomberos de San Petersburgo —aseguró Martin. La vida no le alcanzaría para arrepentirse de la frase.

—¿Traes coche? —preguntó Laura.

—No.

Laura sonrió:

—Algún defecto tenías que tener, Martin.

Laura había previsto que sería un sábado intenso. Venía preparada para cualquier contingencia. Entró en el baño del gimnasio y cambió el uniforme de niña modelo por el blue jeans que enloquecía a sus camaradas, una camiseta de los Lakers de Los Ángeles (el team preferido de Tom) y unas zapatillas encantadas que la convertían en una bailarina de campeonato. Tom sólo tuvo que quitarse el saco para volver a ser la estrella del equipo. Había ido a la graduación con zapatos tenis, seguro, dijo a Laura, de que los pies jamás salen en las fotografías. Martin Lowell estaría disfrazado con un frac de pingüino hasta su muerte.

—Estoy feliz como una lombriz, maestra —dijo Laura a la simpática Agnes mientras se cambiaba de ropa en el baño del gimnasio.

—Lo mereces. Nunca olvidarás este día. ¿Brindamos? —dijo Agnes y levantó la séptima copa de vino.

—Qué horrible. El profesor de literatura no me quita de encima su mirada de camello.

—A mí tampoco.

—¿Por qué Theo no enamora a la veterana señorita Campbell en lugar de a nosotras? ¡Eso sí sería dedicar los conocimientos a una causa justa!

—Pobre Theo.

—¿Pobre?!

—No es mala persona. O me equivoco.

—Yo no he dicho que sea mala persona, maestra: mal amante, sí. Habla mucho y besa poco.

—¿Brindamos por tu beca?

—Brindamos —dijo Laura y aceptó beber un trago de vino en la copa de la maestra—: ¿Vienes con nosotros a Caracol Beach? Anda, Agnes, no te hagas de rogar. Ven.

—No puedo —dijo Agnes—: Harrison Ford me espera a comer en casa unas costillas de camello. Me saludas a Sting.

—Yo le digo.

Laura no guardaba secretos a la instructora, de manera que Agnes MacLarty sabía que a su alumna predilecta le encantaría celebrar con Sting la beca que una prestigiosa fundación le había otorgado para cursar estudios de sicología en Los Ángeles, la Meca de los locos. Don Claudio le había concedido una patente de curso para que ese sábado hiciera y deshiciera a su antojo. Ella había cumplido el compromiso de obtener un notable expediente académico y su padre debía cumplir ahora con la licencia de dejarla volar de propia cuenta. La casa de los Lowell venía caída del cielo en un estuche de regalos. Los hermanos Bill y Chuck Mayer, los zares de la marihuana en el Instituto Emerson, reclutaron a una pandilla de trece súbditos para que se sumara a la aventura.

—Ten mucho cuidado —dijo don Claudio en la puerta del Instituto.

—No soy una niña, papá.

—¡Ah!, ¿no?

—Claro que no.

—Hay mucha gente loca en la calle.

—No te preocupes si ves que no llego a dormir.

—Lo que me preocupa es que corran por la autopista.

—Sí, papá.

—Diviértete, hija. Pásala bien.

—Adiós.

—Adiós.

—No te pongas así.

—No me pongo así.

El Chevrolet de Tom se perdió en el tráfico.

Laura reconoció la presencia de Maruja Vargas al menos en un par de ocasiones. La primera de manera casual: un punto se iba agrandando en la senda contraria de la autopista hasta definirse con precisión sobre la marcha: su madre montaba una bicicleta de velocidades. Ni la miró al cruzarse. Indiferente. La muchacha volteó a ver por la ventanilla trasera pero había desaparecido: en su lugar un pequeño embudo

de viento levantaba polvos del camino. La segunda en la garita de entrada al balneario. Martin mostraba el pase reglamentario que lo acreditaba como vecino de Caracol Beach cuando se apareció el fantasma, esta vez con una actitud extraña: golpeaba con los nudillos en el cristal. Laura no concedió mucha importancia al incidente: las madres siempre piensan lo peor. Por el contrario, comentó a Bill Mayer que jamás había visto una puesta tan bonita. Las gaviotas revoloteaban en torno a los mástiles de las embarcaciones. En alguna parte la soprano belga cantaba unos versos de Verdi. La oyeron al pasar, ¿o la imaginaron? Fue un buen detalle.

—Es la tarde más linda del mundo —dijo Laura y le vino a la mente un poema de Francisco Hernández que Theo Uzcanga le había recitado la tarde que prometió repararle algunas lecciones de español y acabaron haciendo el amor en la buhardilla: «Una gota de anís resbala por tus muslos con la indiferencia de un barco que se aleja».

—¡Bonito! —exclamó Bill, y Chuck memorizó los versos para repetirlos a su novia al día siguiente.

—El sol parece una mandarina —dijo Laura, luego de saborear los versos en la boca. Sus metáforas no valían gran cosa.

«Yo lo mandé a hacer para ti», pensó Martin pero no se atrevió a decírselo en voz alta. Él era un poco raro.

Ese sábado de junio, Agnes MacLarty dejó de ser una guapa instructora de gimnasia rítmica y se sintió una anciana de treinta y tres años por obra y gracia de los vinos blancos de California. El alcohol es una lupa. Ella lo sabía. Los poros de la piel se ven enormes. Claro que no son de ese tamaño pero el lente de la embriaguez amplía las formas, a veces las distorsiona, las dilata. La luna se confunde con una manzana. La exageración de la realidad sirve para entender en detalle la propia realidad. Los poros. ¡Los poros! Agnes tuvo hipo. Se miró al cuello en el espejo del gimnasio y se descubrió un par de arrugas nuevas, una mancha de hemorragia en la nariz, un nido de pecas carmelitas en el pecho, un polvazo de ceniza en las ojeras y ya no quiso contar las patas de gallinas sino devolver las ocho copas de vino barato que encubaba en el barril de los riñones. Se metió el dedo índice en la boca. Cuatro dedos en embudo. Le cabía la mano. Por poco se descuelga la campanilla. Perdió el equilibrio. Le faltaba el aire. Se zafó las tiras del sostenedor. Los pezones le quemaban la blusa. No. No pudo. No pudo vomitar.

—Vieja de... —se dijo en el espejo. El hipo cortó la frase pero iba a decir «mierda»—: Total.

Total: estaba sola. En cincuenta millas a la redonda no había una persona a quien importaran sus arrugas. Total. Horas y horas en el gimnasio para que al llegar a casa nadie te dijera qué guapa estás, amor. ¿Otra copa de vino? Total, Agnes pensó que Harrison era un profesional muy ocupado en abrir tumbas de faraones en el desierto y decidió aceptar la invitación de su adorada Laura para continuar la parranda en Caracol Beach, pero no los encontró en ninguna parte, por más que los buscó de arriba abajo en los recovecos del Instituto donde los hermanos Mayer acostumbraban a contrabandear cigarrillos de marihuana. Borracha y maltratada por el ataque de hipo se resignó a concluir aquel sábado haciendo ejercicios aeróbicos hasta sudar gota a gota sus frustraciones, total, y caer muerta de cansancio en la cama, con la esperanza de soñarse junto a Harrison en las jorobas de un camello, total, bajo el sol del Sahara. Total.

—¿No ha visto a Laura, don Claudio?

—Acaba de marcharse con los muchachos. No hace ni cinco minutos —dijo el abogado.

—Se me fue el tren. Total.

Agnes esperaba por un taxi a la salida del colegio cuando Theo Uzcanga en persona la invitó a beber una copa, la novena, en el bar Dos Gatos Tuertos, donde esa noche rendían un homenaje al escritor cubano Reinaldo Arenas. Lo peor es que Theo Uzcanga lo hizo con tanta elegancia, medida y naturalidad que a punto de decir no la instructora de gimnasia rítmica dijo sí, bueno, te acompaño, entre hipos galopantes,

¿por qué no?, total, y fue incapaz de rectificar el error, algo de lo que nunca se arrepentiría y ¿saben por qué?, no por los estupendos versos de Francisco Hernández que Theo recitó a media luz ni por las anécdotas que contaron los amigos del novelista ni por la guajira que la mismísima Albita Rodríguez cantó a capela en el escenario de Dos Gatos Tuertos, no, ¿saben por qué nunca se arrepentiría?, porque cuando la guadaña de la tristeza le rajó el alma apenas quince horas después de aquel encuentro casual, ella regresó a la buhardilla del profesor de literatura y lo abrazó deshecha en lágrimas, arrugadita, con mil patas de gallinas nuevas, llena de pecas, ojerosa, total, qué mierda, y desde entonces Agnes MacLarty y Theo Uzcanga han vivido juntos, hombro con hombro, sin separarse apenas un par de días, qué unos días, unas horas, pendientes el uno del otro, siempre llamándose por teléfono, enviándose beepers, enamorados o tal vez asustados, para algunos enfermizos, siameses, asmático él y temerosa ella, buscando tener un hijo, un batallón de hijos, pues las muertes gratuitas de los muchachos en el deshuesadero de coches, casi a la misma hora en que ellos se despedían a la entrada del edificio de Agnes, les enseñaron que la única forma de enfrentar con relativa fortuna esta vida rodeada de tigres y de moscardones es inventándonos un amor a cualquier precio, ¿ven?, una cabrona compañía, un cómplice imperfecto, una alianza, un amarre, una brujería, lo que sea, no lo piensen mucho, nada garantiza la felicidad o la justicia, nada ni nadie, no lo olviden, todo parece insuficiente ante la mala suerte, y lo que queda es defender ese amor con las uñas, a patadas, aunque resulte una mentira del tamaño de la luna. Total.

—¿Qué dices de la luna?

—¿Eh?

—¿Me acompañas?

—Sí, bueno, te acompaño, por qué no. Total.

—Te ves preciosa. De veras —dijo Theo.

—¡Cómo!

¿Cómo? Agnes MacLarty subió al auto. Había sufrido esa noche el susto de sentirse una anciana treintona y necesitaba un piropo así, porque las ocho copas de vino californiano representaban ocho traiciones sucesivas: Agnes había sido alcohólica entre los veintidós y los veintisiete años. Gracias a un riguroso plan de autoestima, al cultivo de su cuerpo y a las terapias de grupo en asociaciones anónimas, había logrado desligarse de una tenaz dependencia a los vodkas de Finlandia, su purgante de penas predilecto, y a pesar de que sus médicos le autorizaban a consumir un trago de vez en cuando, jamás se había atrevido a vaciar ocho copas por el tragaluz de su garganta: ella no estaba dispuesta a pagar el boleto de otra remota aunque posible temporada en el purgatorio. ¿Por qué lo hizo? Ella se lo había explicado a sí misma ante el espejo con una frase demoledora: estaba triste pero también más caliente que una gata en celo.

—Quien habla sola de sus maldades se acuerda.

—Cierto.

—Si prefieres te llevo a tu casa.

—Primero muerta. Secuéstrame.

—No sería mala idea.

—Eres un tipo magnífico —dijo a Theo pero pensando en Tom, y cuando pronunció la palabra «gracias» estaba queriendo dar una disculpa. Bajo el neón de la luna se preguntó qué diablos hacía a bordo del Toyota descapotado de Theo si lo que deseaba era acostarse en la cama a soñar que Harrison le besaba la espalda y le hundía los dedos en el pelo, amasándole el cuero cabelludo, dominándola suave, electrizándola suave, mientras ella bocabajo, erizada, entreabría las piernas en clara señal de rendición y se frotaba el pubis con los pliegues de la sábana, suave, y mordía la punta de la almohada, la chupaba para descubrir en la lengua que el sabor a almidón de la tela la iba enloqueciendo de placer. Cada sueño empezaba con las caricias de Harrison Ford y terminaba con una torpe pero deliciosa penetración de Tom, nunca en el Toyota del profesor Uzcanga. Así es la vida.

—Así es la vida.

—Una gota de anís resbala por tus muslos con la indiferencia de un barco que se aleja —dijo Theo, citando a Francisco Hernández.

—No empieces —dijo Agnes.

En el Dos Gatos Tuertos había un frío de iglú. Lo primero que Agnes comprobó al entrar fue que no colgaban espejos en las paredes. Lo segundo, que el asmático maestro de literatura del Instituto Emerson tenía buen tino al elegir sus cuevas. Lo tercero, que ella no conocía a nadie. Esa tarde, antes de asistir a las fiestas de graduación, Theo había reservado por teléfono una mesa para dos, próxima a la pista, «su mesa» decía con orgullo, y tanta anticipación en los planes, tanta seguridad en el éxito, se le hizo a la instructora parte de un complot sospechoso. Trató de restarle importancia al asunto porque el hecho de que fuera sospechoso no equivalía necesariamente a que resultase desagradable. «Lo que pasa, conviene», pensó. No había acabado de ocupar su sitio en la mesa cuando dejó en claro una sana voluntad de independencia: sin contar con su galán, saltó al ruedo y se sumó a los bailables de la concurrencia en femenino desafío. Theo disfrutó la escena. El bolero se prestaba para que los hombres menos dotados por la musa Terpsícore sacaran a bailar a sus acompañantes y cumplir de esta manera con uno de los requerimientos fundamentales de una invitación al cabaret, pero la irrupción de la intrusa les echó a perder la fiesta. Ni siquiera le prestaba real atención al bolero. Contorsionaba el cuerpo, haciendo intolerable la desigual competencia. Las parejas se fueron rindiendo una a una y abandonaron el campo. Terminó la música y la atleta seguía danzando lejos de las candilejas. Theo la llevó a la mesa —si no, ¿saben qué?, si no Agnes aún estaría en la pista, de espaldas al paredón, bailando con nadie. Así es la vida. Así. Total. Una... El hipo cortó la frase pero iba a decir «mierda».

La mañana y la tarde de aquel sábado estuvo ante el espejo con los labios mordidos, anudando la corbata de la horca con la solemnidad de quien se viste para asistir a un entierro, en este caso su propio funeral, mientras sacaba de la manga excusas para no subirse a la banca de ordeño, ajustarse el lazo en la garganta y dar ese paso con el que había soñado durante dieciocho años. En el último momento encontraba algún error en los amarres y volvía a intentarlos con afán perfeccionista. Aunque efectivos los recursos de su angustia eran de una fragilidad extrema: o bien Strike Two ladraba de pronto y él escondía la cuerda bajo el colchón de la cama, seguro de que un intruso se acercaba por las callejuelas del cementerio de autos, o bien decidía acabar con los moscardones antes de escribirle una carta a su madre donde explicarle las razones del suicidio, o bien pensaba que mejor prendía fuego a sus pertenencias para borrar las huellas de su tránsito por este mundo y evitar así que otros sabuesos metieran los hocicos en el fanguero. Obsesionado por aquella posibilidad dejaba de torcer la trenza mortuoria, abría los cajones del escritorio en busca de las cinco o seis fotos que conservaba de su familia, telegramas y postales de viejos amigos, talismanes que había ido acumulando en el largo peregrinar desde la ciudad de Cienfuegos hasta las costas de Caracol Beach. Cada prenda, por insignificante que fuese, evocaba recuerdos de la isla, la selva o el exilio, y él se entregaba a la tarea de descifrarlos sin otra documentación que los pergaminos de la memoria. «¡Qué salación, Panetela, qué salación!» No resultaba fácil desentenderse del pasado. Un día de locura había pedido al haitiano Zack Duhamel, experto en tatuajes, que le grabara en el antebrazo izquierdo los nombres de sus siete muertos particulares para que fueran consigo a todas partes. Llevaba a flor de piel su propio camposanto. Aquellas lápidas le impedían olvidar a sus fantasmas.

—Cómo mataste a este sinvergüenza, teniente —dijo Zack al grabar el extraño nombre de J. Londoño.

—Otro día te cuento, Zack.

Zack Duhamel era el haitiano pelirrojo y de ojos cordiales que cubría el turno de la noche en La Bastilla. Una especie en peligro de extinción. De la sangre aristocrática de sus antepasados sólo le quedaba un primer apellido francés, cierta elegancia en el trato y algunas acciones del bar. Por lo demás, muchos lo consideraban un asno con mandil. La colonia de haitianos blancos estaba en franca decadencia. Su mejor época había sido en los años de la Ley Seca y muy pocos la recordaban sin los espejismos de la nostalgia. El contrabando de rones y aguardientes del Caribe permitió el enriquecimiento de su cúpula directiva, aunque ese breve período de prosperidad apenas repercutió en la economía de Punta La Galia porque los capos principales huyeron a Marsella en sus yates de recreo con las bodegas

llenas de dinero, dejando en América los cascarones de sus efímeros palacios. Condenada por su destino histórico, decidida a mantener por decreto la pureza de una estirpe que consideraban superior, la decadente comunidad acabó permitiendo casamientos de tíos con sobrinas y primos con primas y pronto comenzó a devorarse a sí misma, intoxicándose genéticamente. En las últimas generaciones apareció una bandada de niños y niñas malformados que evidenciaba una insalvable descalificación de los glóbulos rojos. Zack Duhamel defendió su soltería a capa y espada: de alguna manera, él significaba realmente la última carta de una baraja marcada.

—¿Duele? ¿Quién era J. Londoño? ¿Londoño es nombre o apellido?

—Jota por José. Londoño, apellido. Le decían Panetela.

—¿Y ofreció resistencia?

—Sí. Peleó duro. No. No duele.

—Panetela. Qué nombre tan raro.

—Panetela fue un valiente.

—Nunca había conocido a un matador de tigres. ¿Y dices que era de Bengala?

—Eso digo.

—¿Los de Bengala no son de Asia?

—Los tigres son tigres, Zack.

Y los moscardones, moscardones. Ahí estaban los siete insectos, apenas a unas pulgadas de la cabeza. Les tenía asco. El sábado amaneció tapado de nubes negras. Rompió a llover temprano y no paró hasta la tarde. Las gotas ametrallaban el techo del trailer. Rayos. El soldado había escogido para morir el tema de Yolanda, cantado a dúo por Silvio y Pablo en un acetato del Grupo de Experimentación Sonora del ICAIC. Era su canción preferida. Yolanda. Eternamente Yolanda. Su único gesto de cordura en los últimos diez años era haberse defendido de la nostalgia como gato bocarriba. Al comienzo de su exilio en Caracol Beach, el pasado en la isla se hacía presente de imprevisto: un torrencial aguacero al amanecer, por ejemplo, o un repentino olor a madera de lápiz resultaban suficientes para destruirle el día con las resonancias de muchas preguntas que no tenían respuestas favorables porque estaban en dependencia de una posibilidad de regreso absolutamente vedada para él. Las noches se volvían calidoscopios y el soldado se mareaba en el carrusel de la remembranza. La memoria lo dejaba a la deriva. Fue por esa época que se acercó a círculos de emigrantes cubanos en Santa Fe, y en alguna que otra fecha participó en las fiestas tradicionales de la comunidad, donde incluso se reencontró con amigos de la infancia y beisbolistas famosos, a quienes había admirado desde las gradas de los estadios. Allí conoció a hombres y mujeres azotados por el recuerdo de un país que habían decidido reinventar calle a calle, ancianos en guayabera que apostaban sus propiedades en La Habana o en Bayamo ante una mesa de dominó, señoras que intercambiaban recetas de cocina para impedir a tiempo que se les olvidaran las proporciones; seres envejecidos por los resabios que interpretaban en voz alta las

noticias de la isla como signos de que las cosas habían comenzado a cambiar detrás de ese inalcanzable horizonte de cielo y mar que ellos observaban con atención de fareros; sin embargo, al soldado no le gustaba hablar de política y esa apatía por lo que sus compatriotas llamaban el futuro de la nación acabó por excomulgarlo de la colmena. Durante una celebración de la Virgen de la Caridad, patrona de la isla, el soldado se atrevió a criticar en público a uno de los líderes del exilio, luego de que éste pronunciara un discurso ante la dócil fanaticada, y sus comentarios le merecieron para siempre una cruz en la lista de confiables. El repudio de los suyos fue la gota que colmó la copa; por consuelo de orgullo se dijo que mientras más solo, mejor. La patria se fue simplificando a la velocidad del odio. Un odio hacia sí mismo. Cuba entera cabía en la ciudad de Cienfuegos, Cienfuegos sobraba en su casa y su casa cupo en aquel carromato de circo reconstruido foco a foco en el deshuesadero de coches de la autopista. Entre tanto traste que fue botando en Caracol Beach, sólo preservó un tesoro: el acetato con temas de Pablo Milanés y Silvio Rodríguez. La colonia de haitianos blancos, y en particular Zack Duhamel, algo tuvieron que ver en la solución o absolución de una pena que lo iba desgastando atardecer tras atardecer, y gracias a los consejos del cantinero encontró de propia cuenta la manera de salir a flote. «No te muerdas la cola, teniente. La patria es la cama donde descansas», le dijo Zack al tatuarle los nombres en el brazo izquierdo. El soldado se impuso la obligación de no querer a nadie. Cerró una coraza impenetrable. Salvo para el tigre, el amarillo, de Bengala, que sabía atravesar las paredes como la música: «¡Zun zun zun, zun zundambaé, pájaro lindo de la madrugada!».

—¡Qué salación, Panetela, qué salación! —dijo y volvió a trenzar la jarcia marinera.

Ese sábado sus muertos estaban más vivos que nunca. Se sentía cercado por los espectros. Resucitaban en las carrocerías de los autos, sombras tras los cristales de las vagonetas, y chispeaban en los espejos retrovisores de los autobuses y se escondían en las cabinas de los camiones sin dejar de llamarlo por su nombre, recordándole que era tiempo de que se sumara a la tropa de difuntos y se dejara comer por el tigre. Lo cierto es que la tarde se fue minuto a minuto con la lluvia construyendo una y otra vez el patíbulo, siniestro ejercicio que no conducía a ninguna parte o puede que a una: al corral de su cobardía. Desesperado, buscó un nuevo motivo para posponer el momento de subirse a la banca de ordeño y rajarse de la cuerda como cuelgan de los garfios carniceros los perniles de los marranos, y cuando había pasado el ojal por la cabeza, dejaron de sangrarle las encías, Strike Two vino por sus huesos y él advirtió que había escampado.

El soldado ató la soga en una viga del trailer, dio de comer al perro y maldijo la hora en que había nacido. Se sentía en medio de un estadio de béisbol vacío. Ese sábado terminaría igual que las pesadillas anteriores. Y él no tendría valor para evitarlo. Rata. Otra vez perdería la razón. Durante las siguientes veinticuatro horas andaría por la selva sin hallar la salida del laberinto, y escucharía las voces de los

amigos, ocultos bajo la piel en las tumbas del brazo. Necesitaba ayuda para matarse. Fue por ella. A la guerra.

—¡Qué cojones: voy por lo que es mío! —cuando se alejaba del cementerio de coches en el Oldsmobile, el tigre iba por la autopista siguiendo las líneas discontinuas del separador de carriles. El aro de los siete moscardones obedientes coronaban su cabeza. Atardecía y la figura del animal se recortaba a contraluz entre los coches veloces. De pronto el tigre batió las alas de cisne y un viento endiablado adelantó la noche. Y con ella trajo la luna.

Strike Two se quedó esperando al soldado en la ventana con el hocico pegado al cristal. Allí estaría de guardia las próximas horas, pendiente del salto de los grillos cantarines, del croar de las ranas en los patios húmedos del deshuesadero, de la luz de las luciérnagas que celebraban el nacimiento del domingo, hasta que entrada la madrugada vio regresar a su amo en un auto diferente, con una muchacha de la mano, y abandonó el puesto de observación para darles a ambos una apoteósica bienvenida.

El alguacil Sam Ramos odiaba las pelucas desde que siendo niño vio a un tío materno despegarse un bisoñé como un mohicano que se arranca el cuero cabelludo. Tío y sobrino volvieron a encontrarse en una funeraria del Viejo San Juan, una noche de lluvias torrenciales: el misterioso pariente estaba acostado en un ataúd, expuesto a los suyos a través de una ventanilla rectangular, y en esa ocasión el peluquín se le había corrido hasta la mollera dejando al descubierto una de las muchas costuras de la autopsia. El niño no se curaría de aquel espanto hasta que se le empezó a caer el pelo en la Academia Militar. En pocos meses la calvicie le fue robando espacios en su caja ósea y alguien le recomendó el uso de una peluca. Sam se rapó el cabello. Desde entonces le gustaba decir a sus amigos que jugaba a la ruleta rusa cuatro veces por semana porque se afeitaba con una navaja de barbero, siempre ante un espejo de bolsillo. El filo de la hoja y la fragmentación de la testa representaban un desafío. Un riesgo real, el único peligro al que se enfrentaba cuatro veces por semana ahora que habían acabado para él los días de las guerras. Ese sábado de junio se dio un navajazo en el tronco de la oreja. Un hilo de sangre caliente rodó por el cuello hasta encharcarse en la tetilla derecha. El pulso ya no era el de antes. Menos su paciencia. Cualquiera mañana de esas terminaría degollado. Raquel Gould, su esposa, le dijo que debía aprender la lección: «Para algo existen los barberos». Sam pensó responderle que aquellas afeitadas matutinas le servían para irse acostumbrando a la idea de un accidente fatal, pero se dejó curar la herida sin abrir la boca. Hubiera sido el comentario de un ingrato.

Oficial de rica experiencia en operaciones de logística, en cuarenta años de servicio había merecido el reconocimiento de sus superiores, quienes lo consideraban un subordinado eficiente, poco conflictivo. El capitán Paul Sanders escribiría un elogio gigante en el aval que presentó a la Secretaría de Defensa cuando su compañero de armas pidió el retiro: «Lo recordaré siempre en su puesto de combate, sin esas ínfulas de algunos militares que, obligados por vanidad a ser valientes, acaban comportándose con altanería, cualidad detestable cuando uno se pega como goma de mascar en la pared de una trinchera. No hay muchos hombres que se le emparejen: le sobra lo que a la mayoría le falta». Desde su participación en cinco contiendas armadas, siempre en la retaguardia, Sam Ramos sabía que en una guerra el día más peligroso es el último, cuando la paz está a la vuelta de la esquina, porque a nadie le gusta regresar a casa con los pies por delante, envuelto como un tamal de maíz en la bandera de la patria, así que en el invierno de 1993 pidió a Sanders su traslado para Caracol Beach. Allí podría cumplir su plan para la tercera edad: rentar todas las películas que se había perdido en las carteleras por estar inventariando latas de conservas en los almacenes de retaguardia. El cine de acción era su pasión. Desde

que conoció aquel pacífico arco de playa le pareció un agujero ideal para procurarse una vejez sin contratiempos. Le recordaba San Juan. Fue una sabia decisión. Raquel Gould la había aprobado.

—Es lo mejor —dijo.

—Se acabaron las guerras, mujer.

—Hoy vamos a cenar a la calle para celebrarlo —dijo Raquel—: Nelson me comentó de un restaurante llamado Los Mencheviques donde se come estupendamente. ¿Le digo a Mandy?

—¡Tú también, Raquel! No le digas Mandy. Es ridículo. Nelson. El chamaco se llama Nelson.

—Perdón.

—No sé de dónde salió lo de Mandy.

—Cosas de muchachos.

—No es un muchacho. A su edad... Además, no va a querer acompañarnos.

—Qué poco lo conoces.

—Tú sabrás. Es tu hijo.

Mandy no quiso acompañarlos. Sam Ramos llevaba seis meses al frente de la Comisaría y podían contarse con los dedos de una mano las situaciones de peligro a las que había tenido necesidad de enfrentarse, y sobraban tres dedos. La primera vez que estuvo a un centímetro de perder la vida fue la tarde en que un malcriado gato siamés subió hasta el pico de una araucaria y él se las vio negras para escalar el árbol e impedir a tiempo un final dramático.

—Aquí está su gato, señora Dickinson.

—¿Usted es chicano?

—Puertorriqueño. De San Juan.

—¡Ah!, de San Juan.

—Amarre el gato a la pata de la mesa.

—Dios se lo pague, alguacil.

«Dios no paga, cobra», pensó. La segunda ocasión en que se vio obligado a actuar fue la noche de Semana Santa en que empleados del boliche La Bética reportaron que un emigrante latino estaba armando un campo de tiro al blanco en el salón de juegos: se había parapetado tras el mostrador de la cafetería y lanzaba pelotas y bolos a diestra y a siniestra, impulsados con blasfemias irrepetibles. Cuando Ramos llegó al lugar, el emigrante había escapado.

—Ese tío está completamente loco, alguacil —dijo Manolo El Andaluz, dueño del boliche y viejo conocido de Ramos—: Gritaba que había un león en la sala, un león o un tigre, y lanzaba sillas y botellas para matarlo. ¡Qué león ni qué sandalias! Ese tío lo que necesita es un loquero. ¿Le ofrezco unas tapas para picar?

—Unas tapas no estarían mal, aunque prefiero mi tortilla de patatas —dijo el alguacil.

—Quien estuvo por aquí fue su hijo.

—¿Mi hijo?

—Vino con el ruso de barbas.

—¿Ruso o colombiano?

—Ruso. Todos son rusos.

—¿Y qué te comentó?

—Nada. Se sentó en la cafetería con su amigo. Se veía raro con su pelito pintado de rubio. ¿Natural o peluca? —Manolo no dijo más: el puño de Ramos se incrustó en su nariz y El Andaluz se deslizó por una de las rampas, tumbando los bolos al final de la tronera.

—¡Mierda, Sam! —protestó el dueño de La Bética—: Lo que tienes que hacer es enseñarle a tu hijo que los hombres no llevan tetas postizas en el pecho.

Salvo el incidente del gato en la araucaria y el episodio del boliche, nada digno de mencionar había sucedido en Caracol Beach. Si algo preocupaba a Ramos era que estaba engordando medio kilo por semana. En menos de cien días su barriga redondeó dos tallas extras. No le servían los uniformes. El ocio produce hambre. Esa noche de sábado, Raquel había preparado una hamburguesa doble, término medio, con una bolsa de papas fritas y un litro de jugo de naranjas, pero el lunch no resultó suficiente. Se sentía capaz de comer un búfalo al vapor. Estaba indeciso si encargar un bufete japonés, una bandeja de platillos mexicanos o una pizza de chorizo y aceitunas moradas cuando sonó el timbre del teléfono.

—Comisaría de Caracol Beach, ¿en qué puedo servirle? —dijo.

—¿Alguacil Ramos? —oyó que preguntaban. «¡Púdrete!», pensó. En el otro extremo de la línea estaba la señora Dickinson. La odiosa señora Dickinson. La abominable señora Dickinson. La antipática señora Dickinson. La detestable señora Dickinson.

—¿Qué pasó, señora Dickinson?

Ramos cerró los ojos y entre los fuegos fatuos de la luz vio la imagen de una película con la que soñaba desde hacía meses: un árbol de Navidad tras una ventana. Las guirnaldas. Una chimenea humeante. Nieve. Una ligera cortina de nieve. Un muñeco de nieve con nariz de zanahoria. Villancicos distantes. Un gato que busca huesos de pavo en un cubo de basura. El gato siente la presencia de un caminante. El gato desaparece en un hueco de la noche. El caminante es la señora Dickinson. La insípida señora Dickinson. La indigna señora Dickinson que viene dando tumbos por una oscura y solitaria callejuela. Parece borracha pero esa noche sólo ha bebido aceite de hígado de bacalao. De pronto, la señora Dickinson hace un gesto de dolor, se desploma en cámara lenta: en el centro de la espalda puede apreciarse un puñal afgano, clavado hasta la empuñadura de rubíes. La nieve cubre lentamente el cadáver. La nieve se va tiñendo de rojo. Es sangre de la señora Dickinson. Un buen final. El gato regresa al basurero y, luego de un instante de titubeo, de justificada desconfianza, se mete de narices en el cubo de basura...

—¿Qué pasó, señora Dickinson?

El alguacil alucinó su cara de avestruz y por un par de segundos la imaginó con un gorro de dormir, en pantuflas de Peter Pan, rascándose el ombligo. Estaba viva. Y coleando. El crimen en la oscura callejuela había sido un sueño. También la Navidad, la nieve y el gato. Todo resultó mentira. Una estafa. Ramos se sintió defraudado: cómo permitir la existencia de la señora Dickinson. La inicua señora Dickinson. La maligna señora Dickinson. Su última enemiga.

—¿Qué dice?

—Nada. No he dicho nada.

—Me pareció.

—Le pareció mal.

—¡Ah!

El puertorriqueño podía aborrecer a la señora Dickinson con la misma furia con que algunos lobos odian a ciertos conejos. Si por algo deseaba pasar a retiro era para dedicar el resto de la vida a olvidar su voz de pájara con reuma. Llamaba trescientas veces a la semana para denunciar las catástrofes del balneario: el gato en el pico de la araucaria, unos ruidos de pasos en un jardín, una pareja haciendo el amor bajo el farol de la esquina, unos negros sospechosos dando vueltas por su negocio. La señora Dickinson tenía una tienda de artículos de pesca apenas a unos cien metros de su casa, y aunque había contratado servicios de alarma contra robos, se pasaba la noche en vela. Lo primero que haría, luego de colgar sus hábitos de alguacil, sería cagar el porche de la señora Dickinson. Kilo y medio de mierda. En esta ocasión se comunicaba para informar que unos muchachos perversos, probablemente drogadictos, habían invadido la casa de la familia Lowell.

—A ver, señora Dickinson. No se ponga nerviosa. ¿Qué hacen? ¿Están robando?

—Peor, alguacil: están bailando. Una señorita se ha desnudado sobre la mesa del jardín.

—No es su jardín, señora Dickinson.

—Es mi paisaje.

—Daré una vuelta.

—Rápido, por favor.

—En cuanto acabe de afeitarme la cabeza...

La señora Dickinson terminó su parrafada:

—Se lo dije a la señora Lowell. Ojo. Mucho ojo, Liza: ésas son las malas influencias. La juventud está perdida. En nuestro tiempo no era así, alguacil. Dios nos libre. Pero la señora Lowell cree que con dinero se arregla el mundo. Está equivocada. No quiso escucharme. Como no soy de su clase social. ¿Sabe? Para Liza soy una simple vendedora de artículos de pesca. Nunca me ha invitado a jugar canasta con nuestra vecina común, la soprano belga casada con el hotelero de Tokio. No es que yo esté desesperada por jugar canasta con una cantante. Odio la ópera. Y a los japoneses. Pero me da pena con el muchacho. Lo he visto crecer. Martin tiene futuro... Qué lástima.

—¿Quién es Martin?

—¿Cómo que quién es Martin? El hijo de los Lowell. Venga enseguida. Algo me dice que esta noche va a acabar mal.

—Buenas noches, señora Dickinson.

Ramos colgó el teléfono, convencido de que debía visitar la boutique de un anticuario para comprar el puñal afgano con empuñadura de rubíes y ejecutar el crimen de propia mano. «Entretanto, me comeré un búfalo al baño de María y cuando haga digestión iré a cagarle el porche a la señora Dickinson, aunque ese búfalo sea lo último que defeque», pensó y las tripas sonaron como si se le hubiese roto en los intestinos una vajilla de porcelana.

—¿Me hablaba, alguacil? —oyó que alguien decía desde el fondo de la Comisaría. Ramos había olvidado que esa noche estrenaba ayudante, un joven que respondía al centroamericano nombre de Wellington Perales.

—Búscame el teléfono de la pizzería —dijo.

—¿Qué sucede?

—¿Qué? Que necesito con urgencia una pizza de chorizo, aceitunas moradas y mortadela. Eso sucede. Cuestión de vida o muerte. ¿Está claro? El futuro de Puerto Rico depende de esa pizza. En el cajón derecho del escritorio hay un cuaderno de tapas rosadas donde mi esposa ha apuntado los teléfonos de urgencia.

Ramos terminó de un trago el litro de jugo de naranjas. El líquido enfrió la chimenea del esófago y apagó los incendios del estómago. Un suspiro de jactancia movió la bombilla de la luz. Con el vaivén del foco la sombra calva del alguacil comenzó a contonearse en la pared.

Libreta del soldado. Adivina, adivinador. Parece que no es broma lo de las fieras. Leones, tigres, jaguares, panteras, leopardos africanos o lo que sean. Todos los gatos grandes son tigres. Ernesto Aspirina estaba de guardia y vino corriendo hasta el campamento porque había visto uno del tamaño de un elefante. Dice que lo miraba fijo a los ojos con la boca hecha agua. El teniente Samá se puso cabrón. Le dijo hasta del mal que iba a morir al enfermero. ¿Y si por su estupidez nos sorprenden comiendo mierda en las hamacas? ¿Y si nos tienden una emboscada? Al que se le aflojen las piernas, le hago juicio sumarísimo y le parto el pecho en un palo de fusilamiento. Eso dijo. También dijo que la cobardía se considera alta traición a la patria. «Mejor métete un tiro.» No me joda. En la Sierra no hay leones, mi socio. ¡Pero aquí! ¡Su escopeta! A mí me toca el turno de medianoche. Yo sí que le meto un tiro entre ceja y ceja: eso de venir desde tan lejos a morir entre los dientes de un tigre o de un leopardo no me hace mucha gracia. Samá sacó de la manga uno de sus dichos. Se sabe un montón de dicharachos. Me lo aprendí, pues tiene su cosa. «Sólo a los árboles que dan frutos les tiran piedras.» (...) «¿Un consejo?», nos dijo Samá: «Un consejo no, una orden: a partir de hoy, duermen con las botas puestas». Leo Rubí preguntó: «Por las fieras, ¿verdad, teniente?», a lo que el negro respondió: «No, imbécil, para que puedan correr cuando nos sorprenda el enemigo». Propuse una actividad recreativa: jugar un partido de taco. Cuatro contra cuatro. Nadie quiso. Les metí un teque por la cabeza: ¡Qué cubanos son ustedes, compañeros, que no les gusta jugar al taco...! Antonio Maceo jugaba al taco en la manigua. Colón jugaba al taco con los hermanos Pinzones en la Santa María. Rubén Martínez Villena jugaba al taco en los corrales del Presidio de Isla de Pinos. Camilo Cienfuegos jugaba al taco durante la invasión de Oriente a Occidente. El taco es el taco. Está en la historia. Me plancharon. Deja la verraquera, me dijo Samá: el horno no está para pastelitos de guayaba. (...) Creo que tengo guayabitos en la azotea, como dice Rafaela. Anoche soñé que me encontraba un perro en la calle y lo llevaba a mi casa, que no era mi casa sino un lugar más raro que el carajo, aunque estaba claro que allí vivíamos Catalina y yo, no sé cómo, porque aquello parecía un tiradero de trastos. Nunca he tenido un perro. Un cachorro lleno de sarna. Lo cuidaba. Resultó cariñoso, juguetón. A mi madre no le gusta la idea de una boca más que alimentar porque dice que si nosotros no tenemos ni para comer qué coño le vamos a dar al perro. En el sueño no me regañó. Ni siquiera apareció por ahí. Yo estaba seguro que andaba por ese sitio pero no la vi. El perro iba conmigo para arriba y para abajo. Me defendía. Cuando yo regresaba del estadio, con el bate y el guante, el perrito me estaba esperando en la ventana. Le conté el sueño a Aspirina, que dice ser medio loquero. Me hizo un par de preguntas sobre mi infancia. ¿Y qué diablos tiene que ver mi infancia con mi perro?,

le pregunté. Aspirina me respondió: «Creo que te hace falta un hermano». Puede ser. Cuando regrese a Cienfuegos voy a conseguirme un perro. Tal vez me haga falta un hermano en lugar de un padre. (...) Lo bueno que tienen las guerras es que uno conoce mejor a las personas y a uno mismo. Andar en la cuerda floja entre la vida y la muerte, en obligado equilibrio, resulta una experiencia reveladora. El peligro nos desnuda. Uno se queda con lo mínimo, lo imprescindible. Estoy hablando fino. Pico de oro. Equilibrista. Yo no sabía un chorro de cosas de mí. Es la pura verdad. Tenía la sospecha de ser un perfecto inútil y aquí, en el culo del mundo, he confirmado mis temores. Yo mismo me río de mis cosas. En tiempos de paz es distinto. En la candela uno descubre que el ser humano es un animal que vale la pena. No dejo de sorprenderme. Ocho hombres en la selva. Ocho piedras en un zapato. Ocho basuritas en un ojo. Ocho hombres que nunca nos habíamos tropezado en un mismo camino. Y ahora estamos en un saco. Y la vamos llevando. Cada uno es un mundo. Un mundo. Fulano dice frases de poeta; mengano resulta ser un sabio; esperancejo un gran cocinero. Y yo escribo. Escribo lo primero que me viene a la cabeza. A este paso voy a acabar siendo un artista emérito del glorioso pueblo de Cienfuegos. Lo malo es el leopardo africano. ¿Hay tigres? ¡Qué salación! Voy a encender una vela a la Virgen de Regla. Lo malo es que no hay velas. Aquí no hay ni donde caerse muerto. Lo malo es que han vuelto los moscardones. Cómo joden los bichos esos. Lo malo es que uno está lejos cantidad. Lo malo es lo malo. Con qué bielorruso estará durmiendo Catalina La Grande. ¿Quién se ocupará de sus gallinas? Qué sueño. Me doblo. Estoy partido de sueño. Me encojo en la hamaca. Por un hueco de la hamaca entra un frío de ampanga. Hasta mañana, digo. Nadie responde. Apagan la luz. Ibondá de Akú es una boca de lobo. A lo lejos, donde el diablo dio las tres voces, escucho ladrar un perro.

Esa noche había luna llena, lo cual era sin discusión una afortunada coincidencia porque Laura pensaba que los actos de la naturaleza establecían vasos comunicantes entre eso que algunos llaman los misterios de lo cósmico y lo que otros tienen por las leyes de lo terrenal, aunque la lectura de aquellos signos prodigiosos, al menos para ella, partía de una sensibilidad literaria, incluso poética, y no necesariamente astral o metafísica como pensaba Chuck Mayer, gran defensor de los códigos zodiacales. «La luna llena es propicia para el amor», dijo Laura a la entrada del balneario. Martin supuso que tal aseveración podía interpretarse como un mensaje cifrado y decidió que si de todas formas sus padres lo iban a regañar por la invasión de los amigos, lo mejor sería acumular faltas realmente portentosas para merecer un castigo de igual calidad. Laura debía convencerse de que él podía ser un tipo fuera de serie y se atrevió a tirar sus vacilaciones por la borda. Sin duda una arriesgada estrategia para enamorar a la muchacha más bonita del planeta. Algo había avanzado y Laura le había estampado un beso en la mejilla. Martin no tuvo límites: la marihuana los había borrado.

—Adelante —dijo Martin y los hermanos Mayer no pudieron reprimir una ráfaga de aplausos. La mansión de los Lowell en Caracol Beach había sido construida para pasarla a gusto sin olvidar un lujo. Patio con piscina en forma de corazón, bar en la terraza, cuarto de música, excelentes equipos de sonido, sala del billar, cinco recámaras, aire acondicionado central, y hasta una bodega de whiskys de malta destilados en Glenlivet, vinos blancos del Valle del Loira y oportos de añada, pálidos y caros como colmillos de mamut. Martin había aprendido de su padre que a cada bebida debe corresponder una circunstancia específica, y a aquel convite de amigos venía bien un millón de cervezas, sólo que Martin comprobó que apenas había dos cestas de Corona en la cava de los licores. De esta indecisión se lamentaría mil doscientas veces en las próximas horas. «Tuve en mis manos una caja de whisky», diría a Tom: «¡Qué cosa! Pero no me atreví, hermano. Te imaginas. La regresé a su sitio. Cómo iba a saber. Cómo». Martin cerró la bodega con dos vueltas de llave y dejó dentro a su ángel de la guarda.

—Para luego es tarde —dijo Tom al quitarse la ropa y lanzarse a la alberca desde el trampolín de cabecera con un doble mortal de frente. A Bill Mayer se le cayó la baba. Laura, entretanto, tomó posesión del lugar con su autoridad de reina en blue jeans. A la luz de la luna, bailando sobre la mesa del jardín, podía llegar a ser insoportablemente atractiva. Había nacido para triunfar. Hermosa, alegre, inteligente, se sabía exitosa y no ocultaba la satisfacción que este reconocimiento le causaba. Todos querían con ella esa noche. Estuvo de maravillas, en especial cuando Sting se fue a beber un trago en el bar de la piscina y Albita Rodríguez salió de un disco para cantar entre las bocinas de las bugambilias una guajira de las suyas. «Los blue jeans

se inventaron para Laura», pensó Tom. Imposible desmentirlo. Los blue jeans se habían inventado para los muslos de venado de esa muchacha sin límites llamada Laura Fontanet —que ahora se había subido a una mesa y zarandeaba las caderas con la gracia de su secreta cubanía. La fiesta siguió a pedir de boca. Bill y Chuck Mayer, al frente de la retaguardia, se comprometieron a preparar una memorable pasta italiana y se entregaron a la tarea de llenarles las panzas a sus condiscípulos no sólo de humo sino también de tallarines. Sin embargo, Martin tuvo un fallo en el cálculo de provisiones y la cerveza se terminó a la medianoche.

—¿Y qué? No dijiste que había cerveza para emborrachar al cuartel de bomberos en San Petersburgo —dijo Tom.

«Algún defecto tenía que tener», pensó Martin y le dio risa. El segundo cigarro de marihuana había producido un efecto inesperado: todo le daba risa. Los muebles le daban risa. Qué sillas tan graciosas, con aquellos ridículos espaldares. La mesita de cedro en cuatro patas, caballo sin cabeza, le daba risa. La alucinó galopando por el jardín: las zancas de recia madera habían adquirido una corporeidad musculosa. La señora Dickinson le daba risa. Y las bugambilias qué risa. Y los hermanos Bill y Chuck Mayer, oh, vaya risa. La piscina con forma de corazón le daba risa. A quién se le ocurre. A su madre, Liza Lowell, qué cursi. Y el diseño de las botellas de Coca Cola le daba risa. Y Laura. El culo de Laura amasado en la tela del blue jeans le daba risa. La camiseta de los Lakers le daba risa. Tom le daba risa. Tom, ok, qué risa. Ok, cariño. Y la sogá de la tendedera, en el traspatio. Y su frac de pingüino. Y los vasos de cristal. Y la espuma de las cervezas. Y el tic tac de su reloj. Y las fotografías de los abuelos en la sala, enmarcados en portarretratos de plata. Qué risa. Y el disco de Albita. Y Sting. Y el esbelto refrigerador, qué risa. Y el piano. Y las manzanas en las cestas. Y los picaportes. Y la falsa chimenea, ¡una chimenea en una playa!, qué risa. Y la taza del baño. Y sus pedos. Qué risa. Y sus manos blandas. Qué risa. Hasta la luna, picada de viruela, le daba risa. Mucha risa. Qué risa el queso roquefort de aquella luna. La última llena de su vida.

Tom y Laura estaban esperando el momento para ahuecar el ala y seguir la rumba en otra parte. La habían pasado de maravillas, cómo negarlo, pero al filo de la medianoche querían estar a solas: después de compartir durante seis semestres un mismo salón, pupitre contra pupitre, habían acabado por reconocer que formaban una pareja ideal. Tom era la estrella del equipo de baloncesto y, por lo mismo, el zángano indiscutible del avispero estudiantil, y la abeja reina de Laura se imponía por derecho propio en la tropa de porristas del plantel con ese estilo tan altanero de restar importancia a los encantos de su blue jeans. Los condiscípulos del Instituto Emerson atribuían a Tom un largo expediente de conquistas amorosas y una temeraria habilidad para llevarse a la cama a cuanta dama se interpusiera en su camino, rumor inmerecido que él nunca se ocupó en desmentir porque le subía puntos valiosísimos en el barómetro de la fama; lo cierto es que Tom tenía pavor de quedarse a solas con una mujer porque la vez que se atrevió a pasar una noche con Agnes MacLarty tanto

fue el susto de su verga que no pudo cumplir al pie de la letra con los rituales establecidos para las ceremonias de la intimidad, y acabó siendo violado sin pena ni gloria en la recámara de la instructora de gimnasia rítmica. Laura, por el contrario, guardaba un secreto que le concedía una suficiencia adicional: había hecho el amor con Theo Uzcanga, su poético y patético maestro de literatura española, y aunque el descubrimiento del sexo tampoco fue en su caso la experiencia sublime que había imaginado en sus calenturas de adolescente, al menos le permitió derribar el tabique de la virginidad con relativa fortuna. Guardaba en el corazón la patente de corso que la autorizaba a ser feliz la noche de fin de curso y juró hacer buen uso de ella. Con Tom o con Martin quizás las cosas marcharan mejor. Sólo que Martin tuvo un fallo en el cálculo de provisiones y la cerveza se terminó al filo de la medianoche. Tom y Laura acordaron partir sin despedirse para evitar explicaciones incómodas.

—Me da pena con Martin. Ha sido tan amable.

—Olvídate de Martin.

—¿Y nos vamos así? Me da pena. No puedo evitarlo.

—Lo que pasa, conviene. Mañana inventamos algo. ¿Ok?

Justo cuando emprendían la fuga Martin les cortó el paso con un pedido inaplazable: ir por cerveza a la licorería de la autopista. Se había fumado un segundo porro de marihuana y se sintió con bríos de subir a gatas el Himalaya con tal de que Laura se fijase en él. Por un momento tuvo la tentación de regresar a la cueva donde se atesoraban los vinos. Se contuvo porque no había droga lo suficientemente poderosa para hacerle perder el respeto a sus mayores. Esa indecisión iba de costarle carísimo, pero Martin no podía saber que en el kilómetro dieciséis de la autopista a Caracol Beach el velador del deshuesadero de coches había estado soñando con un tigre de Bengala que traía una rata en la boca.

—Algún defecto tenía que tener —dijo Martin. Laura le hizo un guiño de ojos. También la luna.

El soldado iba pensando que el habanero Agustín Marquetti, primera base del equipo Industriales, pudo haber sido un estupendo cuarto bate en cualquier team de las Grandes Ligas, cuando un Ford con placas de Texas le ganó el único cajón disponible en el estacionamiento de La Bastilla y él entendió el episodio como un claro aviso de tragedia. Dejó el Oldsmobile frente a un edificio en construcción y se encaminó hacia la puerta de entrada con un genio de los mil demonios. El conductor del Ford con placas de Texas era un cowboy obeso con cara de calabaza de Halloween tan hijo de mala leche que ni siquiera dio las gracias por no haberle partido el cuello allí mismo con alguna de las cabillas que se apilaban en la obra vecina, como fue la primera intención del soldado. Lo perdonó. Un rato.

—¡Naciste, cabrón!

El bar estaba poco concurrido. La Bastilla era el peor sitio de Caracol Beach, un socavón sin chiste, frecuentado por los naipes sucios del balneario, puros esperpentos, algún que otro travestí luminoso y cuatro o cinco mercenarios de guerra que venían los sábados a dinamitarse el hígado con las aguas de colonia de una ginebra barata y a tender emboscadas al corazón, atrincherados tras barricadas de resentimientos.

—Hola, Zack —dijo al cantinero.

—Ya te extrañábamos, teniente. Desde que dejaste de trabajar con nosotros apenas vienes por aquí.

—Así es la cosa, Zack.

Cuando el soldado llegó a vivir a Caracol Beach, gracias a las gestiones de una Asociación de Veteranos, Madame Brigitte Duhamel, madre de Zack, le ofreció trabajo en el restaurante de la playa. A cambio de atender las mesas le permitían cenar en la trastienda del comedero, donde preparaban un estupendo pargo al ajillo, y dormir en un pequeño cuarto de puntal bajo al fondo del almacén. A los catorce años de labores dejó el empleo porque comenzó a desarrollar una alergia a los mariscos, pero el soldado siempre les estuvo muy agradecido a los haitianos por haberle dado techo, cobija y alimento en aquellos momentos difíciles de su vía crucis.

—¿Qué te sirvo, teniente?

—Mi veneno para ratas. ¿Cómo está Brigitte?

—Ahí va, lista para cumplir cien años.

—¡Cómo llovió, Zack!

El soldado se atrincheró junto a la caja contadora. Nunca bebía más de una cerveza. Desde la temporada en el manicomio de Lisboa le habían prescrito unas pastillas para noquear los nervios y jamás incumplía la ordenanza médica. Desatendió otros consejos, como el de internarse en una clínica mental cada seis meses para

someterse a chequeos neurológicos, pero nunca dejó de tomarse la pastilla ni siquiera en las crisis más exasperantes, cuando el tigre de Bengala planeaba desde el prado de cúmulos hasta el deshuesadero de coches. En La Bastilla se sentía a gusto porque en ese corral de vacas a nadie parecía importarle su suerte de loco incurable. Se acomodó la pistola en la cintura. Encendió un Camel. La nicotina aplacó la picazón de las encías. «La música está fatal», pensó.

La música estaba fatal. La onda grupera podía desquiciarlo y el cowboy hijo de perra con cara de calabaza de Halloween insistía en poner discos nortños en la rocola para sugestionar con vasos de ginebra a un travestí esbelto, pintado de rubio, que revoloteaba por el lugar como una mariposa perdida en un cráter de la luna. En el vestuario de la frágil mariposa había un detalle que la hacía inquietante. No eran los botines rojos, de fino tacón que le torneaban las piernas perfectamente depiladas, ni la minifalda de cuero que las alargaba hasta el borde de los testículos; mucho menos el cinturón de platino que le exprimía la cintura, tampoco la blusa de satín con escote a la espalda ni las pulseras de las manos ni las almohadillas que le inflaban los senos ni los aretes que resplandecían en las orejas ni las pestañas postizas que de tan exageradas podían considerarse parte del atuendo. Lo más audaz era una prenda inocente, discordante, casi anacrónica: una diadema de ala ancha que le recogía el cabello como niña en un colegio de monjas. Un cintillo azul, blanco y rojo. Un desafío. El soldado creyó ver en el travestí una actitud esquiva hacia el gordo del Ford. La mariposa no sabía qué hacer con las manos. Se las frotaba una contra otra. Se quitaba y se ponía la diadema, injustificada acción que evidenciaba un creciente nerviosismo. Algo le molestaba en el texano. Quizás la manera tan obscena de lanzar besos picudos o la grosería de tocarse la bragueta sin motivo. Lo cierto es que al marica de la diadema se le estaba llenando la copa y no de ginebra precisamente.

—Cerdo —dijo la mariposa y puso la diadema en el respaldo de una silla—: Vaya a joder a su abuela.

—¡Ah!, qué esquiva esta muchacha —dijo el de Texas.

El soldado tragó saliva y consideró la posibilidad de desquitarse de alguna manera: convirtiendo al cowboy en un asesino. Aquel hijo de perra podía resultar un buen candidato. Tendría que provocar un incidente. Darle un motivo. Llevarlo a la guerra. Movilizarlo. Ablandarlo a fuego lento. Tal vez tumbarle al travestí. En fin, joderle la noche hasta que lo matara en defensa propia. Así el de Texas saldría libre en poco tiempo. Ni el peor abogado de oficio perdería una causa tan fácil. ¡Zun zun zun, zun zundambaé, pájaro lindo de la madrugada!

—¡Qué salación: no puedo sacarme esta canción de la cabeza! ¡Pájaro lindo ni carajo!

La esbelta y frágil mariposa bailaba con sensualidad en el centro de la pista. Su figura de culebra parecía fragmentarse por los destellos de luz que difuminaba una bola de espejos diminutos. La melena flotaba en el aire. Los movimientos de la danza no respondían a los monótonos compases de la grabación nortña sino al llamado de

una melodía visceral, en perfecto sincronismo con la tonada del pájaro madrugador que el loco de los tatuajes no podía espantarse de la cabeza. ¡Zun zun zun, zun zundambaé, pájaro lindo de la madrugada! El travestí comenzó a mover suavemente los brazos, al tiempo que aceleraba el ritmo de las pisadas, hasta que de pronto abandonó la pista, buscó la diadema que había dejado en el respaldo de la silla y, echándose la cola del pelo sobre el hombro, se acercó a la barra y le pidió a Zack un vaso de leche.

La leche debía ser baja en calorías y no por vicio dietético sino por hábito, palabra que en castellano tiene dos significados diferentes, ambos aplicables en la solicitud del travestí, porque hábito (disposición adquirida por actos repetidos) puede utilizarse como sinónimo del sustantivo costumbre, y desde niño su madre le enseñó a consumir manjares sin grasa, químicamente saludables; pero hábito además es el traje o vestido que se lleva en cumplimiento de un voto, y él se había propuesto revolucionar Caracol Beach con una imagen de colegial endiablada para lo cual hacía uso y abuso de cuatro recursos sorprendentes: cero maquillaje en el rostro, largas pestañas postizas, una diadema tricolor en la cabeza y un beso de leche en los labios. Zack lo atendió con desgano. Aunque la leche era pasteurizada, sin gérmenes patógenos, daba exactamente igual. En los bares se venden más productos lácteos de lo que las autoridades sanitarias suponen, pues los clientes no van siempre a embriagarse con whisky o cerveza; sería un negocio incompleto: en las cantinas también se neutralizan crudas y se reparan hígados fermentados por el alcohol. La mariposa necesitaba contrarrestar el medio litro de ron que se había bebido esa tarde en su departamento, purgante que en su caso le provocó una reacción infantil, irreflexiva. La vespertina borrachera acabó por desatar una cadena de agresiones contra su armenio, un sastre de una mirada insoportablemente verde. Con lo que se amaban, ¿por qué le puso semejante ojeriza? Nunca hacía alarde de sus llaves de cinta negra ni de sus facultades karatecas ni de sus recursos de luchador greco romano; sin embargo, poco faltó para que el armenio terminara en la sala de urgencias del hospital. Pobre, ni siquiera cerró la guardia. Pedazo de pan. Se dejó masacrar. A mansalva. Aunque muchos en la colonia gay lo considerasen un pésimo modisto de kimonos, el armenio poseía un corazón bien plantado en la tabla del pecho. Si algo en él le había gustado a la mariposa era su cabal sentido de la justicia. Ante terceros, en situaciones embarazosas, siempre salió en defensa de su muchacho con arrojo de caballero de la Mesa del Rey Arturo, sin importarle la derrota, y esa violencia representaba la mejor manera de probar su amor. Sin embargo, en la intimidad de la pareja el armenio nunca se atrevió ni a levantar la mano. Ahora el travestí se arrepentía de haber actuado de manera tan inmadura. De existir la máquina del tiempo diseñada por H. G. Wells, y aun cuando le concedieran una única oportunidad para viajar a la página de la historia que él deseara, desearía la ocasión de visitar el Gólgota con una cámara de video o de meterse de polizone en el Arca de Noé e intentaría regresar el reloj hasta el minuto en que propuso adoptar un niño. Quizás fuese una locura, recapacitó en la barra, pero no una extravagancia como pensaba su hombre. El armenio le expuso razones. No se veía como padre. Prefería un perro. Y el travestí odiaba a los perros. Acabaron a patadas.

—A quién se le ocurre adoptar un perro —pensó y pidió a Zack un segundo vaso de leche. Se sentía un Príncipe Negro al borde de un lodazal. Al gordo con cara de calabaza de Halloween apenas podía considerársele un porcachón en un cilanco de excrementos. El que no estaba nada mal era el fulano con overol de mecánico que estaba sentado junto a la caja contadora. Había registrado la presencia de aquel Jinete Solitario en el extremo de la barra y si no hizo nada por llamar su atención fue porque el puerco del estero no se le despegaba ni un segundo, acosándolo con insinuaciones descaradas. Como el Jinete no traía antifaz, vio que tenía cara de cazador de cocodrilos. La cicatriz que le rajaba la mejilla derecha lo hacía un candidato interesante. Un duro. Un picapiedras. De llevar barba sería irresistible. Para él, sólo para él, había improvisado la sensual danza bajo la bola de cristales diminutos. Los giros de la coreografía intentaban reproducir el ondulante reptar de un caimán. Quedó en culebra. No era su noche. Ni caso le hizo. La onda gruperera tampoco se prestaba para galanteos. El cazador sólo se volteó a mirarlo una vez, con «cósmica indiferencia». El travestí abandonó la pista, buscó la diadema y echándose la cola del pelo sobre el hombro se acercó a la barra.

—Ya te extrañábamos, teniente. Desde que dejaste de trabajar con nosotros apenas vienes por aquí. ¿Qué te sirvo? —oyó decir al haitiano.

—Mi veneno para ratas —dijo el cazador de cocodrilos.

La mariposa se controló las ganas de sacarle conversación al cazador. «La herida parece una lombriz en el garfio de un anzuelo», dijo para sí y se acomodó la falda de cuero. Le apretaba. Contar con un sastre en casa había resultado una desdicha porque a falta de modelos profesionales lo usaba a él para promover sus desatinos, entre ellos esa minifalda acartonada que le exprimía la cintura. Gigi Col, una prostituta muy jaranera, era la promotora de los desfiles que el voluntarioso costurero organizaba al inicio de cada temporada para disfrute de los amigos y vergüenza del maniquí. Su ajuar daba pena ajena. El travestí había aceptado el papel de Isabella Rossellini convencido de que a su madre no le faltaba razón cuando le dijo que toda persona con tres dedos de frente debía ser capaz de hacer concesiones si de ellas dependía la felicidad de un ser querido. La mariposa, claro, las hizo. En especial con su padre, un oficial de carrera que se había propuesto convertirlo en un hombre de armas tomar. Por él practicó artes marciales. Judo. Defensa personal. Aprendió karate. Lucha greco romana. Y fue campeón en varios torneos de tiro deportivo. Pero le seguían gustando los varones. En la adolescencia le angustiaba la atracción que sentía por los infantes del internado militar donde estudiaba y sufría en secreto por algo que su instructor de artillería trató de justificar como una deficiencia hormonal, argumento que motivó su expulsión de la academia cuando su padre noqueó al instructor con un puñetazo en plena nariz. Hasta que un buen día, años después, el futuro travestí leyó en alguna parte esta frase, «No amar a nadie es una inmoralidad», y tomó la determinación de acostarse con quien le latiera en las entrañas. «Sal del clóset», le dijo Gigi Col. La mariposa recordó sus palabras mientras bebía el vaso de leche. «No te hagas rollo.

Asúmeme, chingado. Siempre quisiste llamarte Mandy. Suena bonito, ¿no...? Mandy. ¿Te gusta? Eres Mandy. Di en voz alta: soy Mandy. Sal del clóset de una vez.» Mandy salió del clóset. Desde hacía unos meses se dejaba vestir y desvestirse por el modisto de los kimonos, asumiéndose tal cual era: un ser humano. La mariposa paró las orejas, en el supuesto de que las mariposas tengan orejas.

—¿Quién es ese tipo, Zack? —dijo el cazador de cocodrilos señalando al porcachón.

—No sé. Nunca lo había visto por aquí. Es forastero. Parece una calabaza de Halloween.

—Tienes razón. Un gordo hijo de perra con cara de calabaza de Halloween. Lo odio. Bebe ginebra. También odio la ginebra.

La mariposa volvió a la pista para despedirse con una variación estilo Selena que dejara a los presentes la miel del deseo en la boca. Cerró los ojos. Movía las palancas de las piernas con cadencia militar y los pistones de las nalgas marcaban el ritmo con hechicera seducción. Bailó tres rolas seguidas. Acabó sudando. Ronces. Se imaginaba a la orilla del pantano. Un cocodrilo. La boca abierta. Colmillos. Un hombre aparecía de pronto y la salvaba a riesgo de la vida. Allí mismo, sin mucho trámite, comenzaban a hacer el amor. Duro. Picapiedras. Cuando iba a penetrarla el hombre misterioso se convertía en su armenio. Los tiempos de safari sexual habían terminado. Ya era hora de sentar cabeza. Tener una familia. Adoptar un niño. O un perro. Antes iría a ver a su padre para contarle. Lo extrañaba. A veces lo extrañaba demasiado. Desde que se mudó al departamento del armenio, el travestí no había vuelto a saber de él a no ser por su madre, que lo mantenía al tanto: «El mes pasado rescató un gato que no podía bajar de una araucaria». ¡Su padre, salvando gatos! Otra vez Selena.

El gordo hijo de perra con cara de calabaza de Halloween le vino encima como un alud de manteca de puerco y la invitó a pasear en el Ford que acababa de comprar en una agencia de segunda mano. Babeaba al hablar de su automóvil. Se tocó los huevos. Nada tenían que ver los testículos con el Ford. Absolutamente nada. Ese gesto fue su perdición. La mariposa lo subió en hombros, giró cinco vueltas en redondo y lo lanzó contra el mostrador de la barra.

Sam Ramos se sentía incómodo. El miércoles de esa semana, el capitán Paul Sanders le había encargado la misión de entrenar a quien pronto sería su relevo al frente de la comisaría de Caracol Beach. Las órdenes de un superior no se discuten, se cumplen. Wellington Perales acababa de graduarse en un Instituto Militar de La Florida y ansiaba entrar en acción cuanto antes para demostrar sus habilidades. Era un chico torpe pero hiperactivo, una combinación altamente peligrosa. Creía que para ser agente de la autoridad bastaba con tener buen pulso, y como decía haber ganado un par de torneos de caza submarina no dudaba que él daría mucho de qué hablar en el balneario. Ese reconocimiento público era lo que le faltaba para poderse casar con Sofía Carrasco, su novia dominicana, y estaba dispuesto a lograrlo en tiempo récord. La vida le concedió el deseo. Todos los periódicos del tercer lunes de junio mencionaban al agente Wellington Perales en grandes titulares, unos como héroe y otros como asesino.

—Hoy es el día más feliz de mi vida. He pensado en este momento muchas veces. Estoy ansioso por entrar en acción.

—Siento decirte que si no fuera por la señora Dickinson, Caracol Beach podría considerarse una guardería para lactantes —dijo el alguacil.

—¿La señora Dickinson?

—Cuando la conozcas cagarás pelos de rana y te lamentarás de no haber nacido con retraso mental y te darás con la frente en la pared de ladrillos una y otra vez y te arrepentirás de haber venido a recalar en un balneario llamado Caracol Beach. Acaba de telefonar para decir que unos jóvenes están bailando rock en el trampolín de los Lowell, sus vecinos. ¿Me crees?

—¿Quiere que vaya a ver?

—Si pudiera la asesinaría con un puñal afgano, de esos que tienen empuñaduras de rubíes. Preferiblemente en una calle oscura y solitaria, por la espalda, con ventaja y a traición.

—¿Sabe qué, alguacil?

—¿Qué?

—Nací para ser policía. Me gusta.

—Falso. Nadie nace para ser policía.

—Lo llevo en la sangre. Se lo juro.

—Hay planes mucho mejores. Asaltar bancos, por ejemplo.

—Me encanta la caza submarina.

—Matar tiburones es mejor deporte que matar hombres. Un día de estos me invitas a tus pesquerías.

Wellington Perales contaría su historia a instancias del capitán Sanders que lo

interrogaba sobre la matanza del deshuesadero de coches. Desde niño había sido entrenado para llegar a ser infante, sólo que el proceso de aprendizaje quedó trunco por un sablazo de la fatalidad, la noche que su padre, entonces alférez de la marina, resultó acribillado a balazos en una taberna de Panamá, de manos de un desconocido gatillero. La viuda del alférez juró que ninguno de sus hijos sería carne de cañón. Al cumplir la mayoría de edad, el temperamental Wellington Perales pidió recomendaciones a antiguos camaradas de su padre para entrar en el cuerpo de policía con la esperanza de vengar una muerte que para él siempre tuvo un trágico signo de interrogación. Desde el martes anterior a los sucesos del deshuesadero, cuando el propio capitán Sanders le informó que había sido aceptado en la institución policíaca, con base de entrenamiento en el balneario de Caracol Beach, Perales había estado imaginando una larga noche de persecuciones, asaltos a mano armada y duelos a muerte con gatilleros de Panamá, pero ese sábado pensó que se había levantado con el pie izquierdo porque entre tantos instructores posibles le había tocado en suerte uno llamado Sam Ramos, un puertorriqueño calvo y obeso que decía odiar a una señora apellidada Dickinson y le ordenaba encargar cuanto antes una pizza de chorizo, aceitunas moradas y mortadela, lo cual era una ocupación poco meritoria.

—¿Usted ha matado a alguien, alguacil? —preguntó.

—¿Qué ganas con saberlo?

—Tengo curiosidad. ¿Qué se siente?

—Nada en particular.

—Imposible.

—Quizás que uno es un cerdo. Eso se siente. ¿Más pizza?

—Tenía hambre, alguacil. Gracias. Estoy repleto.

—Me comería un búfalo —dijo Ramos y se puso en pie.

—¿Salimos? —preguntó Perales con ansiedad.

—Quedas a cargo de la Comisaría.

—No se preocupe.

—Claro que me preocupo. ¿Cómo me dijiste que te llamas?

—Wellington. Wellington Perales. El capitán Paul Sanders fue amigo de mi padre.

—Algo había oído...

—Pelearon en Corea.

—Los amigos de Paul son también mis amigos.

—Mi padre murió hace seis años en el Canal de Panamá. Lo mataron. A traición. Perseguida a un terrorista o algo así.

—¿Qué edad tienes?

—Veintidós.

—Casi como mi hijo Nelson.

—Sanders dice que sólo a traición podían ganarle a mi padre.

—Bien, bien... —dijo Ramos—: Ocúpate de la Comisaría en mi ausencia. Y no

mates a nadie a menos que sospeches que pretenden matarte a ti. Sólo así se vale ser cerdo. Yo voy a enfrentarme con la odiosa señora Dickinson.

—¡Ah!, la señora Dickinson.

—Si ves que no regreso es que la estrangulé y me di a la fuga.

—No entiendo.

—Usa tu imaginación.

—Prefiero mi arma. Se dio a la fuga ¿y?

—Y entonces informa al capitán Paul Sanders que he desaparecido en alta mar devorado por una banda de tiburones. Que mi esposa cobre la póliza de seguro. Se llama Raquel Gould. Dile que la estaré esperando en la playa de Zihuatanejo.

—¿Zihuatanejo?

—En La Casa El Arrebato. Ella sabe.

Wellington Perales acompañó al alguacil hasta la patrulla. Luego recordaría con gracia cómo chillaron los amortiguadores del auto al sentir la aplastante sentada del conductor, «más pesado que un elefante de circo sobre el sillín de una bicicleta», dijo al capitán Sanders. De regreso a la oficina se entretuvo revisando las gavetas del archivo donde encontró restos de bocadillos de atún, la libreta telefónica con tapas rosadas y unos cuantos caramelos derretidos por el calor del verano. Aburrido, llamó a Sofía Carrasco y le contó un par de mentiras heroicas. Cualquier tema de conversación entre ellos conducía a los preparativos de la boda y esta noche no fue una excepción: charlaban a gusto sobre la luna de miel en un crucero cuando la plática fue cortada por la voz de una telefonista que irrumpió en la línea para reportar una llamada de urgencia. Desde el bar La Bastilla un tal Peter Shapiro, ganadero de Texas, quería denunciar a un travestí malagradecido que, en complicidad con dos haitianos blancos, le había destruido su flamante Ford en un cajón del estacionamiento público. Vociferaba su cólera, clamando justicia. Los gritos se filtraban por los agujerillos del audífono como hebras de sirlon en un molinete de carnicería. Para que no le estallara el tímpano, Wellington dejó el auricular sobre el papel secante de la mesa y tomó al dictado las frases sustanciales de la acusación: cristales rotos, un albino imbécil, el nombre de la agencia de seguros, asientos destripados y la referencia, dicha al vuelo, de un Oldsmobile reconstruido a pedazos, «una especie de Frankenstein automotriz».

—Gracias —dijo Wellington.

—¡Cómo que gracias! —protestó Shapiro.

—Perdón.

—No sea imbécil. Mueva el culo.

Wellington hundió el botón del teléfono con la delicadeza de un experto que desactiva una bomba de tiempo. «Volví a equivocarme, carajo», pensó. Aún no estaba familiarizado con la retórica policíaca. «Usa tu imaginación», le había dicho el alguacil Ramos. Llamó de nueva cuenta a Sofía Carrasco y le preguntó si había oído hablar de una playa llamada Zihuatanejo.

El Dos Gatos Tuertos resultó ser un sótano lo suficientemente íntimo para conversar a gusto y lo suficientemente concurrido para no aburrirse aún junto a un hombre como Theo, tan dado a la nostalgia. Después de bailar el primer bolero a Agnes le quedaba todavía mucha cuerda en el cuerpo. En el retablo de los artistas los músicos ocupaban posiciones, lo cual prometía una noche divertida. Agnes dudó de las habilidades danzarias de su partenaire, aunque llegado el momento de disfrutar una pieza siempre existía la posibilidad de dejarse llevar por alguno de los muchos habaneros y habaneras que llenaban el sitio, moviendo la cintura a la menor provocación. Pepe Cortés, el dueño del bar, iba de mesa en mesa saludando a cada paisano. Promotor de arte, diplomático nato, Cortés había realizado el sueño de abrir en Santa Fe un espacio para el encuentro de la emigración cubana sin la pesada interferencia de la política y ese cordial esfuerzo había merecido la bendición de la amistad. A Theo le puso una mano en el hombro antes de decir: «Maestro Uzcanga, con usted de nuestro lado la banda está completa: bienvenido a casa», y siguió de largo dejando tras sí una traza de agua de lavanda. Theo hizo un gesto de modestia. «Se cree Harrison Ford», pensó Agnes y pidió su primer trago de vodka en siete años. Total: ya estaba borracha. Le cayó bien. Tuvo suerte. Su solitaria variación del bolero le valió nuevas contrataciones. Bailó un mozambique con un dibujante de Bayamo, un tango con un poeta pinareño, una salsa con un expartenaire de Alicia Alonso, un danzón con un atractivo actor de cine, dos merengues dominicanos con un filósofo de Marianao, una cumbia con un seminarista y hasta un guaguancó con una bailarina clásica, mereciendo una cerrada ovación. Pepe Cortés entró en el retablo y anunció el plato fuerte de la velada: Albita Rodríguez en persona. La noche iba viento en popa. Theo Uzcanga se comportaba a gran altura, con elegancia, sin abrumar a Agnes con citas eruditas ni «versos perversos». No leyó un soneto. No recomendó un libro. No dijo ser un incomprendido. No dio motivo para decir no. Es más: también pidió vodka a pesar de que había estado bebiendo cubalibres desde los brindis de graduación.

—Eres un caballero —dijo Agnes.

Theo Uzcanga era un caballero. El momento que ella estuvo esperando toda la noche, ese segundo indiscreto en que él le propondría hacer el amor en su buhardilla, situación que Agnes planeaba resolver con un desplante al estilo Bette Davis, nunca llegó. Al contrario. La había invitado a Dos Gatos Tuertos en buen plan, sin segundas intenciones. Cuatro vodkas después de los primeros cinco cubalibres, Theo tenía tres simples razones para portarse bien: primero porque acababa de terminar un estudio sobre el erotismo en la obra novelística de Reinaldo Arenas; segundo, la suerte hizo que encontrara a Agnes en plena calle, frente al colegio, y como ella se tambaleaba

junto al poste de la luz igual que un tallo de rosa en un flan de vainilla, él se le acercó para impedir que se rompiera un hueso; y, tercero, porque esa noche de luna llena al profesor se le había clavado el aguijón de un presentimiento fatal.

—¿Qué pasa, poeta? —dijo Agnes.

—¿Eh?

—¿Te comieron la lengua?

En el escenario de Dos Gatos Tuertos, Albita Rodríguez acababa de decir un son que reza: «No me preguntes por qué estoy triste, porque eso nunca te lo diré; mis alegrías las compartiste, pero mis penas no, ¿para qué?». Cinco amigos de Arenas, invitados de Pepe Cortés, subieron al tablado y una dulzona mezcla de perfumes franceses cuajó el ambiente con fragancias de peluquería. Uno de ellos se presentó como La Madre Superiora e hizo un retrato del fantasma de Reinaldo que conmovió a los presentes: «Desde que se voló la tapa de los sesos se instaló en mi cocina y el muy burro insiste en ordenar los trastos, de manera que ahora aparecen los sartenes en el congelador, los filetes de salmón en los cestos de basura y la sal en mi azucarera de plata». La ronda de recuerdos recorrió la vida del novelista en La Habana y finalizó en un coro cantado a capela por el estridente quinteto.

—Se ha ido la noche —dijo Agnes.

—Una más, una menos.

—No te pongas melodramático.

—Dos que se quieran, con uno que se ponga triste basta.

El bar cerró sus puertas a las cinco y cincuenta minutos de la madrugada. Luego sabrían que justo a esa hora a Tom se le partía el corazón con una estaca de fierro y Martin cargaba la ballesta de un arpón de pesca para enfrentarse al soldado de los tatuajes.

—Me has regalado una noche estupenda —dijo Agnes—: Me sentía un guiñapo humano.

—Fíjate —dijo Theo al estacionar el Toyota frente al edificio de apartamentos donde vivía Agnes. Los asmáticos desarrollan un sexto sentido: el de la corazonada.

—Huele.

El aire de sus deficientes pulmones no alcanzó para decir más que ese mínimo imperativo.

—¿Qué pasa?

—Fíjate.

Agnes se fijó. No había nada extraño. ¿O sí? Las constelaciones estaban alineadas en el firmamento. También la luna. La ciudad olía a pueblo, la calle de comercios a huerto roturado, el aire a agua, el agua a tierra, el asfalto a cedro, el domingo a jueves, el mar a campo, lo antiguo a nuevo. Se respiraba un aire de mañana. De rocío. De estrenos. Hasta volaban tontas mariposas alrededor de los faroles, convencidas de que eran salvajes tulipanes, y los perros daltónicos cruzaban de esquina a esquina al cambio de luz en los semáforos. Como había estado lloviendo, las centellas de los

anuncios de neón se reflejaban en los cristales del pavimento y producían un efecto teatral muy convincente, de espejos telegrafados. Seis lentos golpes de campana se deslizaron por los contornos de las casas y de las cosas. Una mujer con delantal de flores, vecina de Agnes, colgaba una pajarera en la terraza. Un tren pitó a lo lejos, detrás del estadio de béisbol. Los silbatos de la locomotora que iba llegando o tal vez partiendo se mezclaron con los trinos de los canarios y los trinos de los canarios con la campanada de una iglesia invisible que llamaba a misa de seis. Silencio. Agnes pudo vomitar. La boca de una alcantarilla se tragó los restos del vino. Theo le apretó el vientre con firmeza. Ofreció un pañuelo. A ella le gustaba el agua de lavanda.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanta perfección?

—Quién sabe: a esta vida no hay Dios que la entienda —dijo Theo. El asma le cerró el tórax.

En ese momento, en el deshuesadero de coches del kilómetro dieciséis a Caracol Beach, un tigre de Bengala abría sus alas y una ráfaga de viento saturaba el aire con gotas de salitre. De las plumas del animal colgaban, entre otros amuletos de protección, cuentas de Oyá, ramas de cundiamor, palos de cañamazo amargo, medallitas de cobre en forma de muletas, guardapelos y escapularios. Al cerrar las alas cesó el viento. Y se apagó la luna.

Para evitar que la puerta se le cerrara en el hocico, el tigre entró en La Bastilla pegado a los talones de un cliente y anduvo entre las mesas, midiendo cada paso con astucia de zapador en un campo de minas. El soldado vio su imagen reflejada en la copa de cerveza. Un chispazo fugaz. Una señal clarísima. La estaba esperando. Sabía que el tigre lo encontraría aunque él se escondiese en el centro de la tierra. Nunca se daba por vencido. Jode y jode. Dale que dale. El tigre. El amarillo. De Bengala. Segundos antes de descubrirlo en el bar, pendiente a sus reacciones, el soldado había vuelto a sentir el sabor a mierda en la boca y le picaron las encías, mordidas por el hormiguero de la infección. Con idéntica cautela que su rival, siguió las maniobras del tigre a través de la copa, como quien observa en un espejo lo que sucede a sus espaldas. Lo vio lamer el plástico de la rocola. La imagen se distorsionaba en la curva del vaso. La cabeza resultaba enorme en comparación con el cuerpo, ridículamente contorsionado. Lo vio tenderse sobre una mesa distante, y martillearse el lomo con la cola. Lo vio arañar los cojines de una silla vacía, afilándose los puñales de las uñas. Lo vio jugando con una bombilla eléctrica que colgaba en el pasillo de los baños. Hasta que en una pausa de la música, la bestia atravesó la pared del fondo y se esfumó con naturalidad. Un olor a amapolas rancias quedó flotando en el ambiente. Los moscardones picaban contra el ventanal desde el exterior, atraídos por la luz de La Bastilla. Tac tac tac, se oía desde la barra. Pegaban con ciega contundencia. Tac tac tac. El vidrio se iba empañando de un líquido viscoso. El tigre pasó calle arriba. Movía las alas sin levantar vuelo. Los moscardones dejaron de atacar el cristal y fueron tras su rey en perfecta alineación.

El soldado se terminó la cerveza a pico de botella. Y su mente se partió en dos. El carrusel de la locura se había puesto en marcha. En su recuerdo, imposible de espantar como los moscardones, el enfermero Aspirina Gómez leía en voz alta la carta de su novia, lo cual provocó de nuevo la furia del maquinista Fernandito López, vecino de hamaca. El teniente Samá intervino a tiempo y evitó que se entraran a golpes. El Filtro Ruedas y Leo La Mosca Rubí jugaban a las damas a la luz de un farol de queroseno: no habían recibido correspondencia de la isla. Fernandito escupía y escupía por la ventana. En la otra orilla de la demencia, Zack batía un cóctel en la licuadora. El soldado encendió un Camel. La onda grupera estaba fatal. La mariposa perdida en el cráter de la luna se ajustó la diadema tricolor. Bebía un vaso de leche. El soldado eructó la cerveza. Zack aplaudió el eructo.

—¿En qué piensas, teniente? —le dijo el haitiano y lo sacó de sus meditaciones.

—Estaba lejos. Muy lejos. ¿Quién es ese tipo, Zack? —dijo señalando al gordo.

—No sé. Nunca lo había visto por aquí. Es forastero. Parece una calabaza de Halloween.

—Tienes razón. Un gordo hijo de perra con cara de calabaza de Halloween. Viene de Texas. Por lo menos, en un Ford con placas de ese Estado. Lo odio. Bebe ginebra.

—Claro que sí, teniente. ¿Le enveneno el trago?

—Lo detesto, Zack. Ocupó mi sitio en el estacionamiento. Tuve que dejar el Oldsmobile frente al edificio de al lado.

—No es justo.

—Claro que no es justo.

—Si te parece, yo lo someto por la espalda para que tú lo muelas a golpes. Luego tatúo su nombre en tu brazo: «Aquí murió un gordo de Texas con cara de calabaza». Muy largo, ¿no?

—Ocupó mi sitio, ¿te imaginas? Estacioné entre puros escombros, Zack, y todo por culpa de ese cowboy inmoral que viene a cazar mariposas en nuestro bar. Nuestro bar, Zack. Merece morir.

—Lo merece —dijo Zack—: Como el tigre. Cuéntame otra vez cómo lo cazaste. Es algo increíble.

—Otro día, Zack.

—Le dije a Gregory Papa Gory, el albino. Le dije que yo conocí a un tipo que se batió cuerpo a cuerpo con un mamífero de éstos, para salvar a un amigo. Cuando le conté, Papa Gory hizo la señal de la Santa Cruz. Es muy católico. Ha bautizado a la manada de niños mongólicos de la comunidad. Un samaritano. No conoces a Gregory, ¿verdad?

—¿Gregory?

—Gregory Papa Gory. Acaba de regresar de Port-au-Prince, después de varios meses por el Caribe francés. Tal vez lo contrate de cocinero. Tiene mano para los mariscos. Y experiencia. Enviudó hace un par de años. Me dicen que hoy vendrá. Está más solo que un perro en una perrera.

—No creo que lo conozca.

—Es el padrino de todos los niños bobos de Punta La Galia. ¿Sabes? Papa Gory me escribió una carta donde dice de puño y letra que nadie puede romperle la boca a un tigre de Bengala con las manos.

—Pues sí... Tendría que haber visto cómo le brillaban los ojos en la espesura de la selva, Zack.

—Cómo brillaban, teniente.

—Le había zafado la pierna a mi amigo.

—Eso dije. Y que le hiciste un torniquete.

—Se estaba desangrando. Tenía la panza llena de hormigas.

—Te debe la vida, teniente.

—Lo estrangulé. ¡Qué salación!

—Papa Gory dice que no hay ser humano que pueda estrangular un tigre. Tengo ganas de ver a Gregory. Siempre hablamos por teléfono.

—Mira, Zack, mira: el marica pintado de rubio está a punto de explotar.

—De veras. El gordo calabaza no sabe con quién se mete: ese marica es un verdadero tigre en una pista de hielo.

—Gran frase: un tigre en una pista de hielo.

—¿Otra cerveza, teniente?

—¿Cuánto te debo, Zack?

—Nada. Yo soy quien está en deuda. Me gusta hablar contigo. Sabes mucho. No te pierdas. Si decides dejar el deshuesadero, no olvides que tu cuarto en el almacén está disponible. ¿Cómo va la alergia?

—Mal, Zack. Todo está mal.

—Razón no te falta. Todo está mal. ¿No esperas a Papa Gory?

—Se me fue mi cuarto de hora.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Da igual, Zack.

—Suerte, teniente.

Cuando el soldado abandonaba La Bastilla, buscó al gordo cowboy-hijo de perra con cara de calabaza que bebía cubos de ginebra y su mirada lo encontró justo en el momento en que la esbelta mariposa le aplicaba una llave de judo, lo subía en hombros y lo lanzaba como un bloque de margarina sobre el mostrador de la barra. Zack aplaudía la paliza con infantil entusiasmo, sin reparar en los destrozos. Al llegar a la calle, el soldado se dio cuenta que el neumático delantero y derecho de su Oldsmobile estaba falto de aire, pinchado por una alcayata de albañil.

Me cago en la madre de los tomates —dijo.

El soldado tuvo ganas de buscar una cabilla en los cascajos del edificio en construcción y golpear las ventanillas del Ford hasta hacerlas añicos. No satisfecho con destruir los cristales, pensó, empezaría a patear los guardafangos y a rajar las vestiduras de los asientos con el cuchillo de la bayoneta que llevaba a medio muslo y a desprender las mangueras de combustible para que el Ford ardiera hasta el culo. Juró por sus muertos que así lo haría y empeñó su palabra, pero primero debía deshacerse del tigre. Al encender el motor del Oldsmobile, las luces de los faroles iluminaron la figura del animal que se alejaba a la carrera, con las alas plegadas, y se perdía de vista en la bocacalle distante, sin levantar vuelo.

—Alabao: qué salación, Dios mío.

El negro albino Gregory Papa Gory iba llegando al bar con toda la calma del mundo. Arrastraba los pies al caminar desde que un ataque de gota debilitó los músculos de sus extremidades inferiores, por lo cual siempre parecía que chapoteaba sobre charcos de agua. Tampoco tenía apuro: «Más vale tarde que nunca», rezaba su consigna preferida. Sus sentencias resultaban efectivas porque las decía con el tono solemne con que se leen los salmos. Después del entierro de los muchachos, Ramos iría a La Bastilla a tragarse dos litros de ron puertorriqueño y Papa Gory le contaría que la noche anterior, la del sábado, la de la muerte, había visto al famoso loco de Caracol Beach subirse al Oldsmobile, y le escuchó gritar un par de frases groseras.

«Nunca olvidaré su cara. Un segundo basta para conocer a un hombre camino al infierno. Palabra. Al pasar junto a mí, nuestras miradas se encontraron y tuve la impresión de que en sus pupilas desorbitadas ardían bolas de fuego. Mal síntoma. De haber sabido, hubiera intentado detenerlo. No me pregunte cómo», dijo. Gregory Papa Gory entró en el bar, pensativo. Zack lo recibió como a un héroe al que devuelven de la muerte los cuarteros de El Maligno.

Libreta del soldado. Yo lo veo y me digo: ¿de qué bombín sacaron a este negro? Verdad. Este teniente Lázaro Samá es un tipo de ampanga. Una bola de humo. Es ñañigo o abakuá, yo no sé mucho de eso. No lo esconde. Tampoco lo pregona. Por eso le han negado el carnet del Partido, a pesar de su historial, que es de Comité Central. Cuando hace cuentos de sus guerras jamás menciona los combates ni las emboscadas ni nada de eso: prefiere hablar de cosas graciosas, ocurrentes, de una pila de personajes que ni en los circos. Un cómico. Desde que lo conocí cargando sacos de cemento en el puerto de La Habana, sin hacerse el bárbaro ni alardear, tranquilo, bolsa para aquí y bolsa para allá, ese negro retinto me cayó en gracia. Todavía me sabe la malta que me tomé con él. Y eso que Samá es santiaguero. Juro que no resisto a los santiagueros. Me dan no sé qué. Una patada en la boca del estómago. Y eso que yo no nací en La Habana. Yo soy de Cienfuegos, una ciudad llena de blanquitos medio franceses. (Ahora está llena de rusos, de bolos). No es eso. Pudiera ser. Pero qué va. Lo que pasa es lo que pasa. Será por el calor, ¿verdad? La gente de Santiago de Cuba es muy confianzuda. No hacen más que conocerlo a uno y a los cinco minutos te están contando con pelos y señales cómo es el tipo que se acuesta con su mujer, de qué tamaño las tienen (el otro y él), cuántos tarros pegó a la novia en los carnavales. Verdad. Lázaro es diferente. Esta página tendré que arrancarla de la libreta para que no la lea cuando me pida el diario, porque no quiero que piense que yo, el hijo de Catalina La Grande, soy un halaleva, un recogekilos, un lambiabotas, un sacamocos ni un chicharrón. Ayer o antier, cuando llegaron las cartas del Estado Mayor se puso a contar cuentos de Juana Bacallao. Estaban de tranca los cuentos. Sé quién es Juana. Qué cubano no conoce a esa negra de quinientos años que camina por medio de la calle como si fuera un automóvil. Tremendo maletero tiene ese colaepato. «Yo nunca he visto nada igual», me dijo Samá. «Cuando esta guerra se acabe y regresemos a Cubita La Bella con un montón de medallas en el pecho, te voy a invitar al cabaret Palermo para que veas qué clase de loca es esa rumbera. ¿Conoces el Palermo? Un cabaret de mala muerte. Está en La Habana Vieja. Detrás del bulevar de San Rafael. Un lugar del carajo: no puede ser peor pero con un traguito de menta se pasa bien. Hasta la peste a orine se te olvida.» El hecho es que el teniente no paró de hablar. A Fernandito López le tocaba relevar a Benemelis en la posta, pero él lo entretuvo con su cantaleta y todo porque Fernandito no había recibido carta de Cuba (cometió el error de casarse antes de partir). Samá es mucho Samá. Me gustan las estrellas. Samá lo sabe. Pues a cada ratito viene y comienza a preguntarme sobre las constelaciones, la luna, Saturno y Venus, a los negros les encanta el planeta Venus. Hablando a lo loco, ¿qué día es hoy? Para mí que sábado 10 de junio o domingo 11. Tengo que preguntar. Viene Panetela. Dice que lo jura por su madrecita santa, que es

verdad, caballeros, que vio movimiento de tropas enemigas a lo lejos y que... (La página de la libreta está cortada en esta línea). Aquí todos hacen planes para el futuro. El maestro Ruedas sueña con un puesto en el Instituto Pedagógico de Matanzas. Aspirina dice que con el aval de ser combatiente internacionalista podrá matricular la carrera de medicina en la Universidad de Pinar del Río. Es verdad. Benemelis sólo piensa en tomarse un helado en el Coppelia de Camagüey. Buen plan. Fernandito se está haciendo el loco. Se le montó el personaje de El Caballero de París. Digo yo. No me cae muy bien que digamos. Tampoco mal. Ni frío ni calor. Debe ser que he hablado poco con él. Tiene cada cosa. Escupe y escupe. Se la pasa escupiendo todo el santo día. Se escupe las manos. Escupe las botas. Escupe su cantimplora. Escupe y escupe. Escupe hasta la comida como un viejo sin dientes. Lázaro dice que no se metan con él. Que ya se le pasará la locura. Leo es un misterio, quién sabe en lo que esté La Mosca. Ese chino ni habla. Es medio gusano. Hay quien (no digo el nombre) afirma que es maricón porque siempre habla en diminutivo. No creo, porque a cada rato recibe cartas de su novia. Eso dice. Que su noviecita escribe cada semana un papalote de diez paginitas, con besitos pintaditos en el bordecito. A mí no me vuelve a coger el verde olivo ni a palos. Lo mío es la pelota pero es redonda y viene en caja cuadrada. Mi cuarto de hora pasó. Se me jodió el codo. En mala hora me subí a esa bicicleta. Tengo que dejar de escribir. Samá está preocupado. Serio. Cara de palo. Ha perdido contacto con la retaguardia. Las comunicaciones son una reverenda porquería. Por la radio, que a veces yo opero, sólo se escuchan una cantidad de ruidos del carajo. A menudo entran frecuencias del enemigo, pero no se entiende ni jota. El aire está lleno de ruidos de estática. Será por los moscardones. Una pila de moscardones. El inglés del maestro Ruedas, nuestro glorioso traductor de escuadra, no alcanza ni para comprar una Coca Cola. Parece que Ibondá de Akú está al cantío de un gallo. Hoy tengo ganas de oír el programa Nocturno de Chucho Herrera, tirado en la hamaca con el radiecito pegado en el tronco de la oreja. Algo de Los Brincos. A Catalina le encantan Los Brincos. Y las gallinas. Hoy eché un pestañazo al mediodía. Tuve un sueño. El del perro no, no, ¿te cuento? Ahora soñé que me caía en un pozo, envuelto en la capa de una sábana. Me perseguían las gallinas. No me dio miedo. Las gallinas revoloteaban a mi lado como angelitos. Cacareaban. Qué sueño. Me muero de sueño. Alabao. Caramba. Ya no sé ni lo que escribo.

«Mi tía Jessica se está muriendo», dijo Tom y sonrió de oreja a oreja. No sabía decir mentiras. Tampoco era bueno para contar chistes. Le faltaba fantasía. Y no sólo porque fuese un muchacho simple sino porque Tom era sencillamente Tom. «No hay diferencia entre él y un caballo hermoso», decían las otras porristas del Instituto. Laura salía en su defensa: «Por Dios: no pidan peras al olmo. Tom es Tom y en esta escuela no hay quien le gane siendo Tom. Algún defecto tenía que tener». La niña de los ojos de Tom era el Chevrolet del año que había ganado en la rifa de una marca de refrescos. Le instalaba cuanto aparato de cierta sofisticación llegaba al mercado, sin descuidar elementos de utilería tan inútiles como aromatizantes con olores a bosques nevados del Canadá, calcomanías de los Lakers y un espray para inflar llantas en alguna emergencia. Cuando Tom se veía obligado a soltar la bomba de humo de una mentira, jamás esperaba que le creyesen. La decía y punto. A quemarropa. Sin elaboración dramática ni técnicas de estafador. Su camino iba por el lado de los músculos. Los deportes lo podían desquiciar. Gastaba verdaderas fortunas en revistas especializadas en fútbol americano, baloncesto y hockey sobre hielo. Las leía con fervor de fraile que se acerca al evangelio. Si alguien se ha preguntado quién compra las publicaciones deportivas que llenan los estantes de las tiendas por departamentos, una respuesta cercana a la realidad sería Tom. El Instituto Emerson heredó su hemeroteca. El cuerpo representaba para él la pagoda de una nueva religión. Había aprobado el curso con notas mínimas pero suficientes para que sus padres siguieran pagando los entrenamientos en los gimnasios. Las situaciones embarazosas que no enfrentó a puñetazos las perdió sin remedio no sin antes intentar la finta de una mentira.

—¿Y mi tía? Si se terminó la cerveza, qué culpa tenemos nosotros. Que tomen vinagre —dijo Tom.

—Dame una mano, Tom. En tu Chevrolet tardamos un par de minutos. ¿Es mucho pedir?

Esa noche resultaba un crimen negarle algo a Martin. Para sorpresa de sus discípulos, el pacífico y atildado heredero de los Lowell, siempre tan correcto, les había inventado una fiesta memorable sin importarle un rábano el castigo que le esperaba cuando sus padres se enterasen por boca de la señora Dickinson de que su hijo había provocado un verdadero huracán en el balneario de Caracol Beach.

—Conmigo no cuentas. Menos con mi Chevy. Lo siento —dijo Tom—: Tengo que ir al hospital. Mi tía Jessica se está muriendo.

—Vamos y venimos —dijo Martin—: Volando.

—¿No hay vino?

—Ese vino es sagrado, Tom.

—Llama por teléfono a tus jefes.

—Me fríen si descorcho un whisky de Glenlivet o una botella de oporto.

—No hay peor gestión que la que no se hace. Con probar no se pierde nada. Graham Bell inventó el teléfono para que los hijos pudieran comunicarse con sus padres.

—Sube —dijo Laura y abrió la puerta.

—¿Y Jessica?

—Jessica puede esperar, Tom. Mañana te acompaño al cementerio para llevar unas flores a tu tía —dijo Laura.

—Ok. Eres un encanto —respondió Tom, sin entusiasmo—: Ver para creer.

Martin no podía soportar la idea de que Laura abandonara la fiesta sin darle la oportunidad de acopiar la valentía necesaria para decir cuánto la deseaba desde la tarde en que la viera allá en la cancha de los deportes del Instituto Emerson animando a su equipo de baloncesto.

—Gracias. Son dos grandes amigos. De veras. Se los juro: nunca olvidaré lo que hacen —dijo Martin con exageración. Estaba subido de copas. Tom puso en marcha el motor del Chevrolet, y Laura comenzó a tararear una canción de Sting. Por el camino Martin reparó en un detalle que podía complicar los planes: su tarjeta bancaria no tenía fondos suficientes, según comprobó en un cajero automático. Había gastado su crédito en el frac de pingüino.

—Yo pago —dijo Tom.

—De ninguna manera. Son mis invitados —dijo Martin.

Fue a Laura a quien se le ocurrió la idea de hacer la última travesura de la noche. Planeó el golpe con gran precisión. En lo que ella cautivaba al dependiente de la licorería, Tom permanecería al volante con los comandos listos para un despegue de emergencia y Martin aprovecharía el momento para robar unos cartones de cerveza.

—¿Qué te parece la idea, Martin?

—Formidable.

El primer expediente del curso apoyó la jugada pues le encantaba el papel protagónico que Laura le había previsto en la acción. En unas horas había logrado acrecentar una nueva imagen de muchacho decidido, tan osado o más que el propio campeón de baloncesto.

—Tú te ocupas del dependiente, Tom permanece al volante con los comandos listos para un despegue de emergencia y yo robo unos cartones de cerveza.

—No podemos fallar.

—Es un hecho —dijo Martin.

A Tom no le hizo gracia la posibilidad de complicarse la noche con jugadas riesgosas y contaba como perlas de un rosario los minutos que faltaban para deshacerse del obstáculo de Martin y quedarse a gusto con Laura, varados en cualquier rincón de Caracol Beach.

—No cuenten conmigo —dijo Tom.

—Era una broma. Qué poco sentido del humor —dijo Laura—: Estoy más feliz que una lombriz.

Tanto disgusto le dio a Tom el haberse comportado como un idiota que perdió la concentración en el volante y estuvo cerca de chocar con un Oldsmobile pintado de rojo que iba por un eje perpendicular con las luces apagadas.

—¡Cuidado! —dijo Martin. Tom esquivó el encontronazo con una maniobra de Fórmula Uno.

—¡Muérete, cabrón! —gritó.

El soldado pensó que no sería mala idea. De eso se trataba: de que lo mataran. Echó en reversa y decidió seguir al Chevrolet, que iba dando zigzag por la carretera. La escena resultaba graciosa. De película. Ahora para aquí. Volante. Ahora para allá. Volante. El auto parecía borracho, como si trajera el tanque lleno de ron y no de gasolina. El soldado imitó la acción de sus perseguidos y el Oldsmobile comenzó a hacer vaivenes audaces, a unos veinte metros de distancia. Muérete, cabrón. Volante. Naciste, cabrón. Muérete, cabrón. Naciste, cabrón. Volante. Muérete, cabrón, se decía el loco, con la vista fija en ninguna parte. Se puso la pistola entre las piernas. La mirilla apuntaba hacia los testículos. Tal vez se disparara sola aunque no tuviese percutor porque la había comprado en una feria de diversiones. Era una browning inservible pero convincente. Una pieza de catálogo. Tal vez se disparara sola. Bang. Bang. El diablo también hace milagros. Muérete, cabrón. Volante. Naciste, cabrón. Muérete. Al tener una llanta baja de aire, el neumático derecho del Oldsmobile chillaba en el asfalto, igual que una rata en la boca de un tigre de Bengala.

La pizza de chorizo, aceitunas moradas y mortadela todavía se maceraba en los jugos gástricos de su estómago cuando Sam Ramos llegó a la casa de los Lowell con una orden de registro firmada por él mismo, sólo para encontrar a Albita Rodríguez cantando en el jardín, un reguero de botellas vacías y a los hermanos Bill y Chuck Mayer dormidos sobre una balsa de hule en las pacíficas aguas de la piscina. En el espejo del bar alguien había escrito un mensaje con crayolas: «¿Adónde fueron? No tienen perdón de Dios. Chao». Ilustraban el texto tres caricaturas. A Ramos le resultaron graciosas. El primer dibujo representaba a un muchacho raquítico, encorbatado, con enormes ojos de sapo y unos gruesos lentes de miope: sostenía en la mano una balanza. «Albert Einstein», pensó Ramos. El segundo dibujo exageraba a un émulo de Mister Universo, con una boca en forma de tajada de sandía, orejas descolgadas y perfil griego, no desprovisto de cierta estupidez en el rostro. «Tarzán de la Selva», dijo. En la tercera gráfica, una amazona despampanante posaba sin ropas y se cubría los senos con dos cáscaras de plátano, mientras en un globo de historietas intentaba justificar la desnudez con una frase: «¡Oh!, no, ¿qué se piensan, malditos?: yo solamente quería bailar rock and roll en Machu Picchu». Los dibujos estaban tan bien realizados que cuando el alguacil encontró a los modelos originales en el deshuesadero de coches, al Tarzán ensartado en un hierro viejo, y a Einstein descosido a balazos, pudo identificarlos por las caricaturas.

Sam Ramos estaba pensando en algún buen insulto para calificar a la nefasta señora Dickinson cuando escuchó a Albita Rodríguez en los altavoces de las bugambilias. Le cayó arriba el techo de la noche, estrella por estrella, y se acordó del viejo San Juan, de las parrandas con amigos del barrio, de sus sueños de grandeza y también de su hijo. Sintió una punzada en el pecho. Nelson era el mejor de sus fracasos. El peor de sus triunfos. El último maestro con quien había conversado sobre el futuro del muchacho le había advertido que estaba a punto de perder los estudios. «Quizás convengan unas clases de judo. Tiene su problema hormonal, ¿sabe?, los modelos masculinos no son los apropiados para una sensibilidad como la suya», comentó el instructor de artillería en la dirección de la Academia y Ramos lo tumbó con un puñetazo. El año entrante Mandy terminaría sus estudios y la noche de graduación se iría con sus compinches a celebrar la heroicidad de ser peluqueros. Estilistas. Iba siendo hora de ocuparse de Nelson y lo primero que debía aprender era a decirle Mandy sin avergonzarse. El muchacho le dolía. Padre e hijo no se habían atrevido a conversar sobre el tema de la homosexualidad porque Ramos era, y no lo ocultaba, un homofóbico a la antigua. ¿Cuándo había surgido esa desconfianza que acabó por abrir entre ellos una zanja insalvable? ¿En qué momento comenzaron a temerse? ¿Dónde estaba la falla? Ramos había entrenado a cientos de jóvenes, y en la

mayoría de los casos había conseguido convertirlos en hombres duros, recios, pero descuidó el frente más débil: su casa en la retaguardia. «Tengo que pasar a ver a Nelson», pensó mientras trataba de apagar el equipo de sonido en la sala de los Lowell. «Mañana lo invito a tomar una copa. Mejor a comer. Arroz blanco con habichuelas, unos tostones.» La rectificación del proyecto se explicaba porque seguía teniendo un hambre feroz, a pesar de la pizza de chorizo. «Soy un imbécil», dijo y se propuso cenar con Nelson para ver si así lograba recuperar el tiempo perdido en el corazón humano que más quería en este mundo. ¿Por qué no? Nunca es tarde para decir te amo a un hijo. Uno de los dos debía ceder y ése sería él: un cerdo calvo y gordo llamado Sam Ramos. Amaba a Nelson. Las guerras no siempre terminan en victorias o en derrotas. Alguien debía proponer una tregua, levantar la bandera blanca, decir basta. El cerdo calvo y gordo llamado Sam Ramos permitiría que Nelson llevara a su nueva pareja para que probara el sabor de las habichuelas rojas. Un oso de Siberia. ¿El oso era ruso? No, lituano. ¿Acaso uzbeko?

—Ruso. Todos son rusos.

Albita Rodríguez se rió entre las bugambilias. Ramos rescató a los náufragos con el rastrillo de jardinería y antes de sacarlos a tierra firme los remojó en las aguas de la piscina para que se les esfumaran las ascuas de la borrachera.

—Arriba, náufragos, la pachanga se acabó: vayan a dormir la mona a otra parte. No hagan que los meta presos —dijo.

—Gracias, oficial —dijo Bill.

—Ahuequen el ala.

—Si llegan Martin, Laura o Tom, usted les dice que nos cansamos de esperar y nos fuimos.

—¿Martin, Laura o Tom?

—Fueron por cervezas.

—Yo les digo.

—¿Qué hora es? —quiso saber Chuck.

—La de irse.

Ramos los dejó partir sólo cuando estuvo seguro de que uno de ellos podía conducir un coche con cierta garantía. Al rato, se comunicó por el radio de la patrulla con el cazador de tiburones Wellington Perales.

—¿Qué ha habido de nuevo?

—Sin novedad en el frente.

—Entonces voy a pasar por casa de mi hijo Nelson. Si ves venir un maremoto, allí me encuentras.

—A sus órdenes, alguacil.

Ramos no pudo evitarlo: miró hacia la casa vecina y vio a la señora Dickinson como la había imaginado en la Comisaría, con un gorro de dormir hundido hasta el arco de las cejas, espiando tras las cortinas. Ramos escupió el césped. Su tolerancia y capacidad de perdonar tenían un límite: la aborrecible señora Dickinson. La

antipática señora Dickinson. El odio era más fuerte que la cortesía. Con gusto le cagaría el porche esa noche. Por saludo, hizo un corte de manga muy siciliano. Luego subió a la patrulla y se alejó de la casa. Albita Rodríguez seguía cantando entre las bugambilias.

—Sí, soy un cerdo —dijo al no poder impedir que la panza le rozara en el aro del timón. Cuatro cuadras arriba, un fuerte olor a arroz blanco y habichuelas rojas le dio una cachetada. Detuvo el auto en un cruce de calles. ¡Quién se atrevía a cocinar a esa hora una cazuela de arroz blanco y una olla de habichuelas rojas! Las ventanas de los edificios cercanos estaban cerradas, como nichos de un extraño panteón. Entonces comprobó que todo, absolutamente todo, se cocía dentro de su pecho, al vapor de los remordimientos. Nunca se dejaba avasallar por la morriña de San Juan, ciudad que apenas recordaba a no ser por los olores y sabores de una juventud remota. Ramos había huido de la isla (siempre usaba el verbo huir) a los veinte años de edad, y juró que jamás volvería a pisar el portal de su casa a no ser que lo hiciera con gloria. Y el pecho lleno de medallas. A partir de la fuga se fue alejando de los suyos poco a poco hasta llegar a perderse de vista en los confines del planeta, pero con el tiempo había comenzado a acercarse al mar Caribe metro por metro. ¿Por qué inconsciente mecanismo de defensa se fue dejando doblegar por la nostalgia? Esa madrugada, en una encrucijada del camino, arrinconado en Caracol Beach, encontró una buena razón y supo que la patria es necesaria en dos momentos de la vida: al inicio del cuento, cuando se es niño, porque si no se acaba siendo un huérfano sin cielo ni raíces, y cuando el lomo se dobla ante el tonelaje de los años, pues un viejo pesa menos si a la tumba lo lleva de la mano el inocente que un día fue. Y de repente aquel aroma de habichuelas, aquel soñado y humeante plato de arroz sobre las brasas. Arroz blanco. Desgranado. Con cabezas de ajo fritas en aceite de oliva. Unas hojas de perejil. Las habichuelas espesas. Un trozo de calabaza de Castilla. El silvestre olor del comino. Resignaciones. Mierda e infancia. Ramos se recostó al volante. Estaba incómodo. Le picó la herida que se hizo al afeitarse. Mandy era su pánico. El muchacho vivía en uno de esos inmuebles. Raquel le había dicho dónde pero lo había olvidado. ¿El edificio de la derecha? ¿Acaso el de la izquierda? No, el de la derecha. Cuarto piso. Un, dos, tres, cuatro. Sin duda. Allí, en esa jaula con balcón a la calle donde colgaba una ridícula banderita de Puerto Rico. «¿Subo o no subo?», dudó. Un segundo antes de huir, siempre huía, Ramos encontró sus ojos en el espejo retrovisor y, aunque quiso evitarlo, sintió un repulsivo latigazo de piedad.

Laura dijo que la frase «más feliz que una lombriz» era una estupidez de marca mayor porque nadie, absolutamente nadie, podía saber cómo sienten los gusanos, y por lo tanto la comparación resultaba de dudoso valor poético. Martin hizo una erudita disertación sobre la cochina vida de los anélidos, en especial los intestinales («que sólo sirven para que las muchachas bajen de peso sin necesidad de someterse a una dieta rigurosa»). No obstante, les reconocía a las lombrices el mérito de aportar a la corteza terrestre el abono del mantillo, pero en cualquier caso alimentarse de mierda o de fango no parecía un buen motivo para sentirse alegre. Aburrido con la plática, y disgustado consigo mismo, Tom perdió el control del volante y estuvo cerca de impactarse contra el coche del soldado. «¡Muérete, cabrón!», gritó.

El aire de la carretera les subió a la cabeza los vahos de los alcoholes. No había un cliente en la licorería. Martin recordaría haber visto el Oldsmobile pintado de rojo con el que Tom había estado a punto de chocar en el cruce de caminos pero en ese momento no le concedió importancia. Laura prefirió quedarse dormitando en el asiento trasero del Chevrolet: «No se demoren mucho», dijo y encontró almohada en el filo de la ventanilla.

—Es cosa de un par de minutos —dijo Martin.

Tom vio que un hombre entraba en la tienda y se fijó que traía una cicatriz mal zurcida en la mejilla. Al cruzarse con él en el pasillo sintió mala vibra: el hombre olía a aceite de hígado de bacalao. Tom no comentó nada a Martin. El desconocido se echó al bolsillo una tableta de chocolate y se fue caminando en reversa como esos comediantes de las películas silentes que vuelven sobre sus pasos cuando se rebobina la cinta.

—¿En qué piensas? —dijo Martin.

—En que este mundo está lleno de locos. Ver para creer.

Antes de pagar la cuenta, Martin volvió a ser el correcto Lowell de siempre. Junto al anaquel de las cervezas sintió el deber de jugar limpio y confesarle a Tom que por el amor de Laura estaba dispuesto a luchar en cualquier campo de batalla. Tom hizo acopio de paciencia y lo escuchó sin chistar, hasta que Martin remontó la historia de su pasión a los lejanos días en que se conocieron en la cancha de baloncesto. Se disputaba el campeonato distrital, contra el equipo del colegio enemigo. La instructora Agnes MacLarty dirigía a las porristas desde las gradas. La familia de Martin acababa de mudarse a Santa Fe, seducidos por la posibilidad de encontrar una bonita casa en Caracol Beach, y el muchacho aún no había elegido en qué academia terminar sus estudios. Esa tarde visitó el Instituto Emerson y no se le antojó mucho. Le resultaba un sitio demasiado liberal. Estaba por regresarse cuando el bullicio de la fanaticada lo llevó hasta el tabloncillo de baloncesto. Laura estaba bailando en el

centro del terreno, batuta en mano. Los muslos de venado de la muchacha se convertirían pronto en una obsesión. Tom nacía como héroe. Anotó treinta puntos para llevarlos a la victoria. Martin quedó ronco una semana.

—Quedé ronco una semana.

—Ok. Muy disputado. De principio a fin —dijo Tom—: Anoté treinta puntos.

—La amo desde entonces.

—Ok. Desde entonces la amas, ¿y?

—Y no puedo dejar de pensar en Laura. Sé que tú también la amas, Tom. Lo sé. No tienes que decírmelo. Aquella tarde lo supe. Anotaste treinta puntos para informar oficialmente a todos los alumnos y profesores del Instituto Emerson que el gran Tom amaba a Laura Fontanet como un ciego a su bastón. ¿Ok? Dime la verdad.

—Ok. ¿Y qué más? —Tom pensó que la apreciación de Martin no era rigurosamente exacta. No le pintaba monos a Laura sino a la instructora Agnes, y hasta cierto punto tuvo éxito porque se la llevó al sartén, dorándola con la mantequilla de los besos. Esa noche se acostó con ella y a pesar de la dudosa erección de su verga la conquista podía considerarse un triunfo.

—Querías que todos supiéramos que Laura sería tuya.

—Ese día Agnes me hizo un comentario parecido.

—No te entiendo, pero es tu gracia, tu estilo: que nadie te entienda. Cada vez que encestabas, te volteabas a mirar y Laura te sonreía. No lo niegues.

—No lo niego.

—Yo estaba en las gradas. No los conocía. Era nuevo. Un extraño. Un pájaro raro. Un simple espectador.

—No te recuerdo.

—Nadie me recuerda. Siempre paso inadvertido. Soy un cero a la izquierda. Una lombriz solitaria. Ése es mi principal atributo.

—¿Qué hacías allí?

—No me digas que no: estabas cazando a la reina.

—Es una manera de decirlo.

—Qué quieres. La amo, hermano. Te lo juro. Estoy dispuesto a todo. Mátame si quieres. Pensarás que estoy mal de la cabeza. Ok, como tú dices. Estoy mal de la cabeza.

—Ok. Estás loco.

—Mierda: siempre dices Ok.

La escena podía prolongarse demasiado. Tom decidió cortar el hilo del discurso con una propuesta de caballero:

—Que ella decida —dijo, absolutamente convencido de la ventaja que llevaba a su rival.

A Martin le pareció un acuerdo aceptable y con renovado optimismo se encaminó hacia la caja contadora para liquidar la compra y regresar cuanto antes al Chevrolet. Por la rampa del estacionamiento se iba diciendo que invitaría a Laura a su cuarto.

Con un botella de vino blanco en los riñones, le diría cómo el planeta tierra se abrió en dos mitades cuando ella lo besó en la mejilla, apenas hace un rato, ¿o un siglo? Tom se retrasó un par de segundos, buscando unas gomas de mascar en la estantería de las golosinas. En ese preciso instante, aunque no lo supieran, los dos amigos habían comenzado a morir cerca del kilómetro dieciséis de la autopista entre Santa Fe y Caracol Beach.

Libreta del soldado. La vida tiene su cosa: tiene espinas y tiene rosas. Así dice la canción. Mañana cumplimos (tachadura) en Ibondá de Akú y parece que ha pasado un siglo. Lo que pasa es que no pasa nada. En los entrenamientos, allá en Cuba, nos proyectaban películas sobre la Gran Guerra Patria y, claro, la defensa de Leningrado, que duró un montón de meses, estaba condensada en dos horas de función, a color, con música de fondo, de manera que los combates resultaban emocionantes, pero en la cruda realidad uno descubre que las guerras están llenas de tiempos muertos, de rutinas, de tedio espantoso, abre y cierra trincheras, súbete a un árbol, busca agua en el río, y los tiros no se ven por ninguna parte, o se escuchan como truenos de un aguacero que está cayendo en casa del diablo, hasta que, supongo, llegará el día en que a uno le toque mojarse con la lluvia de plomos y sean otros los que vean nuestros relámpagos a la distancia, mientras abren y cierran sus trincheras. Dice Panetela que nosotros sí somos los siete samuráis (el loco soy yo), porque por techo y sardinas venimos a defender el destino de un pueblo del cual nunca habíamos oído hablar. Lo que yo sé es que no sé qué estoy haciendo aquí. En lo que se mata al enemigo, o el enemigo nos mata a nosotros, tenemos que ir matando el tiempo. (Hoja perdida) Fernandito se la pasa escupiendo. Leo me dijo que el otro día Fernandito le dijo que pensaba desertar. Quiere regresarse a casa. (Hoja perdida) El teniente Samá dormía con la boca abierta, bajo la mata donde a veces nos sentamos a comer, y Panetela fue y buscó un tubo de pasta de dientes para echarle un chorrito en la bamba. Así lo hizo. Lázaro se levantó de un brinco, como si le hubiera picado el culo una abeja y desfundó la pistola que siempre lleva a la cintura. ¿Qué pasó?, exclamó escupiendo la pasta, medio babeado: qué pasó aquí. Qué pasó. Que tenía la boca abierta, teniente, dijo Panetela. El negro se guardó el arma y respondió con una seguridad del carajo: Yo la abrí. Aplaudan, ¿no? (Al margen, con otra letra y tinta roja, se lee: «¡Me la vas a pagar, cabroncito!») Nos morimos de la risa. ¡Ay!, si no fuera por esos momentos. Al rato, Lázaro hizo un chiste. Un pujo. A nadie le hizo gracia. Es un plomo haciendo chistes. Aspirina leía en voz alta la carta de su novia, lo cual provocó la furia de Fernandito. Pobre tipo. Está cagado de miedo. Por eso mismitico tiene malas pulgas, está de mírame y no me toques, a punto de entrarse a puñetazos con cualquiera a la más mínima provocación. Tú nunca sabes cómo va a reaccionar un cobarde. Los extremos se tocan. Mieditis agudas, dijo nuestro enfermero que tiene ojo clínico. El Filtro y La Mosca no han recibido correspondencia de la isla. Yo estaba afuera, escribiendo. Había poco que apuntar. Lázaro se sentó a mi lado. «Juana Bacallao es un fenómeno, mi socio. ¡Qué negra esa! Yo nunca he visto nada igual. Cuando esta guerra se acabe y regresemos a Cubita La Bella con un montón de medallas en el pecho, voy a invitarte al cabaret Palermo para que veas qué clase de loca es esa

rumbera. ¿Conoces el Palermo? Un cabaret de mala muerte. Está por detrás del bulevar de San Rafael. Un lugar del carajo: no puede ser peor pero con un traguito de menta se pasa bien». (...) El domingo, creo que fue el domingo ¿o el lunes?, el teniente Samá nos bajó un discurso de apaga y vamos, para levantar la moral combativa de la tropa, dijo, que había empezado a debilitarse con unas latas de sardinas que salieron rancias y nos pusieron a cagar pescaditos por los matorrales. Bueno, empezó hablando de Carlos Manuel de Céspedes y la Protesta de Baraguá, siguió con la voladura del Maine y la República mediatizada y acabó citando palabras de Enrique Arredondo, Cheo Malanga. Para rematar la muela, antes de pronunciar la consigna de Patria o Muerte, dijo desde la tribuna de la silla: Compañeros y compañeras (lo de compañera supongo que sería por Leo Rubí), soldados, gritó el teniente, para finalizar la arenga patriótica: ¡Seamos hoy mejores que mañana!, y el propio Leo respondió en el acto, un segundo antes de que estallaran los aplausos: Sí, Lazarito, cómo no, todos los días un poquito peor. Verdad. Qué gracioso. ¡Ay...! Y me acordé, con el discurso del teniente, de una cosa que pasó hace tiempo. Debe haber sido hace cinco o seis años. La comadre Rafaela estaba en casa, buscando raspa de arroz para las palomas. Yo leía el periódico Juventud Rebelde. Y tú, Catalina, te comías una guayaba que te acababan de regalar. En eso, se te cae al suelo el culito de la fruta, ¿te acuerdas?... Te agachaste a recogerlo y quedaste en cuatro patas, con las manos en el piso y las nalgas mirando para arriba como una pomarrosa en la quilla de un ferrocemento. Cuidado, te dije, mira que así mismitico volaron al Maine, y tú me respondiste, suspirando, con la guayaba en la boca: ¡Ay!, hijo: suerte que tienen algunos barcos. Rafaela, Felita, por poco se muere de la risa ese día. Aplaudan, ¿no?

«Demasiados sustos para una noche», se dijo Laura y zafó el broche del blue jeans. Se sintió liberada. Suspiró. El fin de los estudios, la confirmación de la beca en Los Ángeles, el descubrimiento de un Martin audaz y el sorprendente clinch con Tom habían sido muchos sobresaltos para una luna llena. Saberse deseada por los jóvenes más prometedores de su generación, cada uno en su estilo, hizo crecer su vanidad. Jugaría con ellos como una gata con dos ratones y en la meta del triunfo no se quedaría con ninguno, al menos esa madrugada, porque esa madrugada sólo deseaba una cama donde dormir unos doscientos años, al menos. ¿Cuántos vasos de brandy se había bebido? ¿Veinte? ¿Treinta? Y cinco mil cervezas. «Ya ni sé, mamá: perdí la cuenta», pensó. Laura no veía llegar el momento de quitarse el blue jeans que le cortaba la circulación. Desde la tarde del viernes, y ante un jurado calificador integrado por don Claudio Fontanet y Emily Auden, había modelado una docena de vestidos escandalosos, adornados con joyas de su madrastra, pero a última hora ignoró las propuestas del tribunal familiar, que votaba por un traje rosa mexicano de intachable factura, y eligió el viejo blue jeans de mil batallas que tanta suerte le había traído en su carrera de porrista, aunque ella supiese que acabaría odiándolo: con los sudores del baile, la tela se le pegaría a la piel como cola de sirena. «No sé dónde me encuentro / porque no sé dónde te encuentras», dijo. Eran versos de Francisco Hernández. Y cerró los ojos. Vio a Sting. Tal vez por estar en brazos de Sting nunca supo de qué pesadilla saltó aquel loco que la estranguló con la tenaza del brazo y le clavó en la sien el cañón de una pistola.

—Aplaudes ¿no? —dijo el hombre.

—¿Qué hace?

—¿Me invitas?

—No me haga daño.

—Siooo. Cállate. Cierra la boquita. Yo te estaba mirando. Mirando. Y me dije, la dejaron con el bate al hombro. Y vine. ¿Viste mi pistola? ¿Por qué te iba a hacer daño? ¿Tú sabes quién yo soy? ¿Tú sabes? ¡Tú no sabes nada! No te hagas la bárbara. Mira, si te portas bien no te pasará nada.

—Por favor.

—Tus amigos no saben que el tigre está en camino.

—¿Quién es usted?

—Adivina, adivinador.

No. No era Sting, sino un hombre de unos cuarenta años con la musculatura de un toro, latino a juzgar por su maltratado inglés, que vestía un overol de mecánico al que había recortado las mangas de la camisa para dejar al descubierto una lista de nombres tatuados en el brazo izquierdo. El miedo agudizó los instintos y gracias al

poder infinito de la desesperación Laura pudo fijar en la conciencia la imagen del agresor hasta el punto de reparar en detalles que habrían pasado inadvertidos en circunstancias normales: la nata de grasa sólida que encharcaba la uña al dedo del gatillo, la chapa militar que colgaba al cuello, la bayoneta que llevaba a medio muslo enfundada en una canana de cuero y aquella cicatriz mal zurcida que se enroscaba en la mejilla derecha como una lombriz de tierra en el garfio de un anzuelo.

—¿No has visto al tigre?

—No sé de qué me habla.

—Del tigre.

—¿El tigre?

—Un tigre amarillo. De Bengala. El demonio está en la tierra —dijo el soldado—: Yo sé. Yo sé mucho. La gente nace para morir. Te voy a decir una cosita, pero no se lo cuentes a nadie porque te mato. Mira, atiéndeme. ¡Atiéndeme, coño...! Lo que pasó fue que el gordo me quitó el lugar en el estacionamiento. ¿Por qué lo hizo? Dime tú, ¿por qué? ¡Qué salación!

Laura quiso encomendarse a Dios pero no recordó los versos de ninguna oración propicia. El hombre tenía que ser un demente porque para someterla a sus caprichos no necesitaba tanto derroche de fuerza y justamente por la manera de resoplarle los insultos más crudos que se puedan imaginar, y por el fuego de sus ojos desorbitados, y por la tensión de sus mandíbulas, y por su olor a pólvora caliente, ella comprendió que ese insensato que ahora se metía los dedos en la nariz y se rascaba la cabeza compulsivamente podía matarla en el asiento trasero del Chevrolet. Por un momento pensó que la escena se desintegraría y ella estaría en casa, acostada en la cama, lista para volver a soñar con Sting. La ilusión de que estaba imaginando a un hombre con la musculatura de un toro resistió apenas un par de segundos demasiado frágiles porque él la regresó a la realidad con una carcajada salivosa.

—¡Atiéndeme, coño...!

—Yo no he hecho nada.

—Pregúntale a Zack. Él vio al gordo. Un gordo mantecón. ¿No conoces a Zack?

—Yo no he hecho nada. ¿Quién es Zack?

—Vamos a morir. Todos vamos a morir.

—No conozco a ningún Zack.

—Será fácil. El tigre está en camino. Tiene hambre.

—¿Un tigre?

—¿Tú crees que una rata le va a llenar la barriga a un tigre? ¡Qué va, muchacha! ¡Qué va! Se le queda en una muela. El tigre es mucho tigre. ¿No has ido a La Bastilla? ¿En qué mundo tú vives? Pregúntale a Zack. Tú estate quieta. Calladita. Tú no te me alborotes. No te me pongas nerviosa. Tú no jodas. Tranquilita. Tú vienes conmigo.

—¿Adónde?

—Chica, adónde va a ser... A casa del carajo.

Al recordar el montaje de los hechos, cinco horas después, hubo un dato que Laura no pudo aclarar ni entender por mucho que repasara la secuencia en la pantalla de la memoria. Hasta el amanecer del siguiente día se estuvo preguntando si en verdad había escuchado aquel zumbido de moscardones que parecía envolver al loco. Juraría que sí. Que el Chevrolet de Tom se llenó de ruidos mecánicos, confusos, como de insectos. Sólo un segundo antes de que saliera el sol del tercer domingo de junio, Laura tuvo la certeza de que sí había escuchado un aleteo de moscardones, porque ése era el sonido que hacía la muerte al acercársele en el deshuesadero de coches —batiendo furiosa sus pequeñísimas alas.

Martin se asomó a la ventanilla del auto. El soldado le atornilló la browning entre ceja y ceja. El muchacho comenzó a temblar como un pájaro bajo un diluvio. Allí estaba Laura, llorando sin lágrimas, reducida por la fuerza bruta de un hombre idéntico a la locura, y allí también estaba él, el pacífico Martin que jamás había hecho mal a alguien, más insignificante que nunca, con un retortijón de pánico en la panza, cumpliendo las absurdas órdenes que aquel bruto escupía a gritos. Las bolsas de cervezas se le escaparon de las manos. Tom, que venía ablandando la goma de mascar, reconoció enseguida al fulano de la cicatriz en la mejilla que olía a aceite de hígado de bacalao. Intentó un contraataque, confiado en la ventaja de la sorpresa, pero lo único que logró fue que el soldado apretara el cuello a Laura como una tuerca de garrote, y le enterrara la pistola en la frente con violencia.

—No se pasen de la raya, cabrones, no se pasen —dijo el soldado—: Yo soy de Cubita la Bella, Territorio Libre de América. Después no digan que no se los dije: con los cubanos no se juega. Entra. Siéntate. ¡Siéntate, coño! Coge el timón. Coge el timón. Manda pinga, carajo. ¡Compadre, que te sientes ahí alante!

En un abrir y cerrar de ojos, Martin, Tom y Laura habían quedado entrampados en la red de un cazador sin juicio que les agradecía el haberle deseado la muerte en un cruce de caminos; un sicópata que no paraba de hablar de tigres de Bengala, leopardos africanos, moscardones en el aire y emboscadas de la guerra en Ibondá de Akú —un cubano que entre carcajadas hacía alarde de los muchos muertos que cargaba en su conciencia sin gota de culpa.

—Pregúntenle a Zack, el haitiano blanco.

—Le damos todo lo que tenemos. Todo —dijo Martin—: Mi billetera, mi reloj, un rolex.

—¿Para qué quiero un rolex?

—Estamos dispuestos a cumplir lo que usted diga pero no haga daño a Laura. No le haga daño —dijo Tom.

—¿Te llamas Laura?

—Laura. Tengo dieciocho años.

—No te pregunté la edad. ¿Qué quieres? ¿Impresionarme? ¿A mí? Estás loca, vieja. Alabao. A mí no me impresiona nadie. Yo soy el teniente Samá, ¿oyeron?, el teniente Lázaro Samá, un salao. Me da lo mismo un entierro que un homenaje. Estoy

jurado. A partir de ahora, para que lo sepan y para que lo comenten, a partir de ahora tendrán que cumplir mis órdenes, carajo, o si no mato a esta tipa o el tigre nos mata a todos. Yo no sé. Yo la mato.

Tom iba a decir ok pero sintió que las cuerdas vocales se le habían atornillado con el sarro del miedo. Mierda. No podía introducir la llave en el interruptor de arranque. Martin se recostó a la ventanilla, dominado por un pánico físico que le estremecía hasta los huesos del esqueleto y se maldijo a sí mismo por no haber comprado las cervezas suficientes para cubrir la ruta de la fiesta. Al echar en reversa y abandonar la licorería, Tom creyó ver el mismo Oldsmobile que había estado a punto de embestir en el cruce de caminos.

—¡A cantar, coño! —ordenó de pronto el soldado—: Zun zun zun, zun zundambaé... Zun zun zun, zun zundambaé, pájaro lindo de la madrugada...

—¿Quién eres?

—¡A cantar dije...! ¿En qué idioma hay que hablarte, cabrona? Tú eres una cabrona. Una cabroncita y bien. A ver. Repite conmigo: Zun zun zun, zun zundambaé...

—¡Quién eres! —exigió Laura a gritos.

—¡Alabao, quién voy a ser, caramba, ya te dije: Lázaro Samá, un tigre en una pista de hielo! —respondió y movió la pistola en el aire como si fuera un sable de samurai—: Y no me alcés la voz, que no me gusta que me alcen la voz.

Medianoche

Un instante después la piedra, arrancando hojas del flamboyán en su trayecto, pasa zumbando por el lugar preciso en que había estado posada el avecilla.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

El armenio abrió la puerta. Vestía un kimono color frambuesa con un dragón bordado en hilos de oro, y traía en la mano una copa de fino bacará donde flotaba, entre licor de café, una bola de helado de vainilla. No tenía más de veinticinco años aunque aparentaba unos treinta y tantos, de seguro por la barba espesa que le cubría el rostro a manera de pasamontañas y aquellos lentes de aro que distorsionaban sus ojos insoportablemente verdes. «El oso de Siberia», pensó el alguacil. El escote del kimono dejaba ver un bosque de vellos, limitado por una cadena de plata donde colgaba una cruz de Lorena. Ramos nunca se había sentido tan ridículo. El armenio, acostumbrado a causar desconcierto, lo invitó a pasar con un gesto familiar.

—No se asuste. Está en su casa —dijo.

—Muy amable de su parte, joven.

—¿El célebre alguacil Ramos, no es cierto?

El célebre alguacil Ramos asintió con un gesto de resignación:

—Disculpe que venga a esta hora.

—¿Qué hora?

El armenio consultó su reloj de pulsera:

—Es temprano. Aquí se duerme de día. ¿Qué le ofrezco?

—Algo que me estremezca, ruso —dijo el recién llegado sin pensarlo dos veces —: Eso, algo que me estremezca.

El armenio dejó escapar una carcajada, puso la copa de helado en una repisa del librero, se escupió los nudillos del puño izquierdo y sin dar ni pedir explicaciones le clavó un recto seco en la barbilla con tanta precisión que Ramos cayó destronado en un butacón de cuero. Cuando volvió en sí, le dolían los dientes de la mandíbula inferior.

—Así que eres zurdo —dijo Ramos. Se acomodó el esqueleto en el butacón.

—Zurdo, modisto, cocinero y armenio —oyó que le respondían.

—¿Armenio? Juraría que eras ruso.

—Armenio.

—Manolo El Andaluz me dijo que eras ruso.

La sala estaba revuelta, como si allí se hubiese escenificado una pelea campal. Las sillas tumbadas por el piso, piezas de ajedrez por toda la estancia, la mesa patas arriba, los cuadros jorobados en la pared. Media docena de rosas en un charco de agua, junto a un florero roto. El alguacil se puso en guardia. Rastrilló la pistola. Fue puro instinto. No haría uso de ella. Sintió entonces que un fuerte olor invadía la sala: el marido de Mandy estaba haciendo café en alguna parte.

El armenio se asomó a la puerta de la cocina y preguntó:

—Manolo El Andaluz dirá lo que quiera pero soy armenio. ¿Con azúcar o sin

azúcar?

—Con coñac —dijo Ramos—: Así que cocinero...

—Copropietario del restaurante Los Mencheviques. Vendemos de todo, menos carne de pollo.

—Ahora que lo pienso, algo había oído.

—¿Puedo decirle suegro?

El armenio sirvió las tazas de café, se anudó la bata y comenzó a levantar los muebles. El alguacil fue en su ayuda. Recogió las rosas y las piezas de ajedrez. Tiró los pedazos de florero en el pote de basura. La cocina era una tacita de plata. Al rato, Tigran dijo que Mandy no debía tardar mucho.

—¿Cómo te llamas, armenio?

—Tigran Androsian. Tigran, como Petrosian, campeón del mundo, rival de Boris Spaski.

—¿Juegas ajedrez?

—Me gusta. Una vez conseguí tablas con Larry Evans en una simultánea. Ya no juego.

—¿Qué pasó aquí?

—Un terremoto.

—En serio.

—En serio. Antes de la cena, su hijo y yo estuvimos discutiendo. Usted sabe. Mandy es muy violento.

—Lo sé.

—Por lo que veo, tuvo un gran maestro.

—Le enseñé defensa personal. Judo, algo de karate.

—Lo que se aprende bien nunca se olvida. Así decía mi padrastro. Usted y él pueden llegar a ser buenos consuegros. Se entenderían de maravilla, ya lo creo.

—¿Y mi hijo?

—Su hijo casi me mata. Llegó en el momento oportuno. Había decidido tragarme una tonelada de vainilla. ¿Dolió?

—Me aflojaste un diente.

—Lo siento, suegro.

—Te dije que no me llamaras suegro. No soy tu suegro.

—No le diré suegro, pero es mi suegro. Quiero a su hijo con cojones, si gusta de la frase. Es de machos. Puertorriqueña.

—Me dan ganas de matarte.

—No sería el primero. Ha matado a muchos, ¿verdad? Mandy me cuenta de usted. De sus guerras. ¿Es bonito San Juan?

—Por poco acaban con la casa. ¿Por qué pelearon?

—Mandy se propone adoptar un niño.

—¡Ah!, carajo.

—Eso mismo dije yo: ¡Ah!, carajo. Qué tontería. No soporto la idea de la

paternidad. Un marica con vocación de madre es algo patético. ¿Quiere saber cómo empieza esta película? Mandy no me deja hablar. Me cae a golpes cuando me pongo triste.

—Pega duro.

—La muy puta quiere ser mamá. Fundar una familia. No me extrañaría que empiece a ir a misa los domingos. Dice que el niño se llamará Alberto. Lo que él no entiende es que yo odio a mi padrastro.

—¡Ah!, carajo —exclamó Ramos. Le dolían los dientes: —¿Hay aspirinas en esta casa?

—Cuando yo tenía unos trece años, y vivíamos en Erivan, mi padrastro entraba en el baño para verme desnudo, mientras me bañaba en la regadera. Se calentaba. Acababa masturbándose. Yo también. No. No hay aspirinas.

—¿Por qué me cuentas eso, pendejo?

—Para que entienda y convenza a Mandy. Tengo miedo de acabar haciendo lo mismo con mi hijo.

—Eres un cerdo.

—En cualquier caso, un cerdo responsable. Prefiero recoger un perro de la calle. ¿No le gustan los perros? Son como niños pero con colas. Me fascinan los perros. Sueño con ser un anciano maricón que teje abrigos de lana para sus mascotas, al calor de una chimenea.

—¿Sabes adónde fue?

—Apuesto los huevos a que está en el bar de Zack porque se puso la minifalda que le cosí y su diadema azul, blanca y roja. Odio a su hijo cuando se pone la diadema en el pelo. La falsa inocencia es una estafa. Mandy sabe que detesto que se junte con los haitianos. Me caen mal. Tienen hijos medio bobos.

—El bar de Zack...

—Zack está enfermo. ¿Ha visto la gente que va a ese lugar? Puros esperpentos que quieren dinamitarse el hígado con ginebra. No me gusta el asunto. No me gusta. De buena gana iría al bar y cargaría con su hijo en hombros, como un saco de mierda.

—Hazlo.

—No sé. A veces le tengo miedo a la muy puta.

—El miedo es una camisa de fuerza.

—No joda. El miedo es mucho más que unas palabras ingeniosas. Usted lo sabe. No joda.

—Te acompaño.

—Termínese el café.

—Si se pone rabioso, lo meto preso. Una noche entre cuatro paredes no le vendría mal. ¿Dices que quiere llamarle Alberto?

—Sí. Alberto. ¿Conoce a algún Alberto?

—¿Yo...? Tal vez. En el ejército uno lidia con mucha gente.

—No me respondió la pregunta que le hi-ce, alguacil. ¿O sí? Tengo pésima

memoria.

—¿Qué...? ¡Mi diente!

—¿Puedo decirle suegro?

—No.

—Lo sabía.

—Vamos por él.

—Y por las aspirinas para su diente. Me cambio de ropa. No quiero que me rompa mi kimono. Enseguida vuelvo —dijo Tigran y se fue.

—¿Me sirvo un trago? —gritó Ramos.

—Haga lo que se le antoje. No tengo coñac, sólo vodka y unos fondos de Bacardí. ¡Ah!, y leche. A su hijo le ha dado por tomar leche. Tres litros de leche al día. Creo que queda algo de caviar en la nevera. Caviar ruso, ése sí. Ya le dije, suegro, está en su casa —respondió el armenio desde el cuarto.

Ramos quedó en la sala. Al ir a colocar los libros en los estantes, algo llamó su atención: en un nicho del librero, entre velas, había un verdadero altar de fotos en forma de pirámide. En lo que sería la base del triángulo, se contaba la infancia de su hijo en una fila de nueve o diez fotos: Nelson acabado en un Moisés. Nelson vestido de escolar, el primer día de clases. Nelson y sus padres ante un pastel y nueve velas. El sheriff Nelson Ramos apunta a cámara con una pistola de agua. Un retrato de Sam Ramos, uniformado con traje de gala de la Infantería de Marina y una barba tupida, pintada con crayola. Una foto de Raquel en traje de baño. Nelson en pose de judoca. Nelson en un colchón de karate. Nelson boxeador. En el centro del equilátero, un titular de periódico con la noticia de la muerte de John Lennon. A partir de aquí, desaparecía Nelson y surgía Mandy. Con el pelo largo, como rabo de mula, abrazado al colombiano con cara de codorniz. Mandy con sus amigos en una pasarela de modas. Mandy en un bar, entre varones. Mandy con la diadema tricolor. Mandy desnudo, a punto de saltar en el extremo de un trampolín: al fondo de la imagen, el armenio Tigran, bebiendo una cerveza a pico de botella. Coronaba el altar una foto que le viró las tripas. Apenas pudo verla porque escuchó que Tigran decía a sus espaldas:

—Mandy lo adora, alguacil. Usted es su ídolo. Su modelo. Hizo bien en venir.

—Estaba viendo las fotos. Aquí me pintó barba con una crayola. ¿Sabes? Una vez me dejé crecer la barba durante un entrenamiento militar. Cuando me afeité, estuvo una semana sin hablarme.

—Cuando se emperrea me dan ganas de matarlo. Si no me entra a palos, me trata con un desdén que él mismo llama de «cósmica indiferencia». No sé qué es peor.

—Nunca me lo perdonó.

—Así es él. Le encantan los hombres con barbas.

—Qué mierda insinúas, marica.

—Que me hizo dejarme la barba. Eso digo. Ahora me dice Tigran El Temible.

—Eres un perfecto cerdo del mar Negro —dijo Ramos.

—No me diga más que voy a acabar enamorándome de usted.

Antes de marcharse, Ramos volvió a mirar hacia el altar de las velas. Tuvo un ataque de gastritis: en la foto superior de la pirámide, su hijo Mandy vestido de mujer, con una falda de polietileno y una diadema en el pelo, pintado de rubio girasol, parecía una mariposa perdida en el cráter de la luna.

—No. Mejor no —dijo El Temible al subir a la patrulla—: Ladran, molestan a los vecinos y hay que sacarlos a cagar. Un perro de peluche, quizás, o de cuerda o de esos inflables... ¿No?

El alguacil pisó el acelerador. En un cruce de calle, una prostituta pescaba tiburones para pasar la noche. Sus senos de balón de fútbol resultaban buena carnada. Tigran la saludó al pasar. La ramera no lo vio, o fingió no verlo: no estaba para armenios pobres.

—Es Gigi Col, la mexicana de los conejos —dijo.

—La conozco —dijo Ramos—: Estudiaba con mi hijo. El whisky acabó con ella de adentro para fuera. ¿Gigi tiene conejos?

—Una jaula con seis conejos. Buena puta la Gigi. Una pera en almíbar.

—Voy a arrancarte la lengua, armenio.

—Me dejaría sin arma para el amor.

—Un día de estos vas a amanecer con la boca llena de hormigas.

—Un día de estos.

—Púdrete —dijo Ramos.

Gigi Col jura que había sido un sábado aceptable, tal vez un poco largo porque la jornada de trabajo comenzó al mediodía cuando un cliente de la vieja guardia, adicto a sus perversiones, la llamó por teléfono para contratar un servicio a domicilio. A la tarde consiguió un nuevo romance en un hotel de la playa. El marchante de turno resultó ser un empresario italiano que la obligó a vestirse de vampiresa para sentir en carne viva los cintazos del placer. Hicieron del amor una tortura. El empresario pagó con generosidad y en efectivo. La medianoche la sorprendió en la calle. A la mexicana le gustaba caminar por el balneario para poner en orden sus pensamientos, y en ese momento no estaba pescando tiburones, como supuso Ramos, sino embelesada con la voz de una soprano que desde algún balcón cantaba una melodía del italiano Giuseppe Verdi, aunque Gigi nunca supo quién era el compositor. Tampoco era un dato que a ella le quitara el sueño: «Con tanta mierda que yo traía encima», dijo a Sam.

El tigre andaba por el techo del bar, muy cerca de los anuncios de neón, y a su paso iba provocando chispas y cortes eléctricos. El soldado regresó a La Bastilla para cumplir su palabra. La muerte, es decir morir, resulta una forma rápida de curar la locura. El Ford con placas de Texas seguía en el cajón del estacionamiento por lo que era fácil imaginar que el gordo con cara de calabaza aún permanecía adentro, jodiendo a la mariposa lunar. Zack Duhamel estaría harto de servirle vasos de ginebra a un hipopótamo. Desde la calle, se escuchaban los compases de otra agrupación norteña. El soldado se sentía eufórico y esa sensación de peligro le recordaba situaciones anteriores, en particular los días de los entrenamientos militares en los polígonos de la escuela provincial de milicias, cuando pensaba que podía resultar un león en la vanguardia de la tropa y que por su audacia regresaría con el pecho alfileteado de condecoraciones. Catalina La Grande tendría un magnífico motivo para estar orgullosa de su hijo, pero la vida es muchísimo más compleja que la muerte porque la muerte es rotunda, inapelable, y la vida un camino minado. Un mar de trampas. De manera que ese sábado tendría que ser capaz de morir, ahora sí, y olvidar que cuando la muerte se le acercó por primera vez tuvo un miedo congelante, un pánico que ahora no debía repetirse. Esa noche iba a caer en combate y la derrota sería su victoria pues los siete moscardones dejarán de rondarle y el tigre de Bengala podrá desplegar sus alas de cisne y regresar a su jaula de odio en el infierno de la selva. Él sólo necesitaba dejarse matar en la emboscada.

—Destrocen el Ford —ordenó.

Los muchachos rompieron el Ford a cabillazos.

Una hora después, Tom confesaría a Martin que en ese momento sintió un placer inesperado, como si Satanás en persona le hubiese dicho qué hacer. Laura vio la escena desde el asiento trasero del coche y nunca olvidaría las figuras de sus amigos recortadas en el cartón de la noche, porque algo le dijo que debía hacer lo imposible por sobreponer este momento a otros de ese sábado interminable y fijar la imagen en la memoria no fuese a ser que, entre tantas tensiones, un día llegara a reprocharles la cobardía. Así los preservó en su corazón: altivos y furiosos, luchando contra un Ford de acero, caimán dormido en el estacionamiento, hasta doblegarlo a cabillazos. Tom llevaba la batuta en las acciones, como era de esperar, pero Martin no se quedó atrás. Sus tácticas resultaron complementarias. Tom dio los primeros batacazos sin precisión, mientras Martin parecía estudiar la diana para conseguir un golpe maestro. Tom era una máquina de bateo; Martin un estilista. Si el primero necesitó ocho tiros para romper los faros traseros (cuatro de ellos se estrellaron en la barra de la defensa), al segundo le bastó con uno para destruir el parabrisas. Laura miró al soldado y le molestó que el loco ni siquiera prestara atención a la escena, ocupado en encender su

cigarrillo con un mechero defectuoso.

—¿Aplaudes, no? —dijo el soldado. Una flor de fuego se reflejó en sus pupilas—: Oye, tú, ustedes, ya estuvo bien... Vengan acá. Bueno lo bueno pero no lo demasiado —gritó a los muchachos. Tom y Martin regresaron al coche. Laura los oyó resoplar, ahogados en adrenalina. Martin dejó escapar un contraproducente chillido de júbilo.

El tigre esperaba en la banqueta, dormido al pie de un árbol que a la distancia tenía forma de mujer. El soldado lo vio desde que alcanzaron la esquina de la costera. El tigre. De Bengala. Con alas de cisne. Nunca antes la pesadilla había durado tanto ni había sido tan viva. Real. El tigre no era un sueño. Sólo un tigre. Eso. Un tigre dormido en la banqueta. No se daba por vencido.

—El perro... ¡Maten a ese perro o la muchacha paga! —ordenó.

Tom y Martin estaban convencidos de que cumpliría su palabra. Laura no sería su primera víctima. Después de romper a cabillazos el Ford, durante aquel viaje sin rumbo fijo por la calles de Caracol Beach, el soldado se había encargado de enumerar con orgullo el rosario de supuestos rivales que había logrado matar por el solo gusto de matar. En el brazo izquierdo, desde la altura del hombro hasta la articulación de la muñeca, se había tatuado los nombres de sus muertos particulares, y nada parecía darle más satisfacción que acariciar aquellos epitafios grabados en carne viva mientras evocaba las circunstancias de cada ejecución.

—El perro o la muchacha —amenazó.

A Laura le rechinaron los dientes, fierro contra un cristal.

—No puedo —dijo Martin.

—Vamos, coño —dijo y soltó una carcajada—: No es para tanto. Vamos, vamos... Lázaro Samá va a enseñarles a joder la pita.

—Por amor de Dios, Tom, haz lo que nos pide: mata ese animal de una vez —suplicó Laura.

El farmacéutico Langston Fischer contaría al capitán Paul Sanders que Bingo era su única compañía. «Todas las noches lo sacaba a darle la vuelta a la manzana. Era un paseo casi religioso. Bingo esperaba ese momento con excitación. Aquel sábado partimos a la ronda nocturna tres horas más tarde de lo habitual. Me dolía la cabeza. No podía dormir. Padezco de migraña.» En prueba del cariño que le tenía, como se comprobará al final de la novela, Langston logró que incineraran al cachorro en el crematorio de Santa Fe. Pero eso fue después. Después del fin. Cuando aquellos dos muchachos se atravesaron en su camino y casi con pena le dijeron que lo sentían mucho pero iban a matar al perro, Langston Fischer respondió que Bingo estaba vacunado contra la rabia. No tenía mucho sentido pero eso dijo. El soldado se asomó a la ventanilla y les recordó la orden con un gesto claro.

—Perdón, abuelo —dijo Martin.

—Están locos.

—Tenemos que matar al perro.

—Me van a matar a mí —dijo Langston.

Tom vio la silueta de Laura moviéndose entre las sombras del coche: dejó sin riendas la conciencia y comenzó a patear al perro.

—¡Va a estallarme la cabeza!

Martin neutralizó al viejo por la espalda, sin dejar un segundo de pedir perdón, hasta que Tom levantó en peso a Bingo y para acabar con la agonía lo reventó contra la pared. El perro se desangró al instante.

—Ya estuvo —dijo Tom.

Al alejarse, Laura vio al viejo a través de la ventanilla trasera: se había sentado en el quicio de la banqueta, con Bingo sobre las piernas, bajo un farol de la calle.

La tercera prueba a la que los sometió el loco fue robar el bolso a una prostituta de la calle. Odiaba a las prostitutas. El recuerdo de Catalina La Grande lo había atormentado desde niño. La llegada de un ruso significaba para él no poder dormir esa noche en la casa. Se pasaba la madrugada en vela, bebiendo licor de menta y llorando de cara a la ciudad, con la ilusión de ver las estrellas desde el patio. Siempre que podía les procuraba algún daño a las rameras. La cicatriz que se enroscaba en su mejilla como una lombriz en el garfio de un anzuelo se la había rajado una habanera barata como esa que ahora caminaba por aquella oscura calle de Caracol Beach, la noche que quiso estar con una mujer que olera igual que Catalina la Grande: a mermelada.

—Usted está loco.

—Claro que estoy loco.

—Qué quiere ahora —dijo Tom.

—Qué quiero. Qué quiero ahora. Facilito. Que le partan la madre a esa puta y se lo quiten todo —ordenó el soldado—: Eso quiero. Háganla sufrir para que goce...

—¿Por qué? —exclamó Laura. La respuesta del soldado la clavó en el asiento:

—Porque mi madre es una puta.

Gigi Col vio venir a los muchachos y pensó que cerraría la jornada con broche de oro. «Mire, oficial», diría al capitán Sanders, «ya lo dijo el presidente Lincoln: todo hombre es responsable de su cara. Aquellos marchantes tenían buena pinta. Oiga, uno de ellos llevaba frac de pingüino. El otro era un galanazo de la televisión, un actor de telenovelas. Les sonreí cachonda. Tigran El Temible dice que tengo una sonrisa que vale un millón de rublos. Lo menos que pensé es que fueran un par de ingratos». Lo menos que Gigi podía imaginar es que los marchantes respondieran a su sonrisa con tanta violencia. Tom la saludó con un puñetazo en la boca del estómago. Martin aprovechó que ella se doblaba para arrancarle el bolso de un tirón.

—¡Hijos de sus chingadas madres!

Gigi Col quedó sin aire, tumbada sobre la acera. «Me sentía en la Montaña Rusa, capitán. Nunca me había sucedido nada igual. En ese momento pensé en muchas cosas, ninguna buena se lo juro», contó en la Comisaría. Tom y Martin regresaron al auto con el bolso.

—Ya está bien, ¿no? —dijo Martin.

El loco los miró con asco:

—Basura.

—No aguanto más.

—Ahora el teniente Lázaro Samá va a mostrarles cómo se hacen las cosas. ¡Nos vamos a divertir cantidad!

Y sacó de alguna parte unas esposas de muñequera y encadenó su brazo izquierdo al brazo derecho de Laura.

—Volvamos a esa licorería —ordenó y dejó caer la llave de las esposas—: Así te quedas a mi lado. ¡Que la muerte nos separe! —la llavecita se introdujo por la rendija del asiento. Allí estuvo hasta el miércoles siguiente, cuando el hermano mayor de Tom la encontró al retirar el auto de los corralones de la policía.

Los neumáticos rechinaron en el asfalto, el Chevrolet dio una vuelta de ciento ochenta grados y se perdió en la noche.

Gigi Col les gritó desde la calle:

—¡Maricones!, les grité. Me salió del útero, capitán.

Paul Sanders dice que Gigi le confió algo curioso. ¿Vale la pena contarlo? Al recoger el bolso que los muchachos habían tirado en la acera, la mexicana sufrió un escalofrío que le puso la piel de gallina. Tuvo miedo. Mucho miedo. Tanto que decidió ir a la Comisaría del balneario y reportar el atraco. No pretendía que su amigo Sam Ramos hiciera justicia sino conversar con alguien, someterse a un interrogatorio, dormir en una celda, cerca de un ser humano. Quería olvidar su soledad. La soledad es una mierda. Las venas del cuerpo se le habían convertido en un atajo de majases. Culebreaban. Se tenía a sí misma por una mujer realista, escéptica, poco influenciada. Al pan le llamaba pan y al vino le llamaba vino. No creía en duendes ni en espíritus. Tampoco en ángeles. Hasta esa noche. Hasta ese escalofrío.

En palabras de Gigi, era como si el rabo de un gato enorme se le hubiera enroscado en las pantorrillas, provocando una caricia leve, delicadísima. Luego sintió claramente que el invisible felino se rascaba el lomo en su falda de cuero, a la altura de la cadera. La embestía. La empujaba contra el muro de una casa vecina. Ella lo olía. Y olía a rata. Rata de basurero. El capitán Sanders le preguntó si un cuadrúpedo de ese tamaño podía compararse con un leopardo africano o quizás con un tigre de Bengala, y ella le respondió que sí, claro que sí, sobre todo por el espesor de la lengua, qué asco, aquella lengua porosa, babeante, tibia, más que lengua trozo de carne sin hueso que le lamió la espalda durante unos minutos inaguantables. Gigi asegura que «la sombra» se fue volando, pero no tiene más prueba que ésta: en medio de la noche flotaban unas cuantas plumas blancas, peloteadas por el viento.

Libreta del soldado. A Catalina La Grande, en Cienfuegos, Cuba. Primer Territorio Libre de América. Faro Continental. Junio no sé qué de 1976. Comienzo a escribirte esta carta aunque dudo que te la mande porque supongo que estás muy ocupada con tus rusos de la fábrica de cemento, y no tendrás tiempo de acordarte de tu hijo Yo Sin Segundo Apellido, tan lejos de Cienfuegos a Dios gracia, pero no tengo nada que hacer en esta posta, subido a un árbol de exploración, así que jódete, Catalina, porque estoy pensando en casa y aunque no me creas, porque nunca me has creído, te extraño mucho, muchísimo, te extraño, sí, a pesar de tus puterías, y, ¿sabes?, pienso que he sido injusto contigo, muy injusto, pienso que no he sabido comprenderte con anterioridad, ahora sí, para que veas, en casa del diablo: por fin he entendido que a esta vida no hay que comprenderla sino vivirla y cada uno es libre de hacer lo que quiera o lo que pueda, antes de lo que deba, y no soy quién para juzgarte ni juzgar a nadie, así que te ruego, Catalina La Grande, que me perdones si te dije algo pesado, sangrón, ofensivo, si te saqué trapos sucios en la cara o delante de la gente, que es peor, si me abochorné por no tener padre conocido, aunque fuera un cabrón chulo de barrio, un tipo de paso pero con apellido que darme al nombre, no sé por qué te digo todo esto, será que la muerte es una posibilidad cierta, concreta, un juego al duro y sin guante, y no quiero irme de este mundo con la pena de no haberte dicho que te quería, al menos en una carta que nunca te enviaré, creo, pienso, supongo, pero que quizás encuentren en la libreta de escuela que guardo en la mochila y decirte, te decía, vieja, que hiciste bien en templarte a medio Cienfuegos, que lo bailado no te lo quita nadie, ni Mazantín El Torero, al mal tiempo buena cara, y que inclusive algunos de esos rusos barrigones que te besuqueaban mañana, tarde y noche por diez latas de carne en conserva después eran cariñosos conmigo cuando me los encontraba en el Prado o en la heladería y hasta me invitaban a una ensalada, que era el plato estelar de Coppelia, para que veas, no eran codos con tu hijo, nunca te lo había dicho porque me daba un poco de pena reconocer el hecho de haberme rendido por hambre, aceptándoles la limosna de un plato de helado, aun cuando fuese una ensalada de cinco sabores, a escoger los que uno prefiere, aunque yo siempre pedía las cinco bolas de chocomenta que era el que a mí me gustaba porque me hacía acordarme de la botella de licor que tú escondías tras el altar a la Virgen de Regla, ¿te acuerdas?, la misma botella de menta que yo me empinaba a buchitos, en especial esas noches largas en que tú te singabas a tus bolcheviques y tu hijo, mamá, tu hijo no encontraba nada mejor que hacer que ponerse a ver las musarañas del cielo, las constelaciones, los satélites soviéticos viajando entre las estrellas distantes, y me echaba el litro a buchitos para que la ciudad de Cienfuegos al otro lado de la bahía se viera bonita con su guirnalda de colores y las luces de los automóviles que iban

rumbo al Hotel Jagua, el del cabaret, aquel cabaret al que me llevaste una noche para celebrar la hazaña de haber ponchado a don Agustín Marquetti en el conteo de tres bolas y dos strikes. ¡Qué noche...! Strike one. Estabas tan orgullosa. Igor Serguéyevich, el ingeniero bolo, consiguió la mesa. Me cayó chévere. Ese tipo me gustaba para ti. Fue socio de Yuri Gagarin. Strike two. Me emborraché. Y dormí en tu cama. ¡Tu cama! Te dejo. Chirrín chirrán. Strike tree. Tengo que bajar de este árbol. Mañana sigo. De Ibondá de Akú no te digo porque esta carta no es para hablar de la guerra sino de nosotros dos, aunque nunca te enteres porque así es la vida. Nada más te digo que la he pasado chévere. Hay unos paisajes muy bonitos. Ya conocerás a mis amigos. Los de la escuadra. A Panetela, La Mosca, Aspirina, uno que le dicen Camagüey. El Filtro nos enseña inglés. El Filtro es graduado del Pedagógico. Dice que yo tengo facilidad para el inglés. El mejor de la tropa se llama Lázaro Samá. Te he hablado de él. Un tipo del carajo. No te acostarás con Lázaro, te lo advierto, porque es negro y a ti no te gusta quemar petróleo. Puros rubios. Se ha portado como un padre conmigo. ¿Y la comadre Rafaela? Mándale saludos de mi parte. Me acuerdo de ella. Qué buena persona. Qué bonito palomar. Yo seré lo que sea, mamá, pero de malagradecido nadie puede acusarme. Como decía Enrique Arredondo, el gran Cheo Malanga: pensar que hay gente que se levanta a las cinco de la mañana a hornear el pan que se desayuna un canalla como yo. Catalina La Grande, facilito, ¿si te perdono me perdonas...? Aún te quiero. ¡Tu cama! Eternamente tu cama.

Tigran olía a talco para después del baño. Ramos se sentía un asno mientras conducía la patrulla por las calles del balneario. El olor a talco lo sacaba de sus casillas. También la brillantina en el cabello y los anillos de fantasía, y El Temible se había untado tanto gel que las luces chispeaban en el espejo de su cabello, corte a lo Nureyev que se tocaba constantemente con sus dedos ensortijados, como ajustándose un débil peluquín. El alguacil había intentado conversar sobre cualquier tema que les impidiera entrar de lleno en intimidades de alcoba pero su «yerno» esquivaba las celadas con fintas de boxeador. Tenía el hueso de Mandy atorado en la garganta.

—Tengo el hueso de su hijo atorado en la garganta —dijo y escupió a través de la ventanilla. El Temible contó cómo había conocido a Mandy en la bolera de Manolo. El colombiano con cara de codorniz acababa de regresarse a su país con la mala noticia de que el virus del VIH nadaba por sus venas como un delfín, y Mandy estaba seguro de que sus días estaban contados. «Quería matarse. Pensó en cortarse las venas», dijo: «Antes intentó quemarse vivo pero es tan presumido que no le satisfizo su imagen de chicharrón de puerco en la nevera de un ataúd». El armenio convenció a su pareja para que metiera el pecho al asunto y se hiciera las pruebas de rigor. En gesto de lealtad lo acompañó a la consulta de un médico amigo. Los estudios dieron negativo. Una segunda ronda de análisis confirmó la buena nueva y ellos acordaron vivir juntos.

—Nunca me dijo. Él habla de esas cosas con su madre.

Tigran asomó la cabeza por la ventanilla con un estilo que al alguacil le pareció más propio de perro que de hombre. Plastificado por el gel, el cabello no se alteró con los vientos de la calle. ¿Sería peluca?

—Sube el cristal. Te vas a volar la cabeza con un poste.

—Ahora quiere tener un hijo.

—Púdrete —dijo Ramos.

—¿Y usted qué opina del asunto del perro? Puede ser una buena idea —dijo Tigran. El alguacil se tragó lo que pensaba sobre su posible descendiente. No se veía de abuelo, sacando a cagar al perro o a pasear al bebé. Mucho menos si se llamaba Alberto.

Ramos y Tigran llegaron al bar de Zack en el momento que el gordo con cara de calabaza acababa de descubrir que un gorila había destruido su Ford en el estacionamiento de La Bastilla. Zack y Gregory Papa Gory hacían las veces de mediador de las Naciones Unidas. Mandy orinaba un poste de la luz con cósmica indiferencia.

—¡Hijo de la gran puta! —dijo el gordo y señaló hacia el travestí. Zack lo contuvo con las tenazas de sus brazos.

—Quieto, calabaza.

—Lo mato. Claro que lo mato.

—No escupa para arriba —recomendó Papa Gory.

Ramos se acercó al grupo. Con el rabillo del ojo vio la escena que temía: Nelson y Tigran se besaban en la boca. Sí: el armenio traía peluca. El alguacil fue a lo suyo. Hizo una inspección del Ford. Comprobó que los cristales de las ventanillas estaban hechos añicos y los asientos abiertos de punta a punta, acuchillados como panza de vaca en un matadero. Había muchos cabos sueltos. Los depredadores no intentaron robar nada del vehículo sino destriparlo sin otra explicación que no fuese el placer de la violencia. Llegó a una conclusión que se caía de la mata por su propio peso:

—Tiene que haber sido un gorila.

—Un gorila o esa rubia de mierda, oficial: ésa, la pintada de amarillo, la que está allá —dijo el gordo y señaló hacia Mandy, que seguía besándose con El Temible.

—¿Qué dices? —dijo Mandy.

—¡Mi coche! ¡Hijo de puta! —gritó el gordo.

—Sin insultar, vaquero —dijo Gregory Papa Gory, por lo bajo—: No tiene que insultar.

Mandy se separó de El Temible, se quitó su diadema azul, blanca y roja y avanzó sobre el gordo.

—Ya me cansé, cabrón.

—¿De qué te cansaste? ¿De pintarte el pelo?

—Me llenaste los huevos.

El alguacil seguía la escena en silencio. Hasta esa noche se enteró qué tan surtido menú de malas palabras dominaba su hijo, vocabulario enriquecido por insultos colombianos, rusos o armenios. En alguno de los improperios, Ramos reconoció su huella puertorriqueña: «Con perdón de los puercos, no eres más que un kilo de manteca. Eso eres». «Quien nace para marrano, del cielo le cae la mierda.» A Ramos también le gustaba comparar a los cerdos con ciertos especímenes humanos. De tal palo tal astilla. De tal chanco tal puerco.

Zack soltó al gordo.

—Cómetelo, mariposa —dijo Zack, apostando al travestí. Papa Gory se sentó en la acera.

—Tienes que haber sido tú, puto de mierda —dijo el gordo.

—No acuse sin pruebas —dijo Zack—: Aquí está la autoridad. Que decida el alguacil.

—¿Su nombre? —preguntó Ramos.

—Peter Shapiro.

—¿Ocupación?

—Ganadero de Texas.

—¿Qué le trajo a Caracol Beach?

—¿Importa acaso?

—No. No importa.

—Cerré un negocio y me compré un auto.

—¿Qué pasó aquí?

—Esa rubia me pegó en el bar. Me tiró sobre la barra. El cantinero es testigo...

—Yo no soy testigo de nada. ¿Verdad Gregory? —ripostó Zack. El negro albino no se sintió aludido.

—¿Por qué iba a romper tu auto si ya te había partido la cara? ¡Cabrón! —dijo Mandy.

—Tiene razón el joven —dijo Ramos con tranquilidad.

—¿Le cree?

—Su palabra contra la suya.

—El cantinero lo vio todo, alguacil.

—Yo soy ciego —dijo Zack.

—Odio a los maricones —dijo el de Texas.

—¿Qué gana con decir esas cosas? —volvió a comentar Gregory Papa Gory.

—Por eso este país está como está, alguacil. ¡Putos!

Ahora fue Tigran El Temible quien dio el paso al frente y colocó un gancho en la panza del gordo. Debió haber sido boxeador. Hubiera ganado un par de campeonatos en Armenia. El gordo cayó sin aire en la lona del estacionamiento: el referí Zack pudo contar hasta mil. Ramos desenfundó la pistola y apuntó hacia Mandy.

—Las manos en la nuca. No se resista, jovencito.

—Me estuvo tocando las nalgas, papá —dijo Mandy.

—¿Papá? —dijo el gordo desde la lona.

Mandy lo encaró:

—Sí, papacito...

—Me cuenta en la Comisaría —intervino Ramos—: Queda detenido hasta aclarar el asunto.

—¡Detenido!

—Como lo oye.

—Vete a la mierda —dijo Mandy, pero se puso las manos en la nuca. El armenio le pasó el brazo por la cintura.

—Ven conmigo.

—Vete a la mierda —repitió Mandy.

—Ya estoy en la mierda —dijo Ramos, entre dientes.

Mandy no lo escuchó. El gordo empezó a reaccionar. Gateaba en cuatro patas. Gregory Papa Gory le dio la mano para alzar la enorme carroza de su cuerpo.

—De pie, muchacho —dijo el albino—: Bienvenido al cuarto o quinto círculo del infierno.

—¿Dónde estoy?

—En el Madison Square Garden, Mister Shapiro —dijo Zack.

Ramos condujo a Nelson y al armenio hasta el carro patrulla.

—No jodan, carajo —dijo y cerró la puerta.

Tigran pegó la boca al cristal de la ventanilla y Ramos leyó sus labios: «Gracias, suegro». Al alguacil le traqueó la espalda. Cargó la pistola y apuntó al armenio a través del cristal. Le temblaba la mano. Ramos alzó el cañón de la pistola. Tensó el gatillo. Supo que podía hacerlo. Sería fácil. Muy fácil. Había matado otras veces. Estaba dispuesto a repetir la experiencia. Un exiliado de la Cortina de Hierro no debía valer mucho. El capitán Paul Sanders arreglaría el asunto. Estuvieron juntos en trincheras, refugios subterráneos y bombardeos aéreos. Disparó al aire. La bala hizo blanco en la luna, justo en el asta de la banderita que el astronauta Neil Armstrong sembró en la arena, allá por el mes de julio de 1969.

—¡Púdrete! —dijo Ramos.

El disparo desató el final. El gordo con cara de calabaza de Halloween había tenido la pésima idea de fumarse un Marlboro, sólo que al encender el cerillo de madera made in Tijuana sonó el fogonazo y con el susto dejó caer el palillo sobre el cauce de un arroyuelo de gasolina que nacía en el carburador e iba a dar a sus pies. La candela ascendió contra corriente hasta los manantiales del combustible. No hubo explosión aunque sí un incendio lento, vigoroso e incontrolable. Zack le echó a Gregory el brazo por sobre los hombros. Ninguno de los dos se interesó en ver lo que pasaba a sus espaldas: para qué. El cantinero prefirió contarle de la visita del teniente que había matado un tigre de Bengala.

—Nadie puede matar a un tigre con sus manos —dijo Gregory Papa Gory al entrar en el bar—: A no ser, claro, que le ayude Lucifer.

Peter Shapiro permaneció en el estacionamiento. El cigarro le colgaba del labio inferior, sujeto por los almidones de la saliva. Tenía los hombros encorvados, los brazos caídos a lo largo del cuerpo y la pierna derecha adelantada medio paso a la izquierda. En esa postura se fue derritiendo al calor de su Ford hasta desaparecer de esta novela sin dejar rastro.

Wellington Perales revisó página a página el cuaderno de tapas rosadas donde Raquel había escrito los teléfonos de urgencia y no encontró el número ni por la letra ese de Sam ni por la erre de Ramos ni por la ene de Nelson; debió haberlo buscado por la eme, pero cómo saber que el hijo del alguacil se hacía llamar Mandy, un seudónimo de guerra para enfrentar su profesión de travestí con un apelativo más blando. Ese simple contratiempo le puso los nervios de punta. La noche había comenzado a complicarse. Primero el tal Peter Shapiro que había reportado que unos cabrones acababan de prenderle candela a su flamante Ford; luego un anciano que vino a reportar que dos canallas habían reventado contra la pared a un perro llamado Bingo. Sólo faltaba Matahari.

—Esos muchachos son dos bestias.

—¿Mordió a alguien? —interrumpió Perales.

—¿El perro? ¡Cómo cree!

—Pregunto.

—Usted no conoce a Bingo. Incapaz.

El anciano hizo una declaración caótica. Contó que Bingo era una mascota cariñosa y vacunada que le traía cada mañana el periódico y que llevaba tres años con él, lo cual había significado una ayuda, una compañía ideal, porque sus hijos se habían mudado de Caracol Beach, aburridos de vivir en un balneario donde nunca pasaba nada.

—A ver, desde el principio. ¿Qué recuerda, abuelo?

—Que me pedían perdón.

—Cómo que perdón...

—Me pedían perdón. No sé. ¿Se da cuenta, oficial, de lo que está sucediendo?

—¿A qué se dedica?

—Soy farmacéutico. Langston Fischer, para servirle.

—Langston. Farmacéutico. Fischer. ¿Qué más?

—Ya le dije. Bingo. Tres años juntos. Ahora Bingo está allá afuera envuelto en mi saco. Y muerto. ¿Entiende? Nunca me volverá a traer el periódico en las mañanas. Nunca. Esos bandidos lo mataron. ¿Qué hago? Dígame. ¿Lo entierro? ¿Lo mando a quemar? Tengo un ahijado medio bobo que trabaja en los crematorios del cementerio. ¡Esos muchachos!

—¿Cómo eran?

—¿Cómo cree? De su edad. Haga algo.

—El alguacil Ramos está por llegar.

En ese momento, entró en la Comisaría una prostituta que olía a jazmín desde diez metros de distancia. Era Matahari. Cruzó el local con tres zancadas, a pesar de

que la minifalda limitaba el movimiento. Wellington notó que los senos de la golfa galopaban en la montura de los sostenedores. Traía un impulso bueno para ganar la maratón de Nueva York. Estaba que se la llevaban los mil demonios. Se acercó al escritorio de Perales y, sin dejar de mirarlo a los ojos, dio un carterazo que hizo saltar los pisapapeles.

—¿Dónde chingados está el pinche Ramos? Dígale que llegó Gigi Col, la mexicana.

Fue Langston quien respondió:

—El alguacil viene en camino.

—Soy el agente Wellington Perales y estoy a cargo de la oficina. A ver, joven, ¿qué se le ofrece?

—Un trago de whisky —dijo Gigi Col.

—Dos —dijo el farmacéutico.

—Conozco al alguacil Ramos —dijo la futura vencedora en el maratón de Nueva York—: Y confío en él. Nunca me ha metido al bote. Soy amiguita de Mandy.

—¿Mandy?

—Mandy. El hijo de Sam.

—¿No se llama Nelson?

—Nelson, pero él se puso Mandy. Un capricho. Pregúntele por Gigi Col. Todos me dicen Gigi, la mexicana. Y a mí el que me busca las pulgas me las encuentra en el culo. Vengo a hacer una declaración.

—Una declaración... Correcto.

—Hay dos escuincles sueltos en Caracol Beach y yo quiero que les partan el cuello. Acabo de estar a punto de perder un día de chamba. Se dice fácil.

—Los que asaltaron a la joven son los mismos que mataron a Bingo. Seguro. Tienen que ser. Dos locos.

—Yo no sé si mis niños son los mismos que mataron a Bingo. ¿Quién es Bingo?

—Bingo es Bingo, mi perro.

—¿Su perro?

—Bueno, era Bingo.

—Quiero que se haga justicia. Nunca me ha importado mucho la justicia, no creo en esas pendejadas, pero exijo que paguen. Que paguen el susto que me hicieron pasar. Ni más ni menos. Sería chingonsísimo que los metieran un rato al bote. ¿Existirán los fantasmas? ¡Esa cola de gato era tan fría!

—Tómeme declaración de una vez —dijo Langston y dejó al perro sobre el mostrador, envuelto en su blazer de lana.

—A ver. Explíquense.

—Bingo está vacunado. Digo, estaba.

—Pensé que cerraría la noche con póker de ases. No me gustan los muertos. Menos los gatos muertos.

—Cada mañana me trae el periódico. Está conmigo desde que mis hijos se

mudaron de Caracol Beach.

—Usted no deja hablar a nadie, señor —dijo Gigi a Langston.

—Respéteme, jovencita.

—No mame, abuelo.

—¿No qué?

—¿Y mi whisky? —dijo Gigi.

Wellington se sentía perdido. ¿Qué hacer? Si por lo menos sonara el timbre del teléfono. Existen los milagros. Sonó el timbre del teléfono. Ya sabía qué hacer: descolgar. Y responder. El auricular estaba más frío que el dedo gordo de un pie muerto. Aunque no fuese San Pedro, la llamada vino del cielo.

—Alguacil de Caracol Beach —dijo.

—¿Ya lo ascendieron, soldado? ¿Qué ha habido?

—Creo que estamos en pie de guerra —dijo turbado e hizo una síntesis de lo sucedido: el perrito Bingo, el farmacéutico Langston, la ramera Gigi Col y su vocabulario de princesa azteca.

—Conozco a los dos últimos.

—Créame, esta oficina parece una olla de grillos. Ya no sé ni cómo me llamo.

—Te estás ahogando en un vaso de agua, pescador. Voy para allá en cuanto pueda —dijo Ramos.

—¿Qué hago entretanto? No paran de hablar. Gigi dice ser amiga de su hijo Mandy.

—Nelson. Se llama Nelson. Ofréceles un café a Langston y un J. & B. a Gigi. Doble, a la roca y con agua mineral. La botella de whisky está en el armario de la derecha. Te nombro alguacil. Ahora sí.

—El viejo también quiere.

—¿Qué quiere el doctor Langston?

—Whisky.

—Decide algo, carajo —dijo Ramos y lo dejó con la palabra en la boca.

—A sus órdenes.

No hizo más que colgar cuando volvió a sonar el teléfono. Esta vez llamaban desde el vórtice de un volcán. Un joven cajero quería reportar el robo de una licorería. Los asaltantes desbancaron la caja contadora pero luego aventaron los billetes en el estacionamiento. Rompieron todo y no se llevaron nada. Ni un chicle.

—Para mí tienen que estar locos —dijo el joven cajero.

—Locos. Usted dice que están locos.

—Pues sí, locos. Vengan pronto.

—No se inquiete.

—¿Seguro que hablo a la Comisaría? —dijo el joven, y colgó.

Wellington Perales recordó la orden del alguacil.

—Llegó mi hora. Vamos.

—¿Adónde? —dijo el farmacéutico.

—Adónde va a ser: a la guerra.

—¡Ah!, chingaos —exclamó Gigi, y no por la referencia a la guerra sino porque acababa de ver que al joven policía le temblaban las manos, según dijo al capitán Paul Sanders al declarar su versión de los hechos: «Parecían unos guantes vacíos, deshuesados. Era el mismo terror reprimido que sienten muchos machos muy machos a la hora de bajarse el pantalón ante una puta, sobre todo si está cachonda porque a las feas, hójole, las tratan con más soltura. En esos momentos, capitán, hay que contar hasta diez, bien despacio, pensar en los bigotes de Pancho Villa y llenarse de paciencia. Conté hasta veinte, me acordé que debía comprar zanahorias para los conejos y subí a la pinche patrulla. El pendejo arrancó en segunda».

El soldado barrió el tablero de los rones de Jamaica con un manotazo y apenas necesitó una embestida de hombros para derribar la repisa de los utensilios de cocina, arrastrando con el impulso a la esposada Laura. Estaba eufórico, embriagado por la lujuria de la violencia. Y además cantaba: «¡Zun zun zun, zun zundambaé! ¡Zun zun zun, zun zundambaé, pájaro lindo de la madrugada!». Cuando el joven de la licorería acudió en defensa del negocio, el soldado lo tomó por la solapa y lo aplastó contra las neveras de la pescadería. Luego fue hasta la puerta de salida tumbando estantes a diestra y a siniestra, siempre con Laura a remolque, y en un santiamén desbancó la caja contadora. Ya afuera aventó los billetes y las monedas como si fueran confeti, para demostrar que el dinero era una reverenda porquería y que el hecho de delinquir, por el simple goce del delito, era el único y auténtico placer que valía la pena en esta vida. El veterano había alcanzado la plenitud de su locura. Esposado a Laura y con la antorcha de la pistola en la mano derecha, el sujeto que decía ser el teniente Lázaro Samá comenzó a caminar de un extremo a otro del estacionamiento. Martin aprovechó para limpiar el cristal de sus lentes. De pronto el soldado marchaba con estampa de cadete, acorde a normas de un batallón de ceremonias en un desfile; de pronto se paraba en posición de firme, giraba sobre su eje y volvía moviendo los hombros al paso de una rumba imaginaria; hasta que por fin se detuvo frente a los muchachos y esgrimió una mirada de fuego. Tom agarró la mano libre de Laura, en gesto que de alguna manera quería decir «estoy contigo». Martin tuvo la impresión de ser observado a través de un catalejo invertido que por un elemental juego de lentes distorsiona la distancia y empequeñece el objetivo a su mínima expresión. El loco iba a someterlos a una última prueba. Eso haría. Percibieron el peligro en el aire de la madrugada, que en ese momento se animó a soplar desde el este. El soldado se llevó la pistola a la boca para lamer el frío caramelo del cañón. Reía entre dientes.

—¿Y ahora qué viene? —dijo Tom.

—¿Quién es el jefe? Tú verás...

—No entiendo —dijo Martin.

—A ver, quién manda. Esto es serio. Muy serio. No hagan que me ponga bravo. Bueno. No digan que no les dije. A llorar al parque. Tú verás. Yo soy el teniente Samá. Y aquí mando yo. Punto. Punto y aparte. Sanseacabó.

—Por eso —dijo Martin—: ¿Qué tenemos que hacer?

—Teniente... Dime teniente o te parto la siquitrilla.

—¿Qué tenemos que hacer, teniente?

—Yo les voy a decir. Yo les voy a explicar paso a paso para que no se troquen. Facilito. Jamón —dijo el soldado. Según sus propias palabras, que pronunciaba con dificultad pues no se quitaba la pistola de la boca, la verificación definitiva de la

hombría era asunto de vida o muerte: todo hombre tenía que poder matar a otro. Estaba dispuesto a ofrecerles la oportunidad. No dijo que durante dieciocho años él había intentado suicidarse, tampoco mencionó el proyecto de conseguir que el gordo de Texas lo guillotinara como a un pollo en el bar de Zack, ni siquiera habló del patíbulo que ese sábado había levantado en el trailer del deshuesadero de coches. Sólo dijo, con la autoridad de un juez al dictar sentencia, que Tom y Martin tendrían que matar a un hombre, antes de la salida del sol. Tendrían que matarlo a él.

—Tienen que matarme a mí. Alabao. Les doy de plazo hasta el amanecer. Nos vemos en el cementerio de autos, kilómetro dieciséis de la autopista. Bárbaro. Ésa es la cosa. Me matan y ya. Se van para sus casas. Dos contra uno. Ahora bien, nada de trampas. ¿De acuerdo? Cero policías. Yo me las huelo todas. Soy un perro —dijo y se encaminó hacia el Chevrolet dando brincos de pulga como el personaje del loquito que Toschiro Mifune interpreta magistralmente en la película *Los siete samuráis*, de Akira Kurosawa.

—Manejas tú —dijo a Laura.

Tom y Martin quedaron en la pista del estacionamiento. Un murciélago pasó volando cerca. El fotuto de un auto reproducía en el infinito acordes de una balada de moda. El ordenamiento de la realidad no sirvió de consuelo a Martin porque antes que la razón perdió sus lentes de miope. A esta altura de las circunstancias el mejor alumno del Instituto Emerson estaba fuera del mundo: la demencia es una forma de extravío.

—¿Dónde están mis lentes? —exclamó.

—¡Hijo de su cabrona madre! —dijo Tom y se encaminó hacia el Oldsmobile del soldado.

—¿Qué hacemos? —dijo Martin.

—Esta cafetera tiene que funcionar —dijo Tom.

Y sí funcionaba, haciendo ruido de pistones, botando aceite por las juntas del motor, con apenas cinco litros de gasolina en el tanque de combustible y un neumático desinflado, pero echó a rodar. La cafetera se movía. Tom giró en reversa a tal velocidad que la portezuela derecha se abrió de golpe por el imán de la fuerza centrífuga. Martin estuvo a punto de ser expulsado del coche. Habría sido su salvación mas se logró sujetar del filo de la ventanilla, corregir el impulso y asegurarse en el asiento, mientras Tom pisaba a fondo el pedal del acelerador y el Oldsmobile se embalaba como un carro loco en un parque de diversiones, en la misma dirección que había elegido el soldado de los tatuajes.

—¡Mis lentes! —exclamó Martin. Los neumáticos de la banda derecha les habían pasado por encima. De cualquier forma los muchachos siguieron camino. ¿Los muertos usan espejuelos? Tom y Martin no se atrevieron a comentar lo sucedido: así era el tamaño de sus miedos. Al rato, Martin propuso dar parte a la policía. Tom estaba indeciso. El teniente Lázaro Samá les había dicho que no quería trampas y, de sentirse acorralado, no dudaría un segundo en pasarle la cuenta a su indefensa rehén.

Era un loco. Un asesino.

—No debemos enfrentar a ese tipo —dijo Martin—: Sería un acto suicida. Hay que pensar en algo.

—¿Qué tiene él que no tengamos nosotros? —ripostó Tom.

—Está loco. Eso: está loco. Ni lo intentes.

—Claro que sí. Por Laura. ¿No has pensado en Laura? Piensa. ¿Te imaginas qué estará haciendo ese loco? La va a violar. Abusará de ella. ¿Y nosotros? ¡Cruzados de brazos! ¿Qué hora es?

—Créeme, Tom. No he dejado de pensar en Laura. Lo juro. Ese hombre nos aplastará como a dos cucarachas.

—Tienes miedo, ¿verdad? Estás cagándote de miedo. ¿Qué hora es, cucaracha?

—Por supuesto que estoy cagándome de miedo, Tom. Tenemos que avisar a la policía. Tenemos que pedir ayuda. Nosotros no podemos.

—¿Por qué no? ¿Por qué?

—¡Cómo que por qué, Tom: porque sólo tenemos dieciocho años!

Libreta del soldado. Ayer llovió toda la noche. Me gusta que llueva por las noches. En Cuba, cuando la vejiga del cielo está muy llena, comienza a llover de madrugada. A chorros. Se oye bonito. Los olores de las cosas se animan. La madera huele a monte. El monte a pared. La pared a sábana. La sábana a mamá. Y mamá a leche. ¡A vaca! Los gallos entonces dejan de cantar. El sol se demora por sus santos cojones. Sale tarde si sale. A media mañana y a medio camino. Tranquilo. Aquí estoy, dice: ya llegué. Y uno se pasa el día con los horarios trastocados. Lázaro estuvo hablando de los orishas. Los dioses africanos son unos desparpajos. Yo no sabía mucho de eso. Cuando Olofi El Todopoderoso decidió hacer el mundo, convirtió el vapor del fuego en nubes y de esas nubes bajó el agua que apagó las llamas. El mar es la fuente de la vida: Yemayá. Aprendí un montón de cosas sobre Yemayá. Me encanta. Lleva un collar de siete cuentas de cristal y una bata adornada con símbolos del mar. (...) Hoy ha sido el peor día de esta guerra. ¿Sabes por qué? Porque se demoró un siglo. No se acababa nunca. Había una calma chicha del coño de su madre y nos entró tremendo gorrión. Alabao. Las horas duraban como tres mil minutos cada una. El sol no se movía de su lugar, siempre en el mismo punto del cielo, entre las ramas de un árbol, como una toronja de fuego. ¡Qué maravilla tener algo en que ocupar el tiempo...! Pero no. ¡Si al menos el teniente Samá nos enviara a buscar agua al río! Panetela dijo que iba a llenar las cantimploras y Samá se encabronó. Se puso hecho una fiera. Su madre. Nos ordenó no salir del campamento. Que nos claváramos en la tierra. Que nos retiráramos a hacernos una paja colectiva en las tiendas de campaña. Que nos borráramos de su vista. Nos cagamos en la hora en que nacimos. El negro era el que peor estaba y eso sí es raro. Rarísimo. Jamás lo había visto tan jodido, silencioso, pensativo. En Belén con los pastores. Me acerqué, para sacarle conversación y me mandó a volar con una andanada de insultos y pesadeces. Yo me fui, pues no estoy para aguantarle paquetes a nadie. Si no te los aguanté a ti cómo crees que me voy a dejar apabullar por él. De mejores lugares me han botado. A la tarde, todavía con el sol entre las ramas del árbol, me vino a ver. Se recostó a la soga de mi hamaca y sin que yo preguntara ni jota me contó de arriba abajo lo que le sucedía. Me dio pena. Me enseñó un tatuaje que tiene a la altura del hombro: un arco con tres flechas. No me había fijado. Odio los tatuajes. En el arco, se enrosca un majá. En una de las flechas se posa un pájaro. Por Ochosi, San Pedro para los cristianos, patrón de los que tienen problemas con la justicia. Los hijos de Ochosi siempre están llenos de planes. Van al frente, sin pensarlo mucho. Son partidarios del cambio, astutos cazadores y amantes de la familia, aunque en ocasiones los suyos sufran por sus actos. Yo no sabía que Lázaro tuvo un hijo. Se llamaba Felipe. Un tarambana. Digo que se llamaba porque el tal Felipe se murió en el 67, a los

dieciocho años, cuando intentaba pasarse a territorio norteamericano de la base de Guantánamo, por la zona del río, y explotó una mina de este lado de la frontera y ya tú sabes, a volar pajaritos. Alabao. Lo recogieron con pala. Un amigo que lo acompañaba en la fuga, y que perdió una pierna, contó a Lázaro que su hijo se elevó diez metros con la explosión y que al caer el cuerpo venía sin cabeza y sin una mano. La cabeza la encontraron en la otra orilla del río. La mano jamás apareció. Nada. Que lo hicieron papilla. Dice Lázaro que fue su culpa. Se reprocha no haberle dedicado el tiempo suficiente, ocupado como estaba en sus líos del sindicato, la milicia, la santería. Nunca se ha perdonado la muerte de Felipe. Tampoco se la ha explicado. Mala idea y lo que tú digas pero lo quería. ¿Por qué se marchaba a la Yuma? ¿Por qué abandonaba a los suyos? Ésa es la pregunta que Lázaro se hace una y otra vez. Quién sabe. Era hijo de Ochosi. Vivían más o menos bien. No le interesaba la política, sólo las fiestas. Gusano, lo que se dice gusano, no parecía. Le iba mal en los estudios, sí, pero ser pésimo estudiante no es motivo para arriesgar el pellejo en una aventura tan peligrosa. Hay que estar loco. Hasta la comadre Rafaela sabe que la base yanqui en Guantánamo está minada por los cuatro costados. Lázaro no se resigna. En estos días, parece, se cumple un aniversario de la muerte de Felipe, y al teniente le entra un gorrión que no se quita ni haciéndose un despojo. Eso me dijo y se fue. Yo me quedé pensando. Soñé la escena con la diferencia de que este humilde servidor era quien volaba por los aires, igual que Matías Pérez. Desperté asustado. Me sangraban las encías. Decidí ir a caminar un rato. Entonces lo vi. A Lázaro. Estaba entre los árboles, hablando con los santos. Cantaba: Awadé Omó Lenikí. Awadé Omó O Ma Fe Wa (Nosotros buscamos al cazador, el poderoso niño que saludamos. Buscamos al cazador, al niño que siempre quisimos ser), Awadé Omá Omá Ochosi Omó Obatalá (Ochosi conoce, él conoce. Ochosi es el hijo del rey de la tela blanca), Awadé Omó Lenikí. Awadé Omó Ya Ku Ará Keyakú Ará (Buscamos al cazador, el niño que se sabe murió. Los familiares han tenido el placer de haber sido amigos del difunto). Sus santos son de por estos rumbos. Uno nunca sabe lo que tiene hasta que lo pierde. El negro extraña a su hijo. Yo a mi padre, a pesar de que no sé qué cara tenía. Cómo era. Cómo fue. Cómo será. Calvo. Bigotón. Alto. Enano. Simpático. Pescador. Pincho. Bodeguero. Chato. Mantecoso. Elegante. Santero. Estibador. Marinero. Patán. Inteligente. Machista. Funcionario. Tarambana. Buscavidas. Dirigente. Bugarrón. Deportista. ¿Embajador? Si fuéramos capaces de unir nuestros infortunios, vaya palabrita, Lázaro y yo mataríamos dos tojosas de un tiro: él tendría un hijo emergente y tu hijo, Catalina, un padre de relevo en la lomita del lanzador. El asunto es complicado: el cariño no saca números tan sencillos. Awadé Omá Omá Ochosi Omó Obatalá. Los hombres se dividen en dos bandos: los que están cerca y los que están lejos. Me gusta. Bárbaro. Ésa es la cosa.

«Un hombre que silba, al menos mientras silbe, no puede ser peligroso», pensó Laura. Había empezado a percibir un cambio en la actitud del soldado desde el momento en que abandonaron el estacionamiento. El sujeto que decía ser el teniente Lázaro Samá se calmó de repente. Mejor sería decir de milagro. Comenzó a chiflar una tonada. Ella no tuvo dudas: estaba pasando por el ojo del huracán. Los habitantes de Santa Fe debían enfrentar un promedio de siete ciclones al año y sabían perfectamente que una vela no parpadea en el epicentro del remolino. Después de la tempestad viene la calma, asegura un viejo aunque no tan sabio refrán popular, porque lo que no dice es que después de la calma suele arremeter de nuevo la tormenta con efectos devastadores. El soldado dejó de silbar, la miró fijamente y le puso la pistola a dos pulgadas cortas de la nariz; con habilidades propias de un profesional comenzó a montar y desmontar el cargador.

—A la una, a las dos y a las tres... Tin marín de dos pingüe, cúcara mácara títere fue... Preparen, apunten, fuego.

—Si vas a matarme, mátame de una vez, coño. Carajo. Pinga. Culo. Tetas. Chingao. ¡Yo también sé decir malas palabras! —gritó Laura y frenó en seco el coche, abrió la puerta e intentó bajar. Podía entenderse como un acto suicida, aunque habría que reconocer cierta posibilidad de éxito, basado en el principio estratégico de la sorpresa.

—¡Alabao! —gritó el loco y tiró de la cadena que lo esposaba a la mano derecha de su presa. Laura se golpeó con el volante.

—¡Coño. Carajo. Pinga. Culo. Tetas. Chingao...! —repitió el soldado, con musicalidad. Y volvió a apuntarla con la pistola, ahora a la frente, y a la altura de los ojos sacó el cargador y mostró, victorioso, una barra de Nestlé, efímero botín de guerra que había preservado del asalto a la tienda.

—No puede ser —se quejó Laura.

—Para ti, muchacha: ¡un chocolate...! ¿Seguimos? —dijo el soldado. Laura olvidó encender las luces de carretera. Cincuenta metros adelante se cruzaron con la patrulla de Wellington Perales, donde Gigi Col no podía explicarse por qué chingados Langston Fischer se pegaba golpecillos en el muslo con la copa del sombrero, si se trataba sólo de un pinche animal, un cuadrúpedo con cabeza, cuerpo y cola de perro, pero perro al fin, y no sería difícil conseguir otro igual o incluso mejor que el escuinle de Bingo, con pedigree y certificaciones de fiereza; no te rajes, muerto el perro se acabó la rabia: de lo que se trataba era de ir el lunes a primera hora a la tienda de mascotas de Santa Fe y comprarse un doberman asesino, un pastor alemán, un rottweiler, porque ya ni las monjas ni las putas podían sentirse seguras en ninguna parte.

—Caracol Beach se ha vuelto peligroso. Me voy a mudar para El Vaticano —dijo la mexicana de verbo fácil.

—¿Y yo qué hago? —dijo el farmacéutico.

—Callarse la boca —respondió Wellington. Por la banda contraria de la autopista, vio acercarse un Chevrolet con los faros delanteros apagados y el agente tuvo la automática tentación de multar al conductor pero como tenía urgencia de llegar a la licorería dejó que siguiera de largo, no sin antes hacer un preventivo cambio de luces y fijar en su memoria de elefante el número de las placas para notificar la infracción. «No supe cómo actuar», reconocería ante el capitán Paul Sanders durante las investigaciones: «Hoy las cosas se ven más simples pero en ese momento consideré que lo más apremiante era el asalto al centro comercial. Até cabos sueltos. Dígame, ¿hice mal? Tampoco es tan grave que alguien olvide encender las luces del coche, ¿o sí? Mierda, no sirvo para policía».

Langston Fischer no acababa de decidir qué haría con Bingo: enterrarlo en la playa o cremarlo en el cementerio de Santa Fe, donde trabajaba su ahijado. Esa vacilación, que podía parecer una tormenta en un vaso de agua, se iba convirtiendo en una angustia impertinente.

—Te estás ahogando en un charco, abuelo —dijo Gigi—: Tíralo a la cuneta y mañana te compras uno nuevo.

—Es un perro, no un sombrero.

—Por eso mismo, güey.

—Qué fácil usted ve las cosas, jovencita. A Bingo lo único que le faltaba era hablar para ser un hombre.

—Mire, abuelo, no mame: soy puta y masajista a domicilio, y me siento autorizada para hablar de mi clientela —dijo Gigi—: Muchos señores de cuello y corbata que aparecen en la televisión, en las tribunas de la política o en los podios de la Humanidad, son más perros que muchos perros que no hablan. Hay hombres que ladran. Mándelo a la chingada. Que lo queme su pariente. Al menos eso es lo que a mí me gustaría que hicieran con mis huesos. No me puedo imaginar el banquete que se darán los gusanos con mi cuerpo. Tanto ejercicio, tanto esfuerzo, tanta carne limpia de grasa para tan poco comensal. Ni modo.

—¿Y cree que lo aceptarán en el cementerio?

—¿Y no que ahí trabaja un ahijado suyo, medio lelo y borrachín? Ya estuvo. Le ofreces algo para las chelas. Aquí y en Hong Kong el dinero abre cerraduras y no creo que ese crematorio lo cierren con candados. La ceniza es ceniza, polvo, maicena. Da igual que sea de perro o de hombre.

Tom y Martin vieron la patrulla a la distancia y decidieron pedir ayuda. No tenían alternativa. Habían discutido el asunto y cualquier otra solución resultaba suicida. Tom detuvo el auto. Martin bajó a la carretera e hizo señas al patrullero, por encima de la barda separadora. Dibujó una sonrisa, la más tonta para despertar lástima. Se sentía ridículo, con la terrible impresión de estar desnudo en medio del desierto,

aparentando una inocencia que a ningún jurado convencería. No podía dejar de pensar en la imagen del perro estampado en la pared, y el sonido que hicieron sus huesos al quebrarse con el golpe regresaba con la precisión de una escena cinematográfica que uno no alcanza a borrar de la mente. Tom fue quien dio el grito de alarma: en el patrullero venían el anciano de la mascota y la prostituta que acababan de maltratar en plena calle.

—Hijos de sus chingadas madres —gritó Gigi Col.

—¡Dios nos ampare! —dijo Langston.

—¡Asesinos!

Wellington Perales descendió de la patrulla pistola en mano. «Estaba asustado, muy asustado», confesaría al capitán Paul Sanders: «En mala hora se me ocurrió cargar con la mexicana y el viejo. ¿Qué iba a hacer? ¿Dejarlos en la Comisaría? Además yo tenía miedo. Lo reconozco. Gigi hablaba más que un loro y el farmacéutico no paraba de quejarse. Ni que le hubiesen matado a un hijo. Todo era tan ridículo. Espantosamente ridículo. Me sentí obligado a actuar. En ese momento, los muchachos eran un par de delincuentes. Cómo yo iba a saber lo que estaba pasando en el balneario. Cumplía mi primera noche de servicio, capitán. Usted se acuerda. El alguacil me había dejado a cargo de la oficina. Martin, creo que era Martin, venía corriendo. Movía los brazos como si nadara en el aire. El otro, Tom, caminaba con seguridad. Vi, o imaginé, que se llevaba la mano a la cintura, donde suelen guardarse las armas. Supuse que estaban drogados. Qué sé yo. Les grité que no opusieran resistencia pero se me fue el dedo y apreté el gatillo».

—No opongan resistencia —dijo Wellington y se le escaparon tres disparos al aire. Tom y Martin echaron a correr. Subieron al Oldsmobile. Los salvó el separador de la autopista. No había alternativa. Ahora ellos eran dos prófugos de la justicia.

Sam Ramos había llamado a la Comisaría desde una cabina telefónica, a la entrada de una de esas luminosas cafeterías que se enorgullecen de mantener las puertas abiertas las veinticuatro horas y como aún el mesero no había traído sus dos hamburguesas a caballo, con papas a la francesa y refrescos de cola, determinó que quien espera lo mucho espera lo poco, así que olvidó los informes de Wellington y regresó a la mesa de la sección de fumadores donde Tigran El Temible trataba de convencer a Mandy de que adoptar a un niño era una idea disparatada, por lo cual proponía tres alternativas para fortalecer la relación de pareja: viajar cuanto antes a Armenia para que conociera a su padrastro (que se consumía de rabia en un asilo de ancianos), rentar un piso en el Viejo San Juan (donde pudieran vivir como dos extraños), o comprarse un perro en alguna tienda de mascotas (y entretenerse con algo más sano que estar cazando varones de tránsito en el bar de los haitianos). Mandy se le tiró al cuello. La sangre no llegó al río porque el mesero trajo la orden. No volvió a hablarse del asunto. Ramos les pidió de favor que lo acompañaran a la oficina, donde Gigi Col amenazaba con beberse la reserva de whisky que él escondía para momentos difíciles. Como ése.

—Usted manda, suegro: somos sus prisioneros de guerra —dijo Tigran El Temible—: Yo invito.

Ramos dejó pasar lo de suegro, y estaba dispuesto a dejar pasar un camello por el ojo de una aguja con tal de seguir junto a su hijo; incluso, dio muestra de infinita paciencia al mantenerse callado durante este diálogo:

—Antes, cuando vivíamos en Los Ángeles, papá me llevaba con él en los recorridos nocturnos, hasta que dejó de invitarme porque yo me ponía a coquetear con los ladrones, ¿verdad, papá?

—Hay delincuentes divinos —dijo Tigran.

—Divinos. Ésa es la palabra.

—En Londres conocí a un contrabandista de armas más dulce que una pera en almíbar.

—No me gusta que me hables de tus amores.

—No lo amé... Fue sólo un placer. ¿Le gustan las peras en almíbar, suegro mío?

—Sí —gruñó Ramos.

Cien metros antes de llegar a la Comisaría, Ramos supo que algo andaba mal en sus predios: estacionados en fila y con los motores encendidos, cuatro patrulleros teñían la noche con llamaradas rojas y azules.

—La fiesta sigue —dijo Tigran.

Wellington Perales explicó al alguacil que había decidido buscar ayuda en Santa Fe porque Caracol Beach era un volcán en activo. En pocas palabras lo puso al tanto

de los acontecimientos: el asalto a la licorería y la escaramuza en la autopista.

—No pude alcanzarlos. Se dirigieron hacia el sector este del balneario. Viajan en un Oldsmobile de la época de Roosevelt.

—¿Hubo daños en la licorería?

—En la tienda sólo destrozos, porque a fin de cuentas no se robaron nada: el dinero lo botaron en el estacionamiento.

Mandy y Tigran, entretanto, consolaban a Gigi Col, que no necesitaba apoyo moral sino otro trago de whisky a la roca; la mexicana ya había asimilado el episodio con relativo sentido del humor y lo relataba a sus amigos con entusiasmo. Los doce policías de refuerzo, entretanto, iban y venían como avispas alteradas por el humo de un incendio. El mismísimo capitán Paul Sanders había asumido el mando en ausencia de Ramos e, instalado tras la barricada del escritorio, pedía al Centro de Operación de Santa Fe datos que pudieran ayudar a desenredar el caso. Ramos no le dio mucha importancia al hecho de que un camarada de armas hubiese usurpado su puesto: tenía medio kilo de carne molida por digerir en el estómago, pronto iba a llegar sano y salvo a los sesenta y dos años de edad, y el reloj de la Comisaría marcaba una hora poco recomendable para ponerse a discutir sobre un perro asesinado, y mucho menos con un hombre como Paul. Además Paul era su jefe.

—Hola, Paul.

—Hola, Sam.

—Me alegro que nos hagas la visita.

—Wellington me avisó.

—¿Cómo están tus hijas?

—Ahí van: llenándome de yernos.

Gracias a las buenas influencias del capitán Paul Sanders, Ramos había conseguido trabajo en aquel pacífico balneario donde nunca sucedía nada hasta que la señora Dickinson llamó para denunciar a unos jóvenes perversos que bailaban rock en el jardín de los Lowell. Debía convencer al capitán Sanders de que le dejara cagar el porche esa misma noche. «Si no, te enseño una araña, Paul», pensó Ramos.

—¿Te ofrecieron tu whisky? —dijo a Gigi.

—Gracias, Sam: ese trago me salvó la noche. Te cortaste detrás de la oreja.

—Sí. Al afeitarme. ¿Qué te hicieron?

—Poco, eso es lo peor. A derecha ni me tocaron. Un golpe en la panza —dijo Gigi e hizo una descripción muy femenina de los atracadores, sin dejar de mencionar la condición de miope de uno y las espaldas de atleta del otro. Por un instante, Ramos recordó las caricaturas que había visto en casa de los Lowell—. Tenía unos trescientos dólares y un aparato de radio, y ni los preservativos me quitaron esos canijos. Quería hablar contigo, Sam. Tengo miedo. ¿Nunca te ha lamido la espalda un gato muerto?

El capitán Paul Sanders se acercó a Gigi y le pidió que lo acompañara a levantar una denuncia formal.

—¿Sabe qué? Que mejor no. Ya pedí un taxi. Mire, oficial, el presidente Lincoln dijo que todo hombre es responsable de su cara. Aquellos marchantes tenían buena pinta. Oiga uno de ellos llevaba frac de pingüino. El otro era un galanazo de la televisión, un actor de telenovelas. Lo menos que pensé es que fueran un par de ingratos.

—¿Ingratos? —dijo el capitán Sanders.

—Dejemos las cosas como están, ¿verdad? Mañana será otro día. No me late un juicio.

—No he mencionado la palabra juicio.

—Pero la pensó. Soy franca, derecha. Estoy ilegal en este país. Pago mis impuestos, eso sí. Cumplo con mis chequeos médicos. Cotizo en el sindicato de rameras organizadas. ¿Qué más? No soy perfecta. El alguacil sabe dónde encontrarme.

Con un gesto, Ramos pidió al capitán que aceptara la disculpa. Paul Sanders dejó escapar la paloma.

—Tienes unos tres mil kilos de panza —dijo el capitán.

—La paz engorda, Paul.

Mandy y Tigran acompañaron a Gigi hasta la puerta y cuando la mexicana subió al taxi se quedaron discutiendo en la banqueta. Estaban tan cerca uno del otro que sus narices se cruzaban como espadas. Ramos observó a su hijo de pies a cabeza. Hasta ese instante había hecho lo imposible por no detallarlo. Vio entonces los botines de fino tacón que le torneaban las piernas perfectamente depiladas, y la minifalda de cuero, la blusa de satín, las almohadillas de los senos y, como infame corona, la diadema azul, blanca y roja clavada de oreja a oreja. Para recuperar a su hijo debía aceptarlo tal cual era. Se decía fácil. ¿Sería capaz? Le dolió el diente flojo y le sonaron los intestinos. Las hamburguesas quedaron medio crudas. «Tengo tres mil kilos de sobrepeso, pero no me cagan las tarántulas, Paul», se dijo. Langston Fischer iba saliendo del baño con el bebé de Bingo abrigado en su blazer. El comisario prefirió no acercársele. Fue suficiente escuchar lo que iba diciendo en penosa letanía: «¿Por qué me pedían perdón antes de matarte? ¿Por qué? ¿Por qué?». Ramos entró en el baño a orinar. Tenía la vejiga cargada, los uréteres llenos de jugo de naranjas y Coca Cola. El cubículo olía a salón de veterinaria. A peluche de perro. El agua del inodoro estaba teñida de rojo. Un coágulo de sangre se había pegado a la porcelana. Sangre de Bingo. Un chorro de orina le salpicó el pantalón. Ahora tendría que esperar a que se secara la tela. Sintió náuseas. Su lengua le supo a trapo. Corrió hasta el lavamanos, abrió la llave y se mojó el cuello, la frente, los ojos. Era un recurso para engañarse a sí mismo y pensar que no lloraba —como lloraba. Por Mandy. O por él. Se sentó en el excusado. Las nalgas desbordaban la herradura de plástico. Afincó la cabeza entre las manos y se quedó dormitando unos minutos. Volvió a sentir los vapores del arroz blanco. Desgranado. Con cabezas de ajo fritas en aceite de oliva. Unas hojas de perejil. El viejo San Juan. Puerto Rico. Tanto guerrear para nada. Lo

despertó una voz: «Papá, papá, ¿te sientes bien?». Con alguna dificultad, Ramos tiró de la cadena desde la taza, se puso en pie, abrió la puerta y pasó junto a Mandy sin mirarle a la cara.

Tener cincuenta y siete años y estar sola como una hiena en el zoológico son dos calamidades insufribles cuando uno no ha sido capaz de sembrar una semilla en los surcos de este mundo. Albita Rodríguez seguía cantando en las bocinas de las bugambilias y la señora Dickinson no lograba conciliar el sueño por más que se tapara sus orejas de cangura con motas de algodón. Las horas que más temía eran las de la madrugada. Cada noche se preparaba un cóctel de somníferos para vencer el insomnio, aunque no siempre lo conseguía. Se puso en pie, inventó un par de maldiciones y decidió llamar a la casa de los Lowell en Santa Fe. Les diría cuatro verdades. Todo tiene un límite y ella había llegado al suyo: otra ronda de canciones y prendería fuego a la mansión de sus vecinos. Buscó el número de teléfono. Marcó con decisión. Un timbre. Dos timbres. Que se levanten. Van a oírme. Tres timbres. Cuatro timbres. Y Albita Rodríguez entre las bugambilias. Al quinto timbre, escuchó la voz del señor Lowell en el contestador telefónico: «Este recado es para ti, hijo: nos parece bien que celebres con tus amigos, en la playa. Hoy es un gran día. Cuídense, eso sí. No hagan locuras. En la bodega hay vinos y licores, unas cervezas. Estamos orgullosos de ti. Nos hablamos. Dice tu madre que mañana cocinará una pierna de carnero. Un beso. Si usted quiere dejar un mensaje, puede hacerlo después de escuchar el tono. Gracias». La señora Dickinson tuvo una inspiración diabólica. Modificando la voz de cacatúa frígida por la de una de zorra menopáusica, susurró esta broma de mal gusto: «Su hijo ha muerto». Y colgó. La pequeña venganza de una mentira aligeró su irritación. Ese domingo, dos detectives de la policía tocaron a la puerta de la casa de la señora Dickinson con una orden de aprensión firmada por el capitán Paul Sanders: debía responder varias preguntas relacionadas con el trágico destino de Martin Lowell, a quien ella había matado tres horas antes de que el agente Wellington Perales lo liquidara con seis impactos de bala.

—Para que aprendan —dijo la señora Dickinson y pudo dormir a piernas sueltas unos minutos insuficientes porque fue despertada por la sirena de la alarma y supo que alguien estaba asaltando su tienda de artículos de pesca. Albita Rodríguez seguía cantando entre las bugambilias: «¡Ay!, esperanza, si un día te encuentro no te me escapas, esperanza de la suerte, esperanza».

Así decía Albita Rodríguez cuando Tom y Martin entraron en la casa y sólo encontraron el mensaje de los amigos pintado con carmín en el espejo del bar. La sencillez de la caricatura, los cómicos reclamos por la tardanza y la referencia al concierto de rock and roll en Machu Picchu desarmaron a Martin: llegó a pensar que era un sueño y que, al despertar, la fiesta continuaría hasta la salida del sol. El tiempo iba acortando el plazo. A salvo en el refugio veraniego de los Lowell, Tom buscó el cigarro de marihuana que escondía en la caja de cerillos. Había estado pensando en

ese talismán la noche entera. Saber que lo llevaba en el bolsillo derecho del pantalón había sido para él un consuelo. Ahora podría disfrutarlo. No dejaría pasar la oportunidad. Estaba en casa. Una casa cálida con fotos de familia en las paredes y una piscina en forma de corazón. Lo encendió. El humo le dio una patada de mulo en la garganta. Asimiló el golpe. Aquél era el único segundo de calma que la desgracia les había concedido desde que el soldado les cortara el paso en el estacionamiento, y la estrella del equipo de baloncesto se propuso gozarlo a plenitud. Martin rechazó la oferta. Se sentía ridículo, insignificante, abriendo y cerrando los cajones del armario donde se guardaban los cuchillos de cocina. Llamó a sus padres en Santa Fe. Le respondió el contestador telefónico: «Este recado es para ti, hijo: nos parece bien que celebres con tus amigos, en la playa. Hoy es un gran día. Cuídense, eso sí. No hagan locuras. En la bodega hay vinos y licores, unas cervezas. Estamos orgullosos de ti. Nos hablamos. Dice tu madre que mañana cocinará una pierna de carnero». Volvió a marcar. Número ocupado. Aún lo intentó por tercera vez: «Este recado es para ti, hijo: nos parece bien que celebres con tus amigos, en la playa. Hoy es un gran día». Colgó, sin dejar recado. ¿Para qué? Cuando lo escucharan, la angustia habría terminado, quién sabe cómo.

—Carajo —dijo e imitó la voz de su padre—: ¡Hoy es un gran día! En la bodega hay vinos y licores, unas cervezas. Cuídense, eso sí. ¡A buena hora lo dicen!

—Qué más da —dijo Tom y estiró los huesos.

—Tuve en mis manos una caja de whisky. ¡Qué cosa! Pero no me atreví, hermano. Te imaginas. La regresé a su sitio. Cómo iba a saber. Cómo. Cerré la bodega con dos vueltas de llave.

—A lo hecho, pecho.

—Por poco nos mata el idiota ese —dijo Martin.

—Nos salvamos de milagro.

—Imbécil.

—Deberías entrenar con el equipo de atletismo: yo iba delante, y me pasaste, volando... Los talones te pegaban en las nalgas. ¡Deberías llamarte Martin el Correcaminos!

—Yo sentí la bala en la oreja. Te lo juro. Nunca había escuchado un disparo.

—Fueron tres o cuatro.

—Suena horrible.

—¿Viste a la puta?

—Y al viejo... Es el farmacéutico. Menos mal que no me reconoció, porque si no le dice a mamá. ¿El perro era chihuahua?

—O pequinés. Lo dejé frito.

—Frito... Bingo.

—Mierda, qué chiquito es este mundo.

—Qué chiquito es Caracol Beach, querrás decir.

—¡La policía...! Bendita ayuda.

—Tal vez debimos entregarnos.

—¡Estás loco!

—Qué día tan largo.

—Larguísimo.

—Larguísimo, sí. Bingo.

Tom recordó en voz alta la fiesta de graduación y hasta citó palabras del rector y de la señorita Campbell; aquellos conceptos de civilidad y buena conducta, de los cuales los alumnos se habían burlado esa tarde, recuperaban de pronto una enseñanza que Tom pretendía no olvidar si salía de pie en el duelo con el soldado, como esas moralejas terribles de los cuentos de hadas que uno cuando es joven nunca tiene en consideración, por obvias tal vez, pero con los años acaban convirtiéndose en una sabia fuente de consejos.

—No veo nada. Sin mis lentes soy un perfecto inútil. Desde aquí, puedo confundirte con una vaca —dijo Martin.

—¡Muuu...! —dijo Tom y aspiró el humo del cigarro—: ¿Quieres que te confiese una cosa, Martin? Cuando rompimos el Ford a cabillazos sentí un goce que no sé cómo explicarlo.

—Yo también —dijo Martin—: ¿No era como si el diablo en persona nos dijera lo que debíamos hacer?

—Eso.

—El soldado no exigió que destruyéramos los forros de los asientos... pero tú lo hiciste.

—Lo hicimos.

—Bueno sí, lo hicimos.

—¡Además, por si fuera poco, no dejamos un farol sano!

—Ni uno, Tom.

—Este cigarro me sabe a gloria. ¿Quieres?

—Parecemos dos soldados conversando al borde de una trinchera en espera de que reinicie el combate.

—Somos dos soldados en una trinchera. Me gusta. ¿Te imaginas cuando contemos lo que nos pasó a Bill y Chuck...? No van a creer que matamos al loco para salvar a Laura.

—No me veo ni las manos. Tengo ganas de matarlo, Tom. Lo odio. Lo odio. Dios deje que me toque a mí hacerlo.

—Cuidado —dijo Tom—: Piensa bien lo que pides a Dios no vaya a ser que te lo cumpla.

En un raptó de confianza, Tom confesó a Martin que el pánico no era para él una experiencia nueva porque había estrenado un sentimiento similar la tarde que se acostó con Agnes MacLarty. No se guardó naipes en la manga. Ante el acoso de la muerte, sintió la urgencia de compartir sus angustias con un amigo. Que haya tenido miedo al enfrentar desnudo a una mujer tan mujer como Agnes MacLarty podía

entenderse fácilmente (la instructora de gimnasia rítmica del Instituto Emerson era modelo de masturbadora inspiración para varias generaciones); a juicio de Martin no debía considerarse un estigma. Para un atleta como Tom, malcriado por el éxito y los aplausos, ese tropiezo, que tanta fama inmerecida le había dado entre sus discípulos, significaba el fracaso más estrepitoso de su existencia. Relató la escena en detalle, el vodka helado de Finlandia, el fondo musical, el plan de conquista de la astuta Agnes, sin negar su débil participación en el torneo de los cuerpos, en especial su indeciso comportamiento a la hora de entrar a matar con su florete de novillero; a medida que exponía sobre la mesa de las confesiones la verdad de sus mentiras, palabra a palabra, Tom empezó a ver las cosas desde un ángulo insospechado y se sintió ligero, sin lastres y sin culpa. Al inteligente de Martin no faltaba razón: tenían dieciocho años. Apagó el cigarro. Soltó una bocanada: tres anillos de humo se eslabonaron en el aire.

—Quería salir volando, Martin —dijo.

—¿Y tiene las tetas grandes?

—¡Qué tetas, hermano!

—Cuenta. Cuenta, Tom. Pero recuerda que a partir de este momento todo cuanto digas puede ser usado en tu contra por los miembros honorarios del Cabildo de Meadores.

—Verá, señor juez... Ok. Esa tarde, yo acababa de encestar treinta puntos en el partido definitivo del campeonato... De pronto, ella me dice: «Te invito a un café». Tú sabes lo que quieren decir las mujeres cuando te invitan a un café...

—¡Peor si es capuchino...!

—¡Cómo sabes: era capuchino!

Muerto de la risa, Tom acabó revelando cómo la jinete de Agnes MacLarty lo había domado al pelo en el rodeo de la cama. Los angustiosos episodios de esa noche habían despojado el recuerdo de aquella otra tarde de amores adolescentes, que ahora parecía una página de una novela. La risa contagió a Martin. Era una risa desesperada pero ayudó: olvidaron al soldado por diez minutos.

—¿Y no han vuelto a la cama?

—Yo creo que hoy quería conmigo —dijo Tom.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—No te hagas ilusiones.

—Me buscaba con la mirada. Esa mujer es fuego vivo.

—¿Te gusta?

—A quién no —dijo Tom.

—Es cierto.

—Y yo sentía que el pito se me ponía del tamaño de un pepino en conserva.

—¡Un pepino en conserva! —repitió Martin, ahogado por la risa—: ¡Un pepino en conserva!

—Hasta que Laura propuso ir a bailar rock and roll a Machu Picchu. Me encantó esa frase.

—¡Laura está buenísima...! Me besó. Tú viste cómo me besó.

—¿Te besó?

—No te hagas.

—No lo vi.

—Me besó. Yo sentí que el sol comenzaba a desintegrarse en una lluvia de fuegos artificiales y que la tierra se abría en dos mitades y, entonces, me dejé caer al vacío con los brazos en cruz, Tom, te lo juro, me dejé caer hasta que toqué fondo en el sótano de una pagoda de Pekín y reboté hacia arriba como una flecha...

La referencia a Laura rompió el espejismo de la escena.

Tom se puso en pie y dijo:

—¿Qué hora es, carajo? Hay que hacer algo...

Tom le volvió a recordar que apenas dos horas antes había asegurado que por el amor de Laura estaba dispuesto a lidiar en cualquier campo de batalla. Martin se defendía con el escudo de la inteligencia: dadas las circunstancias, de aceptar el desafío del loco lo único que sacarían en claro era el cadáver de Laura, pues en verdad eran mínimas las posibilidades de salir victoriosos en una contienda tan desproporcionada. El primer intento de avisar a la policía había fracasado, pero volverlo a probar tenía la indiscutible ganancia de entregar el asunto a personas capacitadas.

—¡La policía...! Bendita ayuda.

—Tom... Tengo miedo.

—Está loco.

—Llamamos a la Comisaría...

—¿Te sabes el número?

—No.

—¿Entonces?

Entonces Martin acabó cediendo. Se acordó que su padre guardaba en la mesa de noche un revólver cargado con seis proyectiles, y Tom encontró en los estantes del garaje un cuchillo carnicero que podría ayudar en algún momento de desesperación. Acopiaron cuanto pudiera servirles en el duelo: un bate de béisbol, la soga de la tendedera, los garfios de la falsa chimenea. Ya hallarían sobre la marcha algún otro recurso. Por lo pronto subieron el armamento al Oldsmobile y partieron rumbo al deshuesadero de coches del kilómetro dieciséis de la autopista a Santa Fe. Albita Rodríguez seguía cantando entre las bugambilias.

—Este coche huele a bacalao.

Tom propuso dar el golpe cuando Martin mencionó la tienda de artículos de pesca de la señora Dickinson. Si un arpón resultaba un arma efectiva para matar tiburones cómo no iba a servir para romperle el pecho a Lázaro Samá. Aquella tienda era el único comercio de la manzana y de seguro no disponía de una vigilancia especial.

—Qué bueno saberlo —dijo Tom y pegó hasta el fondo el pedal del acelerador, enderezó el rumbo del Oldsmobile con un rápido tirón del volante, y fue a clavarse de nariz contra la vidriera.

—¡Mierda! —gritó Martín.

El parabrisas se desintegró en una lluvia de arena. Las alarmas se activaron. También las regaderas del sistema de protección contra incendios y las cámaras del circuito cerrado de video. En la consola de la Comisaría se encendió un foco que daba intermitentes gritos de luz roja. Tom y Martin ya tenían arpones para cazar al soldado. Y en esta novela, apenas les quedaban cien minutos para intentarlo.

Libreta del soldado. ¡Ah, carajo: la cosa va en serio! Los movimientos de tropas enemigas son evidentes. Rezo la oración que me enseñó Lázaro: Yemayá, la de los siete caminos, Yemayá Awoyó que estás lejos, en la mar, dueña del agua, tú que comes carnero, Madre del cabello de lata que pare a la laguna, Madre nuestra protectora, mujer perfecta, única, que extiendes el mar, Madre que piensa, sálvanos de la muerte, ampáranos. Dice Samá que cuando yo esté en peligro, a dos o tres pasos de la muerte, se me va a montar Yemayá. Tengo que resistir. Dejarme llevar. Se siente un escalofrío en la piel. Se te pone la carne de gallina. El santo invade tu cuerpo. Te desarma. Es como la mano que se mete en el forro de un títere y hace vivir al muñeco. (...) El Filtro Ruedas estuvo toda la tarde intentando comunicar con el Estado Mayor, pero no pudo. Algo pasa. No responden. El radio se jodió, dijo El Filtro y Fernandito escupió el equipo. El teniente está de mírame y no me toques. Hoy salimos de exploración. Apenas tengo tiempo para escribir estas notas. Los muchachos se ven nerviosos. Hay que estar loco para pelear en una guerra. Lo digo en serio. La locura es la mejor estrategia. Si lo piensas mucho, te echas a correr, buscando a tu mamá. Yo no sé por qué busco a mamá. Me fui de Cienfuegos huyendo de La Grande. Debe ser que busco otra cosa, y me confundo. (...) Nadie sabe lo que nos espera. Leo, Ernesto, Fernandito, Elías Benemelis, nombres que no dicen nada a nuestros enemigos, quienes, por otra parte, Dios sabe cómo se llamen. Samá estuvo conversando conmigo, aparte. Me dijo, mirándome a los ojos, que él y yo iríamos a la vanguardia. Es mi bautizo de fuego. Tanto esperar por este momento y ahora que está a la vuelta de la esquina... Le dije que tengo miedo. «Yo también», me respondió, pero con un coraje de morronga de caballo. Este negro desconoce el miedo. Afirma que él es hijo de Babalú Ayé y yo de Yemayá. Una diosa indomable y justiciera, dueña de las aguas y representante del mar, fuente de la vida. Me asusta: Lázaro dice que sus castigos son duros y su cólera terrible. Le gusta bailar con un majá enroscado en los brazos. En uno de sus tantos caminos es la mujer del dios de la guerra y de los hierros. A los hijos de Yemayá nos gusta poner a prueba a nuestras amistades, resentimos las ofensas y nunca las olvidamos aunque las perdonemos. Verdad que sí. «¿No hay vírgenes peloterías?», dije y se rió. «Deja que se te monte Yemayá», me dijo. Ya es hora. Y yo pienso en mi casa. En el barrio. El puerto. Los helados. En lo que hubiera sucedido si no me trepo a esa bicicleta que me partió el codo. ¿Dónde estaría? ¿En qué equipo de béisbol? Pero me subí a la bicicleta. Quería huir de casa. Catalina La Grande estaba haciendo el amor con mi mejor amigo. Paco. Paquito. Paquito no era ruso. Paco, el jardinero derecho del equipo. Sexto bate. Qué humillación. Le robé la bicicleta a Paco. Necesitaba un helado. No vi el hueco. Cabía un puerco entero. Vaya, carajo. Volé por los aires. Caí en la clínica. En ese preciso

momento comenzó la guerra. Mi guerra. No he vuelto a soñar con el perro. Para perros, yo.

Si los perros acaban pareciéndose a sus amos, el soldado de los tatuajes debía ser un hombre bueno, porque Strike Two le dio a la rehén un recibimiento apoteósico, con saltos acrobáticos, manifestaciones de júbilo y rutinas de animal amaestrado. Una mascota feliz, haciendo tirabuzones, es algo tremendo. Dadas las circunstancias, aquellas muestras de afecto resultaban un tanto gratuitas por no decir abusivas, en todo caso inmerecidas, pero de cierta forma ayudaron a que Laura se sintiera tranquila. «No reciben visitas a menudo», se dijo mientras quitaba la envoltura a la tableta Nestlé.

—¡Strike, no molestes a la chiquita! —gritó el soldado, al tiempo que desenfundaba el cuchillo de bayoneta que traía a medio muslo y lo lanzaba lejos—: La joven es mi huésped. ¡Búscalos!

El perro tomó impulso sobre el lugar, rebobinó la cuerda de su entusiasmo y se disparó tras la presa dando brincos graciosos; las pezuñas resbalaron en el piso y fue a dar bajo la mesa donde esa mañana el tigre con alas de cisne se había sentado a comer una rata de basurero.

—Te equivocas, soldado —dijo Laura—: No soy tu huésped. Soy tu prisionera —los dientes se clavaron en la tableta. Había visto en el rostro del soldado una ligera contracción muscular, un rictus tenso, casi imperceptible, como si se le hubiese saltado un muellecillo en la mejilla.

—Aquí el único preso soy yo —dijo.

Laura tragó el trozo de chocolate sin masticar. Strike Two regresó, gruñendo. Jugaba a ser una fiera. Un sabueso. Un lobo en un gallinero. ¿Estaría haciendo lo mismo el soldado? Su amo le quitó el cuchillo de la boca y lo lanzó hasta el extremo opuesto del trailer. La tarea se repitió cinco o seis veces.

—¡Tengo una sangre para los animales! —dijo el soldado.

Laura aprovechó las pausas del juego para observar el interior del trailer. Era un espacio insólito. Sin duda había algo fuera de sitio, anacrónico, aunque a primera vista no pudiera detectarlo. Para decirlo rápido: tuvo la impresión de haber entrado en la recámara de un niño. En las paredes colgaban trofeos de guerra, armas de todo tipo y calibre, desde ametralladoras sofisticadas y ballestas de cacería, hasta granadas de mano, hachas para cortar leña, fusiles de mirilla telescópica, escopetas de perdigones, pistolas automáticas, machetes, arcos y flechas; sin embargo, lejos de lo que pudiera suponerse, el conjunto no producía un efecto terrorífico sino más bien una contradictoria atmósfera de tranquilidad, casi de paz. Tal vez sería por la disposición de las piezas en formas geométricas elementales (círculos de granadas, triángulos de rifles, hexágonos de puñales), o quizás por el carácter ecléctico y poco riguroso de la muestra: junto a modernos equipos de exploración por rayos infrarrojos se exhibían

una pistola de agua semiautomática con cargadores transparentes, un tirapiedras y una ballesta de juguetería con flechas de plástico. Laura sintió alivio, aunque la palabra resulte un tanto inexacta. Hubiera podido ser peor. El refugio era la galería de un demente, el museo de un loco muy especial. Además del armamento, suficiente como para equipar una compañía de cadetes, había banderines de equipos deportivos confundidos con insignias de la Marina, minas de contacto junto a caretas de béisbol, imágenes religiosas entre fotos de mujeres desnudas, y en la pared del fondo, sobre el catre, un pequeño mapa de Cuba clavado en una pizarra de corcho. El loco había dibujado a lápiz una bandera que parecía una alfombra voladora. Laura creyó detectar el elemento que desentonaba en aquel polvorín: la ternura. Hasta que vio la banca y la horca amarrada a la viga del trailer. La cuerda se mecía como si alguien acabara de partir una piñata.

—¡Búscalos, Strike: debajo de la cama...! Trae el cuchillo. ¡Ve por él, Strike, que no escape!

—No entiendo por qué quieres que te maten. Mucho menos qué ganas con matarme.

—Es que no has visto el tigre.

—¿El tigre?

—Un tigre de Bengala, Laura. Nadie me cree.

Strike Two quería seguir jugando. El soldado le tiró una patada. El cachorro mordía los bajos del pantalón. Al intentar espantarlo con un manotazo, la cadena de la esposa se tensó y Laura cayó al piso, arrastrada por el movimiento.

—Perdón —dijo el soldado y ofreció la mano para ayudarlo a incorporarse—: ¿Te hiciste daño?

Laura vio el cuchillo a unas tres pulgadas de su mano libre. No lo pensó. Lo esgrimió en su defensa:

—Quítame las esposas —gritó amenazante.

El soldado no intentó desarmar a la muchacha. Cuando ella batió el aire con dos sablazos, el soldado soltó una estrepitosa carcajada:

—Alabao, chiquita, piénsalo bien.

—De cualquier forma voy a morir, ¿no? —dijo Laura—: Una solución puede ser que me acompañes en el viaje.

—¿Cómo?

—Te pago el boleto. Primero tendría que enterrarte este cuchillo en el corazón. Quítame las esposas o te mato.

—Te va a ser difícil: el cuchillo es de goma —dijo el soldado, sin dejar de reír, y se tumbó sobre una silla. El tigre, que andaba por la autopista de vuelta al reino de Ibondá de Akú, escuchó de repente la risa del hombre multiplicada por los rebotes del eco, olfateó el aire hasta encontrar la peste de su presa entre los olores naturales del campo, y enfiló hacia el deshuesadero de coches sin prisa, calculador, pisando tan suave sobre los techos torcidos que ni Strike Two advirtió su cazadora cercanía.

A pesar de tanto poder destructivo, el cubano no contaba con una respuesta adecuada para hacer frente a la contraofensiva que Laura había decidido emprender cuanto antes: doblegarlo con armamento propio de mujer. Pasado el susto inicial, la muchacha había comprendido que la mejor defensa posible era el ataque, y tomó atajo por camino con tal de ganar tiempo, segura de que en su caso el tiempo sería su principal aliado. Se sabía hermosa y echó mano a esta ventaja. Esperó el momento oportuno. A solas, en aquel trailer enloquecido, Laura comenzó a cocinar a fuego lento a su presa. Por su parte, él relató con increíble desfachatez el origen de cada pieza de su museo, dónde obtuvo la Thompson, a quién quitó la pistola automática, con qué fusil reventaría a sus amigos de escuela. La guerra era un tema recurrente. Viniera o no al caso, el trauma de aquella experiencia aparecía una y otra vez en el desordenado monólogo del loco, y ella vio en ese episodio la falla donde colocar sus comentarios. Pero antes dijo que tenía muchas, pero muchas, ganas de orinar.

—Me orino —dijo. Laura se aferró a lo único que habría de salvarle la vida: la ilusión de vivir.

—¿Cómo?

—Que me orino.

—¡Vaya caray!

El soldado no estaba preparado para una situación tan embarazosa: ella tenía muchas ganas de orinar y él había botado la llave del cerrojo. Trataron de acomodarse en el pequeño baño del trailer, pero no sólo resultó una maniobra ridícula sino además imposible. Salieron afuera y buscaron entre tanto hierro viejo un lugar para que pudiera hacer sus necesidades con relativa intimidad. Cuando Laura se acuclilló con las pantaletas a media pierna supo que no estaba perdida porque el soldado de los tatuajes volteó el rostro con delicada discreción y comenzó a silbar entre dientes una melodía de Silvio Rodríguez. Aquel gesto del loco revelaba un rasgo de inesperada caballerosidad. Con la luna por testigo, Laura inició una conversación sobre la frescura y los olores de la noche, y él se dejó llevar manso por la cadencia de aquella plática amable. Para sorpresa de la muchacha, resultó un profundo conocedor del universo astral. Comenzó a interesarse en el tema siendo niño, cuando se sentaba horas y horas en el taburete de la cocina a esperar a que Catalina La Grande terminase el negocio del amor. Se había pasado noches enteras en la terrible soledad de aquel deshuesadero de coches, y otras muchas bajo las estrellas de la guerra, y con el tiempo había terminado por conocer el cosmos mejor que la palma de sus manos. La referencia a la aventura militar en Ibondá de Akú le alborotó las furias de la demencia, pero Laura se las ingenió para hacerle menos pesado el recuerdo.

—De veras, ¿no sería buena idea que me abrieras las esposas?

—Tal vez, pero perdí la llave.

—Eso quiere decir...

—Eso quiere decir que estaremos juntos hasta que la muerte nos separe. ¿Cómo dices que te llamas?

—Laura Fontanet y Vargas. Mi madre era cubana.

—¡Cubana! No jodas... Qué chiquito es el mundo. ¿Y de qué parte de Cuba son ustedes?

—Bueno, mi madre, porque yo nací en el exilio. Mamá era de El Rincón.

—¡San Lázaro Bendito!

—¿Conoces El Rincón?

—Qué cubano no lo conoce, mujer.

—¿Entramos? Hace frío aquí afuera...

—Verdad que sí.

—Mamá se llamaba Maruja.

De regreso al trailer, Laura supo que el soldado había querido ser pítcher de un equipo de béisbol de La Habana para viajar el mundo, gracias a aquella recta de humo que mareaba a los mejores bateadores en la liga cienfueguera.

—Una vez ponché al mismísimo Agustín Marquetti en un juego de exhibición. Es que no sabes quién es don Agustín. El número cuarenta. Caray, yo pude haber sido un gran lanzador. Como Manolo Hurtado, José Antonio Huelga o Rigoberto Betancourt. Entrenaba con Andrés Manuel Prieto, el mejor de la capital. Tenía dos pupilos nada más. Mi sueño era llegar a las Grandes Ligas, y triunfar en el estadio de los Yanquis. Te lo digo yo. Pude. Mi curva...

—Todavía estás a tiempo.

—No jodas.

—¿Por qué no? Hay otras ligas. Tom sabe mucho de deportes. Puede ayudarte.

—Tú no sabes nada de pelota. ¿Quién es Tom?

—Uno de los que vienen a matarte.

—No. Ni digas. Tengo el codo roto.

—¿Seguro?

—Además estoy chiflado. ¿Se me nota?

—Bueno sí, pero igual tiene cura.

—Tú hablas mucho. ¿Estudias?

—Sicología. Quiero ser sicóloga.

—¿Me aceptas como paciente?

—Cuando me gradúe. Me acabo de ganar una beca para estudiar en Los Ángeles. Estábamos celebrando la noticia cuando apareció un tigre en una pista de hielo.

—Tendrás mucho éxito. Lo leo en los astros.

—Si no me matas antes.

—Por qué te preocupas. No tienes nada que temer. Ya verás. Tus amigos te salvarán. ¿Se llama Tom?

—Tom es el fuertote y Martin, el de los lentes.

—Lo que pasa es que estoy loco. Más loco que una cafetera. Así dice mi madre, Catalina La Grande. Mamá se sabe un montón de dicharachos. Y le gusta cantar: Zun zun zun, zun zundambaé...

—¿Catalina La Grande?

—Le dicen La Grande porque nació en Sagua La Grande pero ahora vivimos en Cienfuegos. Bueno, ella vive en Cienfuegos. Yo vivo aquí. En este basurero. Además Catalina La Grande fue una gran puta que se acostó con media Rusia.

—Puedo preguntarte algo.

—Pregunta...

—¿La quieres?

—¿A mamá? El hombre que no respete a su madre es un desgraciado. La adoro. Hay días que la extraño más de la cuenta. Si probaras las mermeladas de guayaba que ella prepara. Me gustaría tener noticias tuyas.

—Háblale por teléfono. Yo pago la llamada.

—No tiene teléfono.

—¿Se escriben?

—Antes sí, cuando yo trabajaba en el restaurante de los haitianos, pero al mudarme para el deshuesadero no le envié mi nueva dirección. Yo creo que se cambió para La Habana. Tengo unas postales de ella. Y unas fotos. ¿Te las enseño?

—Bueno.

El soldado comenzó a revisar los cajones. Laura, siempre a su lado, lo ayudaba con la mano esposada. Aprovechó la ocasión para observarlo con ojos de futura sicóloga. No sólo el trailer recordaba la habitación de un niño: también el soldado parecía ser un muchacho. Y malcriado. A medida que iba entresacando papeles de los cajones y comprobaba con disgusto que no eran las fotos de Catalina, los tiraba al suelo, como un adolescente que necesita urgentemente encontrar su pistola de agua en el fondo de un enorme cajón de juguetes, porque si no cómo va a poder batirse a duelo.

—Vives en un circo —dijo Laura.

—Arena Cinco Estrellas. Rodeo Ambulante. Atracciones y Adivinos. Gitanos. Animales Inteligentes. Cunas y Camerinos.

—¿Cómo habrá sido?

—¿Qué?

—El circo.

—De apaga y vamos. No aparecen las fotos, caray. Yo las guardé en esta gaveta. Un sobre amarillo. De Manila. Una foto donde mamá tiene tipo de Reina de Bastos. ¡Aquí está!

El cubano mostró la foto de su madre como quien enseña un billete de lotería. Posaba ante la cámara una señora de hombros redondos. La Reina de Bastos tenía el cabello amoldado en rollos de papel higiénico. Con el brazo derecho extendido hacia el frente, intentaba escudarse de un disparo que a todas luces la tomaba por sorpresa. «No le gusta salir en las fotos. Siempre se hace el torniquete», dijo el soldado: «Es que tienes que conocer a Catalina». La modelo estaba descalza, paradita sobre el filo de una roca, en los límites de un jardín abandonado y de espaldas a una bahía bien

plantada en el espacio. «¿Torni qué?», preguntó Laura y el soldado le explicó que un torniquete es «ese rollo que se ponen las mujeres después del baño para alisarse el pelo cuando quieren verse bonitas». Los pies de Catalina La Grande eran enormes, anchos y de dedos compactos como de pato. «Cienfuegos se ha convertido en una ciudad industrial. Del carajo. Posee fábricas de cemento y de fertilizantes, molinos de trigo y hasta una planta nuclear que construyen los rusos. Un sitio con mucho futuro», dijo. «Ya veo», respondió la muchacha aunque no había mucho que ver. Al fondo de la composición, unas columnas de humo parecían confirmar la información. La cartulina tenía los bordes ribeteados en puntas filosas, igual que la fotografía en blanco y negro que Laura guardaba de su madre. Aquel insignificante detalle hizo que Laura se acordara de que estaba a unos minutos de morir.

—¿Puedo preguntarte otra cosa? —dijo la muchacha.

—¡Me estás haciendo una entrevista para la tele! Me gusta. Tú eres periodista y yo un pelotero famoso. Puedo hablar de muchas cosas. Del average de Agustín Marquetti, las canciones de Silvio, las constelaciones o las costumbres de los haitianos blancos en Caracol Beach.

—Estoy hablando en serio, soldado.

—Soy teniente, que es mucho más que soldado. Teniente Lázaro Samá, no lo olvides.

—¿Por qué destruyes lo que amas? —dijo Laura.

—No te entiendo —dijo esquivo, y guardó la foto.

—Afirmas que amas a tu madre, y no lo dudo, y dices que Catalina era una puta, pero obligaste a mis amigos a golpear a esa muchacha en plena calle.

—Cállate.

—La entrevista sigue.

—No.

—Veo que adoras a los animales, ¿por qué entonces ordenaste que mataran al perrito?

—Porque sí.

—«Porque sí» no es una respuesta.

—Facilito...

—Facilito tampoco es una respuesta.

—¿Quieres saberlo? ¿De veras quieres saberlo? —dijo el soldado, histérico, y Laura temió un nuevo ataque.

—Necesitas ayuda.

—¡Claro que necesito ayuda: si no, cómo coño voy a matar al hijo de puta ese! — el soldado golpeó la mesa con el puño—. Hoy mismo estaba bajo esta mesa comiéndose una rata. Y traía alas. Dos alas grandísimas.

Laura señaló hacia la soga de la horca.

—¿Y eso, teniente?

—¿Qué?

—La sogá.

—Una sogá.

—Es una horca.

—Bueno, sí.

—Cuéntame.

—¿Te cuento? Allá tú. Hoy quise matarme. No pude —dijo y pateó la banca de ordeño.

—¿Matarte?

—Antes de que lo hiciera el tigre.

—¿El que tiene alas?

—¡Cabrón! Se estaba comiendo una rata bajo la mesa. La rata chillaba. Hacía un ruido espantoso. Los huesos se quebraban. Crujían. Tú no sabes. Tú no sabes lo que es un tigre.

—Dame un arma o dame la mano: te juro que yo te ayudo a matar a ese animal.

—¿Lo harías?

—Por ti y por mí.

—Tú eres una cabroncita. Tremenda cabroncita.

—Zafa el nudo.

—¿Qué nudo?

—El de la horca.

—Cabrona —dijo el soldado. Tiró de la cuerda. Estaba suelta. Poco a poco Laura pudo arrancarle los secretos hasta llegar al fondo de los rencores: ese cementerio de muertos tatuados a flor de piel que tapizaba su brazo hasta la articulación de la muñeca. A la altura del hombro había un arco con tres flechas. Enroscado al arco, un majá. Sobre una de las flechas, un pájaro. El candado de las esposas impedía ver el final de la lista. Laura corrió la anilla y sólo entonces leyó el nombre del último difunto, grabado junto a una cruz de sangre: Lázaro Samá.

—Alabao. No juegues con candela, chiquita. Bueno. Luego no digas. Te lo advierto —dijo el soldado. La olla de la locura había vuelto a tomar presión.

—Mentira. Todo es mentira —dijo Laura.

—Qué te pasa a ti...

—No eres Lázaro.

—Qué te crees. Qué te crees tú. ¡Ay!, Dios mío...

—Lázaro Samá está muerto.

—Vaya cará...

—Aquí leo su nombre. Tatuado en tu brazo.

—No te hagas la bárbara.

—Está muerto. Lázaro Samá está muerto.

—Manda pinga.

—Tú lo mataste.

—¡Yo no he matado a nadie, coño! ¡Yo no he matado a nadie! —dijo el soldado y

se clavó en el cielo de la boca el cañón de la pistola.

Los gatos fueron testigos pero el testimonio de un gato no tiene valor legal. La escena puede ser reconstruida. Desde el mar soplaba una brisa traicionera. El silencio de la noche se espesa con la humedad y el salitre. Se sabe que por la calle pasó un auto. Sus ocupantes escuchaban a todo volumen el tema *Like a Rolling Stone*. La soprano belga lo vio desde su dormitorio, unos quince minutos después de que sonara la alarma de la tienda. No quiso acostarse de nuevo. Tenía mucho que hacer. Esa mañana partía hacia Londres en viaje de negocios. El auto iba despacio, dijo, porque ella oyó un fragmento largo de la canción. Martin y Tom se escondieron tras unos arbustos. Los arpones se enredaron en la maleza. En el escondite había un gato. El gato se fue de mala gana. «¡Ahora!», dijo Tom y golpeó al chofer en la nuca. En la acción de la tienda habían ganado dos arpones de caza pero perdieron el Oldsmobile. Necesitaban un vehículo para llegar a la cita y aquel camioncito no parecía presa difícil. «Este balneario es un lugar tan conservador que los lecheros aún reparten puerta por puerta los litros del preciado líquido, tradición perdida en tiempos donde la vieja costumbre de hacer favores no está aceptada por algunos.» La frase es del abogado Fontanet. Se la dijo al capitán Sanders durante el curso de las investigaciones. Resultó un golpe simple: Tom y Martin ya eran un par de locos. Se entendían. No tuvieron que planearlo. El miedo los puso de acuerdo.

—No lo hagas, Tom.

—Es tarde. Amanece.

—Regresemos a casa.

—Mierda. ¿No comprendes que somos dos ladrones, que deben andar buscándonos por todo el balneario?

—Voy a llamar a la policía. Eso haré. Eso.

—Entonces, también informa que le partí la cabeza a un lechero —dijo Tom.

—No lo hagas, Tom.

—¡Ahora! —dijo Tom.

El chofer perdió el conocimiento en el acto: ni tiempo tuvo para sufrir. Tom tomó el volante y partieron a toda velocidad, dejando sobre el asfalto un reguero de pomos rotos nadando en un mar de leche. «Yo estaba en mi rutina diaria. Trabajo en esta compañía desde hace nueve años. Nunca tuve el menor problema. Los vi al bajar del camión y no me dieron mala espina», diría el lechero al capitán Sanders: «Supuse que eran dos estudiantes trasnochados que acababan de salir de una fiesta. Tengo ocho hijos. Conozco a la juventud. Me equivoqué. Ahora que he leído en la prensa lo que pasó esa noche, pienso que de habérmelo pedido, los hubiera acompañado al deshuesadero. Escuché que alguien dijo “no lo hagas, Tom”. Debe haber sido el que se llamaba Martin. Me dieron duro. Perdí el conocimiento en el acto. Ni tiempo tuve

para sufrir».

Gregory Papa Gory venía diciéndose que ya era hora de testamentar su patrimonio en favor de sus ahijados bobos cuando desde los cubiles de la noche emergieron docenas de perros y de gatos arrabaleros, «y temí que iba a emprender el Gran Viaje sin haber ordenado mis asuntos», según contó al comisario Ramos en la barra de La Bastilla al regresar del entierro de los muchachos. El negro albino nunca había visto tantos animales callejeros en Punta La Galia y aunque llevaba fuera algunas temporadas, si él no sabía de la existencia de esas criaturas podía asegurarse que nadie estaba enterado, porque Papa Gory era un cronista excepcional que se preciaba de dominar los entretelones de aquel teatrillo perfecto, ahora pintado en los mapas de turistas bajo el insípido nombre de Caracol Beach. Para colmo, desde algún balcón de opereta se escuchó un aria de Verdi, acompañado por un súbito coro de sirenas de alarma. Perros y gatos corrían en una dirección. Saltaban desde los tejados de las casas, vencían con las uñas los bordes de las cercas y derribaban los potes de plástico donde los vecinos habían dejado la basura del día anterior. Gregory siguió la pista de un galgo esquelético y cojo, de tal suerte que llegó a tiempo para presenciar una escena inolvidable: la jauría de trotamundos jugueteaba en el mar de leche, como niños de una escuela en la poceta de un río. Un doberman con ojillos de rufián, decano de la tropa, llevaba la batuta de las acciones: su diversión consistía en abrir las patas en perfecto splitt de atleta y dejarse caer de panza para que sus compañeros pasaran sobre el obstáculo de su cuerpo, como corceles en un torneo hípico. Si algún perro ha reído alguna vez en el planeta tierra fue ese maromero que presidía la canina cascabeleada. Los gatos prefirieron llenar las cantimploras de las panzas antes de entrar de lleno en el festín; bebían con concentración y cordura, cuidando de no estropearse el aparato digestivo con los cristales. Entretanto, una pequinesa recién parida, que aún lucía al pescuezo una cinta de seda, aullaba a la luna con más entusiasmo que aptitudes, logrando la irritación de los felinos que suelen ser, como se sabe, unos mamíferos muy aristocráticos. Los cachorritos de la pequinesa se mantenían en la orilla del charco, prudentes ante lo desconocido, mientras los adultos aprovechaban la ocasión para retozar a gusto dejándose llevar por la fuerza de un instinto que los humanos perdieron hace siglos: el salvaje y natural instinto de la libertad. Gregory Papa Gory descubrió al chofer del camión todavía inconsciente, al pie de la escalera de un edificio cercano, gracias al galgo cojo que no participaba del jolgorio y le lamía la mano al hombre, buscando un hueso con algo de carne donde hincar los dientes. Los perros quedaron mordiendo el aire.

Cuando Laura le dijo cara a cara que era un impostor, un farsante, el soldado se clavó en el cielo de la boca el cañón de la pistola y a la fuerza hizo que ella metiera el dedo índice en la oreja del disparador, sólo para descubrir que la pistola estaba descargada. Tres veces apretó el gatillo. Tres veces giró la masa. Tres veces golpeó el percutor. Y nada. Nada era cierto. Ni Lázaro Samá era Lázaro Samá ni ninguna de sus armas estaba en condición de abrir fuego. Aquel arsenal era parte de una escenografía: el fusil de mirilla telescópica resultó un artefacto inservible, la ametralladora una pieza ingeniosa pero inofensiva y la ballesta un simple juguete. Sólo el mapa de Cuba era de Cuba. Y la bandera, la bandera de la isla. Aunque estuviese con la estrella invertida, mal dibujada, y el azul de las franjas no fuera celeste sino metálico, oscuro como un mar de noche, y el rojo del triángulo pareciera el coágulo seco de un leproso: a fin de cuentas lo había pintado con su sangre, pobre cubano. El loco se derrumbó a los pies de Laura. El perro se echó a los pies del loco. Laura se dejó caer junto al perro.

—¡Ay, caramba, qué salación! —se quejaba el soldado—: Tú qué sabes. ¡Cállate, Strike!

—Cuéntame.

—Recuerdo el tigre.

—Ya me dijiste. Un tigre de Bengala.

—No sé si de Bengala pero había un animal de esos. Un leopardo africano tal vez...

—¿Y qué más?

—¿Qué más? ¿Te parece poco? No podía hablar, cojones. Se me cerró la quijada cuando vi a los soldados...

—Eso pasa.

—Como en las pesadillas. ¿Nunca has soñado que quieres gritar y no puedes por más que te esfuerces?

—Es horrible.

—Horrible. El miedo es horrible. Tengo miedo.

—Confía en mí —dijo Laura.

—¡Mierda! —gritó el soldado y se mordió el brazo izquierdo, como si quisiera arrancarse la carne. Los epitafios tatuados a flor de piel no eran los de sus víctimas. Uno por uno se había grabado en carne viva los nombres de sus compañeros de armas que habían muerto en la selva. Allí estaban acreditados, ante el tribunal de la conciencia, Ernesto, Panetela, Fernandito, Tomás, Elías, La Mosca y el propio Samá, jefe de escuadra. La noche del domingo se cumplía el decimoctavo aniversario de aquella emboscada y al soldado le pareció justo que alguien pagara por las vidas de

sus siete amigos: él.

—No te culpes.

—Vete al carajo.

—Entonces dame un pedazo de pan —dijo Laura y se puso de pie—: Atiende a tus visitas.

—¿Pan?

—Quiero comer, teniente. Tengo hambre. Me suenan las tripas. Hasta me queda grande el blue jeans. El chocolate me abrió el apetito. Un pedazo de pan estaría bien.

—¿De dónde sacó yo un pan?

—Tú sabrás.

Laura tiró del soldado con las esposas. Ella llevaba las riendas.

—Un pan. Yo tenía un pedazo de pan.

—Igual unas galletas.

—Unas galletas. En Cuba vendían unas galletas de manteca que eran buenísimas cantidad. Para comer con mantequilla.

Laura comprendió que el soldado había asumido la sinrazón de ser el teniente Lázaro Samá para saldar las vidas que debía, pero en dieciocho años de angustia nunca había logrado quitarse la suya de propia mano. Esa noche, perseguido por los fantasmas de la locura, decidió tender una trampa a cualquier inocente para obligarle a romper su corazón de un balazo. Quería morir. Eso quería. Quería que lo mataran. Sólo eso. Quería otra tumba para el teniente Samá. Laura supo lo anterior porque el loco había podido confiar en un semejante sin resentimientos. Alguien había creído en él, y le dejó decir lo que sabía sobre la Osa Mayor y la constelación de la Virgen y los récord de Agustín Marquetti, el gran pelotero de los Industriales. El tigre podía ser cazado. De pronto, en medio de su arrebató, el loco se acordaba de algún pasaje gracioso e iba de la tristeza a la alegría con absoluta naturalidad: entonces hablaba de sus hazañas como pelotero y de aquel bonito domingo de mayo en que asistió a un concierto de Silvio y de Pablo, en el anfiteatro del Bosque de La Habana. Yolanda, eternamente Yolanda. Laura supo además que sólo ella podía lograr, por una parte, que no se matara a un pobre demente que tal vez necesitaba un cuarto en un sanatorio de enfermos mentales pero no un surco sin nombre en el camposanto de los pobres; y, por otra, impedir a tiempo que Tom y Martin se convirtieran de la noche a la mañana en un par de asesinos.

—Ahora cuéntame de Cuba —dijo Laura—: No olvides que soy medio cubana.

—¿Cómo ves Cuba?

—Tú haces cada pregunta.

—Bueno, bueno, ¿cómo te la imaginas?

—Qué sé yo.

—¿La ves o no la ves? —insistió el soldado. Le temblaba el mentón al hablar de su país—: Cubita La Bella.

—No la veo. La oigo. En la cabeza. Cuba es un piano que alguien toca detrás del

horizonte —dijo Laura.

—¡Alabao!

—¿Y para ti, soldado?

—¡Un piano: tú estás peor que yo! —exclamó y mirando hacia el techo, dijo—: Para mí Cuba es Catalina La Grande.

Laura supo por fin cómo era El Rincón, la tierra de su madre que ella había soñado desde niña, un pueblo de gente buena con casas pintadas de blanco y techos de dos aguas donde los vecinos crían gallinas en los patios y nadie tiene un cachorro que no sea sato, como Strike Two. El soldado contó a Laura que en las afueras de El Rincón hay un leprosario que muy pocos conocen, donde los muertos que van a morir bordan los vestidos de las Vírgenes de madera, y una basílica de arquitectura sencilla, con una cúpula roja que se ve desde lejos: allí se rinde culto a Babalú Ayé, San Lázaro Bendito, el patrono de los indefensos, los enfermos y los animales. Cada 17 de diciembre miles de cubanos se arrastran kilómetros y kilómetros con una piedra en el lomo, dejándose quemar las manos con las velas. Los pagadores de promesas se amarran los pies a la altura del tobillo, se flagelan con ramas de árboles, cintos de hebilla, sin decir ni esta boca es mía; unos culebrean por las cunetas de las calles, entre las piedras, aguas podridas; otros cargan enormes cruces, descalzos, arrepentidos: sus acompañantes rezan el rosario en voz alta, decena tras decena, Ave María, y les dan de beber trapos mojados en vinagre: «Cada uno sabe lo suyo», dijo: «Zun, zun zun, zun, zun zundambaé, pájaro lindo de la madrugada». El soldado le contó un sueño. Su sueño. Se veía en la costa de Caracol Beach, sin camisa y de rodillas, arrastrando un leño con una cadena de siete eslabones de acero. De rodillas entraba en el mar que lo separa de su isla y de rodillas andaba el fondo del océano entre arrecifes de coral, anclas, tortugas, naufragios, y si el leño se trababa en el velamen de un barco hundido, se lo echaba al hombro, siempre de rodillas, hasta llegar al litoral norte de La Habana y de rodillas seguía camino, recogiendo ofrendas para el santo, ramas de cundiamor, bejuco ubí, hojas de albahaca morada, palos de caña brava, pencas de henequén, ajonjolí. Ése era el sueño de su sueño. Soñaba con llegar a El Rincón, a la basílica, al pie del altar, y cumplirle a San Lázaro la promesa que le hizo en la guerra: arrastrar un leño pesado como un tigre de Bengala si regresaba a Cuba algún día para poder darle a Catalina La Grande el abrazo que desde siempre le debía. Babalú Ayé, el venerado anciano de la muleta, también San Lázaro, hermano de Magdalena, Babalú Ayé el hombre viejo de hablar fañoso y manos engarrotadas, Babalú Ayé, obispo de Marsella, Babalú Ayé, padre del mundo, deidad de la viruela, Babalú Ayé, el santo que no se asienta sino se recibe, Babalú Ayé, adorado en las selvas secas, Babalú Ayé, rey de las tierras de Arará, fundador de un sanatorio en Dahomey, Babalú Ayé el febril, Babalú Ayé el torcido, Babalú Ayé hijo de Obbatalá, Babalú Ayé el que trabaja con los muertos, Babalú Ayé sí iba a entenderlo, a perdonarlo, porque por algo mucho más grande que la esperanza o el fanatismo, por algo muchísimo más profundo que la desilusión, por una razón tan

misteriosa como la fe y tan íntima como el amor, a Babalú Ayé lo siguen perros sarnosos, caballos raquíuticos, gallos roncós, vacas enclenques, jutías sin cola, abejas destronadas, patos con gangrena, loros mundanos, pavorreales deprimidos, gatos esqueléticos, moscas amputadas, cerdos cascarrabias, mariposas sin alas, lombrices del pantano, cisnes suicidas, culebras bandoleras, hormigas bravas, pavos desplumados, palomas perdidas, conejas estériles, lobos hambrientos, y a cierta distancia, callados, respetuosos, fieles, patriotas, miles de cubanos en solemne procesión, hombres y mujeres, niños y ancianos, pecadores y arrepentidos, vagabundos, leprosos, minusválidos, mongólicos, cojos, ciegos, mudos, tontos, diabéticos, desesperados, tullidos, tuertos, tuberculosos, sordos, lelos, paralíticos, mancos, tartamudos, cardíacos, desahuciados, asmáticos, sidosos, paranoicos, solitarios, melancólicos, neuróticos, locos, locos, locos, cientos y cientos de pobres locos, algunos incurables como él, Beto Milanés.

—¿Beto?

—Beto. Yo me llamo Beto Milanés.

El cubano descolgó el hacha de la pared y cortó contra la mesa la cadenilla de las esposas.

Amanecer

Ya le faltaba poco para morir cuando empezó a cantar.

MARÍA LUISA ELÍO

«No critiquen a Dios por haber creado el tigre: agradézcánle más bien que no le haya dado alas», dijo el santero Lázaro Samá y se echó al hombro el saco de cemento sin saber que estaba roto por la costura: veinticinco libras de polvo lo convirtieron en una estatua viviente. «Aplaudan, ¿no?», dijo. Beto Milanés venía bajando la escalerilla del barco y fue sorprendido por la ovación que de pronto retumbó en la bóveda metálica. Estuvo a un centímetro de perder el paso y caer en la pala de un montacargas. Abajo, en la cazuela del sótano, un abominable Hombre de Cal Hidráulica bailoteaba con torpeza. «Yemayá Awoyó. Yemayá Asesú. Yemayá», cantaba el coro. Los que no sabían los rezos marcaban el ritmo con las manos. «¿De qué casa de trucos sacaron a este payaso?», pensaba Beto mientras hacía maromas para recuperar el equilibrio. Esa tarde Beto estrecharía la mano de Lázaro en la bodega del mercante Playa Girón, aunque pasarían doce horas antes de que lo pudiera identificar entre los obreros del puerto, tomándose una malta en la cafetería de la empresa Terminales Mambisas, porque después del accidente con el saco roto el negro quedó empanizado desde «las pasas hasta las patas», y entre la densa polvareda, Beto apenas podía verle las pupilas fosforescentes y la media luna de la dentadura amarilla como un plátano macho. Lo reconocería por la voz. Ronca. De siglos. «¿Quieres malta, muchacho?», le dijo. «Es él», pensó Beto y le aceptó el refresco. Lázaro Samá comandaba la cuadrilla que tenía la misión de descargar el barco y para levantar la moral de sus peones les decía que el famoso combate de Playa Girón fue un paseo, un acto recreativo comparado con la batalla que ellos libraban veinte metros bajo el nivel del mar, contra cincuenta mil doscientas bolsas de papel. «Yo tiré tiros en Bahía de Cochinos con una Cuatro Bocas y sé lo que les digo: aquí no damos medallas, compañeros, pero sí un pan con queso crema que le retraquetea el mango.» Cuando terminaron la faraónica tarea, al mediodía del sábado, todos los estibadores tenían la misma mascarilla de cemento impresa en el rostro, y como Beto acababa de sumarse a la brigada no pudo aclarar en qué bombín de mago se perdió de vista ese tipo «tan bembasuelta y paluchero» que había estado hablando durante tres turnos ininterrumpidos de trabajo. Desapareció. Luego supo quién era: el responsable de milicias del sindicato. Lázaro se destacaba entre los obreros del puerto por su inagotable repertorio de chistes. Un santiaguero cantador y encantador que siempre estaba dispuesto a ayudar a cualquier compatriota en apuros sin requerimientos de ideología, raza o religión. Beto simpatizó con él. La parranda empezó el sábado en la cafetería de Terminales Mambisas, siguió a bordo de la lanchita que atraviesa la bahía de La Habana rumbo al pueblo de Regla y terminó en casa de la familia Samá a las cinco de la madrugada, con Beto y Lázaro sentados en sendos sillones del portal, bebiendo aguardiente de caña y platicando sobre el

campeonato de pelota, los problemas de contaminación del puerto y los misterios del ser humano.

—Te voy a explicar el meollo del asunto, muchacho. Atiende. Ponle coco. Fíjate. Mira tú —dijo Lázaro al descorchar la segunda botella de aguardiente.

—Deja la descarga, Samá.

—Es serio. Yo he pensado mucho en esto que voy a decirte. Y no tengo la menor duda.

—Pichea.

—Ahí te va, campeón. Los hombres se dividen en dos bandos: los que están cerca y los que están lejos.

—¿Cómo dijo?...

—Facilito. Que los hombres se dividen en dos bandos —repitió Lázaro—: Los que están cerca y los que están lejos.

—Apretó, maestro.

—Para que veas. Ésa es la primera alternativa. La alternativa base. Después el mambo se complica hasta el infinito. Los leales y los traidores. Los nobles y los canallas. Los de derecha y los de izquierda. Los valientes y los cobardes. Los burros y los filtros. Los buenos y los malos. Los capitalistas y los comunistas.

—Los vivos y los muertos.

—Los vivos y los muertos. Correcto. Pero antes, antes de la fidelidad y la hijaputada, o se está cerca o se está lejos, que no es lo mismo que próximos o distantes. El asunto no es de geografía sino de historia. Fíjate. Hay gente que vive pegada a tus zapatos y uno ni la ve. Y hay quien está en el otro mundo y uno lo siente en el pecho. ¿Quieres limón con el trago?

—Un chorrito. No entiendo ni papa.

—Ya comprenderás. Tú eres hijo de Yemayá.

—¿De Yemayá? Qué va, yo soy hijo de Catalina.

—Santa mujer.

—¿La conoce?

—Todas las madres lo son —dijo Lázaro.

En enero de 1976, Beto y Lázaro se presentaron voluntariamente en una oficina de reclutamiento militar. Tropas élites de las Fuerzas Armadas combatían a mil ciento cinco millas náuticas de distancia y cientos de jóvenes de la isla se ofrecían para cumplir con lo que pensaban era un deber. «Están muy lejos, Beto; mejor nos acercamos si queremos ayudarles.» El soldado Milanés y el teniente Samá fueron destinados a la cuarta compañía, del segundo batallón, del sexto regimiento de infantería que actuaba al sur de Ibondá de Akú. Ya en el teatro de operaciones, la escuadra fue a una misión de reconocimiento, en franco territorio enemigo. Por un error que Beto siempre consideró una imperdonable cobardía aun cuando no pudiera recordarlo, cayeron en una emboscada en algún paso peligroso. Los hombres combatieron a sangre y fuego, solos en una ratonera de la selva, sin comunicaciones

con la retaguardia. Se los tragó la tierra. La versión del ejército rival reconoce que aquellos soldados de avanzada pelearon en condiciones desfavorables con valor suicida, pero acabó imponiéndose la superioridad numérica de los atacantes, que ocupaban además las posiciones más ventajosas en el terreno. De aquel infierno sólo lograron escapar el teniente Samá, con el pulmón derecho dañado por las esquirlas del mortero, y Beto Milanés, sano y salvo, quizás, pero con la razón arruinada para siempre. Era o creía ser un traidor. Lázaro Samá lo perdonó porque no era hombre de culpar a un enfermo. Durante varios días anduvo sobre los hombros de Beto, como un saco de cemento, negándose a morir para salvarlo, hasta que se dejó comer por las hormigas. La jefatura del regimiento perdió toda esperanza y reportó al Estado Mayor en La Habana que la unidad de exploradores en pleno había sido aniquilada, desestimando cualquier posibilidad de sobrevivida.

La noche antes de que los oficiales del Comité Militar de Cienfuegos le dieran la noticia, Catalina La Grande soñó que Beto se caía por un pozo. En el momento del accidente, ella lavaba una toalla en el traspatio. Echó a correr entre las tendederas de sábanas, azuzando una bandada de gallinas anaranjadas, y se lanzó tras su hijo. El sol teñía de rojo las blanquísimas telas. El chorro del agua desbordaba las palanganas y la espuma del detergente invadía el jardín abandonado. Tres veces durmió el mismo sueño con gran realismo. Despertó convencida de que había saltado el brocal no con la esperanza de salvar a Beto sino por el deseo de morir junto a él. Limpió la casa de arriba abajo, talló con fibras de alambre los fondos de los calderos, se amoldó el cabello con tubos de papel higiénico, cosió el dobladillo de una saya que nunca se ponía, fue a la bodega de la esquina por los mandados del mes, sacudió con la escoba las telarañas del techo y preparó un enorme jarro de mermelada de guayaba. ¡Qué no hizo para confundir el mal sabor de aquella pesadilla! Al atardecer, muerta de cansancio, comprendió que sería inútil borrar lo que el destino había escrito en la palma de su mano. Entonces puso a remojar la ropa y colgó las sábanas de la misma forma en que las había visto en sueños. Con el rabillo del ojo, trataba de identificar los heraldos de la muerte, aunque sólo detectaba signos de la vida: los compases de una canción de Los Brincos, una paloma que regresaba a los nidos de la comadre Rafaela, una fila de hormigas locas por la pared. Reconstruida la escena, Catalina asumió el reto del sueño, segura de que tarde o temprano alguien vendría a contarle qué le había sucedido a su hijo en Ibondá de Akú. En efecto, los oficiales llegaron poco antes del anochecer. Ella escuchó el motor del coche. Los faros la iluminaron en el traspatio. Estaba enjabonando una toalla en la palangana. Dos puertas se cerraron al unísono. El viento aguantó la respiración. La Grande abrió el grifo de la llave para que el agua saliera a chorros.

—Me cago en diez —dijo para sí mientras se sacudía la espuma del detergente. Echó a caminar escoltada por cinco de sus gallinas. De tramo en tramo, entre los bordes de las sábanas, veía la puesta del sol. Se secó las manos en el vestido: dedos de rana. Al encarar a los recién llegados, dijo tranquila—: Pasen, compañeros, los

estaba esperando.

Las gallinas se habían organizado en formación de triángulo napoleónico y cacareaban y cacareaban camino a los corrales sin que nadie las pastoreara. Pura rutina. Cuando La Grande supo que su hijo había desaparecido en Ibondá de Akú fue a sentarse en un tronco seco, al límite del patio, de cara a la bahía de Cienfuegos. Vestía de diario, y llevaba el cabello amoldado en rolos de papel higiénico. A pesar de la facha, nadie puso en discusión la majestuosidad del dolor. «Beto», dijo e hizo una pausa: «Beto, Beto, Beto mío». Ningún vecino del barrio se atrevió a interrumpirla ni a consolarla. Se habían agrupado en torno a la casa, en núcleos de tres o cuatro amigos; desde el confesionario del tronco Catalina veía la candelilla de los cigarros brillando en lo oscuro, y se sentía protegida, observada por los dioses de la vecindad. «Déjenla llorar», dijo la comadre Rafaela que había colado café para atender a los oficiales del Comité Militar: «Le va a hacer bien: es lo que necesita. Llorar. Hace como mil años que no llora, esta mujer de hierro». Había caído la noche y por la avenida del malecón pasaban los autos distantes con sus serpentinas de luces azules y amarillas: sólo al rato se escuchaba llegar el ronroneo de un tractor, la tos de un claxon, el rinrín de un timbre de bicicleta entre hondos espacios de silencio. Alguien encendió un radio y la voz de un locutor cruzó de largo, comentando noticias deportivas entre cantos de cigarra. «Siooo», gritó Rafaela desde el portal, y los grillos y la bocina del radio enmudecieron a la orden. Catalina respiró profundo y comenzó a lanzar piedrecitas a la bahía. Una a una. Era una acción automática, puntual, inexplicable. Algunas llegaban al borde del agua, otras caían en la orilla o en los charcos de los diente perros. A medida que purificaba los pulmones con bocanadas de salitre, Catalina fue sintiendo más alivio que pena pues a fin de cuentas ya que el pobre diablo de Beto no pudo vivir como quiso lo más piadoso era que muriese como le diera su realísima gana. No lloró ni una lágrima: La Grande, sí, era de hierro.

—Qué le vamos a hacer —dijo y tiró la última piedra con fuerza. La piedra dio tres botes antes de hundirse en las aguas del puerto. Ninguna había llegado tan lejos, aunque fuese a saltos. Catalina sonrió: había intentado el lanzamiento cientos de veces para vencer el tedio de sus tardes aburridas, y tuvo que ser esa cabrona ocasión la primera y única en que saboreó la miel del triunfo. Regresó con paso firme, casi militar, de compás abierto, aplastando con los pies las flores silvestres que de milagro habían crecido entre las rocas de su jardín abandonado.

—Lo sentimos mucho —dijeron los oficiales.

—Ojalá que Dios sepa por qué diablos hace las cosas —dijo La Grande y se encerró en la cocina. Al rato, cuando los vecinos se habían ido, Rafaela logró que su comadre descorriera los cerrojos de la puerta. Había olor a gas.

—¡Muchacha! —gritó Rafaela y corrió a cerrar las llaves del fogón—: ¡Vamos a

salir volando!

—Yo lo que quiero es morirme, Felita, morirme —dijo, sin saber que repetía palabras de su hijo. Se quitó los rolos con violencia. Las dos amigas se abrazaron.

—¡Solavaya! No digas esas cosas, mujer, que Satanás escucha detrás de las paredes. La esperanza es lo último que se pierde. Yo creo en milagros. Tal vez aparezca.

—Verdad... ¿Será, comadre?

—A mí se me perdió una paloma hace como quince días y hoy, por la tardecita, cuando tú lavabas las sábanas en el patio, vi que regresaba al palomar. Tómame un cocimiento de tilo, anda vieja, y vente a dormir a casa que aquí hay tremenda peste a gas.

—¿Sabes en qué pienso, Rafaela?

—Ya, mujer: no pienses en nada.

—¿Dónde coño está ese cabrón pozo?

A la mañana siguiente, un konsomol de Uzbequistán tocó a la puerta de Catalina La Grande con el deseo inaplazable de intercambiar diez latas de carne rusa por dos horas de sexo a la cubana. No estaba enterado de los sucesos en Ibondá de Akú, y en el desayuno se había bebido medio litro de vodka, así que llegaba listo a vivir una experiencia que únicamente conocía por las versiones de sus camaradas. El castellano del konsomol apenas servía para decir «hola». Catalina trató de explicarle que había llegado en pésimo momento, pero al ver su sonrisa de payaso del Gran Circo Ruso supo que sería un diálogo de sordos. Además le estaba de alguna manera agradecida: diez minutos más tarde, la habría encontrado con la cabeza hundida en el horno de la cocina, ahogada en una nube de gas butano. Aceptó las latas en conserva y le hizo el amor durante tres horas y media, el doble de lo establecido. El joven uzbeko fue su último amante. Ella abandonó el oficio. Se retiró del mundo. Vivía en el aire, alimentándose de migajas, como las palomas de la comadre Rafaela. Necesitaba poco para dejarse morir: apenas paciencia. Y le sobraba aguante.

—Vas en picada, Catalina —decía Rafaela cuando le llevaba de cenar un caldo de pollo.

—Para abajo, los santos ayudan —respondía La Grande, día a día disminuida por las penas.

Lo que no sabía Catalina La Grande era que, un mes antes de que le dieran la noticia de la desaparición de su hijo, un grupo de asesores militares y de corresponsales de guerra encontró en la selva a un infante seco por el hambre, más muerto que vivo, casi resucitado, que deliraba de fiebre sobre un hormiguero, a varias millas de Ibondá de Akú. Sus salvadores, quizás sería mejor decir sus cazadores, estuvieron observándolo largo rato desde los matorrales: daba vueltas y vueltas alrededor de los restos de un hombre cubierto por un edredón de hormigas, y decía frases de un dialecto incomprensible. De repente, cogía una piedra de regular tamaño, la lanzaba al aire y a la altura del pecho la bateaba con una estaca. Cuando fallaba en

el intento, le entraba a palos al hormiguero; si la piedra iba lejos, entonces daba saltos de júbilo. No opuso resistencia en el momento de la captura. Era el soldado Alberto Beto Milanés. O lo que quedaba de él. Nunca se le pudo arrancar una palabra sobre lo sucedido en la emboscada. No sabía. Los locos son inocentes. Los locos siempre están en otra parte. Dijo que había un tigre. Un tigre amarillo. Un imposible tigre de Bengala. Pasó tres días durmiendo en la enfermería del campamento, hecho un ovillo sobre el camastro, sin levantarse siquiera para hacer sus necesidades. Cada dos o tres horas sufría un ataque de nervios y se arqueaba desde la cabeza hasta los talones con tanta desesperación que sus custodios se vieron obligados a amarrarlo con cintos de cuero. Despertó en medio de un lago de estiércol y orines, espantando a gritos una inexistente nube de moscardones. Confundía a sus compañeros de armas con peloteros famosos, y decía llamarse Lázaro Samá, sólo que no podía ser Lázaro Samá porque el cadáver del auténtico Lázaro Samá, teniente de las Fuerzas Armadas cubanas, también fue hallado la tarde del rescate, comido como un pan por un pulpo de hormigas. Uno de los asesores que le habían salvado la vida, para bien o para mal, era un puertorriqueño llamado Sam Ramos, oficial de retaguardia.

Sam Ramos leyó esta declaración de principios ante el tribunal que debía dictaminar sobre los sucesos de aquel sábado de junio: «¡Que tire la primera piedra quien no tema ser el primero en tirarla! El miedo no es un sentimiento que deba avergonzar a nadie, se los dice un oficial que ha peleado en cinco guerras y si aún sigue vivo es porque en todas se murió de miedo. A Blas Pascal se le acalambaban las piernas al tener que atravesar la diagonal de una plaza pública y a sus discípulos no les quedaba más remedio que apuntalarlo por los codos, con cierto disimulo: desde lejos, dicen sus biógrafos, el sabio francés parecía ir volando, a dos pulgadas cortas de la tierra. La reina Isabel I de Inglaterra no resistía la presencia de una rosa y no por las espinas sino por la textura de los pétalos que, para su Majestad, era idéntica al pellejo de una cucaracha. Sigmund Freud, que era tan ecuánime, casi lloraba al tener que subir a los aviones. El recto, voluntarioso y exigente capitán Paul Sanders no se atreverá a negarme que le tiene pavor a las arañas. Bajo bombardeos enemigos, lo he visto varias veces detenerse a mitad de las escaleras que conducen a los refugios antiaéreos porque en un peldaño inferior había, hay, hubo, una araña; sus subordinados pasábamos primero, en veloz fila india, y a cada uno nos daba una palmadita en el hombro, lo cual le mereció fama de cortés y prestigio de hombre osado. Pero no se llame a engaño: para las arañas, Paul es un cobarde. Desde que pasó lo que pasó, Wellington Perales jamás ha vuelto a practicar la caza submarina por fobia a los arpones. Tigran Androsian le tiene miedo a las gallinas. En su restaurante Los Mencheviques ha prohibido las recetas culinarias que tengan como base carne de pollo. Cuando mi hijo Mandy quiere incomodarlo, le enseña un gallo de cuerda que compró en una juguetería. El armenio se defiende con una culebra de goma: Mandy se paraliza ante las serpientes. Theo Uzcanga, delante de mí, dijo a la embarazada Agnes MacLarty que el día del parto ni borracho estaría con ella en el salón de operaciones porque el instrumental quirúrgico de los ginecólogos le causa un pánico físico intolerable, en especial las pinzas de tijera: de niño, asegura, lo pellizcó un alacrán y no ha podido recuperarse del susto. Agnes lo entendió en el acto: ella desconfía de los espejos. No es para menos. Mi general de cinco estrellas Owen Gilligan Jr., león de mil batallas, perdía la compostura a la hora de dejarse tomar una foto de pasaporte; sin embargo, aceptaba posar en grupo, con los miembros del Estado Mayor o los edecanes de la escolta para que luego recortaran su cara y se pudiera completar el documento. Así explicaba sus terrores: de frente, con la escopeta de la cámara a tres metros de distancia, se veía ante un pelotón de fusilamiento; de perfil, ¿saben qué?, de perfil se sentía sencillamente traicionado. En una de las tantas fotos que se hizo tomar, y que guardo como recuerdo, mi cabeza aparece seis cascos a la izquierda del rectángulo vacío donde estuvo la suya. Zack, el haitiano blanco, es

capaz de lanzarse a un barranco si Madame Duhamel lo amenaza con un molinete de picar carne. Gregory Papa Gory le tiene miedo a los murciélagos. Don Claudio Fontanet a los perros. Gigi Col a los truenos. Y yo mismo, para no ir tan lejos, me turbo, sudo, enmudezco y me incomodo si descubro que alguien (sea quien sea y esté donde esté) lleva en la cabeza una peluca en lugar de un buen sombrero. Si el valeroso capitán Paul Sanders está dispuesto a que le explote una bomba en la silla turca con tal de esquivar una araña; si un héroe del calibre del general Owen Gilligan Jr. siente que le clavan un puñal en la espalda cuando lo retratan de medio cuerpo, ¿por qué no admitir que un pobre loco intente colgarse de una cuerda ante la súbita aparición de un tigre, un tigre amarillo, un tigre con alas de cisne, un imposible tigre de Bengala? ¿Por qué? Ya lo dijo el maestro Theo Uzcanga: porque a esta perra vida no hay Dios que la entienda. ¿Quién tira la primera piedra? ¿Quién? ¿Quién no teme ser el primero en tirarla? Yo, Sam Ramos, no». En el mismo documento, a manera de anexo, adjuntaba una copia de su renuncia.

Lo único que Sam Ramos no ha podido comprender es que le tomara tanto cariño a Beto Milanés, si ese cubano representaba para él un enemigo, y Ramos era un hombre de guerra, un animal difícil de conmover: pregúntenle a su hijo. Tampoco ha encontrado una buena razón que le explique lo contrario: a los pocos meses lo borró por completo de la mente, como un número de teléfono que memorizas, convencido de que luego podrás recordarlo, y cuando por fin lo marcas resulta que el número no existe, nunca ha existido en la ciudad, o que has llamado a una persona equivocada, hasta que un buen día, sin saber cómo, por qué ni cuándo, el número se enciende en la pantalla de tus párpados, lumínico, exacto, relampagueante, pero ya es demasiado tarde, y el amigo o la amiga se han ido del país o se han casado o se han muerto, y escuchas decir lo siento, señor, no lo conozco, no sé de qué me habla, si desea lo dejo un rato descolgado a ver si comunica. ¡Comunicar qué!

En el campamento cercano a Ibondá de Akú, el general Owen Gilligan Jr. citó a Ramos a su despacho para impartirle dos órdenes: la primera, que se tomara una foto con él y otros oficiales de la comandancia porque le estaban solicitando una visa para viajar a Moscú, donde se decidiría el destino de esa guerra; la otra, que se ocupara mañana, tarde y noche del cubano, misiones que podían considerarse de alta estima, en especial la segunda, porque el puertorriqueño siempre había sido un oficial de retaguardia y el caso parecía corresponder a los sesudos de la sección de inteligencia. Ramos pensó en un posible ascenso. Supuso que su nombramiento entre comillas se debió a su origen caribeño no a su flaco expediente de eterno sargento sin medallas. Así se convirtió en intérprete, enfermero, confidente, padrino, biógrafo, guardaespaldas y espantador de tigres de un prisionero de guerra llamado Alberto Milanés pero que decía ser Lázaro Samá, teniente de un ejército regular en campaña, es decir, un oficial de mayor graduación al que Ramos debía cierta deferencia, lo cual era el colmo del absurdo. A veces, no siempre, Beto obligaba a que lo saludara militarmente y Ramos se sorprendía en posición de firme ante su propio reo, que se

demoraba un siglo revisando su uniforme hasta encontrar una pelusa en las charreteras. «Compañero Ramos, su porte y aspecto es lamentable. Le suspendo el pase de fin de semana. Esta corte marcial le ordena limpiar las letrinas». Y Ramos acababa limpiando los retretes a la velocidad del rayo para no ser descubierto por el general Gilligan, que tiene un limitadísimo sentido del humor. No renunció a la custodia porque se divertía con las ocurrencias del cubano: era un loco simpático. Beto hacía una estupenda imitación del personaje de Toschiro Mifune en la película *Los siete samuráis*, una de sus preferidas. Ramos no puede precisar cuándo sintió cariño por él. Quizás resultara muy simple. Hacía diez meses que no veía a su pequeño Nelson. Tal vez eso explique su paternal sensibilidad ante el drama de este cubano. Eso y una libreta de campaña.

Beto Milanés había llevado en Ibondá de Akú un diario de campaña que ocupaba unas veinte hojas, redactadas con una caligrafía diminuta, de capitulares redondas, sin faltas de ortografía. El resto de las páginas estaba lleno de números telefónicos, cifras, dibujos con temas felinos (cabezas de gatos, tal vez de leopardos) y alguna que otra frase al vuelo, apuntada en los márgenes. Ramos leyó la libreta de cabo a rabo. Una nota despertó su curiosidad. Entre dos ridículos corazones mal dibujados, el cubano había escrito esta oración: «No amar a nadie es una inmoralidad». Nunca la olvidaría. Desde el punto de vista militar, no había nada de interés que comentar con los especialistas de la sección de inteligencia, así que Ramos decidió quedarse con la libreta para devolvérsela a Beto en cuanto se aclarara la situación.

Sam Ramos se dedicó de tiempo completo a la atención de aquel muchacho asustadizo, con una expresión de perro sin dueño que no era fácil enfrentar. Los dos ingresaron en el hospital del regimiento: Beto como paciente y Ramos de acompañante. Los médicos que estudiaron el caso llegaron a un dictamen sombrío: Alberto Milanés había enloquecido para siempre. Los doctores del regimiento suelen ser muy fatalistas, así que Ramos propuso al general Gilligan Jr. que el enfermo fuera remitido a Portugal, como estaban solicitando organizaciones de amnistía internacional, con los deberes y derechos que conceden a un prisionero de guerra los estatutos de las Naciones Unidas. El general estuvo de acuerdo. El reo servía para poco. El sicólogo de la Cruz Roja que lo atendió en un manicomio de Lisboa llegó a una conclusión más esperanzadora pero igualmente errónea: «Los medicamentos han empezado a dar los efectos esperados. No curamos su locura pero al menos le borramos el miedo de la cabeza. Podemos darle de alta». No era cierto, el tigre estaba vivo y Ramos lo sabía, pero deseaba regresar a Los Ángeles cuanto antes para ver a Raquel y al niño, así que consultó el asunto con su «superior», el falso teniente Lázaro Samá. Fue un diálogo difícil. Beto había decidido no volver a Cuba por temor a represalias. Tenía miedo. Estaba convencido de que lo considerarían un traidor. Ya era un caso relativamente célebre, porque los corresponsales de guerra que lo encontraron en la selva habían publicado reportajes, crónicas y falsas entrevistas hasta en folletos de cocina. Gracias a la intervención de instituciones del exilio

cubano, Beto logró viajar a Nueva York, y Ramos con él, ahora en rol de secretario personal. De Nueva York volaron a Miami, de Miami a Santa Fe y de Santa Fe, por recomendación de un grupo de veteranos, al balneario de Caracol Beach. Luego de varias gestiones Ramos consiguió que los haitianos blancos le dieran trabajo, casa y alimento en el restaurante de la playa. El día que el cubano le sirvió a la mesa su primer pargo al ajillo, Ramos intentó devolverle la libreta. Pensó que le agradaría tenerla con él. Beto tiró la bandeja con los restos del almuerzo (los platos fueron a dar a una mesa vecina), y soltó un grito aterrador, como si hubiese visto un tigre de Bengala:

—Queme eso.

—Es tu libreta. Tu memoria.

—Quiero olvidar, no recordar.

—No seas tan severo contigo mismo.

—Soy como me da la gana.

—Es parte de tu vida.

—¡Parte de mi vida...!

—Bueno. Tú sabrás. La guardo. Tal vez cambies de opinión.

Cuando se despedían en el cuarto, al fondo del almacén, Ramos tuvo la impresión de que Beto iba a sufrir un nuevo ataque. Temblaba de pies a cabeza bajo el marco de la puerta, cerrándole el paso. Era medianoche y acababa de entrar un frente frío en Caracol Beach. El mar bramaba a lo lejos. Su cólera crecía ola a ola. Un tajo de viento siseaba por una persiana rota del cuarto. Beto cubrió el hueco con un trozo de cartón.

—No se vaya.

—Raquel y mi hijo me esperan en Los Ángeles.

—¿No ve que tengo miedo?

—Descansa —dijo Ramos—: Mañana será otro día.

—Quédese a vivir aquí.

—Lo he pensado.

—Yo le abro un hueco en este cuarto. Esto se parece a Cuba... y a lo mejor a Puerto Rico.

—Hablaré del asunto con Raquel.

—¿Me lo promete?

—Prometido. Tal vez un día me mude para acá.

—¿Vendrá a verme? —no esperó respuesta—: Lo malo es que a lo mejor no me encuentra.

—Me dejas razón con los haitianos.

—¿Sabe qué? Quiero morir.

—Para todo hay tiempo en este mundo.

—¿Vio el tigre? Mentira que no existe. Claro que existe, si yo lo vi. Allá afuera.

—En Caracol Beach no hay tigres, teniente. Puedo asegurarlo.

—Viene por mí. He decidido matarme.

—Descansa.

—¡Qué ventolera, Dios mío!

Dos tajos de aire frenético atacaron la persiana. El cartón no resistió los embates. Sam y Beto estaban a merced del tiempo.

—¿Un consejo, teniente? Nunca tomes decisiones por la noche. Con la salida del sol, las cosas se ven de otra manera.

—Es que tengo miedo.

—El miedo es una camisa de fuerza.

—El miedo será una camisa de fuerza pero ¿qué hago?

—Escribe una carta a tu madre. Debe suponerte muerto.

—Mejor así.

—No digas eso. Estás completamente equivocado. Ella querrá tener noticias tuyas.

—¿Cómo sabe?

—Porque soy padre —dijo Sam, dio la espalda al muchacho y se metió de pecho en la boca del lobo. El viento le escupía granos de arena en la cara. Apuró la carrera. Oyó gritar a Beto desde el almacén: «¡No te vayas, maricón! ¡Hijo de la gran puta!». Era la voz de un desterrado. Ramos se hundía al caminar. La arena estaba demasiado blanda, como arroz a medio cocer. Tropezaba. En la fuga, las muletas de las piernas no le respondían a los mandos de los nervios. Patas de palo. Las olas rompían en los arrecifes y llegaban revueltas a sus pies. Caracolas. Un último alarido trajo el nombre de Catalina La Grande. Ramos ya iba lejos. Huía. Siempre huía. Perdió el paso y cayó en la arena. No hizo nada por levantarse. Una gaviota volaba noche adentro, a contra ráfaga, sin avanzar un palmo de aire en el viento. Cangrejos, cientos de cangrejos por la playa. Ramos pensó en Raquel y en su hijo Nelson, que lo esperaban en casa. Un hogar que apenas conocía. Recordó los pocos momentos gratos de su vida. Se sentía un guiñapo pero al mismo tiempo liberado por la traición. Acababa de quitarse el peso muerto de un loco. Juró olvidarlo. Y lo logró, al menos durante diecisiete años. Ramos cortó camino a través de los cocotales y llegó a la avenida costera. Detuvo un taxi. Regresó a Santa Fe. Y de ahí a Los Ángeles, en un vuelo regular de American Airlines.

Sam Ramos estuvo diecisiete años sin ver a Beto pero nunca perdió la libreta de notas. Hay objetos testarudos. Raquel no puede deshacerse de un álbum de autógrafos que llenó cuando era estudiante de matemáticas. Le aparece donde menos se lo espera. Si lo tira a la basura, el álbum se sale del cesto y se las arregla para que Ramos lo patee bajo un mueble. Allí se queda unos meses; luego la salvadoreña que los ayuda en la casa lo encuentra un día de limpieza general, supone que es un documento importante, y lo vuelve a guardar en cualquier cajón de la cocina, donde saltará como un ratoncillo de fuelle. A veces, Raquel se pregunta: ¿Dónde estará mi álbum? Y Ramos le responde: No te preocupes. Aparecerá. La libreta de Beto estuvo trece años en el bolsillo de una chamarra militar que Ramos había tirado al baúl de los recuerdos. Iba a regalarle la chamarra a Nelson y le saltó la libreta.

En el verano de 1990, Ramos recibió por correo una carta de Beto. Aún la guarda. «Sam: Espero que al recibo de la presente, usted se encuentre bien en unión de los suyos. Caracol Beach es un buen lugar para vivir. Usted y yo somos hombres del Caribe. ¿Se acuerda? Cuba y Puerto Rico son de un pájaro las dos alas. El mar va en la sangre. No lo dude. Recoja sus cosas y véngase para acá, con su mujer y el niño, que hoy debe ser un hombrecito. Una playa apacible. En verano los días resultan luminosos; el invierno es agradable. Hay una bolera. Zack y los suyos han abierto un bar. Qué más. Venga y le cuento: me hice santo. Estaba escrito. En Santa Fe hay muchos santeros cubanos. Estoy jurado. Soy hijo de Yemayá. Ahora ella está en mi cabeza. Soy su elegido, su elegún. Me posee. Me monta. Yemayá, mensajera de Olokun, recibe las ofrendas en compañía de los muertos: es muy lenta en complacer a sus fieles. Le escribo para convencerlo y decirle que usted tiene la culpa de lo que me ha sucedido. ¿Por qué no me dejó morir en la selva? De seguro se considera un héroe. Su hijo estará feliz de tener un padre como usted. Ya me lo imagino haciéndole el relato de cómo salvó a un cubano que andaba perdido en la selva. Qué bonito. Qué bonito papá. ¿Le molesta lo que digo? Yo no tuve padre, ni bueno ni malo. ¿Quién le dio velas en mi entierro? Por su culpa mi existencia es una mierda. Me persigue el tigre. Sólo yo sé que es cierto. Que sea un paranoico no significa que no me anden buscando. Estoy cercado. La locura. La locura. Qué salación. Alabao. Necesito ayuda. Dice apreciarme, usted lo dijo, entonces, ¿por qué no viene a Caracol Beach y me devuelve lo que un día me quitó: mi muerte? Llegue aquí. Facilito. Dejaré un rastro de mierda: sígalo. Me encontrará en la fonda de los haitianos. Aproveche algún descuido mío para pegarme un tiro. Los cobardes morimos rápido. Los cobardes huimos. Al correr, damos la espalda. El tigre cargará conmigo. Viene a llevarme. Me morderá la nuca y me arrastrará hasta el infierno. Facilito. Será un juego de niños. Hablando de niños. Traiga a su hijo. Gran idea. Partí el bate. Traiga a su hijo. El

muchacho presenciara una escena maravillosa. Como en las películas. Caeré desplomado sobre la arena. En cámara lenta. Música de fondo. Una armónica. La arena se teñirá de sangre, poco a poco. No voltee mi cuerpo. Déjeme así. Con los brazos en cruz. Un puñado de arena en la mano derecha. Los dedos de la izquierda abiertos en abanico. Bárbaro. Traiga a su hijo. Trataré de morir con los ojos cerrados. Aplauda si le nace. Que el muchacho se tome una foto junto a mi cadáver, como los cazadores de la selva que se retratan con una pierna colocada sobre el lomo de la fiera, en pose de triunfo. Este mundo me da asco. Escupo la carta. Escupo su cara. Todavía me sangran las encías. Están podridas. Podridas. Alabao. El tigre me encuentra por el olor de la sangre. Máteme. Es lo justo. Usted se precia de ser un hombre justo. No lo dudo. Qué va. Recuerdo que me cuidó con cariño. Yo era su prisionero de guerra. Sigo siéndolo. Seguiré siéndolo. Lo reto. Acepte el desafío. No me abandone. Sueño con ser su última batalla. Aquí estoy. De rodillas. Por amor de Dios, ¿pido mucho? No joda. Valgo una peseta. Me he tatuado los nombres de mis siete muertos en el brazo izquierdo. Zack hizo el trabajo. Buen trabajo. Si usted me mata Zack podrá grabar mi nombre en su piel, para que no me olvide. Se verá bonito. Alabao. Atentamente, L. S.». En el sobre venía una foto de Beto en medio de un cerro de coches destrozados. Ramos quemó la foto. Pero conservó la carta.

Poco antes de presentarle su renuncia al capitán Paul Sanders, Sam Ramos decidió ordenar sus memorias de «seis» guerras, empezando por la última, la batalla del deshuesadero de coches. Fue a ver a Theo Uzcanga en busca de consejo. Lo visitó en la buhardilla. Mientras subía las escaleras iba pensando en cómo lo recibiría pero sus temores resultaron pompas de jabón ante la amabilidad de Agnes al invitarle a merendar unas tostadas con mantequilla. El embarazo le había provocado una serie de antojos que Theo se desvivía en complacer: dejó de fumar porque a ella le molestaban los olores de los ceniceros, pintó la casa de azul a pesar de que prefería las paredes blancas, y se hizo un especialista en preparar tostadas con mantequilla. Agnes se veía preciosa con su nueva cara de pandereta. Se sentaba en una silla cómoda, reacondicionaba el globo de la panza sobre los muslos, y pedía más y más tostadas.

Theo le aconsejó que para entender a fondo la tragedia de Beto Milanés y los alumnos del Instituto Emerson debía hablar con los testigos, aunque le advirtió de la dificultad de lograr un testimonio preciso, por la elemental razón de que dos de los protagonistas no estaban en este mundo y la única imagen que queda de los muertos es la que guardan de ellos los vivos, «lo cual no siempre es una garantía». Ramos siguió al pie de la letra las indicaciones de Theo. Habló con todos los implicados, menos con Gigi Col, que se regresó a México y envió su reporte por fax. Laura Fontanet lo recibió en Los Ángeles. Al principio la muchacha se negó a confiar en Ramos. Tenía sus motivos. Recelaba. «Los policías somos muy antipáticos», reconocería el alguacil. Laura algo contó de la fiesta en casa de Martin, las piruetas de Tom en el trampolín, pero el sargento poco pudo sacar en claro sobre las horas que

ella pasó con Beto en el trailer, salvo un par de datos circunstanciales referidos a Strike Two. Volvieron a encontrarse en marzo de 1995, durante el juicio a Wellington Perales. Laura estuvo presente el día que a Ramos le tocó rendir declaración ante la fiscalía. Dos horas después, iba bajando la escalinata del Tribunal cuando el abogado Fontanet se le acercó para decirle que su hija quería hablar nuevamente con él. «Necesita desahogarse», afirmó. Sam Ramos cenó en casa de los Fontanet. Cerca de la medianoche, Emily y Claudio los dejaron en el estudio para que pudieran conversar.

—¿Cree en fantasmas? —dijo Laura.

—Por supuesto —dijo Ramos.

—Anoche vi al tigre. Quiero decir: soñé con él.

—Curioso.

—¿Curioso? ¿Le parece curioso? ¡Qué palabra tan ridícula!

—Yo también he soñado con el tigre. Hace muchos años.

—¿Es cierto que usted encontró a Beto en la selva? —sin esperar respuesta sentenció—: Aplauda, ¿no?...

Laura le ofreció un trago. Él aceptó.

—¿Cómo era Beto?

—Un loco. Un pobre loco.

—¿Usted se cree muy cuerdo? Martin y Tom se me aparecen a cada rato. Martin viene por sus lentes. Tom nunca habla.

—Me da pena...

—No soporto la lástima.

—Pena no es sinónimo de lástima.

—¿Por qué no me mataron? —preguntó Laura.

Ramos tragó un hielo:

—Paul Sanders tiene una explicación. Piensa que ninguno de sus hombres se atrevió a disparar contra una muchacha. Creo que esa actitud también salvó a mi hijo.

—¿Su hijo? Cierto. El travestí.

—Llevaba falda. Una falda de cuero.

—Lo recuerdo. Su hijo es un ángel, alguacil.

—Muy amable. Ya no soy alguacil. Renuncié.

—Pude escapar gracias a la intervención de su hijo. ¿Qué hacía en ese lugar? Por poco lo matan. De alguna manera le debo el estar aquí, conversando con usted. ¿Más ron?

—Bueno. Más ron.

—¿Por qué renunció, si se puede saber?

—Porque estoy cansado.

—Yo también.

—Eres muy joven.

—No me convence la tesis del capitán Sanders.

—A mí, sí.

—Puede ser. Nadie sabe nada. Otra pregunta... ¿Por qué cree que Martin sonrió al morir?

—Supongo que fue un gesto involuntario. Era miope. Había perdido los lentes en la licorería y acababa de cumplir dieciocho años. Como tú, muchacha.

—No: yo tengo cien —dijo Laura.

Sam Ramos no se culpa de la muerte de Catalina La Grande. Dios debe saber por qué diablos hace las cosas. En la primavera de 1995, le envió por mensajería certificada una carta donde contaba de los sucesos del deshuesadero sin entrar en detalles penosos, y adjuntaba en el sobre la libreta de campaña que Beto había escrito en Ibondá de Akú para decirle a su madre algún día que él por fin la había perdonado. A Sam le pareció justo. Consultó el asunto con Raquel y ella estuvo de acuerdo. Catalina era la destinataria de esa papelería. Entre los documentos que el alguacil encontró al inspeccionar el trailer del Circo Cinco Estrellas había una agenda con la dirección de Rafaela Sánchez en Cienfuegos. Cuenta la comadre de Catalina que el día que le llegó el paquete por poco se vuelve loca. Había recibido un par de postales en los últimos quince años, así que al escuchar el silbato del cartero supuso que se trataba de una equivocación, bastante frecuente por las insuficiencias del correo, y dejó a medio cocinar el potaje de chícharos que le había prometido a Catalina. El mundo era para ellas dos casas en la punta de una loma. Su primera reacción al leer la carta de Ramos quizás explique el tamaño de su desasosiego: subió a la azotea y abrió las portezuelas de las jaulas, ordenando a las palomas que emprendieran vuelo de inmediato. Se sentó en una caja de madera, bajo la antena de televisión. Le nevaban plumillas de pájaros sobre los hombros. Arrugó la carta en la mano y pensó que lo mejor sería esconderle la mala nueva a Catalina, quien con el tiempo había terminado por acostumbrarse a la soledad. Pero entonces Rafaela miró hacia el patio de al lado y la encontró vestida con su bata de flores, empercudida por incontables plastas de sudor. Estaba reparando la malla del gallinero. Parecía más flaca aún que su esqueleto, hecho de alambre. A cada martillazo perdía el eje y buscaba sostén en las vigas del empalizado para no desarmarse hueso a hueso. El esfuerzo de carpintería resultaba excesivo. Sólo quien la conociera bien podría explicar la tarea de clavetear la cerca como una acción desesperada para perder el tiempo en algo menos lastimoso que pasarse el día maldiciendo su suerte. La tropa de gallinas había ido disminuyendo de sopa en sopa hasta reducirse a la mínima expresión: una pollona pellejuda con la cual a Catalina le gustaba compararse en esos momentos de humor que se permitía de vez en cuando: «Estás más fea que yo», decía. El viento soplaba desde el mar y el olor de las cagarrutas debilitaba la pestilencia del potaje de chícharos que Rafaela había olvidado bajar de la parrilla. «¡Ay!, Diosito, dime tú qué hago, dame una señal», dijo.

En Cuba el tiempo se mide por las lluvias. «Ha llovido cantidad», dicen cuando se quiere atrasar una historia cualquiera hasta el pasado. Desde la falsa noticia de la desaparición de Beto en Ibondá de Akú, muchos aguaceros atrás, Catalina vivía haciendo equilibrios en el borde de esa cerca tan frágil que separa la cordura de la

demencia. Apenas recibía visitas en la casa, siempre cerrada como una caja de regalos, y nunca bajaba a la ciudad porque, según ella, en Cienfuegos no se le había perdido nada. Esta justificación ponía el dedo sobre una llaga: lo único que acumulaba en la vida era el recuerdo de aquello que había perdido. Rafaela llegó a pensar que esa suspensión casi etérea sobre la realidad tenía cuando menos la ventaja de mantenerla a flote y, por lo mismo, quizás le permitiría llegar al final de la barda sin tener que atravesar vieja y sola la cuerda floja de la locura. Rafaela supo que si esa tarde le ocultaba la noticia no podría mirarle a los ojos sin avergonzarse. Ambas dependían de la lealtad para vivir.

—¡Oye, tú, vieja chocha, mira que se te queman los frijoles! —le gritó Catalina desde el patio.

A las ocho y media se sentaron a cenar, según lo acordado. Luego del postre, Rafaela tragó en seco y comenzó a leer la carta. Al llegar al párrafo en que Sam Ramos refiere la muerte de Beto en Caracol Beach, se le trancó la garganta.

—Algo me cayó mal —dijo Rafaela y fue a fumarse un cigarro. Bajo la noche. Entre grillos.

Catalina leyó la libreta de Beto sin pausa ni dramatismo. Rafaela la espiaba desde la ventana de la sala, con el cigarro escondido en el hueco de la mano para no llamar la atención. La Grande terminó la lectura en silencio. En ese momento no hizo ningún comentario. Se apoltronó en el sofá de la sala, ante el televisor, y vio un rato la película de medianoche. Un filme italiano. Contaba una historia de amor. Una historia de amor con final feliz. «Volare, oh, oh... Cantare, oh, oh, oh, oh...», tarareó. Le dio por eso. «Mierda, ¿habré oído bien?», se dijo Rafaela. Abandonó el escondite, entró en la sala y encaró a su amiga:

—¿Y a ti qué coño te pasa? ¿Estás loca o qué?

—Tengo sueño.

—Duérmete. Si tienes sueño, duérmete.

Catalina se durmió en el trono del sofá. Rafaela le acercó el ventilador. Había un calor de infierno. Permaneció en vela un par de horas. A las cinco de la mañana, Catalina despertó con los ruidos de la estática. Apagó el televisor. Rafaela estaba rendida en un sillón.

—No te molestes, Fela, pero ya me voy —dijo Catalina.

—¿Adónde, comadre?

—A casa.

—¿Cómo estás? Si quieres hablar, hablamos...

—Luego.

—Luego es nunca.

—Este Albertico es una bola de humo.

Una bola de humo. La pollona se cansó de esperar, rompió a picotazos la malla del gallinero y entró por la ventana, cagando los marcos y los muebles. No halló nada de picar en la mesa del comedor, donde Catalina había dejado a Rafaela una nota

cariñosa («Vieja chocha, voy a dar una vuelta para respirar un poco de aire fresco. No te extrañes si llego tarde. Estaba bonita la película de anoche»), ni en la cama de los soviéticos amoríos, perfectamente tendida con una manta de retazos. Horas después Rafaela encontró la gallina en el baño, tumbada sobre el batilongo de flores, más muerta que una piedra en un camino de piedras. Ésa era la señal que Dios le enviaba: la del adiós.

—¡Alabao! —exclamó.

Catalina había encontrado el pozo de aquella pesadilla recurrente que, muchos aguaceros atrás, le había anunciado el final de su vida: el vacío. Rafaela voló el vecindario de punta a cabo. Preguntó en la bodega de la esquina, esa mañana más animada que de costumbre porque había llegado la pipa de cerveza. Un vecino se había cruzado con Catalina en la carretera: «Me extrañó que no me respondiera el saludo. Le dije Hola y siguió de largo. Está quimbá, pensé: no es para menos, ¿verdad?». Rafaela consumió el día haciendo averiguaciones, sin perder la esperanza. En el Coppelia le informaron que una señora con las señas de Catalina había estado allí por la mañana, cómo olvidarla: testigos de la escena dicen que ocupó una mesa de la terraza, pegada a la calle. Pidió un vaso de agua. Hablaba sola. De repente se alzó la saya, en gesto francamente grosero, y enseñó a los comensales un pubis cano, seco y raquítrico como sexo de momia, mientras gritaba a calzón quitado una retahíla de malas palabras y de maldiciones; a los pocos minutos se retiró rebuznando entre los curiosos que se habían acercado a la heladería para presenciar el show. El portero del estadio de pelota vio a Catalina en las gradas, atenta a los entrenamientos de un equipo infantil. «Me dio alegría saber de Beto, después de tantos años», confesó el portero: «Aunque te digo, Felita: a tu comadre deben amarrarla con una camisa de fuerza y encerrarla en Mazorra una temporada». Le contó que estaban conversando sobre el muchacho cuando sin ton ni son ella empezó a pegarse con los puños en la frente, como si quisiera sacarse al demonio de la cabeza. El portero fue por ayuda. Cuando volvió, había desaparecido. «La pobre», sentenció. Para colmo, las versiones de los testigos resultaban contradictorias. Catalina había estado a una misma hora en muchos sitios diferentes. Se sabe que al mediodía anduvo por los alrededores de la fábrica de cemento, dicen que llorando, pero a las doce del día hizo escala en la Terminal de Ómnibus: a un conocido de Rafaela le pidió unas monedas para completar un pasaje a La Habana. Tres horas más tarde dormía en una banca del Prado, según cuentan unos, «atravesada de lado a lado, las piernas abiertas como una horqueta de guayaba», y a las tres en punto de la tarde, testifican otros, armaba un escándalo mayúsculo en el vestíbulo del Hotel Jagua, donde agentes de la policía la detuvieron ante la protesta de dos turistas madrileños que no soportaron la imagen de aquella mujer grotesca que decía ser la puta más perra de Cienfuegos y exigía rentarles sus servicios al precio de diez latas en conserva. Ésas fueron las estaciones de su calvario: los escenarios de un hijo muerto. Rafaela se negaba a dar crédito a tantos disparates. No estaba preparada para enfrentar el hecho de que su amiga se

había extraviado en el laberinto de la insania. Cada nuevo dato la iba debilitando articulación por articulación, hasta que se le entumieron las manos: por las venas del cuerpo corría ahora un líquido tan frío que quemaba: puro miedo derretido. Decidió regresar antes que le cayera la noche encima. Había olvidado encerrar sus palomas en las jaulas. ¿Dejó el radio encendido? Iba a perder su cuota de cerveza a granel. La pipa subía a la bodega del barrio cada tres o cuatro meses. Ella intercambiaba cerveza por cigarros con un vecino. Quería fumar. Se le rompió el tacón del zapato. Tenía el estómago pegado al espinazo. El hambre duele. Pensando en tantas cosas, la caminata se le hizo interminable. La pobre.

—Qué tanto lío —dijo.

Rafaela encontró a Catalina donde menos lo esperaba: en la orilla de la bahía, al pie de su jardín sin flores. Poco faltó para que no la reconociera. La comadre se había adentrado en el mar unos diez metros. El agua le llegaba a medio pecho. Cuando pasaba una ola, desaparecía por unos segundos. Rafaela la convenció de que regresara a tierra firme y la acompañó hasta la casa. Quiso cuestionarla por los sucesos de esa jornada caótica pero Catalina tenía la mente en blanco. No recordaba haber visitado la heladería, mucho menos el estadio de pelota o la Terminal de Ómnibus. «¿Qué puedo hacer yo en La Habana, comadre?» Desde que renunció al ejercicio de la putería no había vuelto a cruzar por delante de la cementera para no encontrarse con sus amantes rusos. ¿Hotel Jagua? Sólo había ido una vez para celebrar con Beto la hazaña de haber vencido al gran Agustín Marquetti. Todo el santo día estuvo reparando las mallas del gallinero.

—¿Y qué hubo de esos chícharos? ¿No me habías invitado a comer? —dijo La Grande para salir del atolladero.

—Sécate bien la cabeza.

—Tengo frío. ¿Hace frío, comadre?

—Sí, comadre, hace tremendo frío.

—Llovió, ¿verdad?

—Mira cómo estás. Das pena, carajo.

—No, sí, claro, si por eso estoy mojada. ¡Ay!, Felita: este muchacho es una bola de humo.

Una bola de humo. Rafaela recalentó el potaje de chícharos. Después de la cena le pidió a su amiga que durmiera con ella esa noche. Por respuesta, Catalina hizo a Rafaela una última confidencia: le dijo quién fue el padre de Beto, pero revelar el nombre no tiene ya ningún sentido, ni siquiera en esta novela. La Grande estaba calmada. Serena. Había logrado salir del pozo. Con el rabillo del ojo, Rafaela vio la libreta de Beto sobre la mesa, en medio de un círculo de cirios encendidos. A Felita le dolían los pies. Las rodillas. Los codos. El pecho. El esqueleto. La vida. Cerró los ojos. Una canción la asaltó desde el fondo de la conciencia: «Volare, oh, oh. Cantare, oh, oh, oh, oh». Volvió a oír estas frases: «¿Y a ti qué coño te pasa? ¿Estás loca o qué? Tengo sueño. Duérmete. Si tienes sueño, duérmete». Y se durmió.

A solas, Catalina La Grande, la enorme señora del puerto de Cienfuegos, nacida en Sagua, comenzó a llorar y no paró durante doce horas seguidas. Es sabido que estuvo toda la noche encerrada en su cuarto, bebiendo licores de menta a pico de botella, esta vez sin dejar entrar a nadie, salvo al diablo que sabe atravesar paredes como la música. «Zun zun zun, zun zundambaé. Pájaro lindo de la madrugada» —la oyeron cantar los vecinos. La libreta quedó flotando en un pantano de parafina. Todavía le brotaban lágrimas muertas cuando la comadre Rafaela tumbó la puerta a patadas y la descubrió colgada de una cuerda, como un trapo en una tendedera, cuatro horas después de haberse ahorcado.

Libreta del soldado. La madera del lápiz huele igual que la cocina de mi casa. Mañana mismo quemo esta libreta. La guerra nos cortó la lengua. Alabao. Lo que pasó, pasó. No hay vuelta de hoja. Strike one, strike two, strike tree. Tengo que pensar en otra cosa. Imaginar que estoy en Cienfuegos viendo pasar los barcos. Mercantes de Rusia. Buques petroleros. Cargueros griegos. Yates de vela. Barcazas. Muchas barcazas. No puedo. Debo hacer planes. Muchos planes. No regresaré a La Habana. Qué va. Necesito un rincón. Un pequeño rinconcito donde esconderme. A nadie le importa mi suerte. A nadie. ¡Qué suerte! Pinga y cepillo. Me siento en el fondo de un pozo. Mejor me voy a casa. Eso. A casa. Facilito. Mamá me espera. Mamá me ama. Mamá me amamanta. Mamá. Perdóname, vieja. Perdóname. ¿Sabes? Quiero salir del pozo. Escalar las paredes. Arriba veo un círculo de luz. Me atrae como a las moscas. Moscas, moscas, moscardones. Avanzo hacia ese resplandor. Subo. Paso a paso. Clavo las uñas en la tierra. En la garganta del pozo culebrean las alimañas. Me caigo. Me caigo. Me caí. Mis amigos pelotean mi cuerpo en la oscuridad. Ellos también viven en el hueco. Se mueven en la oscuridad. Lombrices bajo tierra. Qué hago aquí. ¡Virgen de Regla compadécete de mí! Soy un fracasado. Panetela afirma que la humanidad está llena de fracasados porque los triunfadores se cuentan con los dedos de las manos de un ciempiés. Estoy ido. Tengo que concentrarme. Ponerme para las cosas. Enciendo un fósforo. Mis amigos me miran. A los ojos. No dicen nada. Mis amigos tienen miedo. El fósforo se apaga. Me quema. Da valor tanto miedo junto. Mis amigos son buena gente cantidad. ¿Se habrán dado cuenta de que he llegado a pensar en fugarme, en escapar? Me encantaría escapar. Huir. ¿Pero cómo? El pozo es demasiado profundo. Ciego. ¿Huir pero adónde? A la Conchinchina. Al carajo. A la mierda. Piensa burro: Pienso. Que me acusen de traidor. Digan lo que quieran. Que soy un cobarde. Un desertor. Traidor, vendepatria. Si me voy no me encontrarán ni en los centros espirituales, pero si logro escapar jamás podré regresar a Cuba; si me agarran en el brinco, pasará el resto de mi juventud en una cárcel. ¿Por qué estamos obligados a ser valientes? Abro una tumba en la tierra y me siembro. Desaparezco. Se acabó lo que se daba. Muerto el perro se acabó la rabia. No tengo valor ni para huir. De contra sentí al leopardo. Fernandito escupiendo desde la hamaca. Dice Fernandito que es un tigre. De Bengala. Allá afuera. ¡Voy a morir en Ibondá de Akú! Mamacita. Mamacita mía. ¡Virgen de Regla...! Yo no sé ni rezar. El animal rondaba el campamento. No lo veía pero escuchaba cómo iba rompiendo ramitas allá afuera. Solavaya. Luz y Progreso para ti. Luz y Progreso para ti. ¿El tigre? ¿El de las películas? ¿El del zoológico de 26? Me pica la cicatriz. Son los nervios. Tienen que ser los nervios. A ver si me explota una bomba como al hijo de Lázaro, que en paz descanse. No

apareció la mano. Muerto y manco. Tengo las encías desbaratadas. Desbaratadas. Me la paso babeando sangre. Ibondá de Akú está inundado de moscardones. Como los basureros. La basura soy yo. Los barcos. Tengo que pensar en los barcos. Cierro los ojos. Sólo logro que llueva en mi cabeza. Coño, Fernandito, no escupas más, carajo. Escupe tú también, me dice Fernandito. Escupir ayuda. Cargo la boca de saliva. Preparen, apunten, fuego. Los dos nos ponemos a escupir, cada uno desde su hamaca. A tumbar moscardones con nuestros gargajos. Escupo. Escupo. Escupo hasta secarme. ¡Preparen, apunten, fuego! Un mortero de Fernandito hace blanco en mi frente.

Los muchachos conquistaron los altos del cementerio media hora antes del amanecer. Martin vio el resplandor de la aurora sobre el filo de los coches y, ante la inminencia del duelo, dijo a Tom que se regresaba a casa porque no aguantaba un minuto más. Había llegado al límite de su resistencia. La realidad se borró como una pizarra de escuela. Aquel basurero repleto de fósiles metálicos se le hizo un sitio inexistente. Sentía en carne viva el frío de una madrugada ajena y se dejó vencer: sólo tenía dieciocho años, entraba el domingo segundo a segundo y sus padres lo esperaban para comer en familia una pierna de carnero. Lo demás era el infierno. A Tom, por el contrario, le resultaba imprescindible la compañía de Martin para ser valiente. Tenía un terror idéntico al de su amigo pero se decía a sí mismo que esa noche no podía permitirse el lujo de ser cobarde. Toda buena estrella de baloncesto necesita sentir la compañía de otros atacadores en el campo de juego. Cada triunfador requiere de un fracasado.

—No te vas.

—Lo siento.

—Piensa en Laura. Tú nos pediste que te acompañáramos por las cervezas. ¿Te acuerdas?

—No había cervezas, Tom.

—Salíamos de tu casa.

—La fiesta estaba bien, ¿no? Sólo necesitábamos un poco de bebida. Cómo saber lo que nos iba a pasar.

—Escuchaste el recado de tu padre en la contestadora...

—Vete al carajo.

—Ahora, Laura y yo estaríamos haciendo el amor.

—No veo. No veo nada sin mis lentes.

—Mierda.

—Tengo mucho miedo, Tom.

—Pronto va a salir el sol. Se cumple el plazo.

—Rompiste mis lentes. Iba a bajarme del auto. Aceleraste. ¿Te crees mucho? Mis padres me esperan a comer.

—El loco está ahí.

—¿Dónde?

—Ahí.

—No sé. No veo.

—Puedo escuchar su risa.

—La familia se reúne los domingos. Es domingo, ¿no?...

—Su risa...

- Soy un cobarde.
- Se está riendo de nosotros.
- ¿Qué risa, Tom? Piensa lo que quieras.
- No te vayas.
- Me voy.
- Va a amanecer.
- Es tarde. Muy tarde. Me voy. Me voy. Me fui.

Cuando Martin dio la espalda e inició la retirada, Tom lo tacleó con una acción rápida y ambos rodaron pendiente abajo, entre los hierros del deshuesadero. Pelearon duro y sin sentido porque lo hacían con amor. Cómo describir ese momento terrible si ninguno de los dos vivió para contarlo. Qué derecho asiste para recrear el cuadro si los muchachos estaban solos, absolutamente solos bajo una luna que se había gastado en unas horas y que apenas bastaba para iluminar los coches a no ser con un brillo tan terrorífico como insuficiente. ¿Sería mejor aprovechar esta página para hacer una reflexión sobre lo impúdico de las guerras, que no terminan cuando los políticos firman las paces sino que se perpetúan en los sobrevivientes, víctimas de una cruzada desigual que sigue aconteciendo dentro de cada uno, entre las tripas y el corazón? Y mientras Tom y Martin se empujan entre los coches, se abrazan, forcejean, se debilitan y enloquecen, decir a voz en cuello que los verdaderos culpables de la masacre no aparecen en esta novela porque antes se las ingeniaron para mandar a otros a las primeras líneas de fuego, a la batalla estúpida de la política, para que vuelen en pedazos y ellos puedan decir en las tribunas que el pueblo ha cumplido su glorioso deber con la historia. ¿Pero tendrá sentido? ¿De qué sirve? Tom y Martin no leerán este libro: si existe el documento, la ficción de los hechos, es porque ellos no contaron con el escudo de las letras, oraciones, párrafos, parapetos de palabras. La única manera de cambiar el destino sería mintiendo y ni la mentira podría ampararlos: la muerte también es una dictadora. ¡Cómo teje su manta! ¡Con qué paciencia va cosiendo la mortaja! La vida es una suma de casualidades. De equívocos. Si Laura no propone ir a bailar rock and roll a Machu Picchu, ¿dónde estarían ahora sus dos amigos? En cualquier lugar menos en las tumbas del cementerio. Si Martin no se hubiera fumado el cigarro de marihuana, ¿se habría atrevido a ofrecer la casa en Caracol Beach para seguir la fiesta? Y si Wellington Perales no se hace acompañar por Gigi Col y Langston Fischer, ¿habría escuchado la versión de los muchachos en la autopista? ¿Por qué disparó al aire? Aún más: si el santero Lázaro Samá no hubiera cargado un saco de cemento roto, ¿Beto habría ido con él al pueblo de Regla? De no haber vaciado dos botellas de aguardiente, ¿lo habría acompañado a Ibondá de Akú? Quién sabe. Si la señora Dickinson no hubiera telefoneado tantas veces por tantas tonterías, ¿el comisario Ramos habría respondido con urgencia al aviso de peligro? Si Agnes no se entretiene contando arrugas en el baño (¡con lo que odia los espejos!), ¿habría ido con ellos a comprar bebidas a la tienda? ¿Por qué Martin no se comunicó con sus padres? Una llamada telefónica lo habría salvado. Si a Tom no le ofende la

broma de sus amigos, ¿habría visto el Oldsmobile de Beto en el cruce de caminos? ¿Por qué Martin no se atrevió a usar la bodega de vinos y licores? Hubiera sido tan sencillo. Si el cowboy con cara de calabaza de Halloween no hubiese estacionado su Ford en el único cajón disponible de La Bastilla, ¿el tigre de Bengala habría persistido en la cacería? ¡Con qué paciencia teje la muerte nuestra mortaja! Tom y Martin eran dos inocentes, sí, un par de amigos desesperados que luchaban cuerpo a cuerpo con la legítima ilusión de que alguien viniera a separarlos, a salvarlos. ¿Qué se dijeron? ¿Algún lector se atreve a imaginarlo? En esos minutos angustiosos y eternos quién quita que hayan pensado en la imprudencia de no haber avisado a la policía, ahora estarían en una celda de tránsito, un cuartucho húmedo, maravillosamente húmedo, ¿y por qué no suponer que cuestionaron la inmadurez de enfrentar al loco en condiciones tan desiguales cuando las posibilidades de sobrevivir eran mínimas? Quizás los golpes fueron curándolos del espanto porque ambos necesitaban sacudirse el terror de los cuerpos. Se insultaron, se abofetearon, se rompieron las ropas en la paliza hasta que en el momento más injusto de la noche y de esta novela, cuando Martin estaba a punto de rendirse, ya, ya, Tom perdió el equilibrio en una maniobra tonta y desde dos metros de altura fue a caer sobre un nido de chatarra donde una fina barra de acero le desgajó el corazón como una mandarina. No tuvo ni el consuelo de la agonía, que en este caso, conociendo el temperamento de Tom, le hubiera permitido intentar una maniobra merecedora de aplausos, como en tantos torneos deportivos que definió a favor de su equipo justo con el silbato final del referí. Nada. Estaba clavado en la tierra. La sangre llenó su boca y allí se ahogaron las últimas palabras. Algo hubiera dicho, aunque fuese una tontería sobre los zopilotes reales pero no le autorizaron la despedida. Murió en quince segundos de estertores sin entender qué había sucedido: Martin se fue poniendo chiquito y Tom ¿habrá pensado que quien se iba era su condiscípulo de aula y no él, el gran campeón del Instituto Emerson? Las luces ciertamente se fundieron sin artificios, el mundo enmudeció en un silencio tan profundo que lo dejó sordo y la flama de la vida se apagó entre los dedos de Dios. Ok se fue.

—¡Qué pasa, Tom: dime, mira que no veo nada!

Tom estaba muerto. Martin gritó a Dios que se había equivocado en la sentencia. No podía ser cierto. Cómo. Tom. Cuándo. Por qué. Tom. El manantial de sangre que manaba de la boca no dejaba lugar a la duda. Martin comenzó a patear las llantas desinfladas de los coches buscando una salida en las paredes de la noche, que acabó por envolverlo bajo la manta de la locura. Se fracturó el dedo gordo del pie derecho, según reveló la autopsia, y el dolor del hueso quebrado lo tumbó junto a su amigo. Tom tenía los ojos abiertos. Siempre fue curioso. Ver para creer, decía. La primera muestra de que Martin había empezado a delirar fue la acción de abotonarle la camisa hasta el cuello; la segunda, bajarle el párpado izquierdo para conseguir a la fuerza una expresión cómplice, infantil, en lugar de aquel gesto de pavor que el absurdo había impreso en su rostro. «Nadie expira con un ojo abierto y otro cerrado», se lee en la

línea más frívola del dictamen de los forenses. Martin se echó el revólver a la cintura, tomó en las manos los arpones de caza submarina y cojeando se encaminó hacia la única fuente de luz del deshuesadero: un trailer de hojalata, rodeado de bombillas azules, rojas y amarillas que resplandecía entre coches andrajosos como la carpa de un circo ambulante, una noche de gala. El soldado había dicho que les enseñaría a matar a un hombre. Martin ya sabía. No era tan difícil. De lo que se trataba ahora, ahora que la cobardía acababa de proporcionarle un nombre para grabar en el panteón de su antebrazo, era conseguir que alguien le alfileteara en la camisa una última medalla: la de una bala.

—Samá, teniente Samá, ¡hijo de la gran puta! —gritó Martin desde el montículo de hierro y disparó el primer plomazo—. ¡Mis lentes! ¡Ah, no, mis lentes! —volvió a escuchar la campanilla de la licorería y hasta que no apretó el gatillo de la pistola por segunda vez y el ojo de buey del trailer estalló en pedazos, su conciencia no apagaría el interruptor de aquella alarma de peligro que pedía ayuda— en primerísimo lugar para él mismo. Entonces escuchó ladrar un perro. Gruñía. Lo descubrió entre los arbustos. Era un cachorro que traía un cuchillo en la boca. Soltó el cuchillo. Sacó la lengua. Jadeante. El perro. Una silueta de perro. Martin le dio una patada en las costillas. La punzada del dedo roto le tocó la espina dorsal: «¡Tom, ha vuelto Bingo, Tom, Tom, dónde quedaron mis lentes!». Strike Two se marchó por donde mismo había llegado.

A Ramos no le molestó que Wellington Perales se pegara a los talones del capitán Sanders pues esa leve deslealtad lo dejaba justo donde él quería estar, fuera del terreno de juego, viendo la contienda desde el banco, un sitio ideal para dedicarse al sano proyecto de no hacer absolutamente nada. En el fondo de su corazón gozaba del desconsuelo de la señora Dickinson. La idea de asaltar la tienda, reconoció, resultaba mucho más audaz que la de cagarle el porche. Entre sollozos, la insoportable señora Dickinson culpaba del atraco a los jóvenes que habían convertido la casa de los Lowell en un antro de perdición. Ramos se apartó del grupo y se recostó en su patrulla, donde Tigran El Temible estaba a punto de morir de fastidio.

—¿Tiene sueño? —preguntó Tigran—: Dígale a Mandy, ¿no? A ese hijo suyo le gustan las películas de acción. ¿Qué averiguó?

—Yo estoy pintado en la pared, armenio.

—Ya somos dos.

El alguacil no quería saber del asunto. Paul podría llevar el caso, de hecho muy simple para un estratega de sus quilates. Wellington aprendería que darle la cara al peligro puede ser una acción pesada, poco gloriosa e incluso bastante ruin, y él tendría el campo libre para restablecer la comunicación con su hijo, a quien la noche comenzaba a resultar muy atractiva, tal y como había pronosticado El Temible.

—Es hora de ahuecar el ala —dijo Ramos.

—¡Cómo! —exclamó Mandy—: Ya me gustaba el oficio de policía —Tigran El Temible hizo una mueca de resignación—. Te traes algo entre manos, papá. Te conozco.

—Esta noche está muy rara, hijo.

—Pienso lo mismo.

—Debe ser que está viejo, suegro —dijo Tigran.

Para el capitán Sanders, los ladrones de la tienda debían ser los mismos que habían asaltado la licorería de la autopista. La descripción que el empleado diera del coche coincidía al pie de la letra con aquel Oldsmobile pintado de rojo que se había hundido de narices contra la vidriera de la señora Dickinson, y en ambos casos los delincuentes habían dejado una idéntica huella de conducta: en el primer atraco, esparcieron por el estacionamiento el fruto del delito; en la tienda habían escogido, entre tantos artículos valiosos, dos arpones de caza submarina. «El león no es tan fiero como lo pintan», pensó Ramos, y se tragó sus conclusiones: una de las máximas que al capitán Paul Sanders gustaba repetir en campaña decía textualmente: «Mis subordinados hablan cuando las gallinas mean». Y allí no había ninguna gallina orinando, si se descuenta a la plumífera señora Dickinson que siguió rumiando lindezas hasta la última página de esta novela.

—Dos simples arpones de caza submarina... No entiendo, capitán. Con tantas cosas de valor que hay en esta tienda —dijo Wellington que sabía de la materia.

—¿Te parece?

—Soy buzo.

—Revisa el vehículo —ordenó Sanders.

En la visera del Oldsmobile, Wellington Perales encontró una tarjeta de circulación que acreditaba el vehículo al ciudadano de origen cubano Alberto Milanés. Al oír el nombre Sam Ramos sintió un campanazo en la cabeza. «Voy a morir en Ibondá de Akú.» La frase se iluminó con la impertinencia de un anuncio de neón. La selva. El tigre de Bengala. El loco. El hormiguero. La libreta. Revisó los documentos con la ilusión de que fuese una coincidencia, una casualidad. Los ojos de Beto en la fotografía borraron cualquier esperanza de error. Ya no era un soldadito delgaducho e indefenso sino un adulto con cuello de toro, pero la cicatriz seguía estando mal zurcida en la mejilla derecha y en la mirada persistía esa expresión de perro sin dueño que había desarmado a Ramos con la fuerza arrasadora de la ternura. Oyó una voz: «Quiero morir». Resonancias. Mandy se acercó a su padre y le puso la mano en el hombro, apretando la articulación con fuerza. Sabía quién era el cubano. Mandy tomó a su padre del brazo y lo llevó a la patrulla. El Temible seguía sentado en el asiento trasero.

—Necesito un poco de agua —dijo Ramos.

—Es él, ¿verdad?

—¿Quién?

—Alberto.

—¡Alberto! ¿Qué se traen entre ustedes? —dijo Tigran.

—Tú me has hablado mucho de él. Ese muchacho al que salvaste en la selva. El loco del tigre, ¿no es cierto?

—Supongo, hijo —dijo Ramos—: Se llaman igual.

—Cómo que un tigre. ¿Adoptar un tigre? —dijo el armenio.

—¿Qué piensas hacer, papá?

—No sé.

—Qué fácil.

—Te juro que no sé.

—¡Andando!

—¿Adónde, hijo?

—Por fin a casa —dijo Tigran.

—¡Quítate, armenio!

—Espera —dijo Ramos.

—Yo manejo.

—Gracias, hijo —dijo Ramos.

Mandy se arrancó la diadema, se subió la minifalda hasta mitad de muslo y se puso al volante. Ramos se sentó a su lado. Respiraba hondo. Tenía los pulmones

lentos de susto. En un segundo volvió a vivir sus guerras. Derrotas. Puras derrotas. Raquel. Necesitaba a Raquel Gould. Cuando partían, el capitán Paul Sanders llamaba al centro de operaciones en Santa Fe para solicitar datos complementarios sobre el sujeto llamado Alberto Milanés y Milanés. Unos cien metros adelante de la tienda, Mandy pisó el pedal del acelerador hasta el fondo. La fuerza de la inercia pegó a Tigran contra el asiento.

—Los hombres se dividen en dos bandos: los que están cerca y los que están lejos —dijo Mandy.

—¿Y esa frase? —dijo Ramos, angustiado.

—Yo también leí la libreta de Alberto, hace años. ¿Dónde estás tú, papá? ¿Cerca o lejos?

Ramos cerró el puño con tanta presión que las uñas se clavaron en la palma de la mano como alfileres en un huevo de costura.

—Ya llevamos buena ventaja —dijo.

—¡Pero adónde nos dirigimos, carajo! —exclamó Mandy—: ¡Estas tetas de mierda cómo me molestan!

—Al deshuesadero de coches —dijo Ramos.

Mandy se despegó las pestañas postizas.

—¿Cómo sabes?

—¡Ay!, hijo, no preguntes tanto.

—Si tú supieras, papá...

El travestí se transportó mentalmente unos diez años atrás, justo hasta la tarde de cuaresma en que a escondidas de los mayores leyó la libreta de aquel cubano del que se hablaba en su casa a cualquier hora y sufrió unos celos paralizantes. Acababa de comprender que jamás sería un buen soldado como estaba previsto desde su nacimiento: le gustaban demasiado los hombres y no tenía la menor duda de que esa preferencia, entendida entonces como un defecto, le costaría el desprecio de las dos personas que más quería y lo querían entre cielo y tierra: sus padres. Ramos era capaz de simpatizar con las extravagancias de un demente que encontraba tigres en cada manzana de Nueva York, mas no toleraría que el heredero de su gloria fuese homosexual, pues esa aceptación lo obligaba a reconocer su propia derrota. «Nelson, aprende de Beto», decía: «¿Por qué no eres como él?». Beto. Siempre Beto. Beto Milanés. Beto El Perfecto. Beto El Valiente. Beto El Cubano. Mandy estuvo tentado de quemar el diario pero pensó que lo mejor sería prenderse fuego a sí mismo, en hoguera de hombría. Si no se suicidó esa tarde fue porque Raquel subió al techo para tender un ejército de uniformes militares y Mandy se escondió tras los respiraderos de la chimenea. Cuando su madre se retiró escaleras abajo, el alcohol se había evaporado con los vientos de la cuaresma que soplaban de norte a sur con fuerza de temporal. A partir de ese episodio Mandy inició un juego que llenó sus apetitos. El héroe de la libreta sería su amante secreto, su hombre imaginario. Noche a noche lo llevaba a la cama y lo seducía en lentas caricias, lo violaba, lo tenía, se dejaba poseer bajo las

sábanas. Quién quita que así, de hombre a hombre, pudiera compartirlo con el burro de su padre. Ese sábado, cuando discutió sobre la posibilidad de adoptar un niño, había mencionado el nombre de Alberto y El Temible tuvo un ataque de envidia que resolvió con un manojito de oprobios en armenio; antes de la pelea campal en la sala del departamento, Mandy le había contado la mentira de que su primera relación homosexual había sido con un cubano ardoroso a quien su padre había hecho prisionero en la selva de Ibondá de Akú, sin saber que apenas unas horas más tarde tendría la ocasión de conocerlo. A eso iba, volando sobre la pista de asfalto a ciento cuarenta kilómetros por hora. «No corras tanto que nos vamos a matar en la carretera», dijo Ramos.

Don Claudio Fontanet contaría en el velorio de los muchachos que esa noche tuvo una pesadilla. El domingo despertó más temprano que de costumbre y los zapatos estaban donde nunca los dejaba, al pie de la cama, listos para echar a correr, y la camisa que pensaba ponerse para ir a misa apareció en la puerta del ropero con los botones zafados (Emily tenía la manía de abotonarlas hasta el cuello y cubrirlas con un forro de polietileno). Don Claudio no soportaba dormir con el reloj en la mano pero al lavarse la cara esa mañana el reloj estaba en la muñeca derecha (lo usaba en la izquierda) con la correa mal pasada por la trabilla. Decidió inspeccionar la casa. En el estante del comedor encontró la foto de Maruja en la playa que Laura tenía en su dormitorio; en la cocina, la libreta de teléfono abierta en la página de los números de urgencias en Caracol Beach.

—Hay mucha gente loca en la calle.

—No te preocupes si ves que no llego a dormir.

—Lo que me preocupa es que corran por la autopista.

—Sí, papá.

Don Claudio iba recordando el diálogo con su hija cuando descubrió sobre el escritorio la pistola que siempre guardaba sin proyectiles en la mesa de noche: estaba cargada. Recordó la pesadilla. Había soñado con Maruja, cosa rara porque su esposa había desaparecido de sus fantasías en la noche de bodas con Emily. Aunque el abogado no alcanzaba a precisar detalles del sueño tampoco podía quitarse de la cabeza la sospecha de que esas alteraciones debían significar algo. ¿Qué?

—¿Qué?

—Eso digo yo. ¿Qué haces levantado tan temprano? —dijo Emily desde el descanso superior de la escalera.

—¿Cómo?

—¿Por qué tienes la pistola en la mano?

—Vístete rápido, mujer: nos vamos a Caracol Beach.

—Pero si aún no ha salido el sol, Catalán —dijo Emily.

Un tren pitó detrás del estadio de béisbol. Los silbatos de la locomotora que iba llegando o tal vez partiendo se mezclaron con la campanada de una iglesia invisible que llamaba a misa de seis. Agnes y Theo vivieron ese amanecer a dieciséis kilómetros del deshuesadero, y aunque la luna era la misma que alumbraba a Tom y a Martin y a Beto y a Laura para los maestros tenía un significado diferente. La ciudad olía a pueblo, la calle de comercios a huerto roturado, el aire a agua, el agua a tierra, el asfalto a cedro, el domingo a jueves, el mar a campo, lo antiguo a nuevo y ellos se extrañaron de tanta perfección.

A mediodía, la mujer con el delantal de flores que había colgado la pajarera en la

terraza tocó el timbre del departamento de su vecina Agnes para contarle la noticia de primera plana que acababa de escuchar en el noticiero de la televisión: un cubano medio loco, refugiado político, y unos estudiantes del Instituto Emerson de Santa Fe, luego de asaltar licorerías, romper coches de turistas, violar prostitutas, destruir locales comerciales y matar mascotas habían sido ultimados por elementos de la policía local en el deshuesadero de coches del kilómetro dieciséis de la autopista a Caracol Beach, según testimonio del agente Wellington Perales, quien aseguró a la prensa que los delincuentes habían ofrecido resistencia a la autoridad con armas de fuego y arpones para cazar cachalotes, por lo cual ellos se vieron en la obligación de ripostar el ataque, aunque el oficial a cargo de la investigación, el alguacil Sam Ramos, se negó a anticipar conclusiones definitivas.

—Yo me dije, mujer avisa a Agnes que no debe saber nada porque anoche estuvo trabajando hasta muy tarde.

—No, no, no, no, no —dijo Agnes, despacio, sin variación en el metal de la voz.

—Mira. Aquí te apunté los datos de los muertos.

Al ver los nombres de Tom y de Martin, perdió el piso. No, no, no, no, no: las paredes, los muebles, la vecina bajo el umbral de la puerta y hasta la puerta misma se derretían, se inclinaban, se torcían, violaban el eje de la verticalidad. La señora de los canarios dio una vuelta en redondo como si girara en la mesa de un casino y Agnes cayó en medio de un charco de orine. No. Sí: desde que la vecina había empezado a comentar con lujo de detalles la nota periodística, ella trató de imaginar cómo pudieron suceder tantas desgracias en tan breve lapso, con la esperanza de encontrar una falla en el reporte, sospechosamente preciso, exacto, inapelable, y ante la confirmación de la tragedia se le abrieron las compuertas de los riñones y se chorreó las piernas. Agnes salió a la calle y echó a correr. Correr. Correr. No, no, no, no, no. Corrió por los parques donde los niños empujaban papalotes y a su paso derribó un puesto de vendedores ambulantes, y corrió por las banquetas de las avenidas sin respetar el tráfico de ese primer domingo de vacaciones, corrió por los amplios paseos comerciales, repletos de mercancías en oferta. Y se iba diciendo que tenía una pesadilla, claro, una pesadilla porque a quién se le ocurre que Martin, Tom y Laura asaltarán tiendas, matarán mascotas y abusarán de ancianos indefensos. No. No. Había un error. Varios errores. Siguió corriendo, ahora con más bríos. Corrió y corrió y corrió en círculos alrededor de la rotonda que el alcalde de Santa Fe había mandado a construir para recordar a los soldados desconocidos, muertos en las últimas cinco guerras del país, y aunque mucho corría y corría no se cansaba, no, no se cansaba por mucho que potenciaba la velocidad del trote: en la huida hacia ninguna parte pasó frente al Instituto Emerson, donde los mensajeros de una prestigiosa florería descargaban decenas y decenas de coronas de rosas blancas, propias para jóvenes difuntos. ¿Por qué corría? ¿Por qué se negaba a aceptar los hechos? ¿Por qué? Porque si los hubiera acompañado a la fiesta en casa de Martin quizás ellos estuviesen vivos. Corre. Porque a ella, a Agnes, le habría gustado tener una segunda oportunidad para

hacer el amor con Tom. Porque se consideraba culpable. Abre los ojos. Porque los quería. Porque los amaba. Por eso.

Agnes no se detuvo. Atravesó el centro de un desfile escolar. Un agente de la autoridad intentó detenerla pero ella logró escabullirse como pez entre las manos de un pescador. Corrió y corrió, sin rumbo fijo. ¿Un cubano loco?, pensaba. ¿Refugiado político? ¿Unos arpones? ¿Un deshuesadero de coches? Y esas dos pelirrojas comiendo helados en la esquina. No. Los autobuses trasladaban legiones de turistas japoneses. Sí. Un padre enseñando a su hijo a montar bicicleta. Una bicicleta con ruedas estabilizadoras. Sí. Ese muchacho tocando el saxofón en el parque. La partitura en el atril. El sombrero de las limosnas. No. Un hombre leyendo el periódico. No. Una anciana consultaba las tablas de la lotería. Las caras de los modelos, hombres y mujeres exitosos, sonrientes en los carteles comerciales. Sí: era domingo. Es domingo. El tercer domingo de junio. Una mañana transparente. Deben estar vivos. Sí. Martin y Tom. Laura. ¿Qué fue de Laura? Su nombre no era mencionado entre los muertos. Laura. De pronto se vio a unos cien metros del cementerio: el portón se abría lentamente. Un cortejo, otro cortejo, entraba con su carga de dolor. Una banda de música. Otra banda de música. La marcha. Fúnebre. Agnes aceleró el trote, le dolía el bazo, hasta que se le fueron debilitando las piernas y le flaquearon las rodillas. Mientras subía a saltos la escalera de la buhardilla de Theo pensó que nunca llegaría. Nunca. Arriba. Con la frente tocó en la puerta tres veces seguidas.

—¡Theo, abre! Theo, Theo...

Cuando Theo abrió, ella seguía cabeceando. El maestro traía en la mano un aparato contra el asma: lo tiró al suelo para sujetarla.

—Ya sé —dijo ahogado. El rector del Instituto Emerson acababa de llamar por teléfono para contarle. Agnes se aferró a la tabla de salvación de un amigo.

—Dame un trago, Theo, un trago, una botella de vodka, una pistola, cualquier cosa que acabe conmigo.

Theo nunca olvidaría sus palabras. Que Dios debía estar mal de la cabeza. Que nada era cierto, ni la poesía. Que Reinaldo Arenas había hecho lo correcto cuando se voló la tapa de los sesos. Que los políticos deberían dejar de levantar monumentos en los parques y decidirse de una vez a prohibir por decreto el derecho a la felicidad, si eso es lo que quieren a fin de cuentas, porque a esta vida, Theo, a esta perra no sólo no hay quien la entienda, sería muy fácil:

—Tampoco hay quien la quiera.

—Laura vive —dijo Theo y tiró la puerta con fuerza.

El golpe descascaró la cal de la pared.

Beto Milanés cortó de un hachazo la cadenilla de las esposas. Y sonó el primer disparo. En una acción instintiva, el soldado empujó a Laura y ambos fueron a dar bajo la mesa. El recuerdo de la guerra en Ibondá de Akú le estranguló la conciencia. El trailer estaba lleno de moscardones. Beto comenzó a temblar igual que los muchachos en el asiento del Chevrolet. Laura levantó al veterano del piso y emprendió con él una huida desesperada. Oyó la voz de Martin: venía gritando insultos por el deshuesadero. El segundo disparo hizo estallar el vidrio del ojo de buey.

—¡Teniente Samá! —clamaba Beto—: ¡Teniente Lázaro Samá, no me abandones!
¡Teniente Samá!

—Vamos, Beto.

—El tigre... Afuera está el tigre.

—No hay tigre.

Abandonaron el trailer. Beto parecía espantado. Los fantasmas de sus compañeros surgieron entre los coches. Resucitaban en las carrocerías desvencijadas, sombras tras las sombras de las vagonetas, y chispeaban en los espejos retrovisores de los autobuses. Se escondían en las cabinas de los camiones sin dejar de llamarlo, recordándole que era tiempo de que se dejara comer por el tigre. No pocos de ellos se reían. Panetela estaba sentado en el aire, fakir, y dos ratas corrían por su cuerpo, domesticadas.

—¡Huye! —ordenó Laura.

Martin, cazador de hombres, los vio salir y disparó tres veces seguidas. A esa hora los hombres del capitán Paul Sanders se acercaban en columna de patrulleros por la autopista y escucharon los fogonazos en el silencio de la noche. Wellington hizo sonar la escandalosa espiral de la alarma.

—Que nadie abra fuego hasta que yo lo ordene —dijo el capitán Sanders y Perales comunicó el mandato a los otros patrulleros. Él sería el primero en incumplirlo.

Ramos, Mandy y Tigran corrían por las callejuelas del deshuesadero. Poco a poco, el alguacil se fue rezagando y su hijo tomó la punta de la carrera, seguido a unos ocho metros por El Temible. Ahogado, temeroso de llegar demasiado tarde y maldiciéndose por haber tragado una enorme pizza de mortadela y aceitunas moradas, Ramos iba pensando en el último encuentro con el cubano, en el cuarto de los haitianos blancos, que paso a paso se bamboleaba igual que el camarote de un barco en las aguas del recuerdo, y se reprochó su mala, pésima memoria, consuelo de cobardía: en ese momento, viejo y gordo, supo que había olvidado a Beto porque dieciocho años antes tuvo terror, pánico de complicarse la vida con la existencia de

un loco sin suerte que le había invadido el corazón. Lo quiso. Hubiera deseado tener un hijo así. Lo amó. Pero acabó traicionándolo. Si el miedo resulta una camisa de fuerza, el olvido es una celda de manicomio. Prefirió guardarlo en el recuerdo e inventó episodios que no habían sucedido con tal de armar una excusa piadosa: Beto Milanés ha sido curado, mujer. Beto Milanés vive feliz. Hijo, ¿te acuerdas de Alberto? Alberto Milanés. Acaba de regresar a Cienfuegos. Beto Milanés está a salvo. Qué ingratos son los seres humanos, Raquel: Beto ni se acuerda de nosotros. Con los años Ramos terminó por confundir qué había sido cierto. Al llegar a Caracol Beach, preguntó por el cubano, y supo que trabajaba en el deshuesadero. «Nunca viene. No sale, al menos de noche, que es cuando yo estoy en pie», le dijo Zack: «Es mi mejor amigo». Ramos no fue a visitarlo. No quería enfrentar el desafío que Beto le había lanzado en la carta: «Dice apreciarme, usted lo dijo, entonces, ¿por qué no me devuelve lo que un día me quitó: mi muerte? Llegue aquí. Dejaré un rastro de mierda: sígalo». No amar a nadie es una inmoralidad. No amar a nadie es una inmoralidad. No amar a nadie es una inmoralidad. En mala hora leyó esa frase. Muchos le tienen pavor al cariño. Al cabo de cinco guerras, un hijo travestí y sesenta y dos años, él era uno de éstos.

—Yo me adelanto, papá —gritó Mandy.

—Mucho cuidado, hijo.

Laura, entretanto, había logrado llevar a Beto hasta una calle lateral del deshuesadero. En ese instante, el fondo de la escena se iluminó con los reflectores de la policía que había comenzado a acordonar el sitio, y se escuchó la voz del capitán Paul Sanders que los conminaba a la rendición. Laura se creyó a salvo. Strike Two corría por los pasadizos del deshuesadero con el cuchillo de goma en la boca. De pronto, se detenía. Soltaba el arma. A la manera de un sabueso de caza, intentaba orientar sus sentidos. Mordía el juguete. Continuaba la búsqueda. Justo cuando Laura y Beto se acercaban a la salida del cementerio, desde algún lugar de la noche saltó Martin y les cortó el paso. Laura no lo reconoció a primera vista. En sólo unas horas el pacífico Martin se había transformado en una bestia: traía en la mirada el fuego del rencor y, en la mano, un garfio para cazar tiburones. La muchacha intentó darle una explicación razonable pero Martin la apartó con un manotazo y se enfrentó al cubano. Beto se recostó a una pared de latón sin oponer resistencia. Moscas. Moscas. Moscardones.

—Mátame —suplicó—: Mátame. Mátame. Para eso has venido, para matarme.

—Claro que sí, cabrón.

—Déjame explicarte, Martin —dijo Laura.

—Quítate, Laura.

—No.

—¡Carajo! —dijo Martin.

Carajo, Martin también quería morir. Escuchó ladrar un perro y lo descubrió entre los arbustos. Era el cachorro que traía un cuchillo en la boca. Otro murciélago pasó

volando cerca. Otro coche sonó el claxon en la autopista: el fotuto reproducía en acordes simples una balada de moda. En la tela de la noche volvieron a encenderse las guirnaldas de las luciérnagas. El reordenamiento de la realidad no sirvió de consuelo porque a esa altura de las circunstancias el mejor alumno del Instituto Emerson había perdido el juicio para siempre. Estaba fuera del mundo: la demencia es una forma de extravío. Apuntó a la cara del soldado. Así habría actuado Tom. Seguro. Claro. Si Tom era un héroe. Encestó treinta puntos. Un poco de mal no hace mal sino más bien un poco de bien. Tom le decía al oído que lo matara de una vez. Mátalo. Tom puso el dedo en la llaga. Debía empezar a valorar las cosas de otra manera. Mátalo. Tom casi nunca tenía la razón pero casi siempre daba en el blanco, lo cual no es exactamente lo mismo. Tom estaba a su lado. Mátalo. Podía escucharlo. Mátalo. Podía palparlo. Mátalo. «Me cuentas cuando el humo toque fondo en la tripas, ¿ok?» Siempre decía Ok. El tigre saltó del árbol. Los moscardones se alborotaron. Mátalo. Mátalo. Mátalo. Mátalo. Mátalo. Mátalo. Muchacho.

—Mátame. Panetela, mátame. Leo... ¡Aspirina...! Ahí vienen... ¡Carajo...! De pinga. Catalina... ¡Catalina!

—Quítate, Laura —gritó Martín.

—Estás equivocado... Déjame explicarte.

—No le expliques nada, chica. Deja que me mate, coño. Bang. Bang. Yo estoy jurado. Borrón y cuenta nueva. Camina. Camina. Yemayá, Babalú Ayé. Luz y Progreso. Aquí, Panetela, dispara al pecho, Panetela...

—¡Estamos locos, todos estamos locos! —dijo Laura.

Mandy llegó con los rellenos de sus pechos por fuera de la blusa, la minifalda a punta de nalga, descalzo porque había perdido por el camino sus botines de tacón. Se detuvo a unos metros del duelo. Al fondo se escuchaban los pasos de El Temible y de Ramos, aún distantes. Mandy fue a hablar pero las palabras se enredaron en su garganta reseca. Beto era el Jinete Solitario, el cazador de cocodrilos que había estado bebiendo veneno para ratas en el bar de los haitianos.

—Basta —dijo—: Por Dios.

Laura se creyó a salvo. Aquel travestí debía ser un ángel. Beto lo confundió con el tigre.

—Cuidado —dijo Beto—: El tigre... ¡Lázaro: el tigre, coño!

—Sé que te llamas Beto —dijo Mandy.

—El tigre...

—¿Qué tigre? —dijo Mandy.

—No te muevas, está a tu derecha. ¡Panetela...!

—Es Tom —dijo Martín y se adelantó un par de pasos.

—Martín, escúchame —rogó Laura.

—Es el tigre. De Bengala. Me sigue. Mátame. No dejes que me coma. Las hormigas. Mátame, por Dios. Quién seas, mátame.

—Es Tom —repitió Martín.

—¿Dónde está Tom? —gritó Laura—: Yo le explico.

—Tom está bien. No veo nada.

—¿Dónde está Tom?

—Tom está muerto. Tom. ¿No tienes mis lentes? ¿Dónde quedaron mis lentes? Muerto. ¡Dónde!

—Por amor de Dios, qué mierda está pasando —dijo Mandy y se hincó en el suelo—: ¡Papá, papá, corre!

Martin se llevó la pistola a la sien.

—No lo hagas —dijo Mandy—: Este mundo es una mierda, sí, una mierda pero no hay otro. No lo hagas, carajo. Basta. No te mates. Yo he intentado suicidarme muchas veces. Muchas. Si te cuento las tardes que he estado al filo de un edificio o bañado en alcohol de arriba abajo, con un mechero a la mano. Hasta que un día comprendí que mientras haya una persona, al menos una, que lo quiera a uno, nadie tiene derecho a quitarse la vida. No amar a nadie es una inmoralidad, maricón.

—Vete al diablo... ¿Qué dijiste?

—¡Maricón...! Ahí viene Sam Ramos... ¿Te acuerdas? Sam, el gordo... Tu amigo Sam Ramos, el de Puerto Rico... Te quiere. Viene a salvarte otra vez... Ya está cerca.

—Tigre... Tigre... Tigre...

Beto comenzó a raspar la tierra con las uñas hasta encontrar una piedra. La lanzó contra Mandy. Le dio en el pecho. No era una piedra sino una tuerca. Una tuerca de rosca. Beto gateaba por el suelo:

—Qué coño. Tú vas a ver, carajo. Tú vas a ver quién es Lázaro Samá. Vete, tigre... —hizo una pelota de fango y volvió a tirársela a Mandy. La bola se desintegró en el vuelo.

—Tú mismo lo dijiste. ¿Te acuerdas, Beto? En la libreta. No amar a nadie es una inmoralidad, carajo, una inmoralidad —dijo Mandy.

—¡Voy a morir en Ibondá de Akú! —gritó Beto. No dijo más: se le montó Yemayá. Cuando Ifá lo indica, a Yemayá le sacrifican palomas. Ifá, hijo de Obbatalá, es el gran orisha de la adivinación. Beto se tensó como cuerda de violín y comenzó a girar sobre su eje dibujando enérgicos remolinos. Ningún ser humano es capaz de resistir tantas tempestades. Su cuerpo era sacudido por ráfagas invisibles. Relámpagos. Yemayá, la de los siete caminos, Yemayá Awoyó que estás lejos, suplicaba Beto. A su lado Laura no salía del asombro. De pronto el cubano braceaba como si nadara en un mar de aire; de pronto parecía remar hacia una hipotética orilla. Se ahogaba. Los movimientos de Beto iban ganando en intensidad, ordenándose y desordenándose al ritmo de una secreta melodía, desde suaves ondulaciones de las extremidades hasta una furia incontrolable. Yemayá, la de los siete caminos, Yemayá Awoyó que estás lejos, en la mar, dueña del agua, tú que comes carnero, Madre del cabello de lata que pare a la laguna, no me dejes morir, no me dejes morir. Mandy reculó, deslumbrado. Ante él estaba el combatiente loco que su padre había salvado

en la selva, el hombre que durante un tiempo había fantaseado en sus alucinaciones de adolescencia, ahora poseído por una fuerza arrasadora que lo desarticulaba como a un títere en una coreografía que no acababa de comprender pero que debía significar, por la belleza de lo terrible y la gallardía de lo fatal, una danza a la vida. Yemayá, la de los siete caminos, Yemayá Awoyó que estás lejos, en la mar, dueña del agua, tú que comes carnero, Madre del cabello de lata que pare a la laguna, Madre nuestra protectora, mujer perfecta, única, que extiendes el mar, Madre que piensa, sálvame de la muerte, ampárame. Beto temblaba de pies a cabeza. «Lázaro Samá, no me abandones», gritó. Había llegado al límite de su resistencia. Los músculos dejaron de responder. A su cansado corazón le faltó potencia. La mente quedó en blanco. Abrió la boca en un alarido silente: las cuerdas vocales no timbraron el grito. Le sangraban las encías. Tenía un insecto dorado en la lengua. Cayó al suelo desplomado.

—Catalina Milanés —dijo.

El nombre de Catalina se estiró hasta cruzar el horizonte. El tigre abrió las alas y una ráfaga de viento trajo olores del mar. Salitre. De las plumas colgaban decenas de amuletos, güiras secas y alargadas, cuentas de Oyá, ramas de cundiamor, palos de cañamazo amargo, medallitas de cobre en forma de muletas, guardapelos, bejuco lucumí, escapularios de matipó rojo, semillas de Santajuana, sagrados corazones de Jesús hechos de lata, como promesas en una manta a Babalú Ayé. ¡Zun zun zun, zun zundambaé, pájaro lindo de la madrugada! Al cerrar las alas cesó el viento. Y se apagó la luna.

—Mátame —dijo Beto.

—Mátame —suplicó Martín.

Moscas. Moscas. Moscardones. Fue en este momento que Laura escuchó el aleteo de los moscardones. Se tapó las orejas. El recurso resultó contraproducente porque encerró los murmullos en el tímpano. Venía oyendo ese zumbido desde que Beto la atacó en el estacionamiento de la licorería; entonces pensó que era un fallo en la pizarra del Chevrolet; luego, en el trailer del circo Cinco Estrellas, mientras el soldado buscaba las fotos de Catalina en el cajón del escritorio, supuso que provenía de alguna bobina eléctrica, el motor de la cisterna, por ejemplo, pero en la callejuela del deshuesadero acabó de descifrar el enigma: la muerte se acercaba a ella —batiendo furiosa sus pequeñísimas alas. Moscas. Moscas. Moscardones. Más rápida que una golondrina vio pasar una llama en el aire, no mayor que una muñeca de cuerda. Revoloteó entre la bruma y se posó sobre el techo de un carricoche. Allí cobró nuevo aliento. Laura reconoció a Maruja Vargas. Desnuda, diminuta, su madre le extendió los brazos. De los dedos de humo brotaba una melodía de piano. Contradanza. La música le mostró el camino de la salvación. Los moscardones dejaron de perseguirla y cargaron contra Beto. El perro ladraba y ladraba bajo el casco de un camión. Asomaba medio cuerpo, ladraba y se escondía de nuevo. Adelantaba el hocico y gruñía desconfiado. Avanzaba un par de pasos, uno más, retrocedía. Ladraba desde la sombra, detrás de las llantas, sin dejarse ver. Ladraba.

Ladraba. Ladraba. Strike Two le ladraba a Yemayá, a Maruja Vargas— de alguna manera a Dios.

La mejor manera que Agnes y Theo encontraron para despedir a los muchachos fue recibirlos en sus cuerpos. Se secaron las lágrimas a besos. Comenzaron a hacer el amor como si lo estuviesen inventando. Mientras él le picoteaba el cuello con los labios ella pidió que le contara de Laura. Algo había dicho Laura sobre el encuentro amoroso en la buhardilla. Una parte tal vez pequeña del recuerdo. Pero esa tarde Agnes lo quería entero. Todo: lo sentido y los sentidos. Laura tiene unas nalgas de oro, dijo Theo, qué cómico, y le costó un trabajo tremendo quitarse el blue jeans, descascararse decía, y acabó cortándolo con unas tijeras. «Una gota de anís resbala por tus muslos con la indiferencia de un barco que se aleja», recordó el profesor. Agnes sonrió. Miénteme si quieres. Theo nunca mentiría. Laura vive. Llamé al hospital. Está en observación, con una crisis nerviosa pero fuera de peligro. Laura. ¿Te la cogiste aquí, en esta cama?, dime. Sí, mujer, dijo Theo, en esta cama y la porrista quiso que abriera las ventanas de la habitación. Abre las ventanas, dijo Agnes. Es hermosa la Laura. Sí es muy hermosa. Theo confesó un dato que Agnes conocía bien porque la había visto desnuda en los baños del gimnasio: los pechos de la muchacha eran pequeños, macizos. Rotundos y suaves, ¿cómo decirlo? Y los pezones rosados. Lo que no sabía Agnes era que al contacto de los dedos las puntas de los pezones de Laura se endurecían como semillas de maíz, así le dijo Theo en el oído, se endurecen como semillas de maíz, acaríciame, y los pezones de Agnes también se endurecieron como semillas de maíz. Dime Laura, dijo Agnes y cerró los ojos para que Laura reapareciera en la buhardilla. Desnuda. ¿Seguro que está fuera de peligro? Así dicen. Es saludable la porrista. Y fuerte. Se recuperará. El tiempo cura las heridas. Acaríciame. Acaríciala. Tom, dijo. Tom sí está muerto. Tom. Agnes se acordó de las torpezas del atleta, que parecía tan asustado que ella lo escaló músculo a músculo hasta colocarle sus senos en los párpados, en la mejilla, en la boca, esa boca de hielo que ahora los forenses estarían cosiendo con hilo de seda en la morgue de Santa Fe pero que entonces se rindió en un susurro de placer, como con hambre, y Tom, Theo, mordió su vientre mientras ella le pedía en voz alta que siguiera besándola, bésame Tom, bésame, Theo, decía, entra, ven, hazlo, y Theo entraba, lo hacía, iba repitiendo la secuencia para que Agnes pudiera revivir el recuerdo de aquel atleta de fuego, porque Theo había comprendido y aceptado que Agnes amara como amaba a Tom en otro cuerpo, el suyo, y que deseara como envidiara a Laura en su propia piel, por eso se tocaba, se frotaba el pubis contra los muslos de él, de Theo, de Tom, de Laura, y Theo pensó que así estaba bien, así debía ser, así sería: Agnes tenía derecho a desquitarse, a derrotar la cabrona suerte, y dijo: maestra Agnes, maestra, soy Tom, ¿Tom?, Tom, sí, y estoy un poco nervioso, Agnes, aquí está Tom, mujer, dijo Theo, nunca has estado con una mujer, ¿verdad?, dijo Agnes, nunca, dijo Theo,

dijo Tom, dijo Theo, pero Tom está aquí, y te está amando, ámame, te deseo Tom, es para ti, tuya, para ti, Agnes, y para Laura, la de las nalgas de oro, mira, Agnes, Laura te quiere, Laura, ¿me quieres?, Laura vive, Agnes, Tom, y en el momento en que los cuerpos de los dos amigos guardados en ataúdes de maderas preciosas eran conducidos en hombros por condiscípulos desolados, Agnes y Theo se querían rabiosos para robarle unos gramos de vida a la sal de la muerte, y mientras la señora Liza Lowell golpeaba con los puños las paredes de su casa en Caracol Beach, una casa reducida, vacía, absurda como un teatro donde han dejado puesta la escenografía de una obra que nunca podrá ser representada; mientras don Claudio Fontanet se abrazaba a los padres de Tom y no sabía qué decirles porque había olvidado las palabras o esas palabras no existen, no deben existir, no pueden existir, y Ramos tiraba al mar la pistola, minutos antes de echar al correo su renuncia, y mientras Tigran El Temible trataba de convencer al cachorro del soldado que su nueva morada podía llegar a ser un sitio más hospitalario que el trailer de la Arena Cinco Estrellas y Mandy lo iba llamando por muchos nombres con la esperanza de que respondiera a alguno y Strike Two corría con la cola entre las patas buscando un cuchillo de goma bajo los muebles, mientras todo esto sucedía afuera Agnes y Theo se amaban entre sábanas calientes y supieron que la tarde de aquel domingo era fantástica, clara, irrepetible, y que los días regresarían a las noches, las luces a las sombras, las sombras a los cuerpos y los muertos que uno quiere al corazón.

—Ya se fueron —dijo Theo.

Los ojos de Agnes hicieron carambola con los de Theo, unos ojos negros, negros, negros, vidriados por las lágrimas pero con ánimo aún para hacerle un tic gracioso, inesperado, sencillamente amoroso, y ella supo que lo peor había pasado, que Martin obtendría siempre las mejores calificaciones y que Tom encestaría más canastas que nadie. Ella, Agnes MacLarty, instructora de gimnasia rítmica del Instituto Emerson de Santa Fe, treinta y tres años, cuatro arrugas, haría lo imposible por quedarse junto al asmático Theo Uzcanga la vida entera, asustados, cierto, dependientes y temerosos, cierto, pero respirando, si no felices ilusionados por ser felices porque este mundo de porquería, a fin de cuentas es el único con que se cuenta y aquí abajo, ¿saben qué?, sólo el amor nos salva, sólo el amor nos salva, sólo el amor nos salva, sólo el amor nos salva. Las constelaciones volverán a alinearse en el firmamento. Y la ciudad olerá a pueblo y las calles de los comercios a huertos roturados y el aire a agua y el agua a tierra y el asfalto a cedro y lo antiguo a nuevo. Depende. Depende. Las noches son oscuras cuando va a amanecer. Y hasta volarán mariposas alrededor de los faroles convencidas de que son tulipanes y los perros cruzarán las esquinas al cambio de luz en los semáforos. Agnes y Theo habían comenzado a necesitarse. Luego encontrarían cómo olvidar a los muchachos.

Martin levantó el arma y vació contra el cielo la última bala del cargador. Fue por ese disparo que los hombres del capitán Sanders cerraron el cerco, iluminando la escena con los focos de sus potentes linternas. Al entrar en el deshuesadero, contó Paul a Ramos en la Comisaría, Wellington por poco se rompe una pierna porque en la carrera tropezó con un cadáver. El cuerpo estaba ensartado en una barra de hierro. «Wellington cayó junto a Tom y se pegó un susto que nunca olvidará. La cosa estaba fea, Sam: no se trataba del fiambre de un perro ni de una ramera ultrajada: había un muerto. Un muerto en una brocheta. Tu agente se quitó la chamarra y cubrió el rostro del difunto, que con su ojo abierto, cristalizado, parecía restarle importancia al incidente. Esa expresión resultaba intolerable. Continuamos adelante. Cuando descubrimos a los otros muchachos en la callejuela, ninguno de ellos reaccionó. Los tenemos, me dije. Uno piensa cada estupidez en esos momentos. El que llevaba los arpones miró hacia nosotros. Entrecerró los ojos, acostumbrándose a la luz de las linternas. Tuve la impresión que despertaba.»

Martin sintió que despertaba.

—¿Dónde estamos?

—Vamos a casa, amigo. Mi buen amigo Martin. El mejor.

—¿A casa?

—A casa, Martin.

—Tengo miedo —dijo Martin.

—Todo está en orden.

—¿Y mis lentes?

—Ya aparecerán.

—No veo.

—Martin, no te angusties. Todo aparece.

—Eso estaría bien.

—Eso.

Laura comprendió que su buen amigo iba a rendirse, y pensó que ella debía marchar cuanto antes a Los Ángeles y borrar esa noche para siempre. Olvidar al soldado de los tatuajes por el que había empezado a sentir una lástima incomprensible, olvidar a los leprosos de El Rincón, a Caracol Beach, a Martin, a Tom. En el siglo que duró aquel segundo de esperanza se recordó de niña en Punta La Galia y se vio sentada a una mesa rústica, bebiendo un refresco de fruta en la cáscara de un coco seco. Los haitianos cantaban viejos temas de Edith Piaf desde el fondo de la cocina. Pudo darse cuenta de que el cóctel estaba demasiado dulce y que los gajos de la naranja tenían semillas amargas. Ella vestía una falda con flores bordadas a mano, su madre un overol azul y su padre una camisa con tirantes. Recién en ese

momento reparó en el hecho de que don Claudio se parecía a Sting.

—Dile que me mate, Laura, yo no puedo más —dijo Beto. Estaba lejos. En la selva. Viendo morir uno a uno a sus amigos. Habían caído en la emboscada. Él pudo avisarles, según lo acordado, pero el miedo es una camisa de fuerza. Una camisa de fuerza. En alguna parte del mundo alguien cantaba el tema de Yolanda. Sería el estudiante José Londoño, que jamás recibía cartas y se pasaba el día tarareando canciones de Silvio y de Pablo. Yolanda. Yolanda. Eternamente Yolanda. Escuchó la risa de Ernesto Aspirina Gómez, enfermero de la escuadra, y él sabía que Tomás Ruedas y el telegrafista Leo Rubí, alias La Mosca, jugaban a las damas en la trinchera, entre lombrices, sin imaginar que estaban cercados por el enemigo. La tierra tamboreaba. Un fuerte olor a carne rancia inundó Ibondá de Akú. Los moscardones se posaron en el fondo de sus ojos. El tigre abrió las alas y las medallitas tintinearón unas contra otras, sumando el cascabeleo de los amuletos al coro de los grillos.

Ramos había perdido olfato de zapador: nunca se arrepentiría de tantas equivocaciones. Se sentó en la defensa de una ambulancia destartada, seguro de que había pasado lo peor. Había recogido los botines de tacón que su hijo perdió en la carrera. Se sujetó la frente con la mano. La cabeza pesaba arrobas. No se sentía las piernas. El corazón bombeaba intensamente. Sí, viejo: estás viejo, se dijo. No creía en Dios, pero dio gracias a Dios: tenía el presentimiento de que había recuperado a su hijo. Mandy se veía espantoso con sus senos mal rellenos de algodón. Tengo que darle los tacones, pensaba cuando Tigran le puso una de sus garras de oso en el muslo.

—¡Ah!, los tacones... Odio esos zapatos —dijo El Temible.

—Nelson está descalzo. Puede enterrarse un clavo.

—No se impacienta, suegro.

Strike Two vino hasta ellos. El armenio le acarició la cabeza. El perro movió la cola. Tigran imitó el movimiento con la cabeza.

—¡Qué gracioso animalito! —dijo.

—¿En qué mundo vives, carajo? —gritó Ramos.

—¿No es gracioso?

—No, imbécil, no tiene nada de gracioso.

—Vaya a hablarle así a su abuela.

Tigran perdió el control por primera vez en la noche:

—A mí no me jode nadie. ¿Me oye? Nadie. No tengo que pedir licencia para ser como me dé la gana. Sólo cuento con eso: mis ganas. El mundo es del tamaño que yo alcance a tocar con la mano. Esta mano. El resto me importa un pepino. Quién se cree. Quién. Puede meterse sus palabras por el ojo del culo. Cada uno enfrenta su miedo como puede. No me gustan los zapatos con el tacón tan fino y este perro se me hace gracioso, muy gracioso, ¿y qué pasó? Ahí hay un par de locos que quieren matarse, y ¿a mí qué me importa? Que se maten. Que se maten de una vez. Tienen

derecho a morir. Mientras no me toquen a Mandy, al diablo lo demás. Yo no sé qué hago aquí. Bueno, sí: lo sé. Usted me trajo. A la fuerza. Usted me trajo a la fuerza. Somos sus presos. ¿Por qué vino a casa esta noche? ¿Por qué?

—¿Quieres saberlo?

—Nunca había ido.

—Quería pedirle perdón.

—Nunca. Ni cuando su hijo intentó matarse. Porque es cierto: sí, la muy burra intentó matarse, prenderse fuego con alcohol. Usted jamás vino. Jamás. Mandy ya empezaba a adaptarse a la militarísima indiferencia de su padre. A sus porquerías. Era como si el gran Sam Ramos hubiera muerto en la guerra. Pudo haber sucedido, ¿no? ... Pues usted se murió, muerto y enterrado. ¿Por qué nos hizo la visita, la amable visita, la cabrona visita? ¿Con qué derecho se mete en nuestras vidas? ¿Y su vida? ¿Le parece ejemplar, intachable, heroica, digna, honorable, honrada, decorosa, consecuente? Ja, cómo me río. Me doblo de la risa. ¿Por qué no se mira en un espejo, cerdo inmundo? A los Ramos les encanta comparar a los hombres con los cerdos, ¿no? A mí no me jode nadie.

—Está bien. Ya está bien. No sigas —dijo Ramos, replegándose ante la crecida de Tigran.

—¿Qué está bien? No diga babosadas.

—Disculpa.

—A la mierda su disculpa. Púdrase. ¿Dónde está Mandy? ¿Dónde mierda está Mandy?

Tigran se alejó por la callejuela.

—¡Mandy! —gritó.

Y Ramos volvió a sentir el olor del arroz blanco. ¡Tigran El Temible!, vaya apodo, pensó Ramos. Temible porque había decidido vivir a su manera. Temible porque quería a Mandy con cojones, según había declarado esa noche. Temible porque se enfrentaba a los prejuicios. Temible porque se asumía tal cual era. Temible porque actuaba por impulsos, por instinto. Temible porque no creía en falsas convenciones. ¿Y si resultaba un buen compañero para su hijo? Y si lo hacía feliz, ¿para qué pedir otro milagro? Ramos simpatizó con el armenio, y aunque ese acercamiento emocional fuera una debilidad para un militar de carrera, sentirse frágil resultó una experiencia consoladora, casi reconfortante. Comenzó a golpearse el muslo con el zapato, hasta lograr que le rompiera el pantalón. Estaba cansado de aparentar fortaleza física y moral; ya no se obligaría a conductas intachables ni a una integridad dictada por rígidos reglamentos: a partir de ese domingo trataría de reconciliarse con su principal enemigo, un puertorriqueño calvo llamado Sam Ramos, y para que esa reconciliación fuese posible debía pedir ayuda a su hijo. Por fin iba a participar en la única guerra donde vale la pena combatir: aquella que el hombre libra contra sí mismo para alcanzar la victoria de poder decir te quiero. Pero entonces no lo sabía. Allí, en el deshuesadero de coches de Caracol Beach, sentado en la defensa de

una ambulancia ruinoso, no, entonces no lo sabía: allí sólo se picaba y picaba la pierna con el zapato rojo hasta lograr que le rompiera la piel. «Te quiero, Mandy», dijo entre dientes y se rascó la cabeza. Las uñas le levantaron la postilla que cerraba la herida de la afeitada. El hilo de sangre bajó desde la oreja hasta la tetilla derecha. Nunca le había llamado así. Mandy. Mandy. No sonaba del todo mal. Mandy. «¡Papá, papá, corre!», oyó gritar a su hijo. Pero fue Tigran quien acudió al llamado. Como un cosaco.

Libreta del soldado. ¿Será ésta la última página que escribo? Ya me llaman Ya me llaman Ya me llaman Ay Dios mío Catalina Catalina dime algo Catalina dime que el hijo de puta de tu hijo es un valiente Babalú Ayé San Lázaro Bendito si logro salir de ésta te hago la promesa de arrastrar un leño hasta tu altar Lo juro viejito Yo llego no sé cómo pero llego De rodillas Aunque deje la vida por el camino Tengo que terminar esta carta Catalina que estás lejos sálvame de la muerte ampárame Catalina La Grande Catalina La Santa Catalina La De Las Pollonas Anaranjadas Catalina La Reina de Cienfuegos Catalina La De La Cama Caliente Catalina La Gorda Catalina Patrona de Mi Casa Catalina La Que Se Acuesta Con Los Rusos Catalina De Los Brincos Catalina La Comadre De Fela Catalina La Que Le Tira Piedras Al Mar Catalina La Puta Catalina La De Las Mermeladas Catalina Madre De Beto dime algo Catalina Milanés dime que soy inocente Se partió la punta del lápiz Alabao ¿Y ahora qué hago? ¿Qué hago? Escribo con el mocho te quiero (El trazo se desdibuja hasta que es apenas un surco seco en el papel) ¡Voy a morir en Ibondá de Akú! ¡Voy a morir en Ibondá de Akú! ¡Voy a morir en Ibondá de Akú!

Yemayá le tiró del cabello para que alzara la cabeza y recibiera la muerte con dignidad. «¡Lázaro Samá, no me abandones!», gritó Beto y cayó desplomado en el suelo. Hasta donde Laura recuerda el cubano no hizo el más mínimo intento por escapar del cerco sino, contrario a lo que pudiera esperarse, hundió las manos en el fango de la callejuela, bajó la cabeza y reconoció una derrota que en su caso podía considerarse una victoria. Todo volvió a suceder menos la vida —que estaba acabando. Martin comenzó a toser. La pesadilla había llegado a su fin. Era domingo en el planeta. Un domingo que Tom no alcanzaría a ver porque estaba ensartado en un hierro del deshuesadero, pero lo quieran o no era domingo, un domingo terrible, cruel, y amanecía puntual tras los esqueletos de los coches y a lo lejos cantó un gallo, otro gallo, decenas de gallos, y Liza Lowell estaría adobando con hierbas aromáticas la pierna de carnero y las campanas de la iglesia de Santa Fe pronto llamarían a misa y él podría contarle a Dios lo ocurrido. Tal vez entendería. Por algo Dios es Dios.

—Tranquilo, muchacho, baja el arpón —dijo el capitán Paul Sanders. «Te vi sentado en la defensa de la ambulancia, Sam, y tu actitud me hizo pensar que lo peor había pasado. El zorro de Sam tiene la situación bajo control. La joven comenzó a alejarse hasta quedar fuera de peligro. Tu hijo ni se movía. Se portó como un valiente. Lo salvó la facha: ningún policía disparará jamás contra una mujer. El de los arpones, Martin, sí estaba vencido. Tal vez lo imaginé, lo reconozco, pero a la luz de las linternas creí ver un río de lágrimas en sus mejillas», contó Paul en la comisaría: «Lloraba. Le dije que bajara el arpón y guardé mi arma para darle seguridad».

—Eso, tranquilo, baja el arpón, aquí no ha sucedido nada —dijo Paul y enfundó la pistola.

Al volverse hacia el capitán, el arpón se movió unos grados. Martin quedó desprotegido. Le habría bastado un segundo para darse cuenta de que seguir con el arma en la mano era una imprudencia pero sus articulaciones estaban fundidas en una pieza y el cuerpo respondía como armadura a las órdenes de los nervios. Murió sonriendo. Laura quiso avisarle. Se le trancaron las mandíbulas. Beto le había advertido: «¿Nunca has soñado que quieres gritar y no puedes? Es horrible». Era horrible. Sería horrible durante mucho tiempo. Entender aquella sonrisa se convirtió en una obsesión para la muchacha: aún no ha logrado olvidarla. Laura perdió el conocimiento. Despertó en el Hospital General de Santa Fe. Estuvo muda seis semanas, apaleada por los recuerdos, hasta que un buen día dejó de oír el vuelo de los moscardones. Nada sería igual mientras no fuese capaz de borrar la enigmática mirada de Martin Lowell, expresión que podía explicarse con un argumento tan simple que espanta: era miope, acababa de perder sus lentes y sólo tenía dieciocho años. Wellington Perales confundió el gesto del muchacho. «Estaba estrenando mi

propio miedo», escribió en el informe que presentó ante el capitán Sanders, donde reconocía sus errores con gran valor cívico. Ramos lo defendería en el juicio que dio por concluidas las investigaciones: «Había sido una noche demasiado rara. Insoportablemente rara», expresó ante el tribunal que a principios de marzo de 1995 dictaría sentencia absolutoria por falta de intencionalidad en los hechos: «Que tire la primera piedra quien no tema ser el primero en tirarla. Se los dice un oficial que ha peleado en cinco guerras y si aún sigue vivo es porque en todas se murió de miedo». Wellington Perales pensó que lo apuntaban con el arpón y se acordó del joven ensartado en el hierro, del panameño que había clavado un signo de interrogación en la frente de su padre y también del señor del perro, de la ramera Gigi Col, de los tiburones, y se le soltó el gatillo, vaciando el peine de la pistola plomo a plomo. «Asumo mi responsabilidad y acepto la sentencia que se me imponga: mi conciencia ya me ha condenado para siempre», apuntó en el reporte con letra quebrada. Acto seguido, los otros policías que venían en el operativo hicieron uso de las armas y se desató una lluvia de balas sin orden ni concierto que atiborró la noche con relámpagos cegadores. Tigran se abalanzó sobre Mandy y lo abrigó entre los brazos. Sam Ramos se puso en pie, impulsado por un resorte. La balacera no lo dejó avanzar. Su grito rebotó entre las furgonetas. Nadie lo oyó. Nadie. Terminada la tormenta, Martin Lowell yacía en la callejuela del cementerio de coches, roto en pedazos, en medio de un nido de hierros viejos. Beto Milanés resistió todavía un poco más y en lo que se le vaciaban las venas, la vida le alcanzó para ver de nuevo al tigre, ahora con las alas de cisne desplegadas, imperioso como un ángel perverso. Su alma montó el tigre y a horcajadas, sujeta de algún modo al cuello del animal, emprendió su último viaje rumbo al infierno de Ibondá de Akú. Sam llegó hasta su hijo y El Temible, a quienes las balas habían respetado milagrosamente. La pareja estaba fundida en una pieza, pierna entre pierna, mejilla con mejilla y corazón contra corazón. Mandy saltó del pecho de Tigran al pecho de su padre, donde encontró refugio. Le temblaba el párpado derecho y no sabía qué hacer con las manos: las frotaba una contra otra, las sacudía, las restregaba en la falda hasta romperse las uñas con las costuras del cuero. Tenía la blusa y el cabello salpicados de sangre. El Temible se alejó un par de pasos, observó la escena sin entenderla, y fue por Wellington Perales. Avanzaba con torpeza de oso entre los cascajos y los muertos, diciendo insultos en armenio. Wellington se acuclilló y escondió la cabeza en las rodillas. Ramos besó a Mandy en la frente. Tenía la boca seca. Los labios se pegaron en la piel. Le supo a pólvora. Luego lo miró a los ojos. Algo dijo, no recuerda bien, y le ayudó a ponerse la graciosa diadema tricolor. Era una pequeña, ridícula, insuficiente victoria. Sólo entonces comenzó a salir el sol en Caracol Beach.

Epílogo

Esa sombra que avanza cuando mi cuerpo se detiene soy yo.

FRANCISCO HERNÁNDEZ

Tiempo después, no muy lejos del deshuesadero de coches, en el pequeño cementerio de Santa Fe, un empleado borrachín y medio lelo dejaba sin terminar su crucigrama. Enfadado porque no recordaba ningún sinónimo de la palabra misericordia, introdujo en el horno principal del crematorio al cachorro de su padrino Langston Fischer, el viejo farmacéutico de Caracol Beach, sin darse cuenta de que aún no concluía el proceso de incinerar el cadáver de un señor, baleado de pies a cabeza, que traía el brazo izquierdo repleto de tatuajes. Si nadie reclamó el cuerpo, ¿quién iba a interesarse en sus despojos?

—¡Clemencia! —exclamó el empleado y echó a volar las cenizas del hombre y del perro. Clemencia. Ésa era la palabra que faltaba para llenar los últimos nueve cuadros del crucigrama. Corrió a apuntarla por si acaso, no fuera a ser que la olvidara. Clemencia. No es una palabra que se use muy a menudo. Una ráfaga de aire arrastró la nube de polvos hacia un bosquecillo de cipreses. Las cenizas del animal volaban tras las cenizas del hombre y como el viento silbaba entre los árboles, parecía que el cachorro le iba ladrando a su asesino.

Anexo

Sobre los personajes

AGNES MACLARTY (Santa Fe, 1961). Instructora de Gimnasia Rítmica. Practicó deportes desde muy temprana edad. En 1972 integró el equipo infantil que representó a Estados Unidos en el campeonato mundial de la especialidad, celebrado en Sofía, Bulgaria, y alcanzó el tercer lugar en barras asimétricas. En marzo de 1995 nació su hija, de nombre Gracia, e interrumpió su contrato laboral en el Instituto Emerson para dedicarse a la crianza de la niña. Desnuda y embarazada de ocho meses se dejó retratar para la tapa del poemario «Una gota de años», escrito por Theo Uzcanga, su esposo, y publicado bajo el sello editorial Ediciones del Equilibrista, con prólogo del ensayista Alejandro Rojas-Celorio. En la actualidad colabora, como coreógrafa, con los principales grupos danzarios de La Florida. Consultada por el Autor, Agnes MacLarty autorizó las páginas de intimidad que se recrean literariamente en el capítulo 47 de esta novela. Theo estuvo de acuerdo: no iba a contradecir a su esposa, que estaba embarazada de su segundo hijo.

ALBERTO BETO MILANÉS (Cienfuegos 1955-Caracol Beach 1994). Hijo de Catalina La Grande. Poco o nada se ha dicho en esta novela de su predilección por la astrología pero sus familiares y amigos más cercanos aseguran que llegó a ser un buen especialista en el tema. Aurelia Casas, una novia de juventud, guarda una docena de cartas donde Beto lo demuestra con observaciones de gran exactitud. Igor Serguéyevich, ingeniero mecánico, en un fax enviado desde San Petersburgo, precisa que una noche, por demás muy clara, fue al cabaret del Hotel Jagua con Catalina y Alberto, y que recuerda vivamente la impresión que le causó el muchacho: «Sabía los nombres y datos de cada estrella, los emplazamientos astrales, la distancia en relación a la tierra, la influencia de la luna en la agricultura». Andrés Manuel Prieto, entrenador del béisbol cubano, acredita el potencial atlético de Beto, «una estrella fugaz pero rutilante en el firmamento de nuestro deporte nacional», según declaraciones telefónicas que hizo a nuestros redactores: «Es cierto que ponchó a Agustín Marquetti, en el difícil conteo de tres bolas y dos strikes. Se dice fácil». Su vida y su muerte se relatan en esta novela.

CATALINA MILANÉS (Sagua La Grande 1937-Cienfuegos 1995). Madre de Alberto, alias La Grande. Rafaela Sánchez Morales relata en una carta las razones por las cuales su comadre se dedicó a la práctica de la prostitución pero pidió a los editores que no incluyeran los datos en este libro, a no ser «que fuese, a juicio de ustedes, estrictamente necesario», por lo cual hemos considerado prudente no profundizar en el tema. En la misiva de referencia, Rafaela informa que Catalina hizo estudios de corte y costura en Cienfuegos, y subraya, además, sus habilidades culinarias, que le

ganaron fama de repostera en la región del puerto. En el año 1973, el Municipio de Cienfuegos le habría otorgado la Medalla de la Clandestinidad por su aporte a la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista. Su cuerpo reposa en el cementerio de Sagua, bajo el escueto epitafio de «La Grande».

CLAUDIO FONTANET (Barcelona, 1940). Abogado criminalista. En 1972 conoció en un carnaval a la emigrante de origen cubano Maruja Vargas y García, con quien contrajo matrimonio ese mismo año. Formaban una bonita pareja. Al nacimiento de su hija Laura, fijó residencia en Santa Fe, donde abrió una oficina, asociado a una importante barra de litigantes. Enviudó pronto, y poco tiempo después se casó con la señora Emily Auden, su actual esposa. Formaban otra bonita pareja. Don Claudio tenía ojo clínico para detectar mujeres de oro. A principios de los ochenta obtuvo fama nacional al defender los derechos de un grupo de exiliados cubanos, en el caso conocido con el nombre genérico de «Los Marielitos». Ganó la mayoría de los pleitos y el cariño de La Pequeña Habana de Miami. Algunos le dicen Catalán. El negocio iba viento en popa. Después de los sucesos del deshuesadero cayó en una profunda crisis emotiva, que lo llevó a internarse en un sanatorio de recuperación, asistido por el doctor Andrew Burton. Laura y Emily lo atendieron con esmero. Recuperado, pasó a retiro y se dedicó al dibujo. Para el invierno de 1997 se anuncia su primera exposición personal.

EMILY AUDEN (Carolina del Norte, 1944). Antropóloga. Profesora Invitada en el Instituto Nacional Indigenista de México (Cursos de Verano 1982-1984), sus estudios sobre la cultura maya han aparecido en varias publicaciones académicas. Tenaz polemista, expuso y defendió tesis muy audaces que intentaban recrear la vida cotidiana de los misteriosos mayas (relaciones inter-familiares, el papel de la mujer y de los niños en la política de estado, ceremoniales funerarios, etcétera). «Cansada de arar en el desierto», como ella misma ha dicho en su último ensayo conocido (*Revista México Oculto*, abril de 1986), abandonó su trabajo investigativo para dedicarse «a temas menos conflictivos, a saber: la huella de Cataluña en las islas Filipinas o la historia del movimiento sindical norteamericano bajo el ala del presidente Harry S. Truman, 1949-1953». Esposa del abogado Claudio Fontanet, vive en Santa Fe, «alejada de mis príncipes mayas y convertida en corredora de arte contemporáneo».

GIGI COL (Tijuana, 1972). Los datos aquí recogidos fueron aportados por su amigo Tigran Androsian, El Temible. «Una leona en la cama. Ejercía el noble oficio de la prostitución con extraordinario conocimiento de causa. Llegó a dominar con la punta del dedo índice a varios clientes ricos, algunos de muy buena estampa, hasta hacerlos padecer una dependencia tan incurable que no pocos de ellos llegaron a ofrecerle villas y castillas para llevarla ante el altar. Ella se negó a cambiar libertad por matrimonio. A menudo, y no sin tristeza, hablaba de su familia, que quedó en

Tijuana, al otro lado de la frontera, y entre nosotros era pan comido que buena parte de sus ganancias las enviaba puntualmente a sus parientes. No se le saben de otros defectos que no sean los de la testarudez y la sinceridad. Por decir las cosas como son, sin maquillajes, se ganó el odio de algunos farsantes que necesitan de la mentira para hacer de las suyas. Hoy por hoy vive en Ciudad Juárez, donde pudo abrir un negocio de venta de ropas de segunda mano. Nos escribimos en Navidad. La adoro. Me dicen que adoptó una niña. Gigi es capaz. Le sobra coraje a esta coneja. Cabeza dura.»

GREGORY PAPA GORY (Port-au-Prince 1929-Santa Fe 1995). Maestro de educación primaria y secundaria, enamorado del Caribe, «región de potentes raíces culturales», colaboró en el periódico *The Macandal Journal* para divulgar las virtudes y corregir los defectos de la comunidad haitiana en el exterior. Viudo, no tuvo hijos pero sí decenas de ahijados, quienes heredaron sus ahorros, patrimonio de gran valor simbólico aunque de escasos fondos económicos. Su repentina muerte en un accidente automovilístico dejó trunco el proyecto de escribir un libro homenaje a los piratas de América, en especial los de raza negra, que a juicio suyo se distinguían entre sus contemporáneos por una voluntad de justicia rara vez reconocida por los investigadores que se han acercado al tema, casi siempre de manera prejuiciosa.

LANGSTON FISCHER (Nueva Orleans, 1930). Titulado por la Universidad de California en la Licenciatura de Química, curso 1952-53. Se tienen pocos datos de él. El propietario de La Bética atestigua que el Dr. Fischer visitaba a menudo el boliche, pero nunca como jugador. «Se sentaba en las gradas, y no se movía de su sitio. Resultaba un poco inquietante. A veces, lo acompañaba un señor de lentes. Bebían whisky y les gustaban las empanadas gallegas. Se iban tarde, sin dejar propinas proporcionales al consumo.» En septiembre de 1995 abandonó Caracol Beach, se supone que con destino a su natal Nueva Orleans donde, al parecer, vive o vivía un hermano menor. Padece de migraña. Su ahijado, el enterrador de la comarca, afirma que no le conoció más perros que Bingo, el pequinés asesinado, al que guardó en la caja fuerte de su farmacia hasta que pudo lograr su incineración clandestina en el cementerio de Santa Fe.

LAURA FONTANET (Santa Fe, 1976). De niña estudió piano con la profesora Eloísa Galarraga y tomó clases de baile flamenco en el Liceo Municipal. Viajó por Centroamérica, en compañía de su padre, Claudio Fontanet, y su madrastra, Emily Auden. Alumna distinguida del Instituto Emerson, curso 1993-1994, y destacada activista de deportes, aplicó a una beca con el trabajo de diploma «Sicología Contra La Desesperación», muy elogiado por el Comité Calificador, presidido por el siquiatra y neurocirujano Andrew Burton. El profesor Theo Uzcanga insiste en que Laura tiene una sensibilidad especial para la literatura, aunque nunca se ha atrevido a

reconocerlo; en el Instituto prefería aparecer como una joven frívola y un tanto alocada, imagen que correspondía a su transitorio liderazgo en la tropa de porristas. En diciembre de 1997 viajó a Cuba, acompañada por Emily Auden, y visitó la Basílica de San Lázaro. En el pueblo de El Rincón conoció a un primo hermano, el plomero Vlady Vargas, con quien mantiene correspondencia. Participa activamente en las campañas de solidaridad con la isla. Estudia psicología en La Universidad de Los Ángeles.

LÁZARO SAMÁ (Santiago de Cuba, 1930-Ibondá de Akú, 1976). Santero. Activo combatiente de la lucha clandestina en el sur de la provincia de Oriente, por orden de la dirección nacional del Movimiento 26 de Julio se incorpora al Ejército Rebelde en febrero de 1958. Peleó bajo el mando del legendario comandante Camilo Cienfuegos. Al triunfo de la Revolución, cursó la Escuela de Milicias y participó con grado de teniente en los combates de Playa Girón. En 1971, después del fracaso de la Zafra de los 10 Millones, pasó a la vida civil y comenzó a trabajar en el puerto de La Habana, donde llegó a ser responsable de la milicia obrera. Felipe, su único hijo, muere en 1967 al tratar de violar la frontera terrestre de la Base Naval de Guantánamo, posesión norteamericana. En 1975, Lázaro Samá regresa a la vida militar como combatiente internacionalista, y por su condición de oficial de la reserva es nombrado jefe de escuadra de exploración de la cuarta compañía, del segundo batallón, del sexto regimiento de infantería que actuaba al sur de Ibondá de Akú. Muere en una emboscada. Uno de los salones de actos de la empresa Terminales Mambisas, en La Habana, hoy lleva su nombre.

LOS TATUADOS (Varios). Beto Milanés se había tatuado en el brazo izquierdo los nombres de sus siete compañeros de escuadra, incluido el del teniente Lázaro Samá. De los otros seis soldados existen datos imprecisos. Ellos son, o ellos fueron: ELÍAS BENEMELIS (Camagüey, 1956). Alias Camagüey. Se ha podido conocer que trabajó en un taller gráfico, como linotipista, pues su nombre aparece en el machón de una revista de la Academia de Ciencias de Cuba. Murió en la emboscada de Ibondá de Akú. ERNESTO GÓMEZ (La Habana, 1957). Alias Aspirina. Enfermero de la Cruz Roja Nacional. Aficionado al baloncesto. Hizo el Servicio Militar Obligatorio en el Batallón de Ceremonias del Estado Mayor General. Murió en la emboscada de Ibondá de Akú. FERNANDO LÓPEZ (La Habana, 1957). Trabajador ferroviario. Antes de partir a Ibondá de Akú contrajo matrimonio con Zenaida Peña, con quien tuvo un hijo que nunca llegó a conocer. Murió en la emboscada de Ibondá de Akú. JOSÉ LONDOÑO (Santiago de Las Vegas, 1955). Alias Panetela. Estudiante del Tecnológico de Rancho Boyeros. Murió en la emboscada de Ibondá de Akú. LEO RUBÍ (Bayamo, 1956) Alias La Mosca. Telegrafista. Ganó un primer premio de danza folklórica en el XV Festival Nacional de Aficionados, según se acredita en un Diploma de Honor. Murió en la emboscada de Ibondá de Akú. TOMÁS RUEDAS (Cárdenas, 1957). Alias El

Filtro. No terminó estudios sacerdotales en el Seminario de San Carlos. Graduado del Instituto Pedagógico de Matanzas. Traductor de inglés. Vivía en el puerto de Camarioca, cercano a la mundialmente famosa playa de Varadero. Murió en la emboscada de Ibondá de Akú.

MANDY (Los Ángeles, 1974). Para la publicación de este libro, Nelson Ramos hizo llegar a la casa editorial una nota autobiográfica: «Muchos me consideraron un niño prodigio. A los trece años fui cinta negra de judo, a los catorce reconocido karateca, a los dieciocho campeón de box y a los diecinueve me metí a la cama con Rigo Restrepo, el masajista colombiano con cara de codorniz que nos acompañó en el Campeonato Distrital de Tiro Deportivo. Al cumplir la mayoría de edad, y ante tanto éxito, decidí irme a vivir solo, lejos de mis padres, e inaugurar con mi alcancía una estética donde aconsejar a travestís de la calle sobre los últimos gritos de la moda gay. Bueno, «solo» es un decir porque Tigran se pasaba casi toda la semana conmigo, defendiéndome con las uñas de mis amantes despechados, actitud ante la pareja que le ganó el apodo de El Temible, ingeniosa ocurrencia de la mexicana Gigi Col, nuestra consejera espiritual». Y nos pidió, a manera de posdata, que publicáramos la nota sin cambiarle una coma porque estaba convencido de que la novela tendría tintes de tragedia, y él pensó que no vendrían mal unas gotas de humor entre tantos episodios tristes y personajes «abofeteados por la fatalidad».

MARTIN LOWELL (New York 1976-Caracol Beach 1994). Primer expediente del Instituto Emerson, curso 1993-1994. Su trabajo de diploma «Del francés Blas Pascal al ruso Mendelehiev: por un mundo sin fronteras entre la ciencia y el pensamiento humanista» mereció las más altas calificaciones y su póstuma publicación en el anuario de ese centro de estudios. A su muerte, en los cajones de su escritorio se encontraron una colección de soldaditos de plomo, un álbum de sellos y un cuaderno de aforismos donde sintetizaba su temprana apreciación del mundo: «Por ti hay alguien, y no lo dudes, que está dispuesto a darte todo con la única condición que tú le creas». En el mencionado cuaderno, había escrito además dos largos poemas en verso libre, dedicados a un «amor imposible»; hoy se supone que fueron pensados para Laura Fontanet. Los títulos así lo sugieren: «Blue Jeans» y «Vamos a oír a Sting junto a una fuente». Los hermanos Bill y Chuck Mayer no pueden hablar de Martin sin llorar: «Un gran amigo», dicen: «El mejor. Cómo olvidarlo». Su vida y su muerte se relatan en esta novela.

MARUJA VARGAS (El Rincón 1950-Santa Fe 1981). Don Claudio Fontanet dice que se enamoró de ella a primera vista en unas fiestas de carnaval, aunque apunta que decidió proponerle matrimonio cuando la escuchó tocar al piano unas contradanzas de Ignacio Cervantes, un 24 de febrero de 1972, «a las ocho y treinta y siete minutos de la noche. No lo olvido: era jueves. Maruja llevaba un overol amarillo. Le

encantaban los overoles». En marzo de 1968, los padres de Maruja decidieron sacarla de Cuba por vía legal, y la joven fue a vivir a Santa Fe, con sus padrinos de bautizo, los Garza de Galarraga. Eloísa Galarraga, quien fuera maestra de piano de Maruja, y luego de Laura, reconoce que tenía grandes aptitudes para la música, por lo cual no se explica que haya abandonado su carrera de concertista justo cuando iba a dar su primer recital público. «Extrañaba la isla. Parecía una muchacha triste. Don Claudio, que es un catalán tremendo, alegró su vida. Más que hija, Laura fue amiga. Le contaba de la isla, y le enseñó a leer con *La edad de oro*. Luego supimos que tenía una salud muy frágil, como de papel de China». Maruja Vargas murió en el mes de mayo de 1981. Está enterrada en Santa Fe, bajo una palma real que sembró don Claudio en la cabecera de su tumba.

MAYER, BILL Y CHUCK (Santa Fe, 1975 y 1976). Miembros del Cabildo de Meadores, cofradía que fue desintegrada apenas doce horas después de su fundación, por causa del triste final de Martin Lowell y Tom Chávez, sus otros dos afiliados. Bill Mayer, notable dibujante, se sometió a un tratamiento médico para abandonar su incipiente adicción a la marihuana. En mayo de 1995 matriculó en la Universidad de La Florida, donde cursa estudios de Ingeniería. Chuck, el menor de los Mayer, reaccionó de manera muy visceral a la tragedia de sus compañeros: se dejó captar por una secta religiosa, los Hijos del Cielo, radicada en Utah, con lo cual logró confundir aún más sus sentimientos con un complejo de culpa, absolutamente inmerecido. La resignación lo llevó al borde del suicidio. En el invierno de 1996, una «fuerza de choque» comandada por Sam Ramos e integrada por Bill Mayer, el profesor Theo Uzcanga, Wellington Perales, don Claudio Fontanet y el rector del Instituto Emerson (quien planeó el golpe en detalle), viajó clandestinamente a las montañas de Utah, tomó el «monasterio» por asalto y logró rescatarlo a la fuerza, en auténtica batalla campal, impidiendo así una nueva desgracia en la cadena de fatalidades que comenzó a tejerse aquel primer sábado de junio en el deshuesadero de coches de Caracol Beach.

PAUL SANDERS (Hawai, 1931). Hijo del general Abraham Sanders Munkacsy, Héroe de la Segunda Guerra Mundial, Paul cursó estudios en la Escuela Nacional de Artillería, Pennsylvania. Capitán con experiencia de mando en las guerras de Corea, Vietnam, Granada e Irak, donde fue analista del Estado Mayor de la Fuerza Aérea. Vive en Caracol Beach, rodeado por sus catorce hijas hembras, seis de ellas gemelas de tres partos. «Nunca me doy por vencido, pero Betty me ha derrotado», dice. Betty es su esposa, madre de las jovencitas. La mayor participó como enfermera en la Guerra del Desierto. Condecorado por cuatro presidentes de la Unión por servicios prestados a la Seguridad Nacional, Paul Sanders fue director de una Academia de Infantería en Bases del Canal de Panamá, Segundo Agregado Militar en la Embajada de Estados Unidos en Budapest (1971-72), y Asesor Internacional de Naciones

Unidas en el conflicto de Ibondá de Akú (1975-1979). Acaba de pasar a la vida civil. Tiene casa en Santa Fe, aunque se consume buena parte del tiempo en Gran Caimán. Le gusta el tenis.

PETER SHAPIRO (Texas, 1952). Ganadero y comerciante. Setenta y dos horas después de los sucesos en el deshuesadero de coches, los representantes legales de Shapiro pusieron demanda contra Nelson Ramos y Zack Duhamel ante un juzgado de La Florida. En el documento acusatorio los responsabilizaban del atraco e incendio del Ford, en el estacionamiento del bar. Wellington Perales llevó a cabo las investigaciones de rigor, gracias a lo cual el abogado Claudio Fontanet pudo presentar pruebas concluyentes a favor de su defendido. El testimonio de Tigran Androsian resultó clave en el juicio, porque su amorosa versión de los hechos logró impresionar a los miembros del jurado. De regreso a Texas, Shapiro hizo críticas públicas sobre la emigración armenia y haitiana en Santa Fe, denuncia que podía leerse como una racista diatriba contra los homosexuales. Grupos gay cercaron su rancho con manifestaciones incansables, conciertos de rock y desfiles de moda donde las modelos, en su mayoría lesbianas, se paseaban vestidas de religiosas sobre las vacas. Shapiro tuvo que abandonar Texas.

RAFAELA SÁNCHEZ (Cienfuegos, 1945). Vecina y comadre de Catalina Milanés. No tuvo hijos, carencia que suplió con sus aves de corral. Llegó a tener un palomar con veinte parejas en permanente cría, aunque sólo unas pocas eran de las llamadas mensajeras. En todo caso, nunca las explotó deportivamente. Tampoco se alimentaba de ellas, no así de los patos y de los guanajos, que incluso vendía en el mercado negro, a buen precio. Catalina hablaba a menudo de Rafaela: «Mi hermana Felita», decía con genuino cariño. La afición por las palomas nace en la juventud, cuando vivía con su tío Idelfonso, farero del puerto de Cienfuegos: «y el cayo se llenaba de gaviotas». Gracias a Rafaela Sánchez Rosales se reconstruyeron literariamente algunos pasajes de esta novela, en especial los que suceden en escenarios cubanos. Cuando Catalina murió, el Poder Popular de su circunscripción autorizó a que Rafaela se mudara a la casa de la familia Milanés. Para los vecinos, Beto desapareció en la guerra de Ibondá de Akú. «Es lo justo», dice Rafaela en una carta dirigida a Ramos: «A fin de cuentas, no deja de ser verdad».

RAQUEL GOULD (Los Ángeles, 1940). Apenas tres frases se han escrito en este libro sobre esta maravillosa mujer, siempre a la sombra, discreta. Hija del economista Albert Gould, autor del clásico *Las finanzas del dolor*, Raquel tuvo desde niña una singular facilidad para la aritmética. En 1955, compartió la medalla de oro en la Olimpiada Internacional de Ciencias Exactas celebrada en Quito, Ecuador. Licenciada en Matemáticas, abandonó una prometedora carrera docente por seguir a Ramos en su peregrinar por campamentos y academias militares; los largos períodos

de soledad, propios de la esposa de un soldado, los llenó con una afición a la lectura que, en breve, hizo de ella una reconocida crítica literaria. Sus ensayos sobre el cuento corto norteamericano han sido publicados en varias antologías. Al cumplir los 55 años, Tigran y Mandy la sorprendieron con el mejor de los regalos posibles: *El alma secreta de Raquel Gould*, una bellísima edición de sus reseñas, con un prólogo donde Sam Ramos se atreve a comparar el amor con una batalla naval.

SAM RAMOS (San Juan, Puerto Rico, 1932). Militar de carrera. Vivió en Caracol Beach entre 1993 y 1996. En la actualidad radica en su natal San Juan, Puerto Rico, y escribe sus memorias, donde relata experiencias de vida y muerte en las cinco guerras en que se vio involucrado, siempre como oficial de retaguardia. De él ha dicho el profesor Theo Uzcanga: «Conocer de cerca a un caballero como el señor Ramos es un privilegio, porque hombres como él nos enseñan que los seres humanos somos superiores gracias a la fuerza que nos concede el saber, y poder, pedir perdón. Haber peleado a las órdenes de este puertorriqueño audaz ha sido, al menos para mí, una suerte inmerecida». En el invierno de 1996, Sam Ramos comandó el rescate de Chuck Mayer en las montañas heladas de Utah, episodio que le ha servido de tema central para su primer proyecto literario, «La séptima Cruzada: El Monasterio de los Hijos del Cielo», novela de aventuras con final feliz dedicada a «su tropa de salvavidas»: Theo Uzcanga, Wellington Perales, Claudio Fontanet, Bill Mayer y el «estratega» Hervey Weinberger, rector del Instituto Emerson, tantas veces mencionado pero jamás nombrado en este libro.

SEÑORA DICKINSON (Carolina del Norte, ¿1936?). No se cuenta con datos precisos sobre esta señora que, para unos, se llamaba Anna Margaret Ingrid y, para otros, simplemente Dorothy. A duras penas se ha podido establecer que estudió Secretariado y Contaduría en algún estado del Oeste, pero nunca ejerció la profesión porque a finales de la década de los cincuenta heredó una pequeña fortuna, suficiente para radicarse en el balneario de Caracol Beach y abrir una tienda de artículos de pesca. Vecinos entrevistados para esta edición, afirman que era una dama tranquila, amante de los gatos y de la soledad. No recibía visitas. Cada domingo, podía vérselo en misa de seis. Nunca fue a la playa. Se comenta que era alérgica al sol. Los fines de semana rentaba películas de vaqueros en un comercio de la localidad. En el otoño de 1994 abandonó Caracol Beach. El 15 de noviembre de ese año el porche de su casa había amanecido cagado con una plasta de mierda humana. A nadie confió su nuevo destino. La poca correspondencia que sigue llegando a su domicilio anterior, por órdenes suyas es enviada a un apartado postal de Massachusetts. El único detalle de cierta intimidad que se le conoce es su habilidad para lanzar dardos.

SEÑORITA CAMPBELL (Boston, 1936). En el invierno de 1994, la señorita Marina Campbell renunció a su cátedra de Matemáticas del Instituto Emerson. Bill Mayer y

Laura Fontanet tienen versiones antagónicas sobre la maestra. Diríase que se refieren a dos personas diferentes. Para Bill, la señorita Campbell es un ángel caído del cielo; para Laura, una víbora. La muchacha asegura que posee pruebas que apoyan su tesis; el joven opina que no debe confundirse la soledad con la maldad: «Le tocó sufrir», dijo. «¡Sufrir!», exclamó la porrista: «Yo me reservo la compasión para aquel que lo merezca». A lo cual Bill Mayer respondió con una cita de la propia Laura Fontanet en su trabajo de diploma «*Sicología contra la desesperación*»: «Casi todos los adultos son traidores, aunque no lo admitan, porque la mayoría de ellos ha dejado en el olvido al niño que fueron. El olvido es una traición indemostrable pero cierta. Sin embargo, no sólo los elegidos tienen derecho al perdón. ¿Para qué más dioses en la tierra?».

THEO UZCANGA (Ciudad de Guatemala, 1960). «La poesía de mi amigo Theo Uzcanga tiene la abrumadora sencillez de las canciones populares. Por tanto, resulta sabia. Theo podría decir, a dúo con el maestro Eliseo Diego, que la poesía es una conversación en la penumbra», afirma el ensayista Alejandro Rojas-Celorio en el prólogo a la primera edición del poemario *Una gota de anís* (Editorial La Copa Rota, 1997, 34 págs. 300 ejemplares firmados por el Autor, Premio Octavio Smith). De niño fue llevado por sus padres a Orlando, Florida. Allí se graduó en licenciatura en Literatura Hispanoamericana con la tesis *Reinaldo Arenas: Celestino desde antes del alba hasta antes que anochezca*. Su proyecto de ensayo sobre Alfonso Reyes, «Algo había que hacer con el impresentable Minotauro» mereció el Premio Gabino Palma, 1997. Reside en Caracol Beach, con su esposa Agnes y su hija Gracia. Espera un segundo descendiente y prepara un nuevo libro, *Un barco que se aleja: coplas veracruzanas*, con el cual pretende concluir el ciclo de creación inspirado en la poesía del mexicano Francisco Hernández. Es asmático.

TIGRAN ANDROSIAN (Erivan, 1969). Campeón de ajedrez de Moscú, Torneo Colegial de 1980. En 1991 trabajaba como electricista del Ballet Clásico de Armenia. Abandonó la compañía durante una gira por España, donde pidió y le fue concedido el asilo político. Después de dar muchas vueltas por Europa, demasiadas para un joven inexperto como él, conoció en Londres a un empresario norteamericano que lo trajo de amante a San Francisco. Allí probó fortuna como diseñador de ropas. Su colección de kimonos de seda estampados en oro resultó seleccionada por una revista famosa como la peor de la temporada: «Son disfraces para espantapájaros», ha dicho Mandy con su peculiar juicio crítico. Luego intentó ser profesor del Juego Ciencia, escenógrafo, entrenador de animales, pero tan grandes fueron sus sucesivos fracasos que puso pies en polvorosa. Reapareció en Santa Fe, en negocios de gastronomía: su restaurante Los Mencheviques ha ido ganando en popularidad. A mediados de 1995 hizo un viaje de turismo a Erevan, en compañía de Mandy, sin imaginar que apenas llegaría a tiempo para cerrarle los ojos a su padrastro, por entonces internado en un

asilo de ancianos, todos veteranos interrogadores de la KGB. Vive con Mandy. Es feliz con su perro, a quien llama Boris. Ha sido reconocido como un incansable batallador en la lucha contra el sida. Le dicen El Temible. Una broma que a él no le gusta desmentir.

TOM CHÁVEZ (Santa Fe, 1976-Caracol Beach, 1994). Once días después de los sucesos en el deshuesadero, a casa de la familia Chávez llegó una notificación que informaba a Tom Chávez haber sido ganador de un Nissan deportivo, último modelo, pues entre nueve mil aspirantes sólo él había logrado responder las ciento cincuenta preguntas que un periódico formulaba sobre la NBA, por lo cual lo invitaban al Juego de Las Estrellas, ocasión en la que el mismísimo Michael Jordan haría entrega de las llaves del auto, ante doscientos millones de telespectadores. Lo merecía. Desde niño le apasionaron los deportes, los pronósticos de competencia y los récords de sus ídolos. Era un muchacho sano. Todos sus condiscípulos coinciden en señalar su espíritu justiciero. No soportaba el abuso. Hacía suyas las causas de los indefensos. En toda su existencia, que fue bien breve, tuvo únicamente un segundo de mala suerte: el último. Los hermanos Bill y Chuck Mayer no pueden hablar de Tom sin llorar: «Un campeón», dicen: «Sin duda, el atleta más grande de Santa Fe y sus alrededores». Su vida y su muerte se relatan en esta novela.

WELLINGTON PERALES (Ciudad de Panamá, 1972). Siempre le dijeron que a su padre lo había asesinado un gatillero en Ciudad de Panamá, pero le mentían. Durante el transcurso de la investigación que siguió a los sucesos del deshuesadero de coches, se obtuvo la información secundaria de que el alférez de la marina había muerto en una vendeta interna de narcotraficantes. Este descubrimiento no invalida la admiración que el joven Wellington siente por su progenitor, pues al decir del capitán Sanders, que lo conoció en Panamá, «el generoso Luis Napoleón Perales se distinguía por una temeridad a prueba de miedo». El propio Sanders no aceptó la renuncia que el agente Perales le presentara después de los hechos del deshuesadero, porque consideró que el joven merecía una segunda oportunidad, sólo que lo trasladó durante un tiempo al departamento jurídico, donde aún trabaja. Lo que sí nadie pudo impedirle, ya que dependía enteramente de él, es que dejara de practicar la caza submarina. En la primavera de 1997, Ramos recibió una invitación para ser testigo en la boda de Wellington y la dominicana Sofía Carrasco, pero a última hora decidió quedarse en casa.

ZACK DUHAMEL (Caracol Beach, 1930). Aprendió el arte del tatuaje al mismo tiempo que los secretos más oscuros del vodú, pero nunca hizo uso de esos conocimientos, salvo la tarde que grabó en el brazo a Beto los nombres de sus siete muertos. Solterón empedernido, ha sido severamente criticado por los ancianos de la comunidad de haitianos. Amigo de Beto, para él «un gran cazador de leones», Zack

Duhamel ha ido mejorando humanamente a medida que envejece. A la muerte de Gregory Papa Gory se ha mencionado su nombre para ocupar el trono moral que con tanta sabiduría llenó el albino. No es un hombre ambicioso. Trabaja en La Bastilla. Nada en su piscina tres horas al día. Y tiene una amante llamada Artemisa de la O. Vive con su madre, Madame Brigitte Duhamel, una anciana que cumple cien años en diciembre de 1997 —el día diecinueve, para ser precisos.

Sobre los hechos. Cronología elaborada por Sam Ramos

SÁBADO 19 DE JUNIO DE 1994

(Horas aproximadas)

19.00 El rector del Instituto Emerson preside la ceremonia de graduación del curso escolar 1993-94.

20.00 Sam Ramos se hace cargo de la Comisaría del Balneario de Caracol Beach, asistido por el joven e inexperto Wellington Perales, su nuevo ayudante.

20.30 El soldado de los tatuajes abandona el deshuesadero de coches del kilómetro dieciséis de la autopista entre Santa Fe y Caracol Beach.

21.30 Un grupo de once alumnos del Instituto Emerson decide continuar la fiesta de graduación en la casa veraniega de Martin Lowell, en Caracol Beach.

22.00 El profesor Theo Uzcanga invita a su colega Agnes MacLarty al Bar Dos Gatos Tuertos, en Santa Fe.

22.15 Los alumnos del Instituto Emerson toman posesión de la casa de los Lowell en Caracol Beach.

22.30 Nelson, alias Mandy, llega al Bar La Bastilla, en Caracol Beach.

22.30 Amigos de Reinaldo Arenas rinden homenaje al gran novelista cubano en el Bar Dos Gatos Tuertos.

23.00 El soldado llega al Bar La Bastilla, a la par del texano Peter Shapiro. Incidente en el estacionamiento.

23.40 En el Bar Dos Gatos Tuertos, Theo Uzcanga y Agnes MacLarty escuchan cantar a la cubana Albita Rodríguez.

23.50 Martin Lowell descubre que no alcanzarán las cervezas para cubrir la ruta de la fiesta.

DOMINGO 20 DE JUNIO DE 1994

00.10 La señora Dickinson, vecina de los Lowell, llama a la Comisaría para denunciar irregularidades en la fiesta de los muchachos.

- 00.15 Martin Lowell, Tom Chávez y Laura Fontanet van a una licorería de la autopista.
- 00.30 Nelson propina una auténtica paliza al texano Peter Shapiro en el Bar La Bastilla.
- 00.35 El soldado abandona el Bar La Bastilla.
- 00.35 Gregory Papa Gory viene llegando a La Bastilla y ve partir al soldado.
- 00.45 El auto de los muchachos está a punto de chocar con el del soldado en un cruce de caminos.
- 00.50 Sam Ramos deja a Wellington Perales al frente de la Comisaría y de mala gana acude al llamado de la señora Dickinson.
- 00.55 Martin y Tom en la licorería de la autopista. Laura prefiere quedarse en el coche, dormitando.
- 01.00 Tom advierte la presencia del soldado en la licorería, pero entonces no le concede mucha importancia.
- 01.05 El soldado toma prisionera a Laura Fontanet.
- 01.10 Sam Ramos llega a casa de los Lowell. Descubre unos significativos dibujos en la pared.
- 01.10 Martin y Tom descubren al soldado en el auto. Intentan una defensa desesperada, sin éxito.
- 01.20 El soldado impone a los muchachos las reglas de su peligroso juego.
- 01.30 Los hermanos Mayer abandonan la casa de los Lowell, por orden de Sam Ramos.
- 01.40 Sam Ramos decide visitar a su hijo Nelson. Llama a Wellington Perales.
- 01.50 Martin y Tom destrozan el Ford de Peter Shapiro en el estacionamiento del Bar La Bastilla.
- 02.00 Sam Ramos llega a casa de su hijo Nelson. Encuentro con Tigran, llamado El Temible.
- 02.10 Peter Shapiro reporta a la Comisaría lo sucedido a su coche.

02.25 Sam Ramos y Tigran deciden ir a buscar a Nelson al Bar La Bastilla.

En la patrulla, recorren las calles de Caracol Beach.

02.25 Por órdenes del soldado, Martin y Tom matan al perro Bingo, mascota del farmacéutico Langston Fischer.

02.45 Por órdenes del soldado, Martin y Tom asaltan a la prostituta Gigi Col en plena calle.

02.45 Sam Ramos y Tigran encuentran a Nelson en La Bastilla. Sam Ramos arresta a su hijo, ante las protestas de Peter Shapiro.

03.00 Langston Fischer denuncia ante Wellington Perales a los dos jóvenes que mataron a su mascota Bingo.

03.10 El soldado encabeza el asalto a la licorería de la autopista.

03.10 Gigi Col acude a la Comisaría para denunciar a los dos jóvenes que han abusado de ella.

03.15 Sam Ramos llama a la Comisaría desde un teléfono público.

03.25 Desde la licorería de la autopista se recibe en la comisaría la denuncia del asalto.

03.30 El soldado imparte su última orden.

03.45 La patrulla que conduce Wellington Perales se cruza con el auto donde viajan el soldado y Laura, su rehén.

03.50 Martin intenta avisar a la policía. Encuentro en la autopista. Primera equivocación de Wellington Perales.

03.50 La señora Dickinson deja un mensaje en el contestador de los padres de Martin.

03.55 Wellington Perales pide ayuda al capitán Paul Sanders.

04.10 El soldado y Laura llegan al deshuesadero de coches.

04.15 Martin y Tom llegan a la casa. Los amigos han partido.

04.45 Martin y Tom asaltan la tienda de la señora Dickinson.

- 05.00 Laura logra que el soldado confíe en ella. El soldado revela claves secretas de su vida.
- 05.10 Sam Ramos, Paul Sanders y Wellington Perales coinciden en la tienda de la señora Dickinson.
- 05.15 Martin y Tom asaltan un camión repartidor de leche.
- 05.15 Wellington Perales descubre la verdadera identidad del soldado.
- 05.30 Gregory Papa Gory salva la vida al chofer del camión. El banquete de los gatos y perros vagabundos.
- 05.30 Sam Ramos, Nelson y Tigran se adelantan rumbo al deshuesadero de coches.
- 05.30 Theo y Agnes abandonan el Bar Dos Gatos Tuertos.
- 05.30 Martin y Tom llegan al deshuesadero de coches en el camión.
- 05.35 El soldado revela a Laura su verdadera identidad.
- 05.40 Muerte de Tom.
- 05.40 Sam Ramos, Nelson y Tigran llegan al deshuesadero.
- 05.55 Paul Sanders, Wellington Perales y doce agentes de la policía llegan al deshuesadero.
- 05.55 Theo acompaña a Agnes hasta su departamento. Se despiden.
- 06.00 Duelo final entre el soldado y Martin. Intervención de Nelson.
- 06.15 Muerte de Martin. Muerte del soldado.
- 06.17 Amanecer

El escritor cubano Eliseo Alberto y el escritor nicaragüense Sergio Ramírez ganan el Premio Internacional Alfaguara de Novela, que se otorga por partida doble

Acta del Jurado

El Jurado del **Premio Internacional Alfaguara de Novela 1998**, que debió decidir entre una decena de obras de calidad excepcional, encontró dos novelas sobresalientes, ambas con todos los méritos literarios para ser galardonadas.

Después de cinco días de difíciles deliberaciones, que culminaron el 19 de febrero a mediodía, el Jurado tomó por unanimidad la decisión inusual de otorgar dos primeros premios de igual importancia, dotados cada uno con la totalidad de la recompensa, es decir, 175.000 dólares.

El Jurado agradece a la editorial que haya aceptado esta singular recomendación.

Una vez abiertas las plicas, los dos primeros premios por orden alfabético de sus autores son:

CARACOL BEACH,
de Eliseo Alberto

MARGARITA, ESTÁ LINDA LA MAR,
de Sergio Ramírez

Firmado: Carlos Fuentes (Presidente), **Rosa Regás** (Secretaria), **Sealtiel Alatríste, Rafael Azcona, Juan Cruz, Tomás Eloy Martínez y Marcela Serrano**.

El Jurado hace públicas las siguientes consideraciones sobre las obras ganadoras:

Caracol Beach, de Eliseo Alberto: «Crea, con un lenguaje audaz, siempre sorprendente, un destino en el que el azar rompe a cada momento la lisura de lo cotidiano. Un conjunto de personajes absolutamente inocentes o absolutamente culpables enloquece ante el gris de la realidad y desemboca en una historia de violencia, injusticias y locuras que reinventa y actualiza las formas de la gran tragedia clásica, en una perfecta metáfora de este fin de siglo».

Margarita, está linda la mar, de Sergio Ramírez: «En 1907, Rubén Darío llega a León, Nicaragua, y escribe en el abanico de una niña de nueve años un poema inolvidable: “Margarita, está linda la mar”. Medio siglo después, esa chiquilla y su

hermana, convertidas en personajes esperpénticos, se ven envueltas en la trama de una conjura para matar al dictador Anastasio Somoza. Con esa historia, y con un lenguaje de constante belleza, Sergio Ramírez construye una novela en la que caben la poesía, la ciencia, las crueldades y los delirios de América en este siglo. Es una obra total, rebosante de pasión y de nobleza literaria».

El Premio Internacional Alfaguara de Novela se convocó en la Casa de América de Madrid el 22 de abril del pasado año, en la víspera de la celebración mundial del Día del Libro. El plazo de admisión de originales finalizó el 30 de noviembre de 1997. Al concurso se presentaron 602 novelas, procedentes de todo el ámbito de la lengua española, lo que Carlos Fuentes, presidente del jurado, nombró «el territorio literario de La Mancha».

El ***Premio Internacional Alfaguara de Novela*** está dotado con **175.000 dólares** y una escultura del artista español Martín Chirino. El libro se publica simultáneamente en todo el ámbito de la lengua española.



ELISEO ALBERTO (1951-2011), ganador del primer Premio Internacional Alfaguara de Novela (1998), nació en el pueblo de Arroyo Naranjo (Cuba). Se licenció en Periodismo en la Universidad de La Habana, fue jefe de redacción de la gaceta literaria *El Caimán Barbudo* y subdirector de la revista *Cine Cubano*. Entre otros, publicó los siguientes poemarios: *Importará el trueno*, *Las cosas que yo amo* y *Un instante en cada cosa*. También las novelas *La fogata roja*, Premio Nacional de la Crítica, 1983 (texto para jóvenes), y *La eternidad por fin comienza un lunes* (1992), además del libro de memorias *Informe contra mí mismo* (Alfaguara), Premio Gabino Palma. Escribió guiones de cine y televisión, entre otros el de *Guantanamera*, dirigida por Tomás Gutiérrez Alea. En cuanto a su actividad docente, impartió clases y talleres en la Escuela Internacional de Cine de San Antonio de los Baños, Cuba, el Centro de Capacitación Cinematográfica de México y el Sundance Institute.